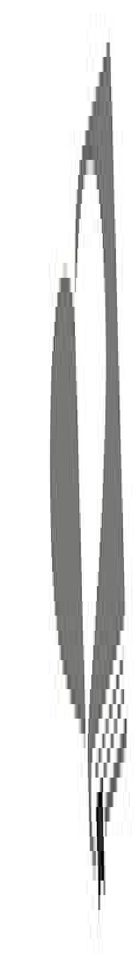

MABEL DÍAZ
EL QUE SE
ENAMORE
PI
ER
DE

El que se enamore pierde

Mabel Díaz



colección

milamores

El que se enamore pierde

ISBN: 9788419542892
ISBN ebook: 9788419542465

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Mabel Díaz
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mi marido Ángel.
Gracias por compartir esta aventura loca conmigo.
Te quiero.

Mabel Díaz

A veces ocurre que lo que empieza como una locura

se convierte en lo mejor de tu vida.

TwinSho.es

Capítulo 1

Agosto 2022

—¡Sara! —me llamó mi madre desde la cocina—. ¿Has terminado ya con la maleta? —Sin dejar que respondiese, añadió—: Venga, hija, que tu padre lleva diez minutos esperando abajo, en el coche.

—¡Ya voy! —contesté sentándome encima de la maleta para poder cerrarla.

Mi hermano Alberto apareció en la puerta de mi habitación. Acababa de cumplir los veinticinco años. Yo tenía tres menos que él y era su princesita. Siempre cuidaba de mí, defendiéndome de todos. Aunque ya no necesitaba que lo hiciera, continuaba siendo tan protector conmigo como cuando tenía siete años. Entre nosotros había mucha confianza y complicidad.

Alber —como le llamaba para abreviar— era más alto que yo. Medía un metro ochenta. Tenía el pelo corto y castaño, los ojos grises como los míos —herencia de nuestra abuela paterna— y una sonrisa de anuncio de dentífricos. Poseía un cuerpo de nadador debido a que practicaba este deporte tres veces por semana. Cuando era pequeño tuvo problemas de espalda y el médico le recomendó hacer natación. A pesar de haber superado aquellos problemillas, adquirió la rutina de entrenarse y no lo había dejado. En aquellos momentos, estaba estudiando las oposiciones para ser policía.

A mí me gustaba más el tenis y bailar. Sobre todo bailar. Me encantaba la música, de cualquier tipo, aunque mis dotes de canto no eran buenas. Pero no me importaba.

Hice un nuevo intento para cerrar la cremallera mientras Alber me sonreía desde la puerta.

—¿Necesitas ayuda, princesa?

—Pues va a ser que sí porque llevo un rato intentando cerrarla y no lo he conseguido todavía. Estoy sudando como un pollo por el esfuerzo —contesté alzándome para dejarle espacio y que trabajase

mejor.

Me pasé los dedos entre los mechones de mi pelo castaño, largo y liso, y me lo recogí con la goma que siempre llevaba en la muñeca, en un moño medio deshecho y algunas greñas cayéndome por la cara. Mi hermano logró a los pocos segundos lo que yo llevaba intentando desde hacía más de un cuarto de hora sin éxito.

Suspiré aliviada al verlo.

—Ya está. No era para tanto, pero teniendo en cuenta que pesas poco más de cincuenta kilos, no me extraña que no hayas podido cerrarla tú misma. Si no llego a estar por aquí cerca…

Puse los ojos en blanco. Ya salió el machito que llevaba dentro.

—Ay, sí, qué haría yo sin ti, Papá Gallina —me burlé de él—. Todas las hermanas pequeñas deberíamos tener un hermano mayor que nos salve en caso de necesidad —me reí.

Él agarró la maleta y protestó.

—Pero ¿qué llevas aquí? ¡Pesa mogollón! ¿La has llenado de ladrillos o qué?

—Tranquilo. Solo he metido medio armario —repliqué dándole unas palmaditas en el hombro—. ¡Ánimo, campeón! Que tú puedes.

Salí de la habitación con él detrás refunfuñando.

—Nunca entenderé por qué las tías os lleváis el vestidor entero cada vez que salís de viaje. ¿Por qué tenéis que lucir cada día un modelito distinto? ¿Qué hay de malo en repetir?

—Oye, que si te pesa mucho, puedo llevarla yo. Al fin y al cabo, es mi maleta y, aunque mi peso es de cincuenta y cinco kilos, tengo fuerza suficiente para transportarla —respondí mientras caminábamos por el pasillo hacia la salida de nuestra vivienda.

—No, no, si yo puedo. Pero es que…

—Es que nada. No haberte ofrecido. Ahora, te aguantas.

—¡Tendrás morro! Mira, porque eres mi hermana pequeña, que si no…

—¡Vamos, chicos, vamos! —nos apremió nuestra madre aguantando el ascensor con la puerta abierta—. Sara, cierra tú. ¿Habéis apagado las luces? ¿Lo lleváis todo para pasar las vacaciones? Luego no quiero que, a mitad de camino, me digáis «se me ha olvidado esto o aquello».

—Tranquila, mamá. Si necesitamos algo, lo compramos y ya está —la calmé yo.

El pueblo donde pasábamos las vacaciones solo tenía una tienda de

comestibles, tres bares, un asador y un pequeño hotel con discoteca. En los últimos años muchas de las casas habían sido reformadas para convertirlas en alojamientos rurales.

En caso de necesitar ropa, calzado o cualquier otro artículo debías desplazarte a una población cercana en la que había mercadillo todos los martes. O ir a la capital de la provincia que estaba a setenta kilómetros.

—Muy bien, hija. Qué bonito —rebatió ella con sorna—. Todo el día gastando. El dinero no crece en los árboles y cuando empieces a trabajar, te darás cuenta de lo que cuesta ganarlo y en qué poco tiempo se te va de las manos.

—Mamá, no es tan fácil encontrar un empleo recién terminada la universidad. No tengo ninguna experiencia laboral y eso es lo que más se valora hoy en día. Además, nadie va a contratarme de profesora de Matemáticas justo ahora que los institutos están cerrados. En septiembre espero tener suerte y que me llamen para hacer alguna suplencia por lo menos.

—Vale ya, mamá. Deja a la niña en paz —me apoyó Alberto.

—Tú siempre poniéndote de su parte y tapando todas sus…

—Yo no la estoy tapando. Es que tú siempre estás quejándote por todo lo que hace —la cortó mi hermano mientras yo los miraba como si estuviera en un partido de Nadal contra Zverev.

El ambiente del ascensor empezaba a resultarme opresivo y recé porque llegase pronto al garaje para salir de allí.

Como si mis plegarias hubieran sido escuchadas, el elevador comenzó a frenar hasta que se detuvo y las puertas se abrieron.

Salí como una exhalación, suspirando con alivio, y me dirigí al coche donde esperaba mi padre mientras los otros dos miembros de mi familia continuaban con su perorata.

Por fin habían llegado las vacaciones de verano y volveríamos al pueblo donde habían nacido mis padres, mis tíos, mis abuelos ya fallecidos…

Allí teníamos una casa que mis antepasados nos dejaron en herencia y que habíamos reformado hacía algunos años.

Todas las viviendas del lugar eran iguales: construidas en piedra y madera. A nivel de calle tenían el garaje —en otro tiempo se había usado como establos para los caballos, las mulas, las vacas y demás animales que tuviera cada familia—; en el primer piso estaban la cocina, el salón y un aseo, y en el segundo, las habitaciones y otro

baño.

La localidad se ubicaba en plena sierra, rodeada de verdes montañas, con un río cercano de aguas cristalinas donde íbamos a bañarnos en las tardes de calor.

Por las noches casi siempre refrescaba, por lo que debías ponerte algo de manga larga y, gracias a la bajada de temperaturas, no pasábamos calor mientras dormíamos. No tenía más de trescientos habitantes, pero al llegar el verano la cifra aumentaba hasta casi los setecientos.

Casi toda la población se había trasladado en las décadas de los setenta, ochenta y noventa a las grandes ciudades en busca de trabajo. Algunas familias —pocas— habían emigrado a Francia, Alemania y Argentina, pero en vacaciones siempre regresaban a su lugar de origen para disfrutar de esos días de descanso y ver a los familiares que continuaban viviendo allí.

A pesar de ser un pueblo pequeño tenía mucha vida con todos los veraneantes y forasteros pululando por sus calles, pues poseía un gran atractivo turístico por lo peculiar de su arquitectura serrana, la preciosa iglesia y el castillo, ambos del siglo XII, y los paisajes de alrededor. Y también por la proliferación del turismo rural, cada vez más en auge.

Estaba deseando llegar —solo eran tres horas de viaje, pero aun así, a mí se me hacían eternas— para respirar el aire puro y limpio de la serranía salmantina, y para ver a mis amigas, claro. Seguro que pasaríamos el mejor verano de nuestras vidas. O eso es lo que decíamos siempre.

Teníamos cuatro semanas por delante para disfrutar de todo esto, excepto una, que nos iríamos a la playa mi familia y yo como habíamos hecho el verano anterior por primera vez. Y como la experiencia nos había gustado, ese año repetiríamos.

Mis padres habían alquilado una casita en la costa lusitana, en Aviero, Portugal. Mi amiga Begoña nos acompañó aquel verano, pero este año le tocaba a mi hermano llevar compañía.

—Alber, ¿has pensado ya a quién vas a invitar a la playa? —indagué mientras nos metíamos en el coche.

—Todavía no. Lo comentaré con mis amigos para ver quién quiere venirse con nosotros.

Yo recé en silencio para que su colega Kike no se apuntase al plan.

—¿Tienes alguna preferencia? —me preguntó—. Sé que te llevas

mejor con unos que con otros, como, por ejemplo, con Kike —sonrió burlándose de mí.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—¿Por qué haces eso? Te gusta desde hace un par de años, lo sé.

—Ya no —le susurré.

Mi hermano puso cara de sorpresa.

—¿Y eso?

Yo, por toda respuesta, me encogí de hombros. No me apetecía explicarle que el verano anterior nos habíamos liado unas cuantas veces y besaba fatal. Esto unido a que, cuando me acariciaba, sus manos parecían frías como si fueran las de un robot y daba la sensación de que estaba tocando a una paciente —el chico estaba estudiando medicina— en lugar de a su novia. Las tres veces que habíamos tenido sexo no me había satisfecho, me había dejado un mal recuerdo del joven.

A pesar de ser muy guapo y tener un carácter amable y simpático, yo no estaba por la labor de morir asfixiada con tan solo veintidós años por culpa de su lengua, apéndice bucal que tenía la mala costumbre de meterme hasta la campanilla.

Deseaba disfrutar del placer de un orgasmo —o dos— cuando tuviese relaciones con algún chico y él me había decepcionado en ese sentido. A mi edad, tenía muy claros mis gustos en la cama y no iba a conformarme con cualquier cosa o con alguien que no diese la talla.

Sabía que no todo se reducía al sexo, pero en aquellos momentos era algo importante para mí.

Por supuesto que también quería sentirme amada, deseada y tener veladas románticas bajo las estrellas, pero todavía no había conocido a nadie que reuniera esas condiciones.

Lo quería todo, lo sabía, y a veces no se podía tener todo en la vida.

Sin embargo, yo no dejaba de intentarlo.

—¿Y eso? —repitió mi hermano al ver que no le contestaba.

Le señalé el móvil, que llevaba en la mano, y le indiqué que abriese la aplicación de WhatsApp.

No me apetecía comentar detalles tan íntimos delante de mis padres. Mi madre siempre estaba con la oreja puesta en modo «cotilla».

Yo: «No te lo había contado, pero me enrollé con él en las fiestas y no me gustó».

Observé cómo Alberto leía el mensaje y apretaba los dientes.

Alber: «¿Te hizo daño? Si así fue, lo machacaré en cuanto lo vea».

Yo le puse una mano en el hombro y él me miró.

Negué con la cabeza y escribí de nuevo.

Yo: «Tranquilo. No me hizo daño ni nada de lo que estás pensando. Simplemente es que no me gustó su forma de besar. Y me desilusioné. Ya está. Eso fue todo».

Preferí ahorrarme los detalles. Tampoco tenía por qué contárselo todo con pelos y señales.

Vi que mi hermano volvía a teclear en la pantalla de su móvil.

Alber: «¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¿Ya no confías en mí para contarme tus cosas de chicos? ¿O para pedirme consejo sobre alguno?».

Sonreí por lo que estaba pensando mientras escribía la respuesta.

Yo: «¿Tú sabías que Kike besaba tan mal? ¿Acaso lo has probado? ¿Te has liado con él?».

Puse el emoticono de una cara riendo a carcajadas y envié el mensaje.

Mi hermano esbozó una sonrisa al leerlo y meneó la cabeza.

Alber: «Estás fatal, hermanita».

Levanté el dedo pulgar en señal de aprobación. Alberto continuaba escribiéndome otro wasap.

Alber: «Entonces, nos olvidamos ya de Kike, ¿verdad? Que sepas que habría sido un buen cuñado».

Yo: «Pero no me habría hecho feliz. No soportaría que me besara otra vez».

Alber: «Es posible que haya mejorado su técnica durante el invierno».

Estuve a punto de contarle mis otros motivos para negarme a tener algo con su amigo, lo incómoda que me hacían sentir sus caricias, pero rechacé las ideas en cuanto surcaron mi mente. No me apetecía ahondar más en el tema.

> Yo: «Pues será otra quien lo compruebe porque a mí ya no me interesa».

Tecleé dando por zanjado el asunto.

Como Alber observó que cerraba la aplicación, entendió que no quería seguir hablando de su amigo, así que lo dejó estar.

Me puse los auriculares y los conecté a mi móvil para escuchar un poco de música.

Comenzó a sonar *Mon Amour* de Aitana y Zzoilo y la tarareé mientras movía la cabeza al ritmo de la música. Me gustaba mucho y me subía el ánimo siempre que la escuchaba. Después de esa canción sonaron otras de Ana Mena, Lola Índigo, Rosalía, Camilo, C. Tangana, Sebastián Yatra, Leiva, Quevedo…

Los kilómetros que nos separaban del pueblo fueron desapareciendo poco a poco hasta que por fin llegamos.

Nada más bajarme del coche oí que me llamaban.

Al girarme, vi a mi amiga Begoña que venía caminando por la calle alegremente. Era una chica de mi misma edad, un poco más bajita que yo y también delgada. Rubia, ojos azules y muchas pecas en la nariz. Era sincera, cariñosa y siempre estaba de buen humor. Tenía una risa contagiosa y estar con ella significaba no aburrirse nunca. Si hubiese tenido una hermana en lugar de un hermano, me hubiera gustado que fuese ella. Sin duda, era mi mejor amiga.

—¡Qué ganas tenía de que llegases! ¿Qué tal el viaje? ¿Había mucho tráfico a la salida de Madrid? —preguntó de carrerilla. Me dio un fuerte abrazo y dos besos en las mejillas. Sin parar de hablar, añadió—: Este año has sido la última en aparecer por aquí y ya te echábamos de menos. En especial, Kike —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Ha preguntado por ti unas cuarenta veces. Pero ¿es que no está en contacto con tu hermano para saber cuándo veníais o qué?

—Pues, por lo que sé, sí que están en contacto pero no sé por qué habrá preguntado tanto por mí —contesté en un murmullo—. De todas formas, puede hacerlo aunque yo pase de él ya. No me importa

mientras que tenga claro que no voy a volver a liarme con él y no me dé el coñazo.

Bego me guiñó un ojo.

—No dirás eso cuando lo veas. Se ha puesto todavía más guapo. Está espectacular. No sé si habrán sido los entrenamientos de rugby, pero tiene más músculos que en una clase de anatomía.

Negué con la cabeza.

—No creo que jugar a rugby cambie las cosas entre nosotros. Ya te conté en su momento todo lo que pasó, cómo me hizo sentir o, más bien, lo que no sentí cuando estuve con él, así que paso de intentarlo otra vez. Sería perder el tiempo.

A Bego sí le había confesado mi relación con Kike con todo lujo de detalles. Incluidos los más íntimos. Ella también lo había hecho conmigo respecto al chico con quien ligó el verano anterior. Nos lo contábamos todo, absolutamente todo. Entre nosotras no cabían los secretos. Además, sería absurdo ocultarnos cosas porque nos conocíamos tan bien que enseguida una u otra sabríamos que algo estaba sucediendo.

—A mí no me importaría morir ahogada por esa boca —comentó riéndose, haciendo referencia a la manera de besar de Kike.

—Pues adelante. Ánimo. Si te hace ilusión morir joven… —Me uní a su contagiosa risa.

Miré alrededor y vi que mi familia aún continuaba sacando maletas y bolsas del coche.

—Tengo que ayudarlos. —Indiqué con un gesto de cabeza a mis padres y mi hermano.

—De acuerdo. Hemos quedado a las siete en el bar de la plaza —me informó despidiéndose.

—Vale. Allí nos veremos —contesté mientras la contemplaba alejándose de mí.

****

Cuando terminé de deshacer la maleta y colgar la ropa en el armario, me di una ducha. Me puse unos vaqueros cortos y una camiseta blanca con mandalas de varios colores, típicos de mi marca de ropa favorita.

Dejé que mi cabello se secara al aire mientras caminaba hacia el punto de reunión con mis amigas.

Al llegar, vi que estaban todas: Claudia, Sofía, Laura y Bego. Sofía era también mi prima, además de formar parte de mi grupo de amigas.

Para empezar bien las vacaciones —irónicamente hablando— también estaba Kike. Les debía estar contando algo muy gracioso porque todas se reían a carcajadas.

Me vieron y se levantaron para saludarme, excepto Bego, que lo había hecho cuando llegué al pueblo. Kike, ¡cómo no!, también se acercó a plantarme dos besos en las mejillas y darme un apretado abrazo.

—Por fin estás aquí —murmuró en mi oreja y yo me estremecí del repelús que me dio de repente recordando los momentos vividos junto a él.

Sacudí la cabeza para alejar los pensamientos que me ponían los pelos como escarpias y compuse una mueca en un intento de sonreírle.

Mis amigas movieron las sillas para hacerme un hueco, al tiempo que Kike agarraba una libre y la colocaba justo a su lado.

—Voy a la barra para pedir algo. ¿Queréis más bebida? —les pregunté.

—No, nada —respondieron todas al mismo tiempo.

—Espera —dijo Kike—. Voy contigo y te invito.

—No voy a perderme de aquí a la barra y, además, no hace falta que me invites a nada.

—Insisto.

—Te he dicho que no.

Me fui de allí esperando que no me siguiera.

Por desgracia, lo hizo.

—No te recordaba tan borde.

—¿Qué quieres, Kike? —resoplé de mal humor.

El camarero se acercó y me dio la bienvenida al pueblo. Me preguntó si habíamos venido toda la familia, cuánto tiempo nos quedaríamos y qué tal estaban mis padres. Las típicas preguntas de todos los veranos en cuanto aterrizabas en un sitio tan pequeño donde nos conocíamos todos desde siempre.

Respondí a sus preguntas y, al acabar, pedí un refresco.

Kike puso un billete de cinco euros sobre la madera de la barra.

Lo aparté de un manotazo.

—No quiero que me invites. —Lo miré muy seria.

—El verano pasado te encantaba que lo hiciera.

—Pues este no —rebatí.

El dueño del bar regresó con mi refresco y un vaso con cubitos de hielo.

—La casa invita —comentó—. Como bienvenida al pueblo. —Y amplió su sonrisa.

—Gracias, Mario. —Le dediqué una mirada de gratitud.

—De nada, bonita. A disfrutar de las vacaciones.

«Si me dejan», resoplé en mi interior deseando que Kike no se pusiera muy pesado y me dejase en paz pronto.

Agarré el vaso y la botella de cristal, y regresé con mis amigas mientras Kike me seguía como un perrito faldero.

—A mí no me dejas invitarte, pero a Mario sí —refunfuñó.

—Lo hace todos los veranos. El día que llego al pueblo y el último que paso aquí. ¿Qué pasa? ¿Contigo no lo hace?

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás celoso? —pregunté burlándome de él —. ¡Por favor! Tiene veinte años más que yo. Me conoce desde que nací. Sería absurdo y… —Me detuve en seco y Kike chocó contra mi brazo. Por poco no me tiró el vaso que llevaba en la mano—. Además, no tengo que darte ninguna explicación. A ti, no.

—Es un hombre soltero y tú eres una chica muy guapa. No me extrañaría que estuviera interesado en ti —dijo agarrándome del codo.

—¡Anda ya! No me ralles ni lo hagas tú tampoco. —Hice una mueca y puse los ojos en blanco—. Y si así fuera, a ti no tiene por qué importarte.

—Pero me importa.

Miré por encima de su hombro y comprobé que Mario estaba atendiendo a otros clientes.

—Pues no debería —respondí volviendo a mirar los ojos oscuros del chico.

Me di la vuelta y caminé para reunirme con mi grupo de amigas.

Kike me siguió y se sentó a mi lado, pero lo ignoré todo el tiempo que pasamos en el bar.

Cerca de las diez de la noche, me despedí de las chicas.

Al levantarme, Kike lo hizo también.

—No hace falta que me acompañes —resoplé adivinando sus intenciones.

—Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar y no quiero montar una escena

aquí, así que por favor, déjame en paz —murmuré entre dientes.

Sin embargo, él no respetó mi decisión y me siguió fuera del bar.

Caminé a paso rápido, con Kike casi pegado a mis talones.

—Sara, no seas tan dura. Ha pasado un año y estoy seguro de que los dos hemos mejorado. Volvamos a intentarlo. A lo mejor esta vez sale bien.

—No.

—Venga, tía, no te hagas de rogar.

—He dicho que no. ¿Qué parte no has entendido?

—¿Qué tengo que hacer para convencerte y que me des otra oportunidad? —preguntó agarrándome del brazo al girar en una esquina.

Me aplastó contra la pared de una casa y se colocó demasiado cerca de mí.

—Por favor… —me pidió.

Yo emití un largo y cansado suspiro.

—Kike, ya lo hablamos el verano pasado cuando rompimos. No eres como yo pensaba y me desilusioné. No me gustas. Fin de la historia.

Podría haberle dicho mil cosas más: que me incomodaba su contacto, que no era el semental que yo creía que me haría tocar el cielo con los dedos, que las veces que habíamos tenido sexo ni siquiera consiguió que me corriese… Pero si le decía todo eso, dañaría su orgullo y no era eso lo que pretendía. No deseaba hacerle daño porque, a pesar de lo ocurrido, era un buen chico y le tenía cierto aprecio.

Aunque en la cama no funcionase como yo quería.

—Dime en qué he fallado y trataré de cambiarlo. Haré lo que tú quieras.

—Perderás el tiempo, de verdad. No me interesas.

Él me cogió por la barbilla y alzó mi rostro hacia el suyo.

—Quizá si te recuerdo lo bien que lo pasábamos cuando estábamos juntos…

A medida que él acercaba su boca a la mía, yo intentaba fundirme con la pared.

¡Me iba a besar! ¡No, por Dios! ¡Qué asco!

Puse mis manos sobre sus pectorales y empujé para apartarlo.

—Ni se te ocurra —le advertí muy seria—. No quiero que me beses y como te atrevas a hacerlo, te daré tal puñetazo que te tragarás los dientes.

—Pero, no lo entiendo. ¿Qué hice mal? ¿En qué fallé? ¿Cuál fue mi error? —cuestionó incapaz de comprender.

—Mira, Kike, ya no me gustas y no quiero tener nada contigo. Por favor, búscate a otra.

—¿Es porque no te he llamado en todo el invierno? —volvió a la carga.

«Y dale. Al final tendré que soltarle todo lo que pienso de él como amante y le haré daño», me dije a mí misma.

—Si es por eso, tengo un buen motivo. Este curso, la Facultad de Medicina me ha resultado más difícil de lo que creía y, entre estudiar el M.I.R., las prácticas en el hospital y los entrenamientos de rugby, casi no he tenido tiempo ni de respirar.

—No, Kike, no es por eso —lo interrumpí—. Ya te lo he dicho. Has dejado de gustarme. Así de sencillo. No busques más. No hay ningún motivo más.

Él inspiró hondo y después soltó el aire con lentitud. Se hizo a un lado para dejar que me marchara.

—Está bien. Pero no me daré por vencido tan fácilmente. Volveré a enamorarte de nuevo.

—Haz lo que quieras —repliqué cansada.

Caminé por la calle en dirección a mi casa sintiéndome observada.

Me giré porque pensé que sería Kike, pero él ya no estaba donde lo había dejado.

Miré hacia arriba y entonces lo descubrí.

En el balcón de aquella casa había un chico.

Y había escuchado toda nuestra conversación.

Capítulo 2

Me dieron ganas de gritarle «¿Qué haces ahí espiando, vieja del visillo»?, pero preferí dejarlo correr. En el pueblo era habitual que oídos indiscretos escuchasen conversaciones que no debían, así que me resigné y proseguí mi camino.

Con toda seguridad, al día siguiente por la mañana, ya sabría medio pueblo que Kike y yo habíamos discutido. Y por la tarde, tendría constancia la otra mitad.

Por lo que yo sabía aquella casa estaba deshabitada. La familia emigró a Alemania hacía varios años y no habían vuelto por el pueblo. Quizá se la hubiesen alquilado a algún turista para sacarle beneficio en lugar de mantenerla cerrada.

Le preguntaría a mi hermano, porque sabía que él seguía en contacto con el nieto de los dueños. De adolescentes habían sido amigos y varias veces, Alberto había viajado al país donde se habían establecido para visitar a su colega.

No había visto la cara de la persona que estaba en el balcón porque la calle estaba en penumbra. Había una única farola en la esquina donde Kike y yo nos habíamos detenido, por lo que el intruso nos había observado con total impunidad.

Preferí no darle más vueltas al asunto y llegué a mi casa justo en el momento que recibía varios wasaps.

Bego: «Se me ha olvidado decirte que esta noche es la fiesta del rock en La Cueva. A las doce. Ponte guapa. Por cierto, ¿qué ha pasado con Kike? Bueno, luego me lo cuentas».

Yo le contesté «*O.K.*» a todo y entré en mi casa.

Durante la cena me entretuve pensando en qué me pondría esa noche para ir a la fiesta, por lo que se me olvidó por completo preguntarle a Alber sobre la casa de su amigo, el de Alemania.

Cuando tuve decididas las prendas con las que me vestiría, terminé de cenar rápido y subí a mi cuarto para cambiarme. Me puse una minifalda vaquera y una camiseta de tirantes oscura, con el escote en

uve. Me calcé mis Converse rojas y, como sabía que más tarde refrescaría, cogí mi querida cazadora de cuero negro.

El pelo me lo recogí en una coleta y me maquillé un poco. Solo rímel en las pestañas, un toque de color en los pómulos y *gloss* en los labios. Me miré en el espejo y me gustó lo que vi. Iba arreglada pero informal.

Tenía una figura alta —medía un metro setenta y tres— y esbelta. Me encantaban mis piernas, las tenía bien formadas y el culo algo respingón, así que aprovechaba para lucir los dos atributos siempre que podía. A pesar de que tenía el pecho algo pequeño, estaba firme y terso, y sabía sacarle partido eligiendo la ropa que más me favorecía.

Al salir de la habitación me crucé con mi hermano en el pasillo. Me silbó y me guiñó un ojo. Siempre lo hacía cuando me veía vestida para salir de fiesta.

—Vas a tener a la mitad de los chicos del pueblo babeando por ti y yo me pasaré la noche aguantándome las ganas de romperle la cara a alguno. ¿Seguro que no vas a volver con Kike? Así me evitarías tener que hacer de guardaespaldas porque ya estarías protegida con él. Me quedaría mucho más tranquilo si lo hicieras.

—No necesito protección ni tuya ni de Kike. Y tampoco voy a volver con él para que tú estés más tranquilo. Quizá este verano me busque un nuevo ligue o quizá no. Ya se verá.

—De todas formas, sabes que ninguno me parece lo suficientemente bueno para ti, ni siquiera mi amigo, por mucho que te dé el coñazo para que vuelvas con él. Así que prométeme que tendrás cuidado con los chicos y que no te pasará nada.

—Tranquilo —le puse una mano en el hombro—. Sé que un rodillazo en los huevos siempre viene bien como defensa.

—Uf… No me gustaría estar en la situación del que lo recibe.

Me reí y comenzamos a bajar juntos las escaleras.

Cuando salimos a la calle estaban esperando Kike y otro chico, que estaba de espaldas a nosotros. Recorrí su cuerpo con la mirada intentando recordar quién de todos los amigos de Alberto era, pero no lo conseguí.

El susodicho era muy alto, moreno, con el pelo largo hasta los hombros y cuerpo atlético. Tenía un culo por el que pagarían las empresas de anuncios de pantalones y me entraron unas ganas tremendas de darle un buen apretón.

Cubría su formidable anatomía con unos vaqueros y una camiseta

azul, de manga corta, que se le pegaba al cuerpo, marcando sus anchos hombros y la musculatura de su espalda.

Comencé a salivar de inmediato.

En ese momento, el chico se giró hacia nosotros para saludar a mi hermano y pude verle la cara. Tenía unos ojos verdes impresionantes, una fuerte mandíbula y unos labios que cualquier chica desearía besar. Llevaba un pequeño aro de plata en la oreja izquierda y un collar de cuero marrón, trenzado, con un colgante en forma de espiral alrededor del cuello.

Kike se acercó a mí y me pareció escuchar que me decía algo así como que estaba espectacular, pero no le hice ni caso porque todos mis sentidos estaban puestos en el desconocido que tenía frente a mí.

—Sara, ¿te acuerdas de Hugo? Mi amigo, el que se fue a vivir a Alemania —me preguntó Alberto.

—Ah, sí, hola —lo saludé—. ¿Qué tal todo?

Él me miró de arriba abajo antes de contestar.

—Hola. Todo bien —pronunció con una voz masculina y sensual, con un ligero acento extranjero, que reverberó en cada célula de mi ser. Al instante, un incendio se desató en mi interior.

Se acercó a mí para darme dos besos en la cara mientras mis rodillas se convertían en gelatina.

Cuando sus labios rozaron mi piel sentí miles de chispas en todas mis terminaciones nerviosas.

Olía a gel de baño mezclado con su *after shave* y yo recé para mantener la compostura y no derretirme como la mantequilla puesta al sol.

¡Dios mío! Era el tío más bueno que había visto en mi vida. Era como una divinidad pagana, el mismísimo Eros en carne y hueso. Todo en él lo hacía atractivo y exudaba sexo por los cuatro costados.

Me miró a los ojos y en ellos pude leer que no estaba equivocándome. Había sido creado para dar y recibir placer.

Kike tuvo que romper el hechizo con un comentario que odié con toda mi alma.

—Hugo, no te pases con mi chica —dijo al ver cómo su amigo y yo nos comíamos con la mirada.

Me giré hacia él enfadada.

—No soy tu chica y como sigas dándome la brasa, tampoco voy a ser tu amiga. —Devolví mis ojos hacia los de Hugo, que continuaba observándome del mismo modo pícaro y juguetón, como si no hubiese

escuchado lo que le había dicho Kike—. Encantada de volver a verte, Hugo. Espero que disfrutes del verano.

Él asintió con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos.

—Bueno, chicos, me voy con mis amigas.

Me despedí de ellos con un gesto de la mano y enfilé la calle en dirección al bar donde se celebraba la fiesta del rock.

Mientras caminaba no podía quitarme de la cabeza los ojos verdes de Hugo, su forma de mirarme y su voz. Cada vez que recordaba el roce de sus labios en mis mejillas notaba una punzada de deseo entre las piernas.

De repente, me di cuenta de que era él quien había estado en el balcón de la casa cuando Kike y yo habíamos tenido nuestra pequeña discusión. Porque esa era la vivienda de sus abuelos. Normal que al regresar al pueblo para pasar el verano se hubiese alojado allí.

Me gustó que no hubiera hecho referencia al momento entre Kike y yo con algún comentario. Sin embargo, me pregunté si más adelante lo haría.

Con esa duda llegué a «La Cueva».

Saludé a mis amigas y fui a la barra para pedir una cerveza.

Mientras el camarero me servía, recordé cómo era Hugo hacía unos años. Su aspecto físico había cambiado mucho, ahora estaba imponente. Ya no quedaba nada de aquel adolescente larguirucho y delgado que me tiraba de las trenzas cada vez que pasaba por mi lado en cualquier calle del pueblo. A mí me sentaba fatal y le odiaba por ello. Pero se marchó al extranjero y como no volví a verlo, acabé olvidándome de él.

Sabía que tenía veinticinco años igual que mi hermano y me parecía recordar un comentario de Alberto sobre que había estudiado arquitectura en la universidad de Colonia, en Alemania.

A pesar de que mi hermano lo había visitado varias veces a lo largo de aquellos años en el país que lo había acogido y que, cada vez que Alber volvía de algunos de sus viajes me enseñaba fotos de las ciudades y pueblos que había visitado con su amigo, él no aparecía en ninguna foto. Supuse que no le gustaba retratarse y no le di más importancia.

Pero, aun así, era una lástima, porque el chico parecía un modelo recién salido de algún catálogo.

Regresé con la bebida al rincón donde estaban mis amigas y escuché lo que hablaban, a pesar de que la música de Rosendo, que

cantaba su *Loco por incordiar*, me dificultaba la tarea.

—Al parecer ha venido solo y dice mi prima Silvia que desde que llegó hace una semana, se ha liado ya con tres tías —comentó Claudia a gritos para hacerse oír por encima de la atronadora música.

—Ojalá yo sea la siguiente —suspiró Sofía con deseo.

—¿De quién estáis hablando? —quise saber. Aunque lo intuía, quería asegurarme.

—¿Recuerdas a Hugo, el hijo de Sebastián y María, los que se fueron a Alemania? Es amigo de tu hermano, creo —comentó Begoña.

Yo asentí con la cabeza.

—Me lo acabo de encontrar esperando a Alberto, junto con Kike, en la puerta de mi casa. Ya lo he saludado. Y sí, está buenísimo. Ha cambiado mucho.

—Pues es de él de quién estamos hablando —me confirmó mi amiga.

En ese momento, como si lo hubiésemos invocado con nuestras palabras, apareció Hugo con mi hermano y Kike. Se unieron a más amigos, completando así su grupo de amistades.

El bar estaba lleno. Decorado con pósteres de varios grupos rock de los años ochenta y noventa como: Platero y tú, Los Suaves, Barricada… Una canción de Mago de Oz comenzó a sonar a todo volumen mientras mis amigas seguían alabando a Hugo y suspirando por él.

Detrás de esta, llegó *Princesas*, del grupo Pereza y, como a todas nos gustaba Leiva y en su día lamentamos la separación de los componentes del grupo, nos pusimos a cantar como locas usando los botellines de cerveza a modo de micrófono.

Miré hacia el grupo de mi hermano, en el otro extremo de la barra, y descubrí a Hugo recorriendo con la mirada el local. Parecía un cazador en busca de su presa.

Me pregunté quién sería la próxima. Por lo que había comentado Claudia pasaba cada noche con una chica distinta y seguro que estaba buscando a su siguiente víctima. Recordé que a mi prima Sofía no le importaría pasar por su cama.

A mí tampoco, tuve que reconocer. Pero me resistía a la idea de ser una más, así que, a pesar de que le arrancaría la ropa y me lo tiraría allí mismo, decidí no tener nada con él.

En ese instante, los ojos verdes de Hugo se posaron en mí y me sonrió. Alzó su cerveza a modo de saludo y yo le devolví el gesto,

sonrisa incluida.

Me giré, dándole la espalda, y continué cantando a grito pelado las últimas frases de la canción.

******

Casi una hora después y varias cervezas más salí a la calle para tomar un poco de aire fresco y despejarme. Me notaba algo achispada y el ambiente del bar, cada vez más cargado, no me beneficiaba en nada. A mis amigas les dije que volvería enseguida.

Me senté en un banco de piedra que había pegado a la pared del negocio y comencé a relajarme contemplando las estrellas. En Madrid no podía verlas, pero allí en el pueblo, el cielo nocturno era espectacular. Y además, hacía una noche fantástica. No necesitaba la cazadora de cuero. Además, me la había dejado dentro olvidada.

La música se escuchaba en la calle con total claridad y empecé a tararear la letra de *Dolores se llamaba Lola*, del grupo Los Suaves.

«Eras la niña de azul,

En el colegio de monjas,

Calcetines y coletas,

Y estabas loca por Paco…».

—Hola —escuché una voz a mi lado y me sobresalté—. Perdona si te he asustado. No era mi intención.

Cuando volví el rostro hacia la voz con acento alemán vi que Hugo había salido del establecimiento para, supuse, hacer lo mismo que yo: buscar un poco de aire fresco.

—Hola. ¿Qué haces aquí fuera? —indagué con la mejor de mis sonrisas.

—Estaba agobiado y hace mucho calor ahí dentro. Además, no me gustan los sitios tan llenos de gente.

Asentí con la cabeza mientras se sentaba a mi lado y ambos nos quedamos en silencio disfrutando de la letra de la canción que había llegado al estribillo.

«Las vueltas que da la vida,

El destino se burla de ti.

¿Dónde vas, bala perdida?

¿Dónde vas, triste de ti?

¿Dónde vas, triste de ti?».

—Deberías decirle la verdad —soltó él de repente.

Lo miré sin saber a qué se refería.

—A Kike —prosiguió—. Deberías decirle el motivo por el que ya no quieres estar con él.

—¿Así que eras tú quien estaba cotilleando en el balcón? —le pregunté a pesar de que lo había deducido yo solita hacía bastante rato.

—Oye, yo no estaba cotilleando. Solo salí al balcón de mi casa y vi a una pareja manteniendo una conversación —se defendió.

—¡Claro! Y por eso en lugar de darte la vuelta y volver a entrar, te quedaste allí escuchando —comenté con sarcasmo—. ¿Te resultó interesante?

—Nadie va a decirme lo que puedo o no puedo hacer en mi casa: si estoy en el balcón, en la puerta o si salgo o entro —contestó molesto.

—Pues no me des tú a mí lecciones amorosas —repliqué en su mismo tono.

La canción se había terminado y comenzó a sonar otra de Rosendo en la que nos prometía estar agradecido.

—Además, tú eres el menos indicado —me ensañé con él indignada —. Ya te has liado con dos o tres tías en el tiempo que llevas en el pueblo, por lo que he oído, así que…

Se alzó de golpe y se colocó frente a mí.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer, *dummkopf* —me cortó, cerniéndose sobre mí con una cara de chico malo que hizo que mis bragas se mojaran al instante.

Yo no me achanté y me levanté también del banco, obligándolo a retroceder un paso.

—Ni a mí tampoco y háblame en castellano para que pueda saber qué es lo que dices. ¿Me has insultado? —dije entre dientes con el corazón latiendo a mil por la excitación que sentía en ese momento.

Cabreado era más hermoso y atractivo todavía.

Nos retamos un momento en un duelo de miradas, verde contra

gris.

—Vaya… La niñita se nos ha hecho mayor y ahora se defiende sola —murmuró Hugo con burla y su aliento rozó mis labios.

Me estremecí de deseo, pero también de rabia.

—¿Y qué esperabas? —Puse las manos en mis caderas y me alcé un poco más sobre las puntas de los pies para intimidarle. Él no se movió ni un ápice—. ¿Creías que seguiría teniendo diez años? ¿O que no habría aprendido a defenderme de tipos como tú?

—¿De tipos como yo? —repitió con una sonrisa como si la situación fuera lo más gracioso que le había pasado aquella noche.

A mí me dieron ganas de borrarle la sonrisa de un tortazo.

—Sí, de tíos como tú que se lo tienen tan creído, que piensan que son los más guapos y deseados del universo, y que cualquier chica moriría por estar en su cama un par de horas.

Él frunció el entrecejo un momento, pero a los cinco segundos esbozó otra sonrisa que hizo que mi pulso se disparase.

Se mojó los labios con la lengua y yo me quedé observando el rastro de humedad que había quedado en ellos.

—Gracias por tus piropos —dijo—. Sin embargo, no estoy de acuerdo en eso de que las chicas se mueren por pasar un par de horas en mi cama. Lo cierto es que se matan entre ellas por pasar la noche entera.

Me retiré como si me hubiera dado un golpe en el estómago.

—¿Cómo puedes ser tan gilipollas?

—Lo que te he dicho es la pura verdad —respondió como si el insulto le resbalase.

—Eres un imbécil —le solté y me di la vuelta para regresar al interior del bar mientras sonaba la letra de *Necesito respirar*, de Medina Azahara.

Yo sí que necesitaba respirar porque estaba tan enfurecida que iba destrozando el suelo con cada paso que daba. La gente se apartaba de mí al ver mi cara de cabreo total y la mirada asesina que se había apoderado de mis ojos.

Dentro de mí había una tormenta, un huracán, provocado por las palabras de ese chico despreciable, maleducado e irrespetuoso, con el que acababa de hablar.

Me acerqué a la barra y pedí un ron con Coca-Cola.

—¡Hey! ¿Dónde estabas? —preguntó Begoña—. No irás a beberte eso —comentó mirando lo que me había servido el camarero.

—Estaba fuera. Te lo he dicho antes de irme.

—¿Y qué te ha pasado? ¿Otra vez has discutido con Kike?

Durante la noche le había contado mi conversación con el chico, por lo que ya estaba al tanto de todo.

—No. Con él no. He discutido con otro idiota.

—¿Con quién?

—Con Hugo —declaré a regañadientes.

—¿Con Hugo, el alemán?

Ya le habían bautizado así en el pueblo.

—Sí, con ese gilipollas.

—Pero ¿qué te ha pasado con él? Si toda la gente dice que es muy simpático, amable y educado. Y bueno, las tías que se han liado con él dicen aún cosas mejores: que es un buen amante, todo un semental y…

—No me interesa saber las cualidades sexuales de ese imbécil, así que ahórratelas, por favor —solté de mal humor.

—Vale, bien, pero ¿qué te ha pasado con él? —insistió mi amiga.

—Estoy tan cabreada que ahora mismo no me saldrían más que sapos y culebras de la boca, por eso necesito alcohol, para matar todos los bichos que tengo en la garganta. —Di un largo trago a la bebida y añadí—: Cuando esté más calmada, te lo contaré, te lo prometo.

—De acuerdo.

A medida que iba terminándome la copa, mi ánimo fue mejorando. Pero cuando vi entrar en el bar a Hugo de nuevo, volví a encenderme.

Mascullé para mis adentros unos cuantos insultos dirigidos a él y desvié la mirada hacia otra parte.

Seguí bailando, cantando y bebiendo con mis amigas hasta las tres de la madrugada, que la fiesta se acabó y cerraron el bar.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Sofía.

—Yo, a mi casa. Estoy cansada —contesté.

—Te acompaño y luego me voy a la mía —me informó Bego.

—Pues yo necesito quedarme un rato más por aquí —intervino Claudia— y despejarme del todo antes de irme a casa.

—Me quedo contigo —le dijo mi prima Sofía—. Y así disfruto de las vistas. —Nos indicó con un gesto de cabeza al grupo formado por Hugo, Alberto y el resto de sus amigos que estaban unos metros más allá de nosotras.

—Que las disfrutes mucho —me despedí de ella y de Claudia hasta el día siguiente.

Begoña, como había prometido, me acompañó a casa y por el camino fui contándole la pelea verbal con Hugo.

—Es un idiota —dije al acabar.

—Ya, pero reconoce que es un idiota que está muy bueno —replicó dándome un pequeño golpe con el codo.

—Me dan ganas de matarlo.

—Venga, ya —se rio—. Te dan ganas de matarlo, pero a polvos.

—Si no fuera por lo que ha pasado esta noche, sí que lo haría —reconocí.

—¿Y vas a estar cabreada todo el verano por su culpa?

—¡No! No pienso dejar que ese tonto me amargue las vacaciones. A partir de mañana, haré borrón y cuenta nueva.

—Así me gusta. Muy bien.

*****

Al día siguiente, me levanté a la hora de comer. Mi madre no paró de refunfuñar durante la comida. Que si yo había estado durmiendo hasta las dos del mediodía, que si mi hermano todavía seguía en la cama porque había llegado a las cinco de la madrugada; que si nos pensábamos que la casa era un hotel, que esto se iba a terminar de una vez porque no tenía intención de pasar las vacaciones de esta manera —y eso que las estábamos empezando—; que cuando volviésemos a Madrid nos íbamos a enterar, etcétera, etcétera, etcétera.

Me recordó a cuando Alberto y yo éramos adolescentes y empezamos a salir de noche. Siempre estaba controlando los horarios de llegada a casa y, cuando nos retrasábamos diez minutos, nos montaba un pollo haciéndose la mártir y diciéndonos aquello de «cuando tengáis hijos y salgan de noche, ya os preocuparéis como lo hago yo. Entonces me comprenderéis».

Nosotros aguantábamos el chaparrón con miradas cómplices, esforzándonos por no partirnos de risa al ver sus aspavientos. Si nos hubiéramos reído delante de ella, además de una falta de respeto, nos habría destinado a la hoguera —metafóricamente hablando— como un tribunal de la Santa Inquisición.

Con los años, según íbamos haciéndonos adultos, dejó de esperar nuestro regreso a casa levantada, aunque yo estaba segura de que hasta que los dos no llegábamos ella no se dormía por mucho que

estuviera en la cama con mi padre —que dormía sin preocupaciones a su lado— y se quedaba tranquila por fin sabiendo que sus pollitos estaban en el nido.

Pero al levantarnos al día siguiente, volvía a darnos la matraca con lo mismo. Estábamos tan acostumbrados a sus quejas que ya no la hacíamos ni caso. Como cuando oyes llover.

Además, Alber y yo teníamos la conciencia muy tranquila porque no hacíamos nada malo. Solo estar con los amigos y amigas, charlando hasta las tantas, riendo, bailando y, de vez en cuando como había pasado la noche anterior, bebiendo porque había una fiesta.

Terminando de almorzar, llegó un wasap de mi prima al grupo de las amigas.

Sofía: «A las cinco en el bar de la plaza para el café. ¿Quién se apunta?».

Enseguida empezaron a llegar más mensajes del resto de las integrantes.

Claudia: «¿A las 17 h? ¿Tan pronto? ¡Con el calor que hace a esa hora!».

Bego: «Yo paso. Me voy a dormir la siesta. Luego os veo».

Sofía: «¿Laura? ¿Sara?».

Yo: «Me apunto, prima».

Sofía: «¿Laura?».

Yo: «Laura estará en el séptimo sueño. Con lo dormilona que es…».

Me cachondeé de mi amiga.

Yo: «Tierra llamando a Laura. Tierra llamando a Laura. ¿Me recibes, Bella Durmiente?».

Todas esperamos en línea unos minutos para ver si nuestra amiga respondía.

Al ver que no era así, empezamos a comentar:

Bego: «Estará durmiendo todavía».

Sofía: «A lo mejor tiene el móvil en silencio».

Claudia: «O sin batería. Con lo desastre que es…».

Bego: «Yo creo que pasa de nosotras. Ya sabéis que lo de chatear no le va mucho».

Claudia: «No es que no le vaya mucho chatear, es que no controla la tecnología. ¿No se está quejando siempre de que no se aclara con el móvil y las decenas de aplicaciones que tiene en él? Si la mitad no sabe ni para qué sirven».

Puso un emoticono de una mujer dándose una palmada en la frente.

Yo: «Habló la friki de las tecnologías».

La pinché con un *emoji* de una cara guiñando un ojo y sacando la lengua.

Bego: «Bueno, yo me voy a dormir la siesta. Hasta luego, chicas. Si hay que pedir un rescate por Laura lo negociamos más tarde».

Laura: «Hola».

Sofía: «¡Ya era hora! ¿Dónde te habías metido?».

Laura: «Mejor pregúntame de dónde acabo de salir. Por cierto, ya sé que estabais criticándome. Ten amigas para esto».

Y puso un emoticono de una carita con los ojos alzados al cielo.

Claudia: «No estábamos criticándote. Solo comentábamos lo bien que te llevas con las nuevas tecnologías».

Laura: «He leído los mensajes anteriores. Eso sí se hacerlo, friki».

Sofía: «Venga, chicas, dejad de discutir. ¿Vas a venir a tomar café al bar de la plaza a las cinco o no?».

Laura: «Pues no sé. Primero tengo que pasar por mi casa para ducharme y, la verdad, estoy cansada. No he dormido en toda la noche».

Claudia: «¿Por qué no has dormido? ¿Qué has estado haciendo, pendona?».

Laura: «Un curso avanzado de Informática, ja, ja».

Sofía: «¿Nos lo vas a decir ya o lo cuentas cuando nos veamos para el café?».

Laura: «Ya voy, ya voy, qué pesadas, por favor».

Tardó tanto tiempo en teclear la información que pensamos que estaba escribiendo su testamento. Cuando terminó y lo leímos, comenzó otro bombardeo de mensajes.

Laura: «He pasado la noche con Hugo, el alemán».

Sofía: «¿Qué?».

Claudia: «¿Cómo?».

Sofía: «A ver, cuenta, cuenta».

Otra que había caído en sus redes, pensé yo molesta sin saber por qué. Mi amiga era libre de acostarse con quien quisiera. Creí que sería porque el chico era un reconocido picaflor y tenía miedo de que la hiciese daño, usándola sin más. Pero algo dentro de mí me dijo que no era ese el motivo por el cual me había escocido saber aquello.

Laura: «Acabo de salir de su casa y, chicas, tengo agujetas en músculos que no sabía ni que existían. Ese tío es un puñetero dios del sexo. En toda mi vida lo había pasado tan bien en la cama con alguien. Creo que jamás había tenido tantos orgasmos en una sola noche».

Bego: «¡Hostia, puta! Eso nos lo tienes que contar en persona. Chicas, a las cinco todas en el bar de la plaza para conocer más detalles del semental de Hugo».

Claudia: «Pero ¿tú no estabas durmiendo la siesta, Bego?».

Yo empecé a reírme.

Bego: «Se me ha quitado el sueño de golpe. A las cinco en la plaza».

Capítulo 3

Asistimos a su confesión con la boca abierta, sin poder despegar los ojos de su cara. Laura nos contó con todo detalle, incluso los más escabrosos, cómo había ido la noche. Lo mucho que él le había hecho disfrutar y que estaba deseando repetir.

Sofía soltó un suspiro de deseo.

Claudia, un gritito de emoción.

Bego tenía la sonrisa tatuada en la cara, contenta por la fantástica noche que nos narraba nuestra amiga.

Y yo… Yo me moría de envidia.

Aunque no debería sentirme celosa porque, según recordé en ese momento, el chico era un completo imbécil. Todavía me escocían sus burlas de la noche anterior como si me hubiera echado sal en una herida.

Cuando terminó su relato, Claudia comentó:

—No sueñes con repetirlo. De momento, ninguna ha pasado por su cama dos veces.

—¡Joder, tía! ¿Sabes que eres única destrozando las ilusiones de los demás? —protestó Laura—. A lo mejor con las otras no ha repetido porque no le han gustado y yo sí. Igual tengo esa suerte.

—No cuentes con ello —insistió Claudia.

—¿Por qué? ¿Tan mala te crees que soy? —se ofendió nuestra amiga.

—No es eso, cielo. Es que se nota que el chico quiere tener sexo sin compromisos ni ataduras de ningún tipo y probarnos a todas. Es como si tuviera que batir un récord o algo así. No quiero que te hagas ilusiones y después lo pases mal por alguien que no lo merece. Ha sido un simple polvo. Los dos habéis disfrutado y ya está. Seguro que esta noche buscará a otra.

—No ha sido un simple polvo —rebatió Laura apretando los dientes.

El resto asistíamos a su debate sin atrevernos a intervenir.

—Ha sido mucho más que eso —continuó Laura—. Al principio, yo también pensé que sería un simple polvo y me mandaría a casa tan feliz. En el primero, los dos follamos como salvajes. Incluso llegué a pensar que estaba cabreado por algo y se desahogaba conmigo.

En ese preciso instante, Bego y yo intercambiamos una mirada con la que nos dijimos todo.

Con quien estaba enfadado era conmigo y se había desquitado acostándose con una de mis amigas.

Saber que había usado a Laura como chivo expiatorio no me gustó nada porque esa no era forma de tratar a una mujer.

—Pero luego, en el segundo, fue tierno y cariñoso. Me hizo el amor con lentitud y delicadeza. Y en el tercero…

—¿Lo hicisteis tres veces en una noche? —cuestionó Sofía boquiabierta.

—A ver, si contamos el de esta mañana, serían cuatro. Ya os he dicho que me he pasado toda la noche dándole al tema y ahora no me siento ni las piernas.

—Deberían darle el premio al semental del año —se me escapó.

Al instante, me arrepentí. Tendría que haberme mordido la lengua, pero entonces, habría muerto envenenada y no merecía la pena hacerlo por alguien como Hugo.

—Pues sí —coincidió Laura pensando que lo decía en serio y no con ironía—. El chaval se lo ha ganado a pulso.

—Dirás que se lo ha ganado a base de polvos —indicó Claudia soltando una carcajada.

Menos mal que a esa hora no había nadie en el local, pensé yo echando una mirada a nuestro alrededor. Ni siquiera el camarero, que tras servirnos los cafés y cobrarnos, había desaparecido en el interior del almacén.

—Creo que Claudia tiene razón. No te hagas ilusiones por si acaso. No queremos que te hagan daño, guapa —terció Bego apretándole la mano que tenía más cerca.

—Os agradezco vuestra preocupación por mí, pero confío en que vuelva a llamarme para calentarle la cama —declaró Laura, cabezota.

—¡Qué poca autoestima tienes, por Dios! —solté de mal humor— ¡Te conformas con calentarle la cama! ¡Con ser una más en su lista! ¡Con acudir a su lado cuando él te silbe como si fueras una perra en celo!

—¡Oye! —me gritó Laura—. Pero ¿tú de qué vas, tía? ¿Estás celosa

o qué te pasa?

—¿Celosa yo? ¿De ese gilipollas? ¡Anda ya! No te ralles.

—Y, entonces, ¿por qué te pones así?

—Porque no soporto a los chulitos de ese tipo y menos cuando se lían con una de mis amigas para…

Me callé porque no estaba segura de que se la hubiera tirado por estar enfadado conmigo. No tenía ninguna prueba. A lo mejor el chico se comportaba así con todas. Primero fuerte y duro, y después tierno y suave.

Pero, sobre todo, no seguí con las palabras que se peleaban por salir de mi boca porque no quería hacer daño a Laura.

—¿Para? —me apremió ella al ver que yo no continuaba.

—Para satisfacer su ego —contesté lo primero que se me pasó por la cabeza—. No quiero que te hagan daño, tía. Tú te mereces a alguien mejor que a un idiota que va de cama en cama, buscando chicas para pasar la noche y alimentar su orgullo creyéndose el mejor. Además, ¿cuántas lleva ya? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Es que no sabe dormir solo en su cama y siempre se tiene que llevar a alguna para que le haga compañía?

—Puede que sí o puede que no —intervino Sofía apaciguando los ánimos—. Pero lo que sí es cierto es que has pasado una noche espectacular y eso no te lo quita nadie. Será algo que recordarás toda la vida, maja.

—Y tanto que lo voy a recordar… —suspiró Laura.

*****

Cuando terminamos el café, fuimos dar un paseo por el pueblo mientras hacíamos planes para esa noche. Eran las fiestas de otra localidad cercana y queríamos ir, pero ninguna tenía coche propio —aunque sí carné de conducir—, así que debíamos acoplarnos en alguno de la gente que fuese a la verbena o pedírselo a nuestros padres y rezar porque uno nos lo prestase.

Nuestros pasos nos llevaron hasta las pistas de fútbol y baloncesto.

Allí nos encontramos con que mi hermano y sus amigos estaban jugando un partido de baloncesto contra otros chicos del pueblo. Laura insistió en que nos quedásemos para animarles porque estaba Hugo y quería verlo. Todas aceptaron encantadas, excepto yo, que lo hice a regañadientes. No me apetecía estar en el mismo sitio que él,

pero tampoco quería separarme de mis amigas.

Nos sentamos en un banco de madera y contemplamos a los chicos jugando. De vez en cuando alguna jaleaba con la intención de darles ánimos, aunque no hacía falta porque iban ganando.

Ellos no nos prestaron atención hasta que Kike reparó en mi presencia.

Me saludó con la mano y yo hice una mueca, al tiempo que levantaba un poco la mía para devolverle el gesto.

Hugo, frente a él, se giró para ver a quién estaba saludando.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, me sonrió. Yo no cambié el rictus de mi cara y le observé muy seria. Le sostuve la mirada con chulería unos segundos más y luego desvié los ojos hasta mi hermano, que me saludó también con la mano. Entonces sí correspondí a su gesto con una espléndida sonrisa.

Al poco rato hicieron un pequeño descanso para beber agua. Algunos se quitaron las camisetas, entre ellos Kike, que se acercó a mí y me preguntó si podía guardársela.

—Déjala aquí, si quieres. Pero yo no me hago responsable de ella.

Kike me dirigió una mirada dolida y dijo:

—No hace falta que te pongas así de borde conmigo. Solo te estoy pidiendo que le eches un ojo de vez en cuando para no perderla. Y si te marchas, me avisas para que me la cuide otra.

—De acuerdo —acepté con desgana.

Cuando regresó a la pista, me di cuenta de que Hugo había estado mirándonos todo el rato. Él no se había quitado la camiseta, a pesar de que la llevaba empapada de sudor, y escuché a Laura susurrar que era una pena porque lo que había bajo la ropa era digno de admirar.

Tenía una botella de agua en la mano, de la que bebió un largo trago y el resto se la tiró por la cabeza, mojándose parte del pelo, la cara, los pectorales y la espalda. Fue algo muy sensual verlo hacer eso. Me lo imaginé en la ducha y comencé a arder.

Claudia, Sofía y Laura emitieron un suspiro de deseo.

Hugo agarró el borde de su camiseta y la alzó para secarse la cara con ella. Al hacerlo, todas comprobamos que tenía una buena tableta de abdominales. Mi corazón comenzó a latir con más rapidez. La sangre en mis venas corrió como la pólvora, excitando todas mis terminaciones nerviosas.

Cuando se bajó la camiseta, me miró. Solo a mí. Como si no estuviera acompañada por mis amigas. Y me guiñó un ojo mientras se

quitaba la goma que llevaba en el pelo y volvía a recogérselo en una coleta mejor hecha.

El muy cabrón se había dado cuenta de que me había quedado embobada contemplándolo.

Me di de tortas mentalmente y me prometí a mí misma que jamás de los jamases volvería a pillarme con la guardia baja. Lo que le faltaba al chico para terminar de subir su ego hasta el infinito y más allá era que yo babeara como una tonta por él.

Con un gesto de hastío, desvié la mirada y sacudí la cabeza.

Pero por el rabillo del ojo vi cómo sonreía divertido.

Me levanté como impulsada por un resorte.

—Chicas, voy a comprarme un helado al bar del parque. ¿Os traigo algo?

Necesitaba salir de allí y dejar de ser el centro de atención de aquel idiota.

—A mí tráeme una bolsa de pipas y un botellín de agua —me pidió mi prima.

—Yo no quiero nada, gracias —dijo Claudia.

—Yo sí: un cono de chocolate y nata —solicitó Laura.

—Espera, que te acompaño —me informó Bego alzándose del banco.

Enlazó su brazo con el mío y nos marchamos de allí.

—Sigue pendiente de ti —dijo mirando por encima de su hombro hacia la pista de baloncesto.

—¿Quién? ¿Kike? —pregunté yo sin querer girar la cabeza.

—No. Hugo. Bueno, y Kike también. Pero el semental más.

Me reí por el mote que le había puesto al alemán.

—¿No te has dado cuenta de que, desde que hemos llegado, no te ha quitado la vista de encima? Está pendiente de todos tus movimientos. Aunque el tío intenta disimular y lo hace bastante bien. Pero sabes que a mí no se me escapa nada.

—Tú flipas —lo negué.

—Sí, yo flipo mogollón, pero a ese tío le interesas más de lo que quiere aparentar.

—No me ralles, Bego —protesté—. Es un gilipollas.

—Entonces, ¿por qué te has puesto celosa cuando Laura ha contado todo eso sobre su noche con él?

—¡Yo no me he puesto celosa! —exclamé ofendida.

—Ya, bonita, lo que tú digas.

—Bego, en serio…

—Sara, en serio… —me copió.

Resoplé y me detuve, obligándola a detenerse conmigo.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? ¿Hugo ha estado pendiente de mí en todo momento?

—Te lo juro, tía.

—Entonces, ¿por qué ha pasado la noche con Laura?

—Porque le apetecería echar un polvo para desahogarse tras vuestra discusión y tú no estabas disponible. Ya has oído a Laura. Al principio parecía que estaba enfadado por algo o con alguien y las dos sabemos lo que pasó antes de que se acabara la fiesta en el bar.

—Pues podía haberse dado cabezazos contra la pared en lugar de utilizar a nuestra amiga para desfogarse teniendo sexo con ella.

—Supongo que solo está esperando el momento.

—¿Qué momento? —pregunté sin saber a dónde quería ir a parar.

—El momento en el que te muestres accesible para lanzarse sobre ti y devorarte, ovejita.

*****

Me quedé petrificada en el sitio.

No podía ser.

Bego estaba imaginándoselo todo.

Como un autómata continué andando hasta el bar del parque para comprar los helados, la bolsa de pipas y el botellín de agua, mientras mi mente no dejaba de darle vueltas a las palabras de mi amiga.

—Me niego a ser la próxima en su lista —afirmé rotunda.

—Pues no creo que puedas hacer mucho si te ha fichado porque sé que a ti también te mola y, tarde o temprano, acabarás cayendo en la tentación.

—¿Tan débil crees que soy? —pregunté dudando.

—Si no te conociera como te conozco, a lo mejor me equivocaría. Pero somos amigas desde la infancia y sé que tú eres como el WI-FI. Analizas todos los dispositivos disponibles, pero solo te conectas con el mejor. Y ahora, el mejor es él.

—Joder, pareces Claudia con sus frikadas tecnológicas.

—Sí —cabeceó mi amiga—. Me está afectando pasar tanto tiempo con ella, la verdad.

—Y las vacaciones no han hecho nada más que empezar. Cuando

terminen vas a parecer un robot —me reí.

Pedimos en el bar lo que habíamos ido a comprar y luego regresamos al punto de encuentro con el resto del grupo.

—Una última cosa antes de acercarnos más a estas —dijo Bego refiriéndose a nuestras amigas. Me agarró del brazo para ralentizar mi paso—. Sé que te parece exagerado lo que te he dicho sobre el semental y tú, pero piensa entonces por qué no quieres volver con Kike.

—Ya sabes por qué no quiero volver con él.

—Sí, vale, lo sé. Pero quiero decir que cuando un tío te gusta, lo buscas y cuando no quieres nada con él, lo rechazas, como estás haciendo con Kike. Cuando estabas enamorada de él andabas todo el día detrás como un perrito faldero, intentabas coincidir con él, hablar, incluso te enfadabas cuando se liaba con otra. Hasta que te tocó el turno a ti y fuiste la chica más feliz del mundo.

—No fui tan feliz. Lo tenía idealizado y no resultó como yo esperaba.

—Bueno, eso es lo de menos. El caso es que con Hugo te está pasando igual.

—¡Yo no voy todo el día detrás de ese idiota como si fuera su sombra! Pero ¡si ni siquiera intento hablar con él y trato de alejarme! ¡Tampoco quiero estar en el mismo sitio que él! ¡No voy buscándolo por todo el pueblo! —exclamé molesta.

—Pero sí te pones celosa cuando lo ves con otra. Mejor dicho, cuando sabes que ha pasado la noche con una de tus amigas y la ha hecho disfrutar muchísimo.

—No me jodas, Bego. No sabes lo que estás diciendo. A mí no me mola ese imbécil.

—¿Y por qué lo insultas todo el rato? ¿No sabes que los que se pelean se desean?

—Eso son cuentos de niñas pequeñas.

—Ya. Lo que tú digas, bonita. Anda, vamos con las demás.

La seguí enfurruñada mientras me comía el helado.

Cuando llegamos, los chicos ya habían acabado el partido y estaban recogiendo sus camisetas.

Intenté no mirar a Hugo y, a pesar de que me resultó muy difícil después de lo hablado con Bego porque estaba muerta de curiosidad y necesitaba imperiosamente saber si él también lo hacía, tal y como afirmaba mi amiga, lo conseguí.

Kike se acercó para recoger su camiseta.

—Gracias por cuidármela, chicas —nos dijo a todas.

—De nada —respondimos a la vez.

—¿Iréis a las fiestas de San Miguel? —nos preguntó.

—Si encontramos a alguien que nos lleve en el coche, sí —le respondió Sofía.

—En el mío puedo llevar a dos de vosotras porque ya llevo a otras dos personas —dijo mirándome a mí, aunque yo no le había dirigido la palabra—. Y las otras dos pueden ir en el coche de Hugo.

De pronto, apareció el mencionado.

—Yo iré con la moto, no con el coche —corrigió a Kike.

Clavó sus ojos verdes en mí y me informó:

—Creo que tu hermano le pedirá el coche a tu padre. Hablar con él antes de que se acople más gente y lo llene.

Recorrió con su mirada el espacio que había desde mis ojos hasta mi escote. Lo hizo con lentitud, como si estuviera disfrutando de lo que veía, recreándose en cada centímetro de mi piel. Se detuvo un momento en mis labios y se pasó la lengua por los suyos.

Noté cómo el corazón se me iba a salir del pecho y un cosquilleo en mi sexo.

Hugo regresó a mis ojos y añadió:

—Poneos guapas, chicas.

Se dio la vuelta y se marchó mientras yo me derretía igual que el helado que tenía en mi mano.

—Si quieres, puedes venir en mi coche o ir en el de tu hermano —escuché que me decía Kike, pero me había quedado tan alucinada por la mirada de Hugo que no le respondí.

Como él comprobó que no le contestaba, se despidió de nosotras y se marchó.

En cuanto nos quedamos solas, mis amigas empezaron a comentar:

—Bueno, bueno, bueno. Ya sabemos quién será la siguiente en la lista del semental —afirmó Claudia.

—Joder, quería ser yo —protestó Sofía.

—Y yo pensando que repetiría con él. ¡Qué tonta he sido! —se quejó Laura.

—¿Te das cuenta ahora de lo que te he dicho antes? —me preguntó Bego.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —pregunté saliendo de mi asombro—. Yo no voy a liarme con el alemán.

—Pues parece que él sí quiere algo contigo porque vaya miradita que te ha echado el tío —comentó Claudia riendo.

—He dicho que no voy a liarme con él. Punto —afirmé, cabezota.

—Si lo haces por mí —intervino Laura—, porque ha estado conmigo y no quieres hacerme daño, que sepas que no me importa. Tenía la ilusión de repetir con él, es verdad, pero si ya no está interesado en mí, pues…

—No te preocupes, Lauri, no voy a liarme con Hugo —le aseguré a mi amiga.

—Pues no sabes lo que te pierdes, maja —comentó ella.

—Me da igual. No voy a tener nada con él y punto —seguí negándome—. Además, no voy a ir a San Miguel. Estoy cansada y no me apetece salir esta noche.

Todas me miraron sin creer mi excusa.

—Ya —dijo Claudia—. A ti lo que te pasa es que tienes miedo de no poder resistirte al atractivo que tiene el semental y caer como han hecho las demás.

—Olvídame, tía, que ya he tenido bastante con la charlita que me ha dado Bego cuando hemos ido a comprar los helados y las pipas. Me voy a casa. No contéis conmigo esta noche. No voy a salir.

Me di la vuelta y las dejé allí comentando sobre Hugo y su supuesto interés en mí.

Iba camino de mi casa cuando, casi llegando, me agarraron del brazo.

Al girarme, comprobé que era Kike.

—Me has asustado. —Me llevé la mano libre al pecho—. ¿Qué quieres?

—Irás esta noche a San Miguel, ¿verdad?

En su voz y en sus ojos se notó demasiado la ansiedad que había en su interior.

—Pues la verdad es que acabo de decirle a las chicas que no. No me apetece salir de fiesta esta noche. Estoy cansada.

Él puso cara de pena.

—Por favor, ven conmigo. Te prometo que no regresaremos tarde.

—Kike, te he dicho que no me apetece salir hoy —resoplé con lástima.

—Por favor, hazlo por mí —insistió.

—¿No lo hago por mis amigas y lo voy a hacer por ti? —me reí—. Pero ¿tú quién te crees que eres, chaval? He dicho que no voy a salir.

Y no insistas más, por favor.

Me solté de su agarre y continué mi camino. Al doblar la esquina, Kike volvió a agarrarme del brazo para detenerme otra vez.

Sin embargo, no era Kike quien lo había hecho, sino Hugo.

—¿Y por mí?

Sus dedos me quemaban la piel y sentía como si un torrente de lava fuera extendiéndose por todo mi cuerpo.

—Ah, eres tú —conseguí recobrarme a tiempo y no fundirme delante de él.

—¿Por mí sí que lo harías? —repitió la pregunta.

—¿Que si haría el qué? —quise saber mirando cómo sus dedos se adecuaban a mi brazo.

—Ir a las fiestas de San Miguel. Salir esta noche.

—¿En serio me estás preguntando eso? —me reí.

Él afirmó con la cabeza.

—Pues no. Si no lo hago por mí, no lo hago por nadie —respondí con chulería—. Y ahora, devuélveme el brazo.

Pero Hugo continuó reteniéndome.

—¿Es que tengo que mostrarte más carne?

Me sorprendió su pregunta y fruncí el ceño sin entender lo que me decía.

Él se explicó mejor al ver mi reacción.

—He visto cómo te quedabas embobada mirándome cuando me he levantado el borde de la camiseta —me dirigió una sonrisa canalla que me puso de mala leche.

—Eso te lo has imaginado —respondí fulminándolo con la mirada.

—Yo no necesito quitarme la ropa para atraer a las chicas como hace Kike, pero si contigo debo usar esa técnica, puedo…

—Lo único que quiero es que quites tus dedos de alrededor de mi brazo, idiota —mascullé entre dientes cabreada.

—¿Sabes que te pones más interesante cuando te enfadas? Tus ojos se convierten en dos nubarrones de tormenta. El color gris se oscurece y en ellos aparece toda la energía que hay dentro de ti. Es como si fuera a desatarse una tormenta eléctrica.

—Pues ten cuidado de no electrocutarte porque tengo mucha carga negativa y toda me la estoy guardando para ti.

—Cuando eras pequeña me encantaba tirarte de las trenzas para hacerte enfadar. Te ponías igual que ahora. Espero que el día que estalle la tormenta que hay en tu interior, sea gracias a mí. Y también

deseo poder disfrutarla.

—Ya puedes sentarte a esperar porque ni de coña lo vas a conseguir.

Tiré de mi brazo con fuerza y me alejé de allí echando chispas. Nunca mejor dicho.

Cuando estuve en la intimidad de mi habitación me miré la piel por si me habían quedado tatuados sus dedos en ella, pero, para mi desgracia, no había sido así.

En el grupo de las chicas comenzaron a sonar unos cuantos wasaps.

Los miré para ver qué comentaban.

Claudia: «Le he pedido el coche a mi padre para esta noche y me ha dicho que sí me lo deja, así que ya tenemos resuelto el transporte».

Sofía: «Guay».

Había puesto algunos emoticonos de aplausos.

Laura: «Tu padre sí que mola. Es un tío superenrollado».

Bego: «Dale las gracias de parte de todas».

Claudia: «Sara, ¿seguro que no quieres venir?».

Sofía: «Te protegeremos de los moscones».

Laura: «cvmdojanwwxxpajmeoajoa».

Yo: «No me apetece, así que no insistáis más, por favor».

Yo, otra vez: «Laura, ¿intentas decirnos algo en clave?».

Laura: «Perdón, chicas, es que se me caía el móvil y no sé ni lo que he escrito. ¿Cómo se borra el mensaje?».

Claudia, primero puso un *emoji* de una carita con los ojos alzados y luego, escribió: «Te lo he explicado doscientas veces».

Bego: «Da igual, Lauri, si ya lo hemos visto todas. ¿Para qué lo vas a eliminar?».

Laura: «¿Para no quedar como una inepta y que Claudia tenga pruebas contra mí por mis meteduras de pata con la tecnología?».

Claudia: «Venga, va, prometo no pincharte más con eso. Palabrita de niña buena».

Yo: «¡Ja! Tú no sabes lo que es eso».

Claudia: «¡Oye! Pero ¿cómo puedes ser tan xwyubjkls?».

Sofía: «¿Qué pasa, Claudia? ¿A ti también se te ha caído el móvil?».

Puso un *sticker* de una chica riéndose a carcajadas.

Claudia: «Es mi forma de decir tacos por wasap. Es que soy muy fina chateando».

Laura: «Ja, ja, ja».

Sofía: «Sara, ¿de verdad que no vas a venir? Anda, tía, por fa, vente».

Yo: «No me apetece, de verdad».

En ese momento, el móvil vibró en mi mano y comenzó a sonar la musiquita.

Bego me llamaba.

—Dime. ¿Qué pasa? —contesté.

—¿Por qué no quieres venir? Sé sincera. ¿Es por todo lo que te he dicho sobre Hugo?

—No, no tiene nada que…

—No me mientas, que ya nos conocemos.

Resoplé.

—Vale. Estoy rallándome un poco con todo eso. Encima, Kike me ha seguido a casa para insistir en que fuese también. Y luego Hugo ha venido con lo mismo.

—¿Cómo? Espera un momento. ¿Hugo y Kike se han juntado delante de tu casa para pedirte que salieras esta noche?

—No, no ha sido así como ha sucedido.

Le expliqué bien todo y al acabar ella dijo:

—Tía, tienes que venir. Quiero ver cómo haces caer a Hugo.

—¿Perdona?

—¿No sabes que cuanto más te resistas, más le vas a gustar y más te perseguirá? Pues eso, que tienes que venir para que nos divirtamos un rato a su costa. ¿O tienes miedo de caer en la tentación?

—¡Por supuesto que no! —exclamé.

—Pues entonces, ven —me retó mi amiga.

Solté un largo suspiro.

—No lo sé. No sé qué hacer.

—Si no lo sabes, es porque vas a venir. Ya está decidido.

—Yo no he dicho eso.

—Pero yo sí. A las doce en La Cueva. Tomamos algo primero y luego nos vamos a San Miguel. Ponte guapa.

Y colgó.

Mientras nosotras hablábamos, las chicas habían seguido chateando, pero no quise leer los mensajes.

Estaba hecha un lío.

En realidad, sí me apetecía salir para divertirme con mis amigas.

Y para ver a Hugo también, pero no lo reconocería en voz alta ni aunque me quemasen viva en una hoguera.

Por otro lado, estaba Kike, que se pasaría la noche siendo mi sombra.

Resoplé de nuevo.

¿Qué debería hacer?

Si al final accedía a los deseos de mis amigas y nos íbamos de fiesta todas juntas, los dos chicos pensarían que había salido porque ellos me lo habían pedido, lo cual no era así.

Sin querer darle más vueltas, o terminaría provocándome un dolor de cabeza, bajé al piso inferior para ayudar a mi madre con la cena.

*****

Cuando terminé de cenar subí otra vez a mi cuarto para cambiarme de ropa. Me puse unos *leggins* negros que se ajustaban a mis piernas y mis caderas, y que me marcaban el trasero de una forma muy apetecible; y una camiseta gris con una gran estrella de *strass* plateado en el frontal.

Me calcé unas zapatillas de tenis del mismo color que los *leggins* y me maquillé como siempre: un poco de color en los pómulos, rímel en las pestañas y *gloss* rosa en los labios. El pelo me lo dejé suelto, cayendo libre por mi espalda.

Miré el reloj y vi que eran casi las doce. Agarré el móvil y lo guardé en un pequeño bolso que me colgué en bandolera con todo lo demás dentro: las llaves de casa, dinero, un paquete de pañuelos desechables, el DNI y el brillo de labios. También cogí la cazadora de cuero negro porque aquel pueblo estaba más alto que el nuestro y, con toda seguridad, haría frío en un par de horas.

Bajé a la calle y me dirigí al bar dónde había quedado con Bego y el resto de mi grupo de amigas.

Todas se alegraron de que hubiese cambiado de opinión y les acompañase a las fiestas de la otra localidad.

Nos tomamos una cerveza allí, excepto Claudia, que tenía que conducir y no quería beber nada de alcohol. Cuando la terminamos,

fuimos a pasárnoslo bien.

Al llegar a San Miguel la verbena estaba en pleno auge. La orquesta, que tocaba canciones de todo tipo, era bastante buena y la gente bailaba animada.

Nos pusimos a bailar también y al poco rato, se nos acercaron unos chicos muy simpáticos que nos invitaron a tomar algo en el bar de la plaza.

Entramos en el local y vi a mi hermano con sus amigos en la barra. No había cenado en casa porque lo había invitado Hugo a la suya, según nos contó cuando llegó a casa para cambiarse de ropa y coger las llaves del coche de mi padre. Mi madre, por supuesto, refunfuñó.

Lo saludé con la mano y comprobé que ellos también estaban rodeados de chicas. Busqué con la mirada a Hugo y lo descubrí hablando con una rubia de pelo corto y un minivestido que dejaba muy poco a la imaginación. Ella se reía tontamente por algo que él había dicho y le puso una mano en el pecho, pegándose más a él para susurrarle algo en la oreja.

Quise arrancarle la mano a esa chica en cuanto vi cómo lo tocaba.

Pero me serené a tiempo. Nosotros no éramos nada. No habíamos tenido nada. Y yo no debería desesperarme por lo que estaba contemplando.

En ese momento, Hugo alzó sus ojos verdes y me sorprendió mirándole.

Retiré la vista de inmediato.

Kike se acercó a mí para hablar.

—Al final sí que has venido —dijo contento.

—Ya ves. Me ha convencido Bego, así que dale las gracias a ella.

—¿Quiénes son estos tíos que están con vosotras? —quiso saber, observándoles.

Me encogí de hombros.

—No sé. Acabamos de conocerlos y querían invitarnos a una copa.

—¿Y vais a estar toda la noche con ellos?

—Ni idea. Pero aunque así fuera, a ti no debería importarte — respondí.

Kike cabeceó.

—Si me necesitas estaré por aquí cerca. Y tu hermano también.

—No necesito protección, pero gracias de todas formas.

Kike se alejó y yo devolví mis ojos al punto en el que había visto a Hugo con la rubia. Pero ya no estaban ninguno de los dos.

—Los tíos son como el Bluetooth —dijo la friki de Claudia—. Se conectan si estás cerca, pero buscan otros dispositivos cuando estás lejos.

Yo la miré sin comprender.

—Porque sé que no has bebido ni una gota de alcohol, de lo contrario, creería que vas pedo —le contesté.

—Me refiero a Hugo —aclaró ella—. He visto cómo os mirabais. Y cómo se ha ido con la rubia esa que va enseñándolo todo.

—Espero que le aproveche y se lo pase muy bien con ella esta noche —comenté mordaz.

—Antes de salir por la puerta, nuestro semental amigo te ha echado una mirada que ni te la imaginas. Si a mí alguien me mirase de esa forma, ardería por combustión espontánea. Pero tú no te has dado cuenta porque estabas hablando con Kike.

Capítulo 4

Regresamos al pueblo cuando amanecía. Estaba supercansada. Me dolían los pies de tanto bailar y estaba deseando tomar un buen tazón de cereales con leche o con un trozo del delicioso bizcocho de naranja que hacía mi madre, y meterme en la cama a dormir.

Claudia nos dejó a todas en la plaza y luego se fue a aparcar el coche. Quedamos a la dos del mediodía para tomar el aperitivo y decidir el plan de la tarde.

Nos despedimos, y cada una se marchó en dirección a su vivienda.

No esperaba la sorpresa que me encontré en la puerta de la mía.

—Buenos días. Ya era hora de que llegases —me saludó Hugo.

Se levantó del banco de piedra que había adosado a la pared y se acercó a mí.

—¿Estás esperando a mi hermano?

—No. Te esperaba a ti.

Aquello me sorprendió.

—¿Por qué? ¿Para seguir discutiendo conmigo? Te advierto que estoy cansada, tengo hambre y quiero irme a dormir. Además, me duelen los pies.

Con una rapidez que no sabía que tuviera, me cogió en brazos igual que a una novia recién casada.

—¿Qué haces?

—No grites o despertarás a toda la calle. Agárrate a mi cuello.

Inmediatamente le obedecí. Lo rodeé con mis brazos y me pegué a su cuerpo como si fuera una tabla de salvación. Él comenzó a andar.

—¿A dónde me llevas? Mi casa está justo ahí.

—Es que no te voy a llevar a tu casa. Vamos a la mía.

En mi interior sonaron todas las alarmas.

—¿Qué? ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Bájame ahora mismo!

—¿Tanto te cuesta no gritar? Terminarás despertando a todos los vecinos.

—No quiero ir a tu casa —dije bajando la voz.

—¿Por qué? ¿Te da miedo lo que pueda pasar allí? —me preguntó sonriendo con picardía.

—No te tengo miedo —declaré haciéndome la dura, pero lo cierto era que sí. Temía lo que pudiera suceder en su casa, cuando estuviésemos los dos solos. No le tenía miedo a él. Me sentía segura en su compañía porque mi instinto me decía que Hugo no me haría nada grave como abusar de mí o maltratarme de alguna otra forma. Pero lo que sí me preocupaba era que yo no fuese capaz de resistirme a su magnetismo sexual y acabase en su cama pasando a ser una conquista más, fácil y desechable. Una más en su lista de amantes.

—Acabas de confesar que tienes hambre. Te invito a desayunar. De camino a mi casa hay que pasar por la panadería y a estas horas ya está abierta. ¿Te apetece chocolate caliente con churros? ¿O prefieres que compre unos cruasanes? Puedo hacer café en casa. Tengo uno que está buenísimo.

Me sorprendió aquel despliegue de amabilidad, generosidad y educación. Lo miré a los ojos, pero él tenía la vista puesta en la calle para ver bien por donde iba y no tropezar.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras flipando —contestó.

—Es que estoy flipando.

—Bien.

—¿Cómo que bien?

—Eso era lo que pretendía: sorprenderte —me susurró posando sus ojos sobre mí durante un par de segundos. Después, devolvió la vista hacia la calle.

Permanecí un rato en silencio mordiéndome la lengua para no preguntarle por qué quería sorprenderme. ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? ¿Qué era lo que le impulsaba?

El contacto con su cuerpo era firme y cálido, y sus brazos fuertes, con músculos duros. Me sentía en el paraíso, refugiada en aquel pecho del que salía un aroma a cítricos. Le olisqueé con disimulo buscando algún rastro de perfume femenino, pero no hallé nada. Le observé más detenidamente.

La sombra de una barba incipiente asomaba en sus mejillas y su mentón. Tenía unos labios carnosos, que llevaba entreabiertos exhalando su aliento con cada zancada que daba, por los que se entreveían unos dientes blancos y perfectos.

La nariz era recta. Ni muy grande ni muy pequeña.

Sus ojos, de un verde vivo, me recordaron a un campo cubierto de hierba lleno de gotas de rocío.

El pelo moreno, largo hasta los hombros y un poco ondulado, lo llevaba suelto, lo que hacía que los mechones se mecieran con cada paso que daba. Pude apreciar que lo tenía limpio y cuidado.

Ya me había fijado días antes en que llevaba un aro plateado en la oreja izquierda y, en ese momento, además de tener alrededor del cuello mis brazos como si fuera un elemento decorativo más, portaba el collar de cuero marrón trenzado con el colgante en espiral de la otra vez.

—¿Por qué querías sorprenderme? —pregunté sin poder aguantar más mi curiosidad una vez que terminé de examinarlo.

—Porque quiero que dejes de pensar que soy un capullo.

—Yo no pienso que seas un capullo.

Se detuvo y me miró con una ceja arqueada.

—Vale —me rendí—. Pienso que eres un capullo y un idiota.

—También un gilipollas y un imbécil —replicó él comenzando a andar de nuevo—. Te he oído alguna vez comentárselo a tus amigas.

—Pues sí que tienes el oído fino —murmuré.

Él sonrió.

—No soy nada de eso. Aunque pueda parecerlo. Y no hay nada mejor que demostrártelo con hechos, en lugar de con palabras.

—Puedes dejarme en el suelo, si quieres. Sé andar yo solita.

—Antes has dicho que te dolían los pies.

—¿Y por eso vas a cargar conmigo hasta tu casa?

—Sí.

—Pues sí que eres un caballero. Terminaré por cambiar mi opinión sobre ti.

—Me alegraría mucho si lo hicieras —me confesó y me guiñó un ojo.

Yo me derretí contra su pecho como un helado puesto al sol del verano.

Cuando me di cuenta de que mis barreras comenzaban a bajar por culpa de todo lo que sentía con la cercanía de su piel, me resistí. De pronto, me notaba incómoda entre sus brazos. No podía continuar así o caería en la tentación antes de lo que pensaba.

—Déjame ya en el suelo, que llevas mucho rato caminando conmigo encima y acabará doliéndote la espalda.

—No te preocupes. Apenas noto tu peso. Estás muy delgada.

—Bueno, pero es que quiero ir andando. Ya no me duelen los pies y, además, si alguien nos ve así, ya sabes lo que pasará. Empezarán los chismes y todo eso.

—Está bien. Te voy a conceder tu deseo, pero que conste que lo hago porque no quiero discutir contigo, lo cual es una pena porque me encanta hacerte rabiar —sonrió juguetón y me depositó con cuidado sobre mis pies.

—A mí no me divierte tanto como a ti —le confesé recordando lo que había dicho sobre la transformación que se producía en mis ojos cuando estaba cabreada.

Llegamos a la panadería y compramos chocolate caliente con churros. Él llevaba los dos vasitos de cartón en las manos y yo la bolsa con la docena de bastones rebozados en azúcar.

Cuando estuvimos frente a su puerta, me dijo:

—Mete la mano en el bolsillo derecho de mi pantalón y saca las llaves para poder abrir.

Hice lo que me pedía sintiéndome como una intrusa. Estaba tocando su duro muslo y excitándome al mismo tiempo. Era una degenerada.

Aguanté la respiración para que él no notara que se había vuelto errática y saqué las llaves de la prenda vaquera.

—Aquí están —sonreí orgullosa por mi hazaña.

Él se quedó mirando mis labios durante lo que me pareció una eternidad.

Yo estaba cada vez más nerviosa.

—Es la llave del medio —dijo al fin con un suspiro.

Desvió sus ojos hasta la cerradura y observó cómo yo la introducía en ella para abrir la vivienda.

—Bienvenida a mi casa —pronunció dejándome pasar primero.

Me sentí halagada por aquel caballeroso gesto.

Accedí al interior de la casa y comencé a ascender las escaleras hasta el primer piso. La madera de algunos peldaños crujió al poner los pies en ellos.

—¿Dónde está la cocina? ¿O prefieres desayunar en el comedor? —quise saber una vez que estábamos en el rellano.

Al girarme, vi en sus ojos tanta lujuria y deseo que me asusté y retrocedí un paso.

Mi pulso se disparó y comencé a temblar como una hoja.

Hugo tragó saliva ruidosamente y carraspeó.

—El comedor es esa puerta de ahí —señaló con un gesto la que había detrás de mí. La voz se le había enronquecido ligeramente—. Aunque preferiría hacértelo en otra parte.

—¿Hacerme qué? —musité.

—Desayunar, por supuesto. A eso hemos venido, ¿no? Te lo he prometido y lo cumpliré. Quiero demostrarte lo buen chico que soy: correcto, educado y amable. Sé portarme bien.

Me dedicó una sonrisa inocente, pero a mí no me engañaba. Lo había escuchado con total claridad. Había dicho que preferiría «hacérmelo», no «hacerlo».

Decidí no darle más vueltas al asunto y pasé al comedor.

La estancia era sencilla y estaba decorada con muebles de los años ochenta y noventa. Supuse que serían los que había en la casa cuando su familia emigró y para lo poco que iban al pueblo de vacaciones, no les interesaba cambiarlos.

La estancia estaba formada por: un sofá de tres plazas de polipiel, que imitaba al cuero, de color marrón oscuro; un aparador con las puertas de cristal donde se veía la vajilla y la cristalería, con varios cajones en la parte inferior; y una televisión que tendría varios años más que Hugo. Me pregunté si aún seguiría funcionando.

Las paredes eran blancas, con algunos retratos familiares en ellas. En las ventanas había visillos hechos de ganchillo beige. Con toda seguridad, los habría hecho su abuela en vida.

En el centro, una mesa-camilla con las faldas verdes, que camuflaban el brasero que había dejado —me imaginé, porque mis abuelos habían tenido una igual— con un mantel plastificado encima en el que estaba dibujado nuestro país, con todas las provincias y sus capitales. Todavía conservaba su buen estado, aunque se le veía un poco amarillento por los años transcurridos. Pero, al menos, no estaba ajado.

A su alrededor, cuatro sillas de madera con el asiento del mismo material y color que el sofá. Se notaba que era la casa de sus abuelos y pensé que necesitaba una buena reforma para adecuarla más a la época actual.

Dejé la bolsa con los churros encima de la mesa y retiré una silla para sentarme.

Cuando él fue a sentarse frente a mí comprobé que en su entrepierna había una erección. ¿Estaba empalmado? ¿Por mí? Pero

¡si no habíamos hecho nada!

Hugo siguió el recorrido de mis ojos hasta su pubis y se sentó con rapidez.

—Ups —soltó como un niño al que han pillado cometiendo una travesura.

Yo estaba alucinada. Incapaz de hablar o decir nada.

—En mi defensa diré que no soy de piedra y tú tienes un culo muy apetecible. Pero te he prometido que hoy me portaría bien, que seré un buen chico. A no ser que desees lo contrario.

Como me había quedado muda por la impresión, él decidió por los dos.

—Vamos a desayunar, que se enfrían el chocolate y los churros.

Reaccioné y abrí la bolsita para sacar uno de los bastones. Lo mojé en mi chocolate y me lo llevé a la boca para morderlo bajo la atenta mirada verde de Hugo.

—¿No vas a comer? —le pregunté para romper el silencio que, de repente, se había instalado entre nosotros.

Él no me contestó. Agarró otro churro e hizo lo mismo que yo.

—¿Dónde está la rubia? Creí que pasarías la noche con ella —comenté como si hablara del tiempo.

—Supongo que estará en su casa, felizmente durmiendo.

—¿Feliz por haber estado contigo? —quise saber riéndome, pero no me hacía ni pizca de gracia saber que la chica esa había disfrutado entre los brazos de Hugo.

—Eso espero, aunque no te lo podría asegurar.

—¿No la has dejado satisfecha?

—¿Dudas de mis capacidades para satisfacer a una chica? —cuestionó fingiéndose ofendido.

—La verdad es que no. Ya he oído lo que dicen por ahí.

Hugo me miró esperando a que continuara.

Sin embargo, me negué a regalarle los oídos y contribuir a que su ego masculino creciera como la espuma del champán.

Continué comiendo como si no hubiera dicho nada.

—Supongo —comenzó a hablar él— que Laura no habrá tenido la boca cerrada. Tantos años viniendo al pueblo y todavía no has aprendido que no debes creer en las habladurías de la gente. La mitad de las cosas que dicen son falsas y la otra mitad se las inventan.

—Entonces, ¿no eres el semental que todas comentan?

—¿Así es como me llaman?

Soltó una carcajada que prendió chispas en cada una de mis células.

Deseé comprobar si lo que habían dicho las chicas que habían pasado por su cama era cierto o no.

Quise arrancarle la ropa allí mismo y tirármelo encima de la mesa.

Pero me contuve.

—Pues sí. Además de «el alemán», también te han puesto ese otro apodo. Solo entre las chicas, claro. Los tíos no sé si te habrán puesto algún mote.

—Así que semental —murmuró.

Me removí en la silla inquieta por lo que sentía entre las piernas. Apreté los muslos para apaciguar esa sensación.

Su voz era grave, ronca y muy sensual cuando hablaba tan bajo como lo había hecho en ese momento. Y con el acento típico del país en el que vivía, me estaba volviendo loca.

Me lo imaginé en la cama susurrándome cosas al oído mientras me acariciaba y me encendí todavía más.

Tenía que dejar de pensar en él de aquella manera o las neuronas de mi cerebro se fundirían una tras otra.

—¿Tú también me llamas así?

—No. Yo te digo cosas peores. Como insultos y tal. Recuérdalo —me reí intentando relajarme.

—A lo mejor cuando pases una noche conmigo…

—No me gustan las cosas usadas ni las de segunda mano —le solté, molesta de pronto.

A Hugo no le sentó nada bien mi comentario.

—*Scheiße.* La gente de este pueblo tiene mucha imaginación. Sobre todo las tías. No entiendo por qué se cuelgan medallas que no les corresponden.

—¿Qué quieres decir?

Pero él, en lugar de responderme, contraatacó con otra pregunta.

—¿Ya has hablado con Kike?

—¿Sobre qué?

—Sobre el motivo por el cual no quieres volver con él.

—Sí. Ya le dije que ha dejado de gustarme.

Él me miró muy serio.

—Deberías contarle la verdad.

—Esa es la verdad.

—No. No lo es.

—¿Qué sabrás tú? —me enfrenté a él.

Hugo se inclinó más sobre la mesa y alargó una mano para limpiarme con el dedo pulgar una gota de chocolate que tenía en la comisura de los labios.

Sin embargo, en vez de limpiarme, lo que hizo fue extender con una caricia el chocolate por mi boca.

A mí se me cortó la respiración de golpe. Aquello no me lo esperaba.

Su dedo era suave y fuerte, y me tocó con una delicadeza inesperada, como si mis labios fueran de cristal y temiese romperlos.

Aquella sensual caricia me quemó.

—Sé que no ha dado la talla en la cama, que no ha sido un buen amante para ti.

Me retiré hacia atrás y me lamí los labios intentando retener la sensación de ese dedo sobre ellos y, al mismo tiempo, limpiarme el chocolate.

—¿Él os ha contado eso? —quise saber medio excitada por su contacto y medio enfadada por la indiscreción de Kike.

—No. Un hombre nunca reconoce cuando falla en la cama y mucho menos lo comenta con los amigos. Se burlarían de él. —Se miró el pulgar y lo lamió.

A mí se me dispararon las pulsaciones todavía más. A este paso iba a darme un infarto antes de cumplir los veintitrés.

—Entonces, ¿cómo lo sabes tú?

—Porque acabas de decírmelo.

—Yo no te he dicho nada —me defendí.

—Tu lenguaje corporal habla por sí solo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué está diciendo ahora mismo? —pregunté con chulería.

—Que te mueres por follar conmigo, así que, ¿nos vamos a la cama ya o prefieres hacerlo sobre la mesa?

Me levanté indignada por su comentario, a pesar de que era cierto.

—Ya te he dicho que no me gustan las cosas usadas —mascullé entre dientes.

Salí como una exhalación del comedor y abandoné la vivienda como si estuviera en llamas.

«Aléjate de él por el bien de mi paz mental o terminarás en su cama y, luego, cuando pase de ti, te arrepentirás de lo que has hecho por muy bien que te lo hayas pasado con él y por mucho que hayas

disfrutado».

Por la calle me crucé con un par de vecinos que debían ser los más madrugadores del pueblo, aparte del panadero.

¡Genial! Me habían visto salir de casa de Hugo. Calculé que a mediodía ya se habría enterado toda la localidad de que había estado con él y murmurarían chismes inventados sobre nosotros.

Apreté los dientes por la rabia que me daba estar en aquella situación y aceleré de camino a mi casa.

Mis sospechas se vieron confirmadas cuando a las dos del mediodía llegué al bar de la plaza para tomar el vermut con mis amigas.

—¿En qué momento has estado con Hugo si nosotras nos despedimos aquí mismo a las siete de la mañana? —preguntó Claudia yendo directa al grano.

—Ya os habéis enterado, por lo que veo —solté de mal humor—. No ha pasado lo que estáis pensando. No me he liado con él —me apresuré a aclararles.

Ellas me miraron con la duda en sus ojos.

Y yo les expliqué lo sucedido.

—Pues todos comentan que entre vosotros ha habido algo. Que ya formas parte de su lista. Que has caído como todas las demás —dijo Laura con retintín.

—La gente de este pueblo tiene mucha imaginación. Tantos años viniendo de vacaciones aquí y todavía no habéis aprendido que no hay que creer en las habladurías. La mitad de las cosas que dicen son falsas y la otra mitad se las inventan.

En cuanto acabé de decir la frase me di cuenta de que eran las mismas palabras que había usado Hugo en su casa hacía unas horas. Me mordí la lengua para reprimir las ganas de gritar por la frustración.

—En fin —resoplé con resignación—, ya sabemos cómo es la gente en los pueblos y en el nuestro no iban a ser distintos. ¿Qué plan hay para esta tarde? —pregunté cambiando de tema—. Yo necesito echarme la siesta un par de horas, pero después estaré disponible.

—A mí me apetece ir al río. Podríamos darnos un baño y pasar la tarde —comentó Sofía.

—¿Sobre qué hora sería eso? —quiso saber Begoña—. Yo también quiero dormir la siesta un rato.

—No sé. ¿Sobre las seis y media os parece bien? —dudó mi prima.

—Por mí, *O.K.* —dijo Claudia.

—A mí también me parece buena hora —confirmó Laura.

—De acuerdo —pronuncié.

—Vale, pues a las seis y media aquí en la plaza —decidió Bego.

—Yo me termino esto y me voy a casa. A ver si mi madre tiene la comida hecha ya y me voy a dormir antes de que sea más tarde. Estoy que me caigo de sueño —les conté a las chicas.

Apuré mi cerveza fresquita y me metí en la boca la croqueta que quedaba en el plato que habíamos pedido.

Me levanté justo cuando Kike y mi hermano entraban por la puerta.

Nos saludaron y Alberto me miró de una forma que decía «Ya me he enterado de tu travesura y en cuanto estemos solos en casa vamos a hablar».

Kike se acercó a mí con rapidez.

—¿Qué tal anoche con Hugo? —soltó a bocajarro molesto.

—No sé. Pregúntaselo a él. ¿No sois amigos?

—Pensaba que tú y yo nos estábamos dando un tiempo. No creí que fueras a liarte con otro tan pronto. Encima con un tío que no has visto desde que tenías diez años y no sabes cómo es. ¿Acaso no has oído lo que comentan en el pueblo? ¿Sobre todo las tías que se han acostado con él?

Resoplé. Lo que me faltaba. Que Kike me montase una escenita de celos cuando no teníamos nada.

—Pues sí, he oído lo que dicen de él en el pueblo —repliqué—. Pero te aconsejo que no hagas caso de los chismorreos. La gente se inventa muchas cosas —dije sin saber si estaba defendiendo a Hugo o a mí misma. En todo caso, sería a mí.

Hice amago de rodearlo para salir del bar, pero él me agarró del brazo. Se acercó a mi oído y me susurró:

—¿Cómo has podido caer tan bajo?

—A lo mejor ha sido porque quería probar si era cierto lo que dicen las otras chicas: que es muy bueno en la cama. ¿No sabes que le apodan «el semental»? —repliqué con mala leche. Ya estaba harta de que Kike me persiguiera. Así que aproveché la oportunidad para darle la estocada final y ver si así me dejaba en paz de una vez. Me dio pena por él, pero si no le paraba los pies ya, convertiría mi verano en una tortura con sus persecuciones, súplicas y celos.

Me solté de su agarre y me despedí de mis amigas con un gesto de la mano.

Salí al calor de la calle y gruñí cansada.

No había hecho nada malo y ya todos comentaban a mis espaldas. Algunos como Kike y, en un futuro cercano mi propio hermano, me acusaban sin importar que me soltaran toda su mierda en la cara.

¿No se suponía que uno era inocente hasta que se demostrase lo contrario? Pues se lo estaban pasando por el forro a base de bien.

Más me valía no volver a acercarme a Hugo el resto del verano para que la gente dejase de murmurar y se centrasen en otras cosas.

Al poco de empezar a comer, llegó Alberto.

Me lanzó una mirada que me indicaba lo mismo que la otra del bar.

Terminé de almorzar y subí a mi cuarto después de haberme lavado los dientes.

Mi hermano subió enseguida. Abrió sin llamar y se metió dentro.

—Alber, no vuelvas a hacer eso. ¡Casi me pillas en bragas! —lo reñí.

—Eres mi hermana. No voy a hacerte nada.

—Por muy hermana tuya que sea, debes respetar mi privacidad.

—Todavía estás vestida. No entiendo por qué te quejas tanto.

—¿Por qué no has llamado a la puerta para pedir permiso antes de entrar? —pregunté con sarcasmo.

Él hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

Caminó hasta la cama y se sentó en ella mientras yo me quitaba las sandalias en la silla de la esquina.

—He oído lo de Hugo.

—Ah, ¿sí? No me digas. ¿Y tú también te lo crees? —contesté soltando un largo suspiro.

—Pues no sé. Teniendo en cuenta que me he enterado hace poco de que el año pasado te liaste con Kike y no me lo habías confesado… Por cierto, ¿cómo evitasteis los cotilleos el verano anterior? Porque aquí la peña se entera de todo y de lo tuyo con Kike no se ha escuchado nada.

—Porque los dos disimulamos muy bien para evitar chismes, fuimos superdiscretos, y yo le pedí que no te lo contase. Pero lo importante es que lo de Hugo es todo mentira. La gente habla mucho y se inventa la mitad de las cosas.

—Entonces, ¿no ha pasado nada? —quiso cerciorarse.

Negué con la cabeza.

—Nada de nada. Me lo encontré cuando volví a casa al amanecer y me invitó a desayunar en la suya. Chocolate con churros. Puedes preguntarle al panadero. Y cuando terminamos, me vine a casa para

dormir. Fin de la historia.

Alberto me miró por un largo espacio de tiempo.

—Y entonces, ¿por qué a Kike no se lo has negado? ¿Por qué le has dicho lo contrario para que piense que ha pasado de verdad lo que la gente comenta?

—Para ver si así deja de perseguirme pidiéndome que vuelva con él. Ya le he dicho veinte veces que no y sigue dándome el coñazo. Estoy harta.

Él sopesó mis palabras.

—¿Seguro que con Hugo no ha habido tema?

—Pregúntaselo a tu amigo si no me crees —Puse los ojos en blanco —. Anda, que ya te vale. Creer lo que van diciendo por ahí en lugar de lo que te acaba de confesar tu hermana. Pensaba que estarías de mi lado.

—Y estoy de tu lado, pero no me gusta escuchar lo que se comenta en el pueblo. Eres mi hermana, compréndelo.

—Pues haz oídos sordos. Ya se cansarán de murmurar —le aconsejé.

—Kike está destrozado. De verdad piensa que te has liado con Hugo.

—Me da igual lo que piense Kike.

—Es uno de mis mejores amigos y no quiero verlo mal por una tía. Aunque esa tía sea mi hermana.

Inspiré profundamente antes de contestar:

—Pues lo siento, pero es lo que hay. Cuanto antes se dé cuenta de que no voy a volver con él y me olvide, mejor para todos.

—Pero ¡si es un buen chico!

—Pero ¡no es bueno en la cama!

Ya estaba. Ya lo había soltado. Ahora mi hermano sabía por qué lo había dejado con su amigo del alma.

—¿A eso se reduce todo? —cuestionó—. Para que luego digan de los tíos.

—En mi caso sí. Además de ser un buen chico, tiene que satisfacerme en la cama y Kike no da la talla. Y no me hagas hablar más del tema porque no quiero, no estoy a gusto comentando estas cosas contigo por mucha confianza que haya entre nosotros. Tú eres mi hermano y él… Él es tu amigo y no… No lo veo normal, no sé.

—Hugo también es mi amigo. ¿Te vas a liar con todos? ¿Los vas a ir probando uno por uno hasta que encuentres el idóneo? Al menos me

queda el consuelo de que los conozco a todos, pero no sé si mi amistad con ellos se resentirá porque al primero que diga algo malo de ti, le romperé la cara.

—¡Que con Hugo no ha pasado nada, por Dios! —bufé levantándome de la silla—. Y con el resto de tu peña tampoco va a haber nada, ni ahora ni nunca. No quiero que pierdas a tus amigos por mi culpa.

—Está bien. Te creo. Pero de todas formas, ten cuidado con Hugo. No me gustaría que debido a su fama de ligón, tú te vieras perjudicada.

—Me parece que ya ha pasado. Concretamente, ¿qué es lo que dicen por ahí sobre nosotros?

—Que te vieron saliendo de su casa cerca de las ocho de la mañana y que ya se sabe que, cuando una chica sale a esas horas de casa de un chico que está solo en el pueblo, se entiende que ha pasado la noche con él.

—Bueno, pues tú conoces la verdad. ¿A quién vas a creer: a tu hermana o los chismorreos de la gente?

Capítulo 5

A las ocho y media regresábamos del río en el que habíamos estado nadando y refrescándonos toda la tarde, cuando de repente nos pasó por al lado, a toda velocidad, una moto que casi nos atropella.

Todas nos llevamos un susto de muerte. Laura y Sofía gritaron atemorizadas mientras que Bego y yo soltamos unos cuantos insultos, acordándonos de toda la parentela del conductor. La única que no montó ningún cirio fue Claudia, que iba con los cascos puestos escuchando música a todo volumen. Cualquier día se reventaría los tímpanos.

A unos cien metros, la moto se detuvo. El piloto se quitó el casco y comprobamos que era Hugo.

—¿Estás loco o qué te pasa? —le increpé cuando estuve más cerca de él—. ¡Podías habernos matado, idiota!

—Lo siento. No era mi intención —dijo de forma inocente, pero a mí no me engañaba. Estaba segura de que lo había hecho a propósito para fastidiarme como cuando era pequeña y me tiraba de las trenzas.

Todas aceptaron sus disculpas menos yo, que permanecí en silencio, maldiciéndole con la mirada.

—Sara, sube —me ordenó.

—Gracias, pero no.

—Aún falta para llegar al pueblo. Puedo hacer de moto taxi y así no llegaréis tan cansadas.

—He dicho que no —le repetí.

—Oye —intervino Laura—, habla por ti. Yo estoy agotada y me vendría bien que me acercase hasta mi casa.

—Yo también quiero que me lleve hasta el pueblo. Con que me deje en la plaza, me conformo —dijo mi prima Sofía.

—Y yo —declaró Claudia que se había quitado los cascos para escuchar la conversación.

—No tenéis casco ninguna. ¿Y si os para la Guardia Civil? Os multarían y…

—Nos da igual —soltaron las tres a la vez.
—¿Pasa muy a menudo la policía por aquí? —preguntó él.
—La verdad es que no, pero también podríais tener un accidente porque a la velocidad que vas… —insistí.
—Tranquila. Cuidaré bien de tus amigas.
—Yo me quedo contigo, Sara —declaró Bego poniéndome una mano en el hombro.
Hugo me dedicó una sonrisa traviesa. Miré al resto muy seria.
—Subid una, no me importa quién sea la primera —les pidió el chico con dulzura.
A Laura le faltó tiempo para montar en el vehículo.
Hugo aceleró y se marcharon de allí.
—No te enfades, venga. Encima de que nos hace un favor… —comentó Claudia.
—Prima, es muy amable de su parte. No te lo tomes a mal —dijo Sofía.
—Sois unas traidoras —mascullé entre dientes.
—A mí no me incluyas, que yo he dicho que me quedaba contigo —añadió Bego—. Sigamos caminando hasta que vuelva a por la siguiente.
Claudia y Sofía habían comenzado a pelearse por subir a la moto en el próximo viaje.
Varios minutos después apareció Hugo de nuevo.
Ellas continuaban discutiendo el mismo tema.
El chico permanecía parado, esperando a que se decidiesen.
—¿Seguro que no quieres subir tú? —volvió a preguntarme.
—No.
—¿Por qué? ¿Tienes miedo? ¿Nunca has tenido entre las piernas algo tan potente?
No le contesté. Tiré del brazo de Sofía y la hice subir al vehículo.
—Fin de la discusión —dije—. Hala, tira para el pueblo y vuelves a por Claudia.
Hugo sacudió la cabeza riéndose. Dio gas a la moto y se marchó de allí.
—¡Cómo se nota que Sofía es tu prima! ¡Las has colado! —protestó Claudia.
—Haberos aclarado vosotras en vez de pelearos como niñas pequeñas —contesté.
Bego, a mi lado, no decía nada.

—Anda, tira para el pueblo que a este paso no vamos a llegar nunca —le mandé a Claudia.

Refunfuñó un poco más hasta que vio que Hugo regresaba con la moto a buscarla.

—¿Te has pensado bien lo de volver a casa caminando? —cuestionó de nuevo.

—¿Cómo tengo que decirte que no quiero subir en tu puñetera moto? —respondí chillando—. Además, no voy a dejar sola a Bego.

—Vale, tranquila, chica. Qué manía tienes con gritarme. No se te puede decir nada. Menudo genio.

Claudia montó en la moto antes de que tuviese tiempo de responderle a Hugo.

Los observé mientras se alejaban y di algunas patadas al suelo bajo la atenta mirada de Bego.

—¡Cómo odio a ese tío, por Dios! —grité furiosa.

Mi amiga me miró y comenzó a reírse.

—¿A ti te parece gracioso?

—Pues sí. Sois muy graciosos los dos. Él buscándote y tú resistiéndote. ¿Seguro que no os liasteis cuando fuiste a su casa? —Sin dejarme contestar, prosiguió—: En serio, tía, acuéstate con él. Tenéis que solucionar toda esa tensión sexual acumulada.

—¿Qué? —pregunté mirándola como si tuviera un tercer ojo en la frente.

—Que te lo tires de una vez. A ver si te deja satisfecha y te cambia el humor porque, últimamente, estás que no hay quien te aguante.

—No me lo puedo creer, Bego. ¿De verdad piensas eso?

—Sí, por mucho que te cueste admitirlo, eso es lo que pienso. Te sientes atraída por él y no me extraña porque está buenísimo. No entiendo por qué te resistes tanto.

—¿Porque es un idiota?

Mi amiga me contempló un momento y, después, enlazó su brazo con el mío.

—Anda, vamos, o se nos hará de noche.

Cuando estábamos en la entrada del pueblo, Hugo salía caminando de él.

—¿A dónde irá ahora? —musité.

—Me apuesto lo que quieras a que vuelve a por ti —susurró Bego.

—Si hace eso, es porque es gilipollas. Ya le he dicho que no varias veces.

—O se le ha pegado de Kike la manía de perseguir a la chica que le gusta.

—¿Gustarle yo? ¡No flipes!

—Espera y verás.

Hugo se acercó a nosotras.

—¡Ya estáis aquí! —Sonrió ampliamente abriendo los brazos.

Yo pasé por su lado ignorándolo.

—No te preocupes —escuché a Bego decirle—. Ya se le pasará. No suele ser así. A veces, incluso, es simpática.

—Te he oído, Begoña —grité por encima de mi hombro.

—¿Es que siempre tenemos que estar peleando? ¿Por qué no puede haber una tregua entre nosotros? —preguntó Hugo.

Me di la vuelta.

—Porque siempre estás pinchándome, por eso no hay una tregua entre nosotros.

Y volví a girarme de nuevo caminando hacia mi casa.

—Dale tiempo. Déjala un poco en paz y verás cómo en unos días cambia su actitud hacia ti —le recomendó mi amiga.

*****

Durante los tres días siguientes cada vez que veía a Hugo, él se dedicaba a ignorarme.

Kike tampoco me hablaba, pero sí me miraba haciéndome saber que estaba molesto conmigo.

A mí me dolía verlo así porque era justo lo que había tratado de evitar y al final no había podido hacerlo. También me fastidiaba ver como Hugo era encantador con todas las chicas del pueblo mientras que hacía como si yo no existiera.

Pero existía y no dejaba de recordar su dedo sobre mis labios, lo excitada que había estado en varias ocasiones y lo considerado que había sido aquella mañana, cuando cargó conmigo en sus brazos por todo el pueblo y me había invitado a desayunar.

Me arrepentía de haber sido tan borde con él y de haberle hecho daño a Kike.

No podía volver al pasado y deshacer el entuerto, pero sí que podía disculparme con los dos. Por lo menos con Kike.

Así que aquella noche, en la terraza del bar, cuando me lo encontré solo esperando a sus amigos, me acerqué a él.

—Hola, Kike. ¿Te importa si me siento un rato? Tengo que hablar contigo sobre algo.

—¿Ahora sí quieres hablar? —me preguntó en un tono seco.

—Pues… Sí. Creo que te debo una explicación —carraspeé.

—Bien. Te escucho —contestó al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

—Mira: sé que me he portado fatal contigo desde que he llegado al pueblo y quiero pedirte perdón por eso. Pero tú también debes reconocer que me has estado agobiando todo el tiempo cuando te había dicho varias veces que ya no siento nada por ti. Al final me cabreé por tu insistencia y…

—Lo entiendo —me cortó—. Sé que me puse muy pesado y tú ya no quieres nada conmigo. Y lo respeto. No creas que eres la primera chica que pasa de mí. Pero me dolió bastante, aunque lo voy superando poco a poco.

—Gracias por comprenderlo —le sonreí con amabilidad.

—Pero lo que no llego a entender es cómo te has podido liar con Hugo. Tú no eres así, Sara. Eres más selectiva con los tíos y que hayas estado con él, te deja en mal lugar.

—Espera un momento: también quería aclararte esa parte. Entre Hugo y yo no pasó nada. Me invitó a desayunar en su casa y luego me fui a la mía. Punto final. No sucedió nada en absoluto. Ni siquiera nos dimos un beso.

No tenía por qué contarle esos detalles, entre nosotros todo había terminado, pero sentí la necesidad de justificarme para enterrar el hacha de guerra de una vez por todas. Además, le había mentido —más bien insinuado— al decirle que había pasado algo entre su amigo y yo, y eso no estaba bien.

—¿En serio? Pues no es eso lo que Hugo va contando por ahí.

Me quedé de piedra.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que tu versión no cuadra con la de Hugo.

Al instante, una furia asesina se apoderó de mí. Me levanté de un salto de la silla, apretando los puños hasta que se me pusieron los nudillos blancos.

—Se va a enterar ese desgraciado —dije entre dientes.

Di media vuelta y me fui a buscar a Hugo a su casa. Seguramente estaría todavía allí y si no estaba, lo encontraría en cualquier otro lugar. Pero me iba a escuchar sí o sí. Aunque tuviese que buscarlo

hasta debajo de las piedras.

¿Así que había estado hablando de mí a mis espaldas? ¿Soltando cotilleos por ahí?

Pensando en todo lo que le iba a decir a ese chulito fui destrozando el suelo con cada pisada. La rabia ardía en mi interior y, de repente, recordé lo que había dicho sobre la tormenta que se creaba en mis ojos grises cuando me enfadaba.

¡Se iba a enterar el tío ese! ¡Un tornado era lo que sentía en aquellos instantes! ¡Y de grandes dimensiones! Con toda certeza, se saldría de cualquier escala con la que medían los tornados y huracanes.

Llegué a su casa y aporreé la puerta con fuerza hasta que me dolió la mano.

Había luz en el salón, por lo tanto estaba en la vivienda.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás dando tantos golpes? —preguntó al asomarse al balcón.

—Ábreme. Tenemos que hablar —respondí destilando odio con cada palabra.

—Enseguida bajo.

Se metió en el interior y a los pocos minutos oí cómo descendía por la escalera.

Me abrió la puerta y yo entré en su casa como un vendaval.

—¿Se puede saber qué le has contado a Kike y al resto del pueblo sobre nosotros?

Él alzó las manos en señal de paz.

—Eh, eh, eh. A mí no me grites. ¿Qué derecho te crees que tienes para venir a mi casa y gritarme de esa manera? ¿Estás loca o qué te pasa, tía?

—Pues tengo todo el derecho. Sí. Porque me acabo de enterar de que has ido por ahí inventando no sé qué historia sobre nosotros. Y luego me sueltas el rollo de que no te van los chismorreos de la gente, que si la peña en este pueblo miente más que habla, bla, bla, bla. Y resulta que eres tú quién se inventa las cosas y miente.

—Yo no le he contado nada a nadie —se defendió.

—Mientes —lo acusé pinchándole con un dedo.

En ese momento me di cuenta de que estaba sin camiseta, con el pantalón vaquero a medio abrochar y descalzo. El pelo lo tenía un poco desordenado. Llevaba una coleta un poco suelta, de la que escapaban algunos mechones.

Cuando toqué su piel, sentí un chispazo en medio de las piernas y juraría que el aire a nuestro alrededor crepitó.

Le observé embobada, admirando las curvas de sus pectorales, los oblicuos bien delineados, la trabajada tableta de chocolate y los hombros fuertes. Tenía unos brazos musculosos. Normal que me hubiera transportado por todo el pueblo sin cansarse.

El mismo collar de siempre con la espiral plateada colgaba de su cuello, el arito en la oreja y me fijé que tenía un tatuaje de una gárgola medieval en el hombro derecho. Las líneas de tinta negra que decoraban esa parte de su piel me excitaron por completo. Recorrí su cuerpo con una ansiedad difícil de soportar y comprobé que tenía otro *tatoo* de unas letras góticas en el dorsal izquierdo. Lo leí, dándome cuenta de que era su nombre.

—No le he dicho nada a nadie. Te lo juro —repitió.

Salí de mi ensoñación y lo miré a los ojos. A esos ojos verdes con los que soñaba desde que los había visto por primera vez.

—No te creo —mi voz sonó ronca por el deseo que me producía tenerlo allí así, medio desnudo.

Él se dio cuenta.

—Vamos a solucionar esto de una vez.

Me hizo retroceder hasta que mi espalda chocó contra la pared y bajó sus labios para buscar los míos mientras me rodeaba la cintura con un brazo. Con la otra mano, me agarró por la nuca, obligándome a alzar la cara hacia él y se apoderó de mi boca como si le perteneciese.

Me besó muy despacio, recorriendo el contorno con la punta de su lengua y cuando entreabrí los labios permitiéndole apoderarse de mi boca, la metió dentro y acarició con delicadeza el interior.

Me derretí contra su cálido pecho. Me aferré a sus hombros y profundicé el beso, uniendo mi lengua a la suya para que bailasen una danza sensual.

Hugo gruñó y me afianzó más por la nuca, colocándome en la posición perfecta para continuar besándome como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Poco a poco, el beso se volvió más exigente, más salvaje, más agresivo.

Ese tío sabía besar y yo no iba a desaprovechar la oportunidad. En toda mi vida se habían apropiado de mis labios como lo estaba haciendo Hugo en aquel momento. Necesitaba más. Quería más. El

deseo chisporroteó en cada poro de mi piel.

Él bajó la mano con la que me agarraba de la cintura y la deslizó por mi cadera con suavidad, al tiempo que se despegaba de mí para que pudiésemos los dos coger un poco de aire.

—¿Qué estamos haciendo? —musité.

—Dar de qué hablar. Al menos ahora serán ciertos los rumores sobre qué ha pasado entre nosotros.

—Solo ha sido un beso.

—Pero puedo hacer mucho más que besarte… si me dejas —susurró en mi oído y su aliento me hizo cosquillas.

Sentí como si miles de hormigas me recorriesen la piel y todo mi vello corporal erizado.

—No he venido aquí para esto.

—¿Y para qué has venido entonces?

—Ya no me acuerdo —confesé y era verdad porque sus besos me habían robado la capacidad de pensar con claridad. Todas mis neuronas se habían esfumado en cuanto sus labios tocaron los míos.

—Recuerdo algo de lo que has dicho, pero prefiero seguir besándote. Es mucho más placentero que discutir contigo. Aunque verte enfadada también me gusta demasiado. Hace que te desee todavía más. Toda esa energía… me vuelve loco.

Sonrió de esa forma canalla tan particular y yo me alcé sobre la puntas de los pies para volver a unir mis labios con los suyos.

De pronto, escuché un ruido en el piso de arriba. El sonido fue como si hubiesen retirado una silla o algo así y unos pasos que se encaminaban hacia alguna parte de la casa.

Me aparté de él asustada.

—¿Estás con alguien?

—Sí, pero puedo…

Lo empujé para sacármelo de encima.

—¿Estás con otra tía? ¡Claro! ¡Por eso vas medio desnudo y despeinado! ¡Qué tonta he sido, por Dios! —le grité sin dejarlo responder.

Acto seguido, le crucé la cara de un tortazo y salí de la casa igual que había entrado. Con la furia de un ciclón que arrasa todo a su paso.

Y con los labios ardiendo e hinchados por sus besos.

*****

—¿Cómo he podido ser tan gilipollas? —me reñí a mí misma mientras iba por la calle.

Varios vecinos del pueblo me saludaron, pero yo los ignoré. Estaba demasiado ofuscada como para ser amable y simpática con nadie.

—¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta! ¿Cómo no me lo había imaginado? Debí suponer que estaría con alguien porque ese idiota es de los que no pierden ninguna oportunidad. ¡Mierda! —exclamé hablando sola en voz alta.

Parecía una loca desquiciada.

Por el camino me encontré con Bego, que iba hacia el punto de reunión en el que quedábamos siempre mis amigas y yo.

—¡Hey! ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡Que acabo de besarme con un miserable, imbécil, subnor…!

—Vamos, que has estado con Hugo —me interrumpió con toda tranquilidad—. ¿Y dices que le has besado? ¿O ha sido él a ti?

Me detuve para explicárselo mejor.

—Yo…, esto…, creo que… —resoplé mientras pensaba en cómo había sucedido todo y volví a excitarme recordando su beso—. Ha sido él. Sí. Ha empezado él. Pero yo se lo he permitido.

—Y, entonces, ¿por qué estás tan cabreada? ¿Tan mal lo hace? ¿Es peor que Kike?

—¡No! ¡Qué va! Nunca me habían besado tan bien. Ha sido… —Traté de hallar una palabra que definiera a la perfección los besos de Hugo—. Espectacular. Algo como… ¡fuegos artificiales!

—Pues si te ha besado superbién y estás toda enfadada, no quiero ni pensar el día que tengáis sexo. Arderéis en el infierno y con vosotros, el pueblo entero. No hay quién os entienda.

—No es por eso por lo que estoy cabreada —le aclaré—. Es porque estaba con una tía cuando yo he llegado y ha tenido la poca vergüenza de besarme en la escalera de su casa mientras otra le esperaba arriba.

Bego se quedó boquiabierta.

—¡No me lo puedo creer! ¿Será cabrón? ¿Cómo ha podido hacer eso? No me extraña que estés tan rabiosa. Si me lo hubiera hecho a mí, le habría pegado una buena hostia.

—Eso es lo que he hecho —confesé—. Le he dado un tortazo con toda la mano abierta y no sabes lo a gusto que me he quedado. Si creía que se iba a reír de mí, lo lleva claro, el tío.

Comencé a reírme, a pesar de que no me hacía gracia la situación,

y Bego se unió a mi risa. Enlazó su brazo con el mío y tiró de mí para que continuara andando.

—¿Y quién era la chica que estaba con Hugo?

—No sé. No la he visto.

Se paró en seco, obligándome a frenar.

—¿Y cómo sabes entonces que estaba con una tía?

—Vamos a ver: iba sin camiseta, con el pantalón a medio abrochar, descalzo; el pelo lo tenía casi suelto, con la goma de la coleta floja… Y he oído ruido en el piso de arriba. Que arrastraban una silla o algo así, y pasos. Está claro que cuando he ido a su casa lo he sorprendido con una tía.

—O sea, que lo has pillado montándoselo con otra, en teoría, pero no has visto a la chica. ¿Y si no estaba con una tía?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estaba con un hombre? —cuestioné sorprendida.

Bego se encogió de hombros.

—A lo mejor es bisexual. Tampoco lo conocemos tanto como para saberlo. Hacía muchos años que no venía al pueblo, aunque tampoco es que una persona vaya por ahí comentado sus gustos sexuales —respondió mi amiga.

—No puede ser —me negué a creer en esa posibilidad.

—Y siempre ha estado con tías —comentó ella—. Quiero decir, desde que llegó. Siempre ha ligado con chicas, pero no sé. Me choca que haya estado persiguiéndote todo el rato, insistiendo contigo como si fueras la única disponible. Y cada vez que te miraba, se notaba demasiado lo mucho que le gustaba lo que estaba viendo. Aquí hay algo que no encaja.

Empezó a dolerme la cabeza.

—Da igual. Déjalo. No me importan los gustos sexuales de Hugo —dije tocándome la frente.

Comenzamos a caminar otra vez hasta que llegamos a donde nos esperaba el resto de nuestras amigas.

Pedimos la bebida al camarero y nos sentamos en la terraza porque hacía una noche estupenda.

—Mañana es día de mercadillo en Arroyoseco y tengo la intención de ir. ¿Alguna quiere acompañarme? —pregunté a todas.

—¿A qué hora te irías y cómo? —quiso saber Sofía.

—Voy a ir andando, que solo son dos kilómetros y siempre viene bien hacer algo de ejercicio. Saldré sobre las diez. Más tarde no

porque hará mucho calor y hay que volver.

—Pues entonces paso de ir —dijo mi prima.

—Yo tampoco. No me apetece madrugar —comentó Claudia.

—¿Llamas madrugar a levantarte a las diez de la mañana? —La miré con burla en mis ojos—. Entonces, cuando te levantas a las siete para ir a la facultad, ¿cómo lo llamas?

—Tía, estoy de vacaciones. Todo lo que sea levantarse antes de las doce o la una del mediodía ya es madrugar —replicó ella.

—Vale, bien. Entendido. ¿Y vosotras dos? —Miré a Laura y a Bego.

—Yo tengo que ir con mis padres a Salamanca para hacer la compra de la semana, así que no puedo acompañarte —alegó Begoña.

—A mí no me apetece ir —dijo Laura.

—Pues nada. Iré sola.

Continuamos un rato más en la terraza hasta terminar las bebidas y cuando estábamos pagando, llegaron mi hermano, Kike, Hugo y Javier, otro amigo de su grupo.

—Os dejamos la mesa libre, chicos, que nos vamos a La Cueva —les informó Claudia.

Ellos nos lo agradecieron porque la terraza estaba tan llena que no se habrían podido sentar en ningún sitio.

Alberto me dirigió una mirada de las que decían «Tú y yo tenemos que hablar». Kike y Javier se limitaron a sonreírnos mientras se sentaban en las sillas. Hugo resopló y desvió la vista, alzando una mano para llamar al camarero.

Nos despedimos de ellos y nos marchamos al otro bar.

No los vimos más en toda la noche.

*****

Al día siguiente me puse un mono corto, de color verde, con escote en uve y tirantes. Me recogí el pelo en una coleta alta y me calcé unas zapatillas blancas. Cogí el bolso de bandolera y salí de mi casa informándole a mi madre de a dónde me dirigía.

Llevaba el móvil por si pasaba cualquier cosa y necesitaba ayuda, así que ella se quedó más tranquila.

Hacía una mañana muy bonita. Me encantaba pasear por los alrededores del pueblo. La carretera era sinuosa y en cada curva encontraba un paraíso en miniatura. Helechos, robles, castaños… Los árboles daban bastante sombra en la carretera, pero algunos rayos de

sol conseguían meterse entre sus ramas haciendo que pareciese que me había perdido en un cuento encantado.

Solo se oía el canto de los pájaros. Había tanta paz…

Pero esta paz duró poco porque comencé a escuchar a lo lejos el ruido de un motor que se aproximaba hacia mí a toda velocidad.

Yo iba caminando por el arcén, pero aun así me aparté todavía más y me detuve.

Me giré porque el ruido provenía de mi espalda, perturbando la tranquilidad del entorno y maldije a quien lo estaba provocando.

Vi pasar a la velocidad del rayo una moto que me pareció la de Hugo. Unos metros más allá, comprobé cómo derrapaba dando la vuelta y se dirigía hacia mí.

Efectivamente, era él.

Cuando llegó a mi lado, apagó el motor y se quitó el casco. El pelo bailó sobre sus hombros al verse libre del protector para la cabeza.

—¿Qué haces aquí sola?

—¿Y a ti qué te importa? —le contesté lo más insolente que pude. Todavía estaba enfadada por lo de la noche anterior.

Él me miró pensativo. Ladeó la cabeza y habló:

—Esta carretera solo lleva a dos sitios: Arroyoseco y Laguna del Duque. Dado que el segundo pueblo está a más de treinta kilómetros, supongo que irás al primero, que queda más cerca. Sube. Te llevo.

—No, gracias. Prefiero ir andando —respondí con chulería.

—¡Venga ya, tía! Dentro de poco empezará a apretar el sol y hará más calor. Además, aún te queda la vuelta. ¿Es que quieres que te dé algo? Anda, deja de resistirte y súbete a la moto.

—He dicho que no —insistí cabezona.

Hugo resopló.

—O subes a la puñetera moto o te subo yo. Tú decides.

Me crucé de brazos y lo reté con la mirada, negándome a obedecerle.

—Mira, Sara: hay dos formas de hacer esto. La fácil y la difícil. Tú verás cuál quieres elegir porque de igual manera vas a montar en mi moto. No pienso dejarte sola en mitad de la nada y con este calor, así que deja de comportarte como una niña pequeña y haz lo que te digo. ¡Obedece, joder! —me ordenó gritando.

—A mí no me grites.

—¡*Verdammt*! ¿Tú sí puedes hacerlo y yo no? ¿De qué vas, tía?

—Y tampoco me des órdenes como si fuera un perro —repliqué.

Él se bajó de la moto y se encaró conmigo. Tuve que alzar la cabeza para poder mantenerle la mirada.

—Ni me hables en alemán, así que si me has insultado o algo por el estilo, dímelo en castellano para que te entienda y pueda defenderme.

—No te he insultado. He dicho «joder». No comprendo por qué pierdo el tiempo contigo —dijo en voz baja y controlada.

—Yo tampoco, la verdad. Con la cantidad de tías que hay, como, por ejemplo, con la que estabas anoche, cuando fui a tu casa.

En dos pasos se me acercó y me agarró por la nuca, sosteniendo el casco con la otra mano. Pegó mis labios a los suyos y me dio un beso que me dejó sin aliento.

Yo, incapaz de resistirme al calor húmedo de su boca, le correspondí.

Hasta que me di cuenta de lo que estábamos haciendo y me aparté. Descrucé mis brazos y alcé uno con la intención de partirle la cara otra vez.

Sin embargo, él me detuvo sujetándome la mano.

—Ni se te ocurra —me advirtió—. Con el de anoche tuve bastante.

—¿Por qué me has besado?

—Porque no he podido resistirme. Perdona si te ha sentado mal. No debería haberlo hecho sin tu permiso —se arrepintió.

¿Qué si me había parecido mal? ¡Lo contrario! Con gusto me quedaría pegada a sus labios toda la vida. El sabor de su boca era adictivo y yo me había convertido en una yonqui de sus besos con solo probarlos tres veces. Además, la noche pasada había soñado con él, con lo ocurrido en su casa, con su cuerpo medio desnudo y sus tatuajes. Me había despertado empapada en sudor y tan caliente que tuve que darme una ducha antes de desayunar.

Pero no lo reconocería en voz alta ni aunque me echasen agua hirviendo por encima.

Me quedé con las ganas de darle permiso para besarme siempre que quisiera.

Bajé la mano y él se relajó visiblemente.

—Eres masoquista —afirmé.

—Pues debo serlo porque contigo no sé qué me pasa que no puedo evitar caer en la tentación una vez tras otra —me confesó.

—¿Cómo te atreves a decirme eso después de haber pasado la noche con otra chica? ¿Y después de inventarte que entre nosotros sucedió algo que en realidad no ocurrió?

—Lo que te dijo Kike fue mentira. No sé por qué lo hizo, pero yo nunca he contado nada sobre ti ni sobre ninguna otra. Créeme, soy muy discreto para esos temas. Además, ya te dije que la mitad de los chismes eran inventados.

Lo miré sin llegar a creerme sus palabras.

—Sube a la moto. Yo también debo ir a Arroyoseco para comprar unas cosas. Te invito a un refresco o una cerveza en el bar de la plaza. Lo que tú prefieras.

Asentí con la cabeza y caminé hacia el vehículo.

—Espera. —Me detuvo cogiéndome del codo. Al instante, un delicioso calor se extendió por todo mi cuerpo—. Ponte el casco para que vayas más protegida.

—No corras demasiado. No me gusta la velocidad.

—Quédate tranquila. Iremos dando un paseo.

Me deshice la coleta y me coloqué el casco. Hugo cerró la correa que me lo ataba por debajo de la barbilla y cuando estuve lista, él se montó en la moto conmigo de paquete.

Aferrada a su duro cuerpo, continuamos el viaje hasta la otra localidad.

***

En la entrada del pueblo había un *parking* donde dejamos el vehículo de dos ruedas. Hugo sacó del interior del sillín una cadena bastante gruesa con un candado y unió la moto a una farola. Después metió el casco dentro del asiento.

—¿Tienes miedo de que te la roben? —le pregunté riendo.

—Es que no es mía. Tengo que devolverla en el aeropuerto de Madrid cuando regrese a Alemania.

Ante mi cara de sorpresa, me explicó:

—¿Pensabas que había venido en moto desde allí? Pues no. Vine en avión y en el aeropuerto alquilé un coche, la moto y un carro para transportarla.

—¿Por qué alquilaste las dos cosas cuando solo puedes usar una? Te va a salir por una pasta y además, tantos días, porque tengo entendido que te quedarás hasta final de agosto, ¿verdad?

Comenzamos a pasear mientras nos acercábamos hacia la plaza de Arroyoseco.

—Porque necesitaba el coche para meter las maletas. Son bastante

grandes. Y la moto ha sido un capricho. Tengo un amigo en Colonia, la ciudad donde vivo, que trabaja en una empresa a nivel europeo de *renting* de vehículos y me hace un precio especial. Así que no sufras por mi bolsillo. Puedo permitírmelo.

»Además, tengo que hacer varios viajes por trabajo. No estoy totalmente de vacaciones. Deberé viajar a Bilbao y a Madrid porque mi padre abrirá dos estudios de arquitectura en estas ciudades y yo debo supervisar las obras. Y estoy pensando que tendríamos que reformar también la casa de mi abuelo porque, a pesar de que la gente del pueblo es muy chismosa y eso es un inconveniente, está gustándome recordar mi infancia y adolescencia aquí. Fueron años que guardo con mucho cariño en la memoria y me gustaría seguir creando más recuerdos ahora que soy adulto. Se lo comentaré a mi padre la próxima vez que hable con él.

—¿Has notado el pueblo muy cambiado desde la última vez que estuviste?

Mientras Hugo respondía a todas las preguntas que le hacía sobre sus impresiones al regresar al pueblo y sobre su vida en Alemania, dábamos un paseo entre los puestos del mercadillo. Los había de todo tipo: ropa, calzado, bolsos, collares, pulseras, frutas y verdura…

A aquella hora estaba bastante animado. La gente iba de un puesto a otro comprando, preguntando precios, etcétera.

Hugo caminaba a mi lado y se detenía conmigo cada vez que paraba en algún sitio. Al cabo de un rato, me agarró de la mano y yo lo miré.

—Así me aseguro de que no nos perdemos ninguno de los dos —declaró.

Continuamos un rato más así, con mi mano refugiada en la suya, más grande y fuerte. Me sentía tan a gusto que hubiese ido con él al fin del mundo.

Cuando terminamos de recorrer todo el mercadillo, él me propuso tomar algo en la terraza de un bar cercano y yo acepté. Nos sentamos a una mesa, debajo de una gran sombrilla blanca y pedimos unos refrescos y algo para picar.

Hugo me observaba en silencio sonriendo.

—¿De qué te ríes?

—Eres la primera chica que conozco que va de tiendas y regresa sin comprar nada.

—No he visto nada que me interese —respondí antes de darle un

trago a mi bebida.

—Me alegra saber que no eres una consumidora compulsiva.

—Gracias. Para corresponder a tu comentario, te confesaré que eres de los pocos tíos que van de tiendas sin quejarse ni una sola vez.

Él amplió su sonrisa y cabeceó.

—Cuando acabemos esto —señaló las bebidas y el plato que nos habían puesto con dos pinchos de tortilla de patata—, tengo que ir un momento a la farmacia antes de regresar a nuestro pueblo.

—¿Qué tienes que comprar? ¿Acaso se te han acabado los condones? —bromeé.

Soltó una carcajada por mi pregunta y el sonido grave y masculino rebotó en todo mi ser.

—No —contestó sacudiendo la cabeza—. Tengo una caja llena de gomitas, pero quizá compre otra porque, si esto sigue así, creo que la utilizaré. Además, necesito paracetamol por si me das otro tortazo. Ayer tuve que ponerme hielo porque no tenía nada para el dolor.

—Siento haberte pegado —me disculpé avergonzada, bajando la mirada.

Él alargó una mano y me puso dos dedos en la barbilla. Su contacto me quemó.

Alzó mi rostro y me miró a los ojos.

—Tranquila. No te guardo rencor. Pero prométeme que no volverás a hacerlo. No me gusta la violencia.

—Te lo prometo —dije perdiéndome en sus ojos verdes.

Me acarició la barbilla con lentitud y después bajó la mano para colocarla sobre la mesa. Yo eché de menos el tacto suave de su piel contra la mía.

—¿Cómo pudiste besarme mientras otra te esperaba en el piso de arriba? —murmuré dolida.

—¡Camarero! —Hugo alzó una mano para llamar al chico que atendía las mesas en la terraza del bar ignorando mi pregunta. Cuando el chaval se acercó, le pidió la cuenta.

—Ya te he dicho que no hablo de esos temas. Me gusta ser discreto.

—Contéstame —demandé una vez que pagó lo que habíamos consumido.

—Le prometí a la persona que estaba conmigo en casa que no diría nada a nadie y lo voy a cumplir.

Me agarró de la mano para caminar juntos, pero yo me solté cabreada.

—No puedo creer el morro que tienes. ¿Piensas que me voy a chivar? ¿Que voy a soltar el cotilleo por ahí?

—No es eso, Sara. Es que se lo prometí y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Ahora resulta que eres un caballero?

—Estoy lejos de ser un caballero, aunque en ocasiones pueda parecerlo.

—Dime quién era la chica.

Me crucé de brazos a la espera de una respuesta.

Él soltó un taco en alemán. Reconocí la palabra porque ya se la había oído antes y me había dicho que significaba «joder».

—No había ninguna chica.

—¿Cómo qué no? Había alguien contigo, lo sé. Oí el ruido que hizo.

—¿Y por qué das por sentado que era una chica?

Abrí los ojos como platos.

—¿Estabas con un tío? —pregunté alucinada.

—No pienso contestar a eso. —Puso los ojos en blanco—. Creía que te había dejado claro que me gustan las tías, *dummkopf*. Vamos a la farmacia.

—Que no me hables en alemán. ¿Qué me has dicho?

—Si te lo digo, te enfadarás. Con el genio que tienes…

—¿Y si prometo no enfadarme?

—¿Segura?

Yo asentí. Comenzamos a caminar en dirección a la farmacia.

—Vale. Te he llamado «tonta», pero en plan cariñoso.

—¿Cómo se le puede llamar tonta en plan cariñoso a una persona?

—Sería algo así como «tontolaba o tontita», de broma. No te estaba llamando tonta en serio. No lo veas como un insulto porque no era esa mi intención.

Lo seguí en silencio, lanzándole miradas de reojo de vez en cuando.

—Deja de mirarme así —me pidió.

—No puedo evitarlo.

—¿Tan guapo soy? —se rio.

—Es que todo esto me resulta muy extraño. Tengo dudas sobre ti.

Hugo se detuvo y me agarró para que me parase también.

—A ver si consigo despejar tus dudas de una vez por todas —dijo al tiempo que me sujetaba por la cintura y se inclinaba sobre mí para besarme.

Capítulo 6

Cerré los ojos y entreabrí los labios esperando su beso.

Sin embargo, este no llegó.

Volví a abrir los ojos. Hugo estaba a solo un par de centímetros de mi boca y me miraba con fijeza los labios.

Me pasé la lengua por los míos y vi un destello de excitación en sus ojos.

—¿Cómo se supone que vas a despejar mis dudas? —pregunté con la voz temblorosa por culpa de mi corazón, que latía desbocado como un caballo de carreras.

Sentía mi respiración irregular y su aliento acariciándome los labios mojados.

—Voy a besarte.

Tragué saliva.

Él esperó.

—¿Por qué no lo haces ya? ¿Qué te detiene?

—Te prometí que te pediría permiso la próxima vez que fuese a besarte y eso estoy esperando.

—Adelante. Hazlo.

Hugo aún continuó manteniendo la distancia unos segundos más.

—¡Vamos! Ya te he dado permiso. ¿Qué más quieres? ¿Que te lo ponga por escrito?

—Solo necesito saber si estás completamente segura de que quieres que lo haga.

—¡Por Dios! ¡Claro que quiero que me beses!

Sin poder contenerme más, viendo que él todavía dudaba, lo cogí por la nuca y me puse de puntillas hasta que unimos las bocas en un beso lento. Lo devoré con pasión, le mordisqueé los labios y mi lengua bailó con la suya. Le tiré de algunos mechones de su cabello oscuro para profundizar el beso.

Entonces, Hugo se adueñó de la situación y fue él quien exigió, mandó y dominó.

Me deshice contra su pecho, disfrutando de sus labios y de su sabor. De su fuerte y atlético cuerpo pegado al mío; de sus brazos rodeándome y de una mano subiendo por mi espalda, con lentitud, hasta colocarse en mi cuello.

Un gruñido brotó de mi pecho y fue a parar directo a mi sexo, mojándolo más todavía. Bebí de su boca como haría un sediento cuando encuentra un oasis en el desierto hasta que él se apartó de mí y pronunció unas palabras en alemán.

—*Du machst mich verrückt.*

—¿Qué significa lo que has dicho?

—Me vuelves loco —susurró con la voz jadeante.

—Quiero más. Sigue besándome —le exigí.

—Si quieres más, tendrás que darme algo a cambio.

—Ya sé lo que quieres —declaré mientras mi pecho subía y bajaba al compás del suyo.

—¿Estás dispuesta a darme lo que te pido?

—Ya te comenté hace unos días que no me gustan las cosas muy usadas ni de segunda mano.

Él acusó el golpe con deportividad.

—Entonces, ¿qué haces besándome?

—Una locura pasajera.

—Pues me gusta esa locura que tienes —me sonrió y fue como si el sol brillase con más fuerza.

Correspondí a su gesto y nos quedamos en silencio, abrazados, y mirándonos un buen rato hasta que Hugo rompió el silencio.

—Quiero tenerte en mi cama. Ven a mi casa esta noche a las doce. Estaré esperándote.

—Ya te he dicho que no me gustan… —empecé a negarme.

—…las cosas usadas, lo sé. Sin embargo, yo soy una persona, no una cosa. Y las personas tienen relaciones entre ellas. ¿O esperabas que fuera virgen a los veinticinco? ¿O que nunca hubiese besado a ninguna chica? Ponte en mi lugar. ¿Cómo te sentirías si yo te rechazara por haber estado con Kike o con más tíos? Además, cuanta más experiencia tenga, más puedo hacerte disfrutar, ¿no crees? Pruébame una vez. Te aseguro que no te arrepentirás. Y hasta vas a querer repetir.

Pensé que tenía razón. Mis prejuicios me jugaban una mala pasada porque mirándolo del modo que él me decía, ¿me gustaría que me rechazasen por haber estado con más de un chico? Además, Hugo era

una tentación andante. ¿Por qué no podía darme una alegría al cuerpo?

—Está bien —accedí—. Pero solo lo haré para probar al semental que todas dicen que eres.

—Y por pasar una noche increíble también, ¿no?

—Eso está por ver —lo reté.

*****

Cuando llegamos al pueblo, me dejó en la puerta de mi casa. Mi madre estaba en el balcón, recogiendo la ropa que había tendido el día anterior. Se nos quedó mirando.

Hugo y yo nos despedimos como harían cualquier par de amigos. Le devolví el casco y hablé alto para que mi madre me oyese bien.

—Muchas gracias por traerme. Ha sido una suerte encontrarte en el camino de vuelta.

Él se imaginó por qué actuaba así y me siguió el juego.

—De nada. Pero no deberías andar sola por la carretera. Podría pasarte algo.

Yo le sonreí y di media vuelta para entrar en casa. Hugo arrancó el motor y se puso el casco antes de irse.

—Voy a lavarme las manos y enseguida vuelvo para ayudarte con la ropa —le anuncié a mi madre.

Cuando regresé, ella había terminado de recogerla y estaba separando la que debía planchar de la que no.

—Ve poniendo la mesa mientras acabo con esto —me dijo.

—¿Alber todavía no se ha levantado?

—Hace un rato. Se ha ido a tomar unos pinchos con los amigos y vendrá pronto para comer. Tu padre también.

Permanecimos unos minutos en silencio hasta que ella preguntó:

—¿Estás saliendo con ese chico?

Estuve a punto de hacerme la tonta e intentar desviar el tema, pero no conseguiría que mi madre se olvidase de ello y, además, seguro que había oído los rumores que circulaban por el pueblo. Decidí ser sincera con ella. O, por lo menos, todo lo sincera que podía porque me negaba a compartir con mi madre ciertos detalles de mi intimidad. No tenía tanta complicidad con ella como con Begoña o con Alberto.

—¿Con Hugo? No. Solo somos amigos. Me lo he encontrado volviendo de Arroyoseco y se ha ofrecido a traerme hasta el pueblo

porque ya hacía mucho calor para ir andando por la carretera y…

—Ya, ya, ya. ¿Te has creído que soy tonta? ¿O acaso piensas que yo no he tenido veintidós años y un chico me ha acompañado a mi casa? Además, he oído cosas sobre vosotros dos.

Solté un gruñido de disgusto.

—Vale, mamá. Pero que sepas que los rumores que has oído no son ciertos. Me invitó a desayunar el otro día porque los dos regresamos a la misma hora a casa. Y lo que te acabo de contar es cierto. Aparte de eso, no hay nada entre nosotros. Simplemente una buena amistad. No te creas todo lo que dice la gente. Ya sabes cómo son por aquí; les gusta hablar demasiado y murmurar sobre la vida de los demás.

Se me quedó mirando muy seria, deteniendo por un instante su actividad con la ropa.

—Pues es una pena —añadió al cabo de un rato—, porque es un chico muy guapo y agradable. Lo malo es que viva tan lejos.

—Precisamente por eso solo somos amigos y así seguiremos. Yo no quiero tener una relación a distancia con Hugo ni con nadie.

—Ya sabes lo que dicen, hija, el roce hace el cariño. Y si no hay roce… mal asunto, pero aun así… no pierdes nada por intentarlo —sacudió la cabeza negando.

Escuchamos la puerta de nuestra casa y unos pesados pasos que subían las escaleras.

—Ya está aquí papá —dije, reconociendo la manera de andar pausada del cabeza de familia.

*****

Después de comer, mandé un mensaje al grupo de WhatsApp para ver qué planes tenían mis amigas para la tarde. Mi prima Sofía me contestó que habían quedado para ir otra vez al río a la misma hora y que si me apuntaba.

Estaba respondiendo un «Sí» a su pregunta cuando entró mi hermano en el cuarto, después de haber tocado en la puerta pidiendo permiso.

—¿Puedo hablar contigo?

—Sí, claro. ¿De qué quieres que hablemos?

Dejé el móvil sobre la mesilla de noche, al lado de la cama y él se sentó en la silla frente a mí.

—He invitado a Hugo a venir con nosotros a la playa. ¿Qué te

parece?

Aquello me pilló por sorpresa.

—Me da igual —contesté muy nerviosa de repente.

Alberto escondió una sonrisa.

—¿Por qué será que no te creo?

Abrí los ojos como platos y comencé a balbucear una respuesta.

Mi hermano levantó una mano para hacerme callar.

—No te esfuerces en negarlo. Sé lo que pasó entre vosotros anoche en su casa. Por cierto, estuvo muy feo que le dieras ese tortazo.

—¿Te lo ha contado? —pregunté molesta. ¿No decía Hugo que él era discreto? Pues iba a resultar lo contrario.

—No. No lo ha hecho.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Porque era yo quien estaba arriba con él, en su casa, cuando llegaste tan enfadada que por poco echas la puerta abajo.

—¿Cómo?

—Fui a su casa para invitarle a la playa. Quería comentarlo con él sin que los demás estuvieran delante —dijo refiriéndose al resto de sus amigos—. Al principio me dijo que no le apetecía. Pero en ese momento llegaste tú. Os oí discutir y luego, durante un rato, silencio. Entonces me acerqué a la escalera y vi cómo os besabais.

Abrí tanto la boca que por poco se me desencaja la mandíbula. ¿Era mi hermano quien estaba en casa de Hugo?

Comencé a ponerme roja por la vergüenza de que nos hubiera pillado en aquel estado.

—Tuve que hacer un poco de ruido para interrumpiros porque, si no, los dos sabemos cómo habría terminado la noche. Y yo estaba allí. ¿Cómo iba a salir de su casa si solo hay una puerta para entrar y salir? El caso es que tú le acusaste de estar con otra tía y yo no salí en defensa de Hugo porque tuve miedo de que te enfadaras conmigo por haberos espiado. Escuché el bofetón que le diste. Espero que te hayas disculpado con él.

Asentí moviendo la cabeza ligeramente, muda todavía por la sorpresa y su confesión.

—Bien.

Me miró a los ojos algunos segundos más.

—Cuando volvió a subir al piso de arriba me dijo que había cambiado de opinión y que sí vendría con nosotros a la playa. Lo había decidido después de besarte.

—¿Y por qué no me lo ha dicho él? Se lo he preguntado varias veces esta mañana y no ha querido confesar quién era la persona que estaba en su casa anoche. Ha preferido que pensara que estaba con una chica.

—Le hice prometer que no te diría nada. Quería hacerlo yo mismo, pero estaba esperando el momento adecuado. Pillarte tranquila para que no te enfadases conmigo por lo que vi anoche.

—¿Ha preferido que piense mal de él en lugar de delatarte?

—Sí. Me lo prometió y lo ha cumplido.

Pues sí que era un buen amigo, uno de los que se sacrifican por los demás. Al menos, por mi hermano sí lo había hecho. Esto le hizo ganar puntos en mi corazón.

—Cuando fui a su casa, estaba medio desnudo y con el pelo revuelto. Es normal que pensara que estaba con una tía y como él no me lo ha negado…

—Lo pillaste cambiándose de ropa. Supongo que, al pasarse la camiseta por la cabeza, debió despeinarse. Yo también lo pillé así. Me dijo que terminaba en dos minutos y que nos iríamos juntos. Así que me senté en el sofá para esperarlo. Pero entonces llegaste tú y… bueno, se montó todo aquel follón.

—Esta mañana he estado con él en Arroyoseco —confesé.

—Me lo imagino. Cuando le diste el bofetón no tenía nada para el dolor y le aconsejé que se pusiera hielo en la cara para mitigar el daño. También le comenté que en Arroyoseco había una farmacia por si necesitaba comprar algún medicamento o… más preservativos… porque después de vuestra escenita de anoche…

—¡Calla! ¡No digas nada más! ¡Qué vergüenza, por Dios! —Me tapé la cara con las manos y noté cómo el rubor de mis mejillas aumentaba.

Alberto soltó una carcajada.

—Quizá no haya sido buena idea invitarlo a la playa porque cuanto más roce tengáis… O sí. Eso depende de vosotros.

—¡Calla! ¡No puedo hablar contigo de cosas tan íntimas!

Mi hermano se acercó a mí y retiró los dedos de mi rostro.

—Hugo es un tío genial y me encantaría tenerlo de cuñado. Pero, por desgracia, él no está interesado en una relación seria y, además, vive a miles de kilómetros de aquí. No me gustaría que sufrieras por él, así que ten cuidado, ¿vale? —me dijo con todo su cariño.

Asentí mirándole a los ojos.

¡Ay! ¡Si Alberto supiera que habíamos quedado esa noche para acostarnos!

*****

Por la tarde fui al río con mis amigas como habíamos quedado. No pude quitarme de la cabeza la conversación con mi hermano. En mi mente se sucedían las frases una y otra vez. También la que más me había llamado la atención. Hugo había decidido aceptar la invitación de Alberto para acompañarnos a la playa después de besarme.

¿Tanto le había gustado mi beso? Aunque ya habían sido unos cuantos…

A mí me encantaba su forma de apoderarse de mi boca, de repasar los contornos de mis labios, de mordisquearlos; de acariciar cada recoveco de su interior y la forma en que jugaba con mi lengua…

No me consideraba una experta en el tema, pero a él se le notaba que tenía mucha más experiencia que yo. Además, con lo especial que yo era para el tema de los besos…

Kike no era el primer chico que rechazaba por meterme la lengua hasta la campanilla y casi asfixiarme.

Pero Hugo, aun besándome profundamente, sabía cómo encender la pasión que yo llevaba dentro. Sabía cómo hacer que me derritiera por él, muriéndome de deseo.

Cada vez que pensaba en él comenzaba a arder.

Y ni siquiera la música que estaba escuchando en aquel momento conseguía distraerme y sacarlo de mi cerebro.

Por más que me concentraba en la letra de *La fama*, de Rosalía y The Weeknd, no lograba olvidarlo ni un segundo.

—¿Vamos a bañarnos un rato? —me preguntó Bego sacándome un auricular de la oreja—. Me muero de calor y más después de su llegada.

Me hizo un gesto con la barbilla y yo seguí la dirección de su mirada.

Mi hermano y sus amigos acababan de llegar al río. Hugo incluido.

Los ojos del alemán recorrían mi piel, calentándola más que el sol que lucía aquella tarde. Cuando se cruzaron con los míos me prometieron una noche de placer inimaginable.

El estómago se me encogió de anticipación y deseo. De inmediato me sentí excitada y acepté la proposición de Bego de refrescarnos un

poco. Lo necesitaba. ¡Vaya que si lo necesitaba! Y más después de la miradita que me había echado Hugo unida a su sonrisa traviesa.

—Sí, vamos —le contesté alzándome de la toalla donde había permanecido tomando el sol y pensando en Hugo—. No vaya a ser que se te chamusque el cerebro con tanto tío bueno en bañador.

Bego me dio un pequeño empujón con su hombro y se rio.

Nos levantamos y fuimos a unirnos con el resto de nuestras amigas, que hacía rato que estaban en el agua.

—¿Habéis visto quién ha llegado? —preguntó Sofía susurrando.

—Es raro. En todos los días que llevamos aquí, no había venido al río —comentó Claudia en el mismo tono bajo que ella.

—Pues yo me alegro de que, por fin, Hugo se haya decidido a venir y darse un chapuzón. Estoy deseando volver a verlo sin ropa —confesó Laura.

—Mujer, tanto como verlo sin ropa… No creo que se bañe desnudo, así que lo vas a ver a medias —dijo Begoña— Además, si tú ya lo has visto como su madre lo trajo al mundo la noche que os liasteis.

Yo las escuchaba murmurar mientras miraba de soslayo al grupito formado por mi hermano, Hugo, Kike y Javier. Todos se habían quitado las camisetas nada más llegar, excepto él.

En ese momento, se desataba los cordones de las zapatillas. Levantó unos segundos la vista, miró hacia mi toalla y, al no verme, comenzó a buscarme por allí hasta que me localizó.

Sonrió de una forma espectacular y yo me sumergí en el agua para desaparecer de su vista. Si continuaba mirándome de esa forma, todos se darían cuenta de que algo había pasado entre nosotros. Y que otra cosa todavía mejor estaba a punto de suceder.

Regresé a la superficie y me encontré con los chicos acercándose a nosotras.

Alberto me miró con complicidad y me guiñó un ojo. Yo le correspondí con una tímida sonrisa.

Detrás de él, Hugo me observaba con atención. Decidí lucirme un poco y darle un adelanto de lo que vendría por la noche, así que salí del agua.

El calor que desprendían sus ojos verdes secó mi piel y mi bikini amarillo en décimas de segundo.

—¿Ya te vas? —me preguntó Claudia.

—Ya me he refrescado. Voy a tumbarme en la toalla.

Comprobé que Hugo me seguía con la mirada mientras se sentaba

en la orilla del río. Todavía llevaba la camiseta roja puesta.

Me tumbé sobre la toalla boca arriba, me coloqué de nuevo los auriculares del móvil y busqué en la *playlist* alguna canción con la que distraerme. Cerré los ojos y comencé a tararear *Hold me closer*, de Cornelia Jakobs, la representante de Suecia en el festival de Eurovisión de ese mismo año.

De pronto, una sombra oscureció mis párpados. Abrí los ojos y me encontré con Kike, que me miraba con el anhelo reflejado en sus pupilas. Observé cómo me hablaba, pero yo no podía escucharle porque tenía el volumen demasiado alto. Me quité los auriculares.

—¿Puedo sentarme?

—Esa toalla es de Bego. Pregúntale a ella —le contesté con tono seco.

—¿Otra vez estás enfadada conmigo? ¿Por qué? Creía que lo habíamos aclarado todo anoche. ¿Qué ha pasado ahora?

Me apoyé sobre los codos para enfrentarme a él.

—Ayer me mentiste.

—¿Yo?

—Sí, tú. Me engañaste al decirme que fue Hugo quien extendió el rumor sobre que algo había pasado entre él y yo, y he comprobado que no le dijo nada a nadie. Ni siquiera a ti. Deberías tener más cuidado cuando digas mentiras que se pueden comprobar con facilidad.

—Yo no…

—Déjame en paz. No quiero hablar más contigo —mascullé entre dientes.

Me tumbé de nuevo y me puse los auriculares para evitar oír sus excusas. Cerré los ojos mientras la pegadiza música de «Tú me dejaste de querer», de C. Tangana junto a otros artistas inundaba mis pabellones auditivos.

Kike se puso en cuclillas a mi lado y me tocó el hombro.

Abrí los ojos de nuevo y lo miré molesta.

—¿No te ha quedado claro lo que te he dicho o te lo tengo que repetir? —le pregunté mientras me quitaba otra vez el auricular izquierdo.

—Todo lo que te conté es cierto. No sé quién se habrá inventado que te mentí, pero no lo hice. Sara, me conoces desde siempre. ¿Crees que sería capaz de hacerte algo así? —cuestionó en tono ofendido.

Cierto. Nos conocíamos desde niños. Tanto, que por un momento

dudé de que él hubiera mentido como Hugo me había dicho.

A Hugo llevaba diez o doce años sin verlo. Sabía muy poco de él, de su personalidad, de su carácter… Pero tras la conversación con mi hermano hacía unas horas, empezaba a confiar un poco más en el alemán.

Sin embargo, Kike también tenía su parte de razón. ¿Qué motivos tendría él para engañarme? ¿Con qué fin lo habría hecho si es que era cierto lo que Hugo me había dicho?

Porque en el caso de Hugo, si me hubiese mentido, con toda seguridad se debería a motivos sexuales, para quitarse de en medio a Kike —aunque no tenía por qué hacerlo ya que sabía que yo no estaba interesada en él—, y tener vía libre para acostarse conmigo.

Uno de los dos estaba tratando de engañarme para llevarse el premio a base de argucias que no me interesaban para nada. No quería verme envuelta en la rivalidad entre esos dos y la presencia de Kike, su insistencia, comenzaba a desquiciarme un poco.

Así que me dije que lo mejor era salir de allí y tranquilizarme antes de mi noche con Hugo. Porque de una cosa estaba segura: los dos estábamos solos, sin pareja, y no había ningún motivo para no liarnos. Además, yo me moría de ganas de tener sexo con él y que me hiciera disfrutar como nunca en mi vida. No iba a conformarme con menos.

Si me había mentido o no… Ya se descubriría más adelante, pero ni muerta iba nadie a dejarme sin mi noche de placer y lujuria.

Comencé a recoger mis cosas y a meterlas en la mochila bajo la atenta mirada de Kike, que esperaba mi respuesta.

—¿Te vas? —me preguntó.

—Sí, me voy. No quiero escuchar tus explicaciones ni lloriqueos. No sé quién dice la verdad y quién no, pero con sinceridad, me importa un pito. Así que me voy para evitar que tú sigas rallándome con el tema. Asúmelo de una vez, Kike: no volveré contigo y, dado que ya no estamos juntos, puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana sin contarte mis motivos.

—Espera… —dijo agarrándome del brazo.

Me deshice de él y lo fulminé con la mirada.

—Aparta. —Le puse una mano en el pecho para echarlo a un lado y seguir mi camino.

—Pero, Sara…

Lo rodeé y pasé de largo. Me dirigí hacia la orilla del río con la mochila colgada al hombro y el vestido playero en la mano.

—Chicas —llamé a mis amigas mientras dejaba la bolsa en el suelo y me pasaba la prenda por la cabeza—, me voy.

—¿Tan pronto? ¿Por qué? —quiso saber Begoña.

—Hay un moscón que no deja de revolotear en torno a mí y no quiero que me encierren por asesinato —comenté con ironía. Vi cómo Hugo sonreía, agachando la cabeza. Todavía seguía sentado en el borde con la camiseta puesta—. Así que lo mejor es que me vaya. A ver si con un poco de suerte consigo calmarme antes de la noche.

—¿Sobre qué hora quedaremos? —preguntó Sofía.

—Más o menos como siempre. A las once u once y media. ¿Os viene bien a todas? —indagué.

Como me dijeron que sí, me despedí de ellas, del grupito formado por mi hermano y sus amigos, y me marché.

******

Caminaba intentando tranquilizarme después de la conversación mantenida con Kike, cuando me sorprendió un ruido de pisadas. Alguien se me acercaba por detrás.

Con rapidez me volví, pensando que sería el plasta de Kike, pero no era él.

—Espera un poco. Te acompaño —me pidió Hugo.

—La verdad es que preferiría estar sola —le confesé.

Él se detuvo al escucharme.

—Vale.

Dio media vuelta para regresar al río.

—Hugo —lo llamé.

Él se giró de nuevo y me miró sin hablar, esperando a que yo continuara.

—Acércate.

Obedeció mi orden.

Cuando lo tuve a mi lado, comprobé que no hubiese nadie a nuestro alrededor. Lo agarré de una mano y me interné entre los árboles y helechos, buscando un escondite.

Caminamos varios minutos en silencio hasta que hallé la cueva que buscaba. Era poco profunda, pero suficiente para que si alguien pasaba por allí no nos viese.

Tiré la mochila al suelo y Hugo dejó la suya también.

—Dame un adelanto de lo que me espera esta noche —murmuré

colgándome de su cuello y poniéndome de puntillas para alcanzar sus labios.

—Aquí no tengo condones —susurró él.

—Solo quiero que me beses aquí. —Me señalé la boca y dirigí una mano hacia mi sexo—. Y aquí.

A Hugo se le encendieron los ojos por el morbo de la situación.

Asintió y una sonrisa descarada nació en su rostro. Me hizo retroceder despacio hasta que mi espalda chocó contra la dura pared de piedra.

En aquel momento me sentí como un cervatillo ante la fiera que iba a devorarlo y me mojé todavía más.

Hugo se apoderó de mis labios con un abrasador beso destinado a calentarme y hacer que mis rodillas se convirtiesen en gelatina. Bajó por mi garganta, dibujando un rastro húmedo con su lengua y se apoderó de mis pechos por encima de la tela. Capturó primero un pezón y succionó, al tiempo que una mano viajaba hacia mis partes íntimas.

Me levantó un poco el vestido y apartó la braguita del bikini mientras yo permanecía aferrada a sus hombros, con la respiración jadeante por todo lo que estaba sintiendo. Metió su dedo y comenzó a frotar mi vagina y mi nudo de nervios con él.

Mi corazón golpeaba con tanta fuerza que temí que me rompiese la caja torácica. La sangre en mis venas corría enloquecida y un delicioso calor se iba extendiendo por mi cuerpo.

Hugo dejó mi pezón y me bajó con la otra mano los tirantes del vestido, enrollándolo en mi cintura. Los triángulos del bikini los apartó hacia los lados para dejar mis pechos desprotegidos.

Soltó un gruñido de satisfacción al contemplar lo que veían sus ojos y, entonces, el calor húmedo de su boca regresó a uno de mis pezones. Lo chupó, succionó y jugueteó con él, fustigándolo con la lengua, hasta que lo tuve hinchado y rojo. Después pasó al otro pezón para hacer lo mismo.

Mientras, no había parado de meter y sacar el dedo de mi vagina, y de frotar con el pulgar mi clítoris.

Yo no podía hacer otra cosa que no fuera sentir y desear que no parase jamás.

Poco a poco, Hugo fue deslizando su boca por mi vientre hasta que metió la cabeza debajo del vestido. Sustituyó el dedo pulgar por su lengua y lamió mi punto más sensible como si fuera un rico helado.

Cuando llegué al orgasmo, tuve que hacer un gran esfuerzo para reprimir el grito de placer que tenía en la garganta.

Como él no se detenía y yo corría el peligro de quemarme viva en esa hoguera que había entre mis piernas, tuve que agarrarlo de la cabeza para que parase.

Él salió de debajo de mi vestido y se alzó con los restos de mis fluidos en su cara. Me besó, dándome a conocer el sabor de mi sexo.

—*Du bist unglaublich* —murmuró rozándome los labios.

—No me hables en alemán. No entiendo lo que dices —susurré con la respiración agitada.

—Te he dicho que eres increíble —tradujo.

Me sentí halagada por su piropo. Estaba en el cielo por las atenciones que le había dedicado a mi cuerpo y extasiada por el anticipo de lo que sucedería esa noche. Si en aquel momento, en aquella cueva medio escondida, me había hecho disfrutar, mi mente ya fantaseaba con la idea de lo que vendría después.

Sonreí para que supiera lo muy satisfecha y agradecida que estaba por lo que había pasado, por aquel encuentro nuestro.

Hugo volvió a unir mi boca con la suya cogiéndome por la nuca para acercarme.

—Estoy deseando que llegue esta noche. No te imaginas cuánto deseo tenerte en mi cama. Desde que te vi no he pensado en otra cosa —confesó.

—Ya, por eso te acostaste con mi amiga Laura, ¿verdad? —le contesté socarrona.

—Pues sí. Me la tiré porque me cabreaste mucho aquella noche y el sexo es una buena forma de eliminar las tensiones. Además, la elegí a ella porque no podía tenerte a ti.

Abrí los ojos como platos sorprendida. ¿Así que fue por eso, tal y como había vaticinado mi amiga Bego?

Él, al ver mi expresión, se apresuró a defenderse.

—Es lo mismo que acabas de hacer tú, ¿no? Estás enfadada por algo que te ha dicho Kike y te has desquitado conmigo. Así que no me juzgues, ¿vale? Estamos en paz.

Se agachó para sacar de su mochila la toalla y limpiarse la boca mientras yo procesaba sus palabras.

Tenía razón. Yo también había usado el sexo para desahogarme por el cabreo que me había provocado Kike.

—Estaremos en paz —comencé a decirle— cuando me hayas

follado cuatro veces como hiciste con Laura. No espero menos de ti.

—¿Cómo? ¿Cuatro veces? —preguntó alucinado.

Se alzó y me miró como si me hubiese salido otra cabeza.

—Lo hiciste cuatro veces con Laura, ¿verdad? —indagué.

Hugo soltó una palabrota en alemán que ya le había oído otras veces. Creo que la traducción era algo así como «joder».

—¡No! Eso es mentira. Lo hicimos solo una vez y se quedó dormida al instante. Me dio pena despertarla para que se fuera a su casa, así que la dejé en la cama y me fui al sofá para dormir. Cuando me desperté a mediodía, Laura ya se había marchado.

—Pues eso no es lo que nos contó ella.

—Tu amiga tiene demasiada imaginación —objetó Hugo—. Ya me estoy cansando de que la gente de este pueblo se invente cosas o las exagere.

Resopló con fuerza y me miró despacio. Se acercó a mí y me levantó el vestido.

—¿Qué haces? —quise saber sorprendida.

—Limpiarte. ¿O prefieres hacerlo tú?

Me quedé tan alucinada que no supe responder. Él pasó la toalla por mi sexo, eliminando los restos de sus besos de mi clítoris.

—Al parecer, en el pueblo todos mienten —solté por decir algo.

Con el roce de la toalla en mi hendidura estaba encendiéndome otra vez. ¡Dios mío! ¿Qué me pasaba con aquel chico? Solo estaba limpiando mis partes íntimas con toda la delicadeza que podía y yo estaba excitada de nuevo. Aquel acto tan caballeroso y simple había prendido en mí de nuevo la llama del deseo.

Si es que en algún momento se había extinguido…

—Pues sí, eso parece. —Hugo se puso en pie y guardó la toalla en su mochila.

Me agarró de la mano y tiró de mí para darme un beso corto en los labios.

—Vámonos ya o no me importará no tener condones y terminaré follándote aquí mismo.

Tragué saliva con dificultad.

—Sí, vamos —dije adelantándome porque él no sabía el camino.

*****

Cuando llegamos al borde del sendero que iba desde el río hasta el

pueblo, me solté de su mano. No quería que, si alguien iba paseando por allí, nos viera agarrados como si fuéramos una pareja.

—No entiendo por qué nos mintió Laura. ¿Qué necesidad tenía de ello? —murmuré, pero aun así, Hugo me oyó.

—Quizá fue para daros envidia. No sé. Tú conoces mejor que yo a tu amiga.

—Envidia ya nos dio cuando nos comentó que se había liado contigo. No hacía falta que exagerase.

—Pues no sé qué decirte.

—También podrías estar mintiendo tú. Puedes decirme que solo lo hicisteis una vez y que todo sea un engaño porque en realidad sí te la follaste cuatro veces en una noche —lo acusé.

Él me miró y sacudió la cabeza.

—Sería absurdo. ¿Por qué negar que soy incansable y que puedo hacerlo cuatro veces o cinco o las que sean seguidas en una sola noche? Sería tirar piedras contra mi propio tejado. Cualquier otro en mi lugar haría como en el juego del parchís: comer una y contar veinte. Pero yo no soy así. Además, me gusta ser discreto, no tengo la fea costumbre de mentir. Ya te lo he dicho un montón de veces.

Pues también tenía su parte de razón el chico, pensé yo.

—En cualquier caso —comenté—, lo que hayas hecho antes de estar conmigo no me importa. Lo que a mí me vale es lo que suceda esta noche. Tienes que dejarme satisfecha o no repetiré contigo —le advertí.

—Lo mismo podría decirte yo a ti porque te recuerdo que, hasta ahora, solo has obtenido placer tú y yo estoy aguantándome las ganas.

—¿Me estás retando? —solté una carcajada.

—Pues ya que lo preguntas, sí, te reto a que me des el mismo placer que yo a ti. O incluso que me superes. De momento, tus besos han sido impresionantes y me pregunto qué más cosas increíbles puedes hacer.

—Me parece que lo vamos a pasar genial los dos juntos —le sonreí con sensualidad.

—Estoy deseándolo —susurró en mi oído.

Me agarró del codo y me detuvo. Miró a su alrededor y como no vio a nadie, me besó en los labios. Yo aproveché para sobarle el culo, ese trasero que era digno de un anuncio de pantalones. Me pegué a él y sentía la dureza en medio de sus piernas.

—¡Uf! Alguien necesita un apaño —dije en voz baja tocándole la

erección.

Hugo se restregó más contra mi mano.

—Tendré que satisfacerme yo solito en la ducha, pero no te preocupes, estaré pensando en ti todo el tiempo y, aunque me corra, esta noche estaré listo para un nuevo asalto.

—Mmm… Me encanta que pienses en mí cuando te masturbes en la intimidad.

Nos miramos a los ojos y nos besamos otra vez, mordiéndonos los labios, bailando con nuestras lenguas.

Cuando nos separamos, los dos estábamos sin aliento.

—Esta noche arderán las sábanas de mi cama. ¿Te has dado cuenta de que juntos somos puro fuego? Nunca me había pasado con nadie. Tener tanta conexión con una chica es fantástico —soltó sacudiendo la cabeza.

—Eso es porque soy la tía más interesante que has conocido en tu vida.

—Empiezo a pensar que sí —respondió él con una sonrisa que hipnotizaría a cualquiera.

Puse distancia entre los dos porque sentí que la tensión sexual iba en aumento y prefería dar rienda suelta a la pasión esa noche.

Comenzamos a andar de nuevo uno al lado del otro.

—¿Conseguiremos ser discretos y evitar los rumores? —me pregunté a mí misma más que a Hugo.

—Cuando me he ido les he dicho que tenía que llamar a mi padre. Espero que haya colado como excusa —respondió él de todas formas.

—Tendré que dar un rodeo para ir a tu casa esta noche. Si he quedado con las chicas sobre las once u once y media y tengo que estar en tu casa a las doce… Menos mal que el pueblo es pequeño y en diez minutos estaré allí. Por cierto —dije recordando una cosa—, ¿por qué no me dijiste que quien estaba en tu casa anoche era mi hermano?

A pesar de que Alberto ya me había contado el motivo, necesitaba escucharlo de los labios de Hugo.

—Ya te lo dije. Le prometí a esa persona, en este caso, a tu hermano, que no diría nada a nadie. ¿Te lo ha contado él?

—Sí. Y me ha resultado admirable por tu parte que hayas preferido quedar mal ante mí que romper una promesa hecha a tu amigo.

—Para que veas que no soy tan capullo.

—¡Yo no pienso que seas un capullo! —protesté.

—Claro, claro. Solo piensas que soy un idiota y un imbécil —me

recordó.

—Empiezo a cambiar de opinión, por si quieres saberlo.

—Y lo vas a hacer más después de esta noche.

La mirada que me dirigió consiguió que me derritiese como la mantequilla puesta al sol.

—Te veo muy seguro de tus aptitudes —lo pinché.

—De momento, no he recibido ninguna queja.

—Por mi parte no hay ninguna, eso es cierto.

Me eché a reír y Hugo se unió a mi risa.

Cuando llegamos a mi casa, también lo hacían mis padres que volvían de su paseo vespertino.

Hugo les saludó con educación y luego se despidió de mí como haría cualquier amigo.

—Esto comienza a convertirse en una costumbre —comentó mi madre observando cómo el chico se alejaba—. ¿Seguro que no estás saliendo con ese chico?

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—No, mamá. Ya te lo dije. Solo somos amigos.

—Pues a mí me da que este jovencito quiere algo más que ser solo tu amigo porque, si no, a ver por qué tiene que acompañarte a casa y esperarte como ha hecho otras veces.

¿Mi madre sabía que Hugo me había esperado en la puerta más veces? ¿Habría visto cómo me alzó en brazos igual que a una novia recién casada la mañana que desayunamos juntos? ¿Qué más sabría o había visto?

La miré sorprendida.

—No pongas esa cara de tonta, Sara. Yo también hacía lo mismo que tú cuando tenía tu edad. No puedes engañarme. Pero no entiendo por qué cada vez que te pregunto si hay algo entre Hugo y tú, lo niegas.

—Lo niego porque no hay nada entre nosotros —contesté con sinceridad—. No tenemos ninguna relación, mamá. Solo somos amigos.

—Olvidaba que ahora lo llamáis así: amigos. En mis tiempos se llamaba de otra forma, pero aun así, las dos cosas son lo mismo. Solo espero que tengas cuidado y sepas bien lo que haces. Debes usar protección para evitar embarazos indeseados o enfermedades…

—¡Por Dios, mamá! —gruñí tapándome los oídos.

¿Mi madre iba a darme la típica charla sobre el sexo? ¿En serio?

Con decisión entré en casa y me dirigí a mi cuarto.

Capítulo 7

Esa noche hacía más calor que de costumbre.

O quizá sería porque estaba hecha un manojo de nervios, presa de una emoción indescriptible, una mezcla de anticipación y deseo de lo que estaba por llegar.

Me sentía tan excitada y eufórica que incluso el roce del interior de mis muslos iba a conseguir que tuviera un orgasmo.

Me preparé para la ocasión a conciencia. Quería estar lo más sexi posible, así que me puse un vestido corto y negro, que se ataba al cuello por detrás con un lazo y dejaba al descubierto toda mi espalda hasta la cintura. En los pies me calcé unas sandalias del mismo color que el vestido, decoradas con pequeños cristalitos plateados que reflejaban la luz al caminar. Me maquillé poco, total, se me iba a correr en cuanto empezara a sudar en la cama de Hugo. Y me recogí el pelo en un moño bajo, con algunos mechones flotando libres alrededor de mi cara.

Antes, me había duchado con un gel que olía a vainilla y me había puesto tanta crema hidratante que a Hugo le resbalarían las manos al acariciarme. Quizá me había pasado un poco, pero, por suerte, mi epidermis ya la había absorbido toda.

Agarré el bolsito y, después de meter las llaves, la cartera con dinero y el móvil, salí de mi cuarto justo en el momento en que lo hacía también Alberto.

—¡Guau! ¡Estás impresionante, hermanita! —exclamó y soltó un silbido de admiración—. ¿Has quedado con alguien para hacer algo especial?

Me pregunté si sabría que Hugo y yo nos habíamos citado esa noche y por ese motivo me decía aquello, pero teniendo en cuenta que mi futuro amante me había confesado varias veces que él no comentaba nada de sus ligues con nadie.

—He quedado con mis amigas, como siempre —le contesté comenzando a bajar las escaleras—. Además, ¿por qué tendría que

arreglarme especialmente para alguien? Quien me quiera, debe hacerlo con mis virtudes y mis defectos. Y otra cosa… —Me detuve a mitad de la escalera y me giré para encararlo—, deberías saber ya que siempre intento gustarme a mí misma ante todo y lo que digan los demás sobre mi aspecto físico me importa un pimiento. A quien no le guste, que no me mire. Punto.

Terminé de bajar las escaleras y salí a la calle.

Me paré de sopetón porque en la puerta estaban los amigos de Alberto esperándole y, sobre todo, porque la mirada que me echó Hugo me hizo arder por combustión espontánea.

Sentí que me derretía igual que un cubito de hielo en mitad del infierno.

Él estaba muy atractivo con un pantalón vaquero y una camiseta que hacía resaltar sus ojos verdes. El cabello lo llevaba suelto, lo que le daba un aire de pirata, junto con el collar alrededor de su cuello y el pequeño aro de plata en la oreja. Era irresistible y sexi, y él lo sabía. Poseía una seguridad en sí mismo que lo hacía más atrayente aún.

Todos me saludaron excepto Hugo, que no dejó de recorrer mis curvas con su mirada ni un segundo. Me estremecí bajo el poder de aquellos ojos abrasadores. Eran como dos lenguas de fuego lamiendo mi piel. Cuando esbozó una sonrisa que prometía una noche de placer y pecado, de fantasías obscenas hechas realidad, noté cómo mis neuronas se fundían una a una.

—¿No te llevas una chaqueta como haces siempre? —preguntó mi hermano—. Por si luego refresca —añadió.

Me giré hacia él para contestarle.

—No. Hoy me iré pronto a la cama, así que no creo que la necesite.

Y era del todo cierto lo que le había dicho. Me iba a marchar pronto a la cama, aunque no le confesé a la de quién ni para qué; y no iba a necesitar chaqueta porque, en caso de tener frío —cosa que dudaba muchísimo—, tendría a una persona para calentarme.

Vi cómo Hugo escondía su sonrisa llevándose una mano a la boca para cubrirse y desviaba la mirada para centrarla en otro punto de la calle.

—Bueno, me voy, que llego tarde.

—Hasta luego —se despidieron todos de mí, menos él.

Así que, ¿prefería no hablarme ni saludarme si quiera para que nadie sospechase lo que nos traíamos entre manos? Pues muy bien. Si esa era su forma de disimular… Yo tendría la mía propia.

Me reuní con mis amigas en el bar de la plaza. Estaban sentadas en la terraza cuando llegué.

—¿Ya se te ha pasado el cabreo? —quiso saber Claudia.

—Sí, ya —respondí—. Pero esta noche me iré pronto a la cama. Estoy cansada.

—¿Y para eso te pones tan guapa? —indagó mi prima Sofía, desconfiada.

—Me he puesto guapa para vosotras porque os lo merecéis —repliqué.

—Con un pantalón vaquero y una camiseta habría bastado, ¿no crees? —rebatió Laura.

—Mujer… —intervino Bego, que algo se olía a pesar de que yo no le había contado nada—. Una tiene su *glamour*. Dejad a Sara en paz, pedazo de envidiosas.

Le agradecí con una mirada cómplice su ayuda.

—Voy a la barra para pedir un helado. ¿Queréis algo más? —les pregunté a todas.

—Voy contigo y así pido otro para mí —contestó Bego. El resto dijo que no deseaba tomar nada más.

Cuando entramos en el local, mi amiga me agarró del brazo y me arrastró hasta un rincón.

—¿Te vas a liar con Hugo esta noche?

Me mordí los labios. No quería mentirle, pero tampoco debería contarle nada por mi bien. Aunque era mi mejor amiga. Si no confiaba en ella, ¿en quién iba a hacerlo?

No tuve que responder, ya que intuyó mis pensamientos.

—No me contestes si no puedes o no te apetece, pero estoy segura de que sí. Solo te deseo que lo pases estupendamente, que te haga gozar como nunca en tu vida y que cuando te corras grites tanto por el placer que te oigan hasta en Madrid.

Solté una carcajada al escucharla.

—Gracias.

—Pero dile que la próxima vez que te vayas de algún sitio, espere un poco más de tiempo para salir en tu busca. Hoy se ha notado mucho y la excusa que nos ha puesto sobre que tenía que llamar a su padre ha sido muy pobre. Espero que tenga más imaginación en la cama que mintiendo porque si no…

—Tranquila. Se lo diré.

Begoña asintió con la cabeza.

—Bien. Vamos a pillar esos helados.

—Espera un poco. Quiero contarte una cosa.

—Soy toda oídos.

—Laura nos mintió cuando nos contó su noche con Hugo.

Procedí a contarle a mi amiga lo que me había revelado el chico.

—¿Por qué crees que nos engañó? —le pregunté cuando terminé contarle la historia.

Ella se encogió de hombros.

—¿Debería decirle que lo sé?

Bego pensó unos instantes su respuesta.

—¿Qué ganarías con ello? Discutir con Laura y quedar mal. Yo no le diría nada. En su conciencia quedará si nos ha mentido como si no.

Acepté su contestación con un movimiento de cabeza. Lo dejaría pasar. No quería pelearme con una amiga por un tío.

Ella se colgó de mi brazo y anduvimos hasta la barra.

—¿Sabes? Yo tengo la intención de liarme con Javier —susurró mientras el camarero se acercaba a nosotras.

Pedimos los helados y el chico se alejó para ir a buscarlos.

—Pensé que estabas interesada en Kike por lo que me dijiste el día que llegué al pueblo.

—Sí que lo estaba, pero después de lo que me contaste sobre él y de ver que sigue enamorado de ti, paso de perder el tiempo. Además, Javier también me gusta y con él tengo más posibilidades de que haya un poco de ligoteo —me contó.

El chaval regresó con los helados, pagamos y salimos del bar.

Antes de sentarnos a la mesa con el resto de las amigas, terminamos la conversación.

—¿Y cuándo lo vas a intentar con Javi?

—Si puedo, esta noche. ¿Para qué esperar más?

*****

Observé a Hugo, mi hermano y sus amigos cruzar la plaza en dirección hacia el parque. Con toda seguridad irían a la terraza del bar que había allí.

El único que me miró fue Kike. Me buscó con la vista, recorriendo todas las mesas, hasta que me localizó.

Hugo me ignoró por completo. Y aquello no me gustó. Vale, teníamos que disimular, pero ¿tanto? Había sido como si no me

conociera y me hizo sentir mal. Alberto me miró de reojo, pero iba enfrascado en una conversación con Javier y Aarón, otro de su grupo, y ni siquiera saludó con la mano como hacía siempre que no podía detenerse para hablar.

Desvié los ojos hacia mi reloj de pulsera. Eran las doce menos cuarto.

Estaba impaciente por reunirme con Hugo y comenzar a disfrutar de la noche entre sus brazos. Las chicas conversaban entre ellas, pero yo me sentía incapaz de atender a lo que hablaban.

De pronto, ya no pude más y me levanté.

—Me voy. Hasta mañana —me despedí de sopetón.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó Sofía.

—Estoy cansada y me quiero acostar ya.

—¿Seguro que no has quedado con nadie? —cuestionó Claudia—. Porque no entiendo cómo es que te has puesto tan guapa si solo tenías la intención de tomarte un helado con nosotras y regresar a casa a las doce igual que Cenicienta.

—Me he puesto guapa para vosotras, ya lo he comentado antes. Pero si a ti no te gusta, pues no me mires y ya está.

—Pues yo he quedado con Hugo —intervino Laura—. Al parecer, quiere repetir —soltó una risita tonta.

Bego y yo nos miramos.

—¿Cómo que has quedado con él? —quiso saber mi amiga—. ¿Cuándo?

—En el río, antes de que se fuera. Le dije que si le apetecía pasar conmigo esta noche y me contestó que sí.

Yo echaba humo por las orejas del cabreo que tenía. ¿Así que había quedado con las dos? ¡Se iba a enterar el malnacido ese!

—Tengo que estar a la una en el parque. Por eso no ha parado en la plaza y se ha marchado hacia allí. Me está esperando —añadió ella tan feliz.

Cerré los ojos intentando calmarme.

Conté hasta diez.

Pero no lo conseguí.

—Que te lo pases muy bien con él —siseé apretando los dientes tan fuerte que por poco me parto uno.

Di media vuelta y me fui por una de las calles hacia mi casa mientras rumiaba mi furia interna y soltaba más de un insulto contra el capullo de Hugo por haber quedado con otra tía después de estar

conmigo.

Iba a retorcerle el cuello en cuanto lo viera al día siguiente. ¿Quién se creía que era para sustituirme por otra nada más haber terminado de follar conmigo?

¡Aquello no iba a quedar así!

Debía frustrar sus planes de algún modo y lo mejor sería…

Si no acudía a mi cita con él, se marcharía antes a por Laura.

Pero si lo retenía el tiempo suficiente, llegaría tarde a la cita con ella.

Una sonrisa maléfica se extendió por mi cara.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer para fastidiarlo.

Lo sentía por mi amiga, pero yo no iba a quedar por debajo de Hugo. No me usaría y después se marcharía de rositas para complacer a otra. ¡Ja! ¡Ni en sus mejores sueños!

Así que di media vuelta y me metí por una calle lateral para dar un rodeo hasta su casa.

Llegué a la esquina y me paré, oteando el solitario lugar. Miré otra vez mi reloj. Las doce y tres minutos.

Estaba pensando si acercarme a tocar su puerta y que me abriera o no.

No se advertía ninguna luz en la casa de piedra y madera, así que decidí esperar un poco más para ver si aparecía.

De pronto, un brazo pasó alrededor de mi cintura y, cuando fui a soltar un grito asustada, una fuerte mano cubrió mi boca.

—Ssch… No grites —me susurró en voz baja y ronca Hugo.

Me pegó a él y pude sentir el calor de su cuerpo… y su dura erección.

Todavía no habíamos hecho nada y ya estaba excitado.

—Estás increíble con este vestido, pero no tendrías que habértelo puesto. Así disimulas fatal.

El sonido de su voz grave y masculina, con ese ligero toque alemán, me calentó en décimas de segundo. Y tenerlo tan pegado a mi espalda, con su miembro clavándose en mis nalgas; la mano tapándome la boca y sujetándome con fuerza por la cintura hizo que me mojase a la velocidad del rayo.

Además, el cabreo que tenía por lo de Laura ayudaba todavía más a que mis emociones estuvieran a flor de piel.

—Vamos —dijo cogiéndome de la mano—. Antes de que pase alguien y nos vea.

Tiró de mí y lo seguí como un corderito. Pero era un corderito enfurecido.

En cuanto estuviéramos en su casa le iba a cantar las cuarenta por haber quedado con Laura tan solo una hora después de haber echado un polvo conmigo. ¿Tan poco tiempo creía que necesitaba para satisfacerme? ¿Solo una hora iba a dedicarme?

No tuve ocasión de hablarle sobre nada porque en cuanto traspasamos la puerta de la vivienda y la cerró, me estampó contra ella y devoró mi boca con una pasión desmedida.

Me entregué al beso de igual modo. Lo iba a cansar tanto que no tendría ganas de irse con otra.

Con las manos busqué la cremallera de su pantalón y se la bajé, liberando la erección que había en ella. Le toqué la piel caliente y suave; acero cubierto de seda.

De un salto, me subí a sus caderas y él me sujetó por el trasero.

—Apártame las braguitas y métemela ya —le ordené.

—Espera, primero tengo que ponerme un condón.

—Vale. Pues hazlo rápido.

—¿Tanta prisa tienes por sentirme dentro de ti?

Giró conmigo en sus caderas y su pene rozándome los pliegues. Comenzó a subir las escaleras. Con cada paso que daba, la dureza que había entre sus ingles se introducía un poco en mi vagina y volvía a salir de nuevo.

Aquello me resultó tan erótico que estuve a punto de tener un orgasmo.

Él gemía cada vez que metía la punta de su erección mientras subía por las escaleras. Yo deseé que aquel infierno en el que ardía no terminase nunca.

Cuando llegamos al final de los escalones los dos jadeábamos como si hubiésemos corrido una maratón.

—Tengo que dejarte un momento en el suelo para…

Corté su respuesta con un largo beso destinado a enloquecerlo. Le mordí los labios con toda la intención de dejarle alguna marca para que, cuando se fuera con Laura, si es que al final lo dejaba marchar, ella no tuviera ninguna duda de que hacía poco rato que se había liado con otra y le montase una escenita de celos.

—Tengo que ponerme un condón ya o me correré sin…

Intentó decir él, pero lo volví a interrumpir con otro beso todavía más apasionado que el de antes.

—Dios mío, el roce sin ninguna protección es tan bueno… Me estoy volviendo loco. Tenemos que parar un momento… Me vas a matar de gus…

—Deja de hablar y métemela ya —le ordené.

—No.

Se deshizo de mí y yo me sentí herida. Me bajó al suelo, desenredando mis brazos y piernas de su cuerpo, y se metió una mano en el bolsillo trasero para sacar un preservativo.

—Nunca lo hago sin condón. Lo siento, pero tendrás que aceptarlo.

Me miró y vi la lujuria contenida en sus ojos. Menos mal que uno de los dos tenía algo de cerebro porque con lo enfadada que estaba —y excitada también— no pensaba con claridad.

Debía ponerse protección por él y por mí. De lo contrario, los dos podríamos lamentar habernos dejado llevar por la pasión del momento.

—¿Dónde prefieres hacerlo, en la cama, en el sofá, encima de la mesa…? ¿O quieres que te empotre contra la pared? —preguntó antes de romper con los dientes el envoltorio.

—Podemos hacerlo en todos esos sitios —le sugerí.

—Acabarás conociendo mi casa bien a fondo —me sonrió pícaro y me guiñó un ojo.

—¿Quieres que los probemos todos esta noche?

—Uf… No sé si daré para tanto, pero… podríamos intentarlo. Menos mal que compré otra caja de gomitas cuando hemos ido a la farmacia esta mañana.

—¿Y piensas gastarla toda conmigo? —indagué viendo cómo se desenrollaba el condón en torno a su dureza.

—Te recuerdo que yo te he dado placer esta tarde en la cueva esa a la que me has arrastrado y ahora te toca a ti devolverme el favor.

—Vamos a la cama —le ordené.

Me cogió de la mano y me guio por el pasillo hasta su habitación.

No reparé ni en la decoración ni en cualquier otro detalle. Nada más entrar, localicé la cama y lo empujé para que cayera sobre ella. Me subí encima y comencé a empalarme en él.

—Espera un poco —jadeó.

—¿Por qué? ¿No estabas tan ansioso porque te diera placer?

—Y lo estoy, pero antes, me gustaría desnudarte y hacerlo yo también. Jugar un poco y después…

No permití que siguiera hablando.

Me apoderé de su boca y le metí la lengua, buscando la suya para bailar con ella, mientras caía sobre su polla.

—¡*Verdammt!* —exclamó contra mis labios—. Qué estrecha eres… *Gott*… ¡Qué bueno! Pero… espera un poco, no tengas prisa… —suplicó con un gemido al tiempo que yo chocaba una y otra vez contra su pelvis.

Cabalgué sobre él como una amazona, volviéndole loco, matándolo de placer.

Con las manos apoyadas sobre su pecho todavía cubierto por la camiseta y los pantalones en las caderas; con la falda de mi vestido alrededor de mis muslos, lo observé.

Hugo movía la cabeza de un lado al otro mientras murmuraba palabras en alemán. Por supuesto, no entendí ninguna, pero no me hacía falta. Comprendía a la perfección que se trataban de las típicas frases que uno dice cuando está al borde del orgasmo.

Cuando él me agarró de las caderas y aceleró el ritmo para liberarse por fin, yo me detuve y me alcé para que saliese de mí.

—¿Por qué paras? Estaba a punto de correrme —protestó.

—¿No querías que estuviésemos desnudos? —le pregunté bajándome de sus piernas y arrastrando su pantalón al mismo tiempo.

—Lo que quiero en este preciso momento es terminar lo que hemos empezado —refunfuñó apretando los dientes enfadado.

—Quítate la ropa. Quiero verte desnudo.

Obedeció mi orden con gestos bruscos y en un abrir y cerrar de ojos lo tuve como su madre lo trajo al mundo.

—Te toca. —Señaló mi vestido.

Tiré del lazo con el que se sujetaba a mi cuello y lo desaté. La prenda cayó a mis pies con rapidez. Di un paso al frente y lo dejé olvidado en el suelo. Me saqué las sandalias con las manos.

—Eres lo más precioso que he visto en mi vida —me piropeó sentado en la cama contemplándome extasiado, con su miembro apuntado hacia mí.

Me acerqué a él.

—Bájame las bragas.

Hugo sonrió de esa forma suya tan particular y descaradamente sexi.

Agarró la prenda íntima y la deslizó despacio por mis piernas, acariciándome con sus dedos.

Yo los sentí en mi piel como ríos de lava ardiendo. Mi corazón

estaba al borde del colapso y juraría que escuché el suyo latiendo al mismo ritmo.

Cuando me incliné sobre él, su respiración agitada se mezcló con la mía.

Todo ocurrió tan deprisa que apenas me di cuenta de lo que pasaba hasta que me encontré tumbada en la cama, con Hugo entre mis piernas, metiéndomela otra vez. Pero el muy capullo iba lento, desesperadamente lento.

Alcé las caderas para ir en su busca y que terminase de introducirse en mí, pero él me clavó al colchón de su cama haciendo presión con las manos en mi cintura.

—Tranquila. ¿Qué prisa tienes? —murmuró.

—¿No querías correrte ya?

—Sí, pero la diversión se acabaría demasiado pronto.

—Pensaba que me echarías un polvo y ya.

Hugo me miró extrañado.

—¿Cuándo te he dicho eso?

—No me lo has dicho.

—¿Entonces?

Miré mi reloj de pulsera. Eran algo más de las doce y media.

—No quiero que llegues tarde a tu próxima cita —le contesté.

—¿Mi próxima cita?

Terminó de hundirse en mí por completo y se detuvo.

—¿Con quién he quedado si puede saberse?

—¿Cómo te atreves? Eres un cabrón —lo insulté.

—A ver, ahora estoy aquí contigo, ¿no? —Sin dejarme responder, añadió—: No sé qué película te habrás montado, pero estás equivocada. No he quedado con nadie más.

Lo miré sin llegar a creerme sus palabras.

—¿Qué pasa con Laura?

—¿Qué pasa con ella? Ya te conté que solo lo hicimos una vez y ella se quedó…

—Pero hoy has vuelto a quedar con ella —lo acusé.

Hugo pensó durante unos segundos. Después empezó a moverse dentro de mí despacio.

—Ah, es eso.

—Sí, eso. ¿Cómo puedes estar follando conmigo y dentro de media hora echarme de tu casa para irte a buscar a otra?

—Pues muy fácil —contestó él como si nada.

Me dio tanta rabia que levanté una mano para darle un bofetón.

Sin embargo, él intuyó lo que estaba a punto de ocurrir y me detuvo agarrándome del brazo.

—No —dijo muy serio—. Si me vuelves a pegar, no me quedará más remedio que atarte.

—No te atreverás. —Apreté los dientes por la rabia.

Con una rapidez sorprendente, me cogió de ambas manos y las puso por encima de mi cabeza. Con una de las suyas, aferró mis muñecas unidas y con la otra bajó hasta mi sexo. Metió los dedos entre nuestros cuerpos y comenzó a torturarme con su pulgar en el clítoris.

—Por suerte para ti —comenzó a susurrar muy cerca de mis labios —, en estos momentos no tengo nada para atarte a la cama, pero ya me haré con algún tipo de cuerda o algo por el estilo. Quizá revise los armarios para ver si mi padre se dejó olvidada alguna corbata.

Me imaginé la escena tan erótica que me había descrito y me humedecí todavía más. Era un charco de agua en mitad de su colchón todavía cubierto con la colcha azul.

Hugo continuaba implacable con el asalto a mis sentidos mientras me embestía una vez tras otra, alargando al máximo el momento de alcanzar el clímax.

Acercó su boca a la mía y me robó unos cuantos besos.

—¿Cómo puedes estar aquí follando conmigo y después irte con Laura? —gemí repitiendo mi reproche.

—No tengo la intención de salir de entre tus piernas en toda la noche. Llevo mucho tiempo deseando esto. Desde que te vi el primer día en el pueblo. ¿Cómo puedes pensar que de verdad me voy a ir con Laura?

—Será porque ella misma me lo ha dicho hace un rato. ¿O me vas a negar que habíais quedado para veros en el parque? Ahora te excusarás diciéndome que mi amiga me ha mentido.

Se retiró hasta que la punta de su polla estuvo en la entrada de mi sexo y volvió a hundirse de nuevo en él, logrando que los dos jadeásemos de placer. Su pulgar continuaba con un ritmo lento acariciando el punto más sensible de mi cuerpo.

Notaba cómo el éxtasis se apoderaba de mí poco a poco. Era un martirio. Y, sin embargo, no deseaba que terminase jamás.

—Es cierto. Habíamos quedado. Lo que pasa es que yo no tengo intención de acudir a esa cita. Prefiero quedarme contigo.

—¿Se supone que debería darte las gracias por haberme elegido? —pregunté con desconfianza.

—Si quieres… Pero, de todas formas, nunca he tenido la intención de volver a estar con ella otra vez.

—Entonces, ¿por qué has quedado con Laura?

—¿No te lo imaginas? ¡Es muy sencillo!

Me miró a los ojos, clavando sus pupilas dilatadas por la excitación en las mías.

—Sabía que ella os iría con el cuento a tus amigas y a ti, y que tú te cabrearías. Y, sinceramente, Sara, me encanta hacerte rabiar.

—¡Hijo de…!

Silenció mi protesta fundiendo sus labios con los míos en un largo y profundo beso que me hizo gemir como un animal en celo.

Mientras, frotó con más ahínco mi clítoris al tiempo que se hundía entre mis piernas con movimientos más rápidos.

No dejó de besarme ni un segundo hasta que me corrí y grité en su boca.

Él se tragó mis jadeos de placer y después, con un ritmo frenético, echó la cabeza hacia atrás y se liberó.

Cayó desplomado sobre mi cuerpo, pero enseguida rodó conmigo en la cama y nos colocó a ambos de lado.

Respirábamos agitados cuando me susurró:

—Quería cabrearte porque sabía que sería mucho mejor así. Eliminarías todo el nerviosismo y la tensión acumulados en tu cuerpo con el sexo. Follaríamos como salvajes. Y eso es lo que he conseguido.

—Pedazo de cabrón —siseé con odio, pero también con reconocimiento. El muy capullo tenía razón.

Hugo ni se inmutó por el insulto.

—Lo siento por Laura. Mañana me disculparé con ella.

—¿No decías que no te gustaba mentir?

—Por norma general, no suelo hacerlo. Solo cuando la situación lo requiere —soltó como excusa.

Puso su mejor cara de niño bueno y añadió:

—Descansa, pero no te duermas. Quiero un segundo asalto.

—¿No decías que eras incapaz de hacerlo más de una vez por noche? —cuestioné mirándolo con los ojos como platos.

—No. Te dije que con Laura solo lo había hecho una vez. Pero puedo hacerlo más veces, si tú estás dispuesta a ello, claro.

Mi expresión debió de hacerle gracia porque soltó una carcajada.

—Tengo que hacer méritos para mantener mi fama de semental.

Me besó en los labios y volvió a hablar mientras yo intentaba recuperar la capacidad de razonar.

—Voy a quitarme el condón y a tirarlo a la basura. No te muevas de aquí. Todavía no he acabado contigo.

Capítulo 8

Hugo regresó a la cama al poco rato. Yo todavía estaba flipando por la conversación mantenida.

Jamás en toda mi vida olvidaría sus palabras y su manera de practicar sexo. Presentía que iba a ser así, intenso, decidido y que saturaría mis sentidos con su voz, sus caricias y sus besos.

Lo que no esperaba era que recurriese a una treta para cabrearme y conseguir que todo fuera más agresivo y salvaje.

Pero no me quejaba porque me había encantado. Me había hecho subir al cielo y tocarlo con los dedos. O bajar al infierno y quemarme en la hoguera. No sabía muy bien por cuál de las dos opciones decantarme.

De todas formas, no importaba.

Me había elegido a mí. Quería pasar conmigo el resto de la noche. Repetir otra vez.

Recordar cómo me había devorado, cómo nos habíamos saciado el uno al otro en ese primer asalto, con los mechones de su cabello oscuro balanceándose al mismo ritmo que su miembro se enterraba dentro mi cuerpo, era una de las cosas más eróticas que había visto en mi vida y, por supuesto, que estaba deseando repetir. ¡Claro que sí!

Hugo me abrazó cuando estuvo en la cama y me besó en el pelo con cariño.

Me extrañó ese arranque de ternura, teniendo en cuenta que lo nuestro era puramente sexual.

—¿Haces eso con todas? —indagué refugiada en su cálido pecho con la sábana cubriéndonos hasta la cintura.

—¿A qué te refieres con «eso»?

—A cabrearlas para que el sexo sea más intenso y adictivo.

—¿Crees que ha sido intenso y adictivo? —Sonrió como un niño pequeño la mañana de Navidad abriendo los regalos.

—No me contestes con otra pregunta, por favor. —Puse los ojos en blanco y me apoyé sobre un codo para mirarlo a la cara.

Él emitió un largo suspiro antes de contestar.

—No. Solo lo he hecho contigo porque me encanta hacerte rabiar y sabía que sería más divertido.

Lo miré molesta.

—Venga, no te enfades. —Amplió su sonrisa y su mirada se volvió cálida.

—Me desconciertas —confesé sacudiendo la cabeza—. Primero me haces enfadar para tener un rato de sexo increíble y luego te muestras tierno y cariñoso, abrazándome y dándome un beso en el pelo.

—Me encanta el olor de tu piel a vainilla y el sabor de tus labios a chocolate.

—Y ahora me haces halagos —afirmé boquiabierta—. Dime la verdad, ¿eres así con todas?

—Me vuelves loco —respondió.

—Tú sí que me vas a volver loca a mí. No sé qué pasa contigo, tío, pero…

—¿Ya has descansado lo suficiente? —me interrumpió—. Quiero que lo hagamos de nuevo.

—¿Vas a cabrearme otra vez?

Lo miré muy seria.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Pues…

Iba a contestarle que no. No me gustaba estar enfadada. Mas con él y sus jueguecitos no sabía qué me pasaba, pero encendía en mí un fuego difícil de apagar. Discutir con Hugo era lo más excitante que había hecho en toda mi vida.

Además de hacer el amor con él.

—No lo sé —respondí, dándome cuenta de que, en realidad, era así. No sabía si me gustaba más hacerlo enfadada con él o no.

—Voy a ayudarte a decidirlo. Ahora vamos a hacerlo despacio, sin prisas; como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si nunca fuese a amanecer —susurró sobre mis labios antes de besarme—. Y después me dirás cómo lo prefieres.

*****

Me desperté a las siete de la mañana enredada en su cuerpo.

Le observé mientras dormía. Era tan atractivo y hermoso que no podía apartar la vista de él. Con los ojos repasé el contorno de su

musculatura. Las líneas de tinta negra de su dorsal que dibujaban su nombre. La gárgola de su hombro, en cuclillas, de color gris oscuro y con cuernos. Un puñetero diablo como él. Tremendamente sexi y adictivo.

Tenía la piel caliente y aterciopelada. Me apoyé sobre un codo en el colchón para empaparme de la belleza masculina que tenía a mi lado. Él continuaba durmiendo con tranquilidad, sereno, calmado. Pero yo sabía que bajo aquella fachada habitaba un ser potente, salvaje y generoso.

Después de la segunda vez, se dedicó a acariciarme igual que a una gatita. Me regaló cientos de besos que depositó sobre mi piel desnuda y cuando llegó a mi pubis, me lamió otra vez, despacio, como si estuviera degustando su postre favorito, logrando que me retorciese y ronronease hasta que alcancé el éxtasis.

Levanté un poco la sábana. Quería contemplarlo entero para guardar en mi memoria su cuerpo y masturbarme después con su recuerdo.

Su miembro, ese que tanto placer nos había dado a ambos, descansaba en medio de sus ingles. Aun estando en reposo era grande. Comencé a salivar de inmediato. No quería despertarle, por lo que continué con mi recorrido visual por sus fuertes muslos. Cuando llegué a los pies, deshice el viaje hasta regresar a su pelvis, de la que nacía una fina línea de vello que terminaba en su ombligo.

Suspiré muerta de deseo.

Tenía un físico imponente y yo lo deseaba más todavía después de la experiencia vivida con él. Pero dudaba de que quisiera repetir conmigo. Según comentaban en el pueblo, nunca lo hacía con ninguna. Y a mí ya me había probado. Ya había conseguido su premio.

Solté otro suspiro y regresé a sus labios, esos que tan bien me habían besado en todas partes, despertando mis terminaciones nerviosas, poniéndolas al límite. Logrando convertir en cenizas cada uno de mis pensamientos.

Debía irme ya. Estaba amaneciendo y quería llegar a casa antes de que mi madre se levantase porque, aun estando de vacaciones, ella no perdía la costumbre de madrugar.

Con cuidado, aparté a un lado la sábana y me deslicé en el colchón hasta quedar en el borde. Me senté en la cama y me preparé para alzarme.

Cuando estaba a punto de conseguirlo, una mano me aferró la

muñeca.

—¿Ya has terminado de examinarme? —murmuró con voz somnolienta y los ojos aún cerrados.

—¡Qué susto me has dado! Pensé que estabas dormido.

—Llevo un rato despierto. —Abrió un ojo, me miró y lo volvió a cerrar—. Pero me sentía demasiado bien con tu mirada recorriendo mi cuerpo como para interrumpirte.

—Eres un prepotente y un creído.

—Sí, pero sabes que tengo razón. —Sus labios se curvaron para esbozar una sonrisa—. ¿A dónde ibas? Vuelve a la cama conmigo. Necesito tu calor para dormir tranquilo.

¡Por Dios! ¿Cómo podía decirme esas cosas tan bonitas y ser tan canalla al mismo tiempo?

—Tengo que volver a casa. Son más de las siete —susurré.

—No sabía que tenías toque de queda —dijo parpadeando. Abrió los ojos por fin y los clavó en mí.

—Y no lo tengo, pero no pretenderás que me quede contigo toda la mañana. En algún momento debo regresar a mi casa.

—Me siento ofendido. Cualquier otra chica estaría deseando compartir mi cama durante más tiempo. Sin embargo, tú… Menos mal que cuando estemos en la playa dormiremos juntos todas las noches.

Me quedé boquiabierta.

—¿Estás loco? ¿Con mis padres y mi hermano en la misma casa?

—Qué morbo, ¿verdad?

—¡No podemos hacerlo!

—¿Por qué? —preguntó extrañado sentándose en la cama.

—Porque no somos pareja. Mis padres no lo aprobarían. Dormir juntos en la misma cama sería imposible. Si fuésemos novios, tal vez, pero sin tener una relación seria, no.

—No tienen por qué enterarse —comentó tan tranquilo.

—Pero acabarán dándose cuenta.

Hugo tiró de mi brazo para echarme sobre su cuerpo.

—Te propongo un trato, que pasemos las vacaciones juntos, teniendo el mejor sexo de nuestra vida. Será un verano increíble. Pero hay una condición, por supuesto: solo podremos follar entre nosotros. No podremos liarnos con nadie más. Ni siquiera un simple beso.

Lo medité algunos segundos en los que sus ojos recorrieron mi cara con ansiedad.

—Entonces, ¿seremos algo así como una pareja?

—No estoy interesado en tener una relación seria con nadie. No me va ese rollo del amor.

—Pero alguno de los dos podría empezar a sentir cosas… Ya sabes lo que dicen, «el roce hace el cariño». ¿Y si me enamoro de ti o tú de mí?

—Eso no va a pasar. Al menos por mi parte no.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Cómo es posible que pases un mes acostándote con una tía y termines las vacaciones sin sentir nada por ella?

—Porque ya lo he hecho más veces y nunca me he enamorado de la chica en cuestión.

—¿Y si me enamoro yo de ti? Me romperías el corazón.

—Pues no lo hagas. No te enamores de mí.

Me quedé observándolo unos instantes sin poder creerme lo que me estaba diciendo.

—Sé que ahora te parece complicado —habló de nuevo—, pero en realidad es muy sencillo. En el juego del sexo, el que se enamore pierde. Tenlo en cuenta para evitar hacerlo y lo conseguirás. Usa la cabeza y no pongas tu corazón en ello.

Me retiré como si me hubiera dado un puñetazo. Estaba dolida. Sus palabras me transmitieron que lo que había ocurrido esa noche, una noche mágica para mí, para él no había significado nada.

Lo miré con rabia, con toda la rabia de un animal herido.

Me sentí tan vulnerable que necesité salir de allí inmediatamente y esconderme de su vista.

Recogí mi ropa y me vestí mientras Hugo me observaba en silencio.

—Eres un miserable —lo insulté.

—¿Eso quiere decir que no aceptas mi proposición?

—¡Pues claro que no! —le grité.

—Pero…

—¡Pero nada! ¿Me oyes? ¡No hay peros que valgan! ¡Yo no soy tan insensible como tú! ¡Por supuesto que no acepto tu mierda de propuesta!

Salí de la habitación y de la casa con unas ganas tremendas de llorar. Me sentía engañada, estafada, herida…

Después de pasar la mejor noche de mi vida, todo se había convertido en una puta pesadilla al escucharle.

¿Cómo pretendía que nos acostásemos y no sintiéramos nada el uno por el otro? ¿Cómo podía hacer algo tan despreciable? ¿Cómo?

Me detuve al llegar a la plaza de la iglesia e intenté calmarme. No podía ir a mi casa en un estado tan lacrimógeno y, además, necesitaba desahogarme con alguien, contarle mis penas y que me ayudara a recoger los pedazos de mi corazón. Que me abrazase tan fuerte que lograse colocarlos en su sitio otra vez.

Saqué el móvil del bolsito y llamé a Begoña.

Contestó al sexto tono.

—Bego…

Mi voz sonó demasiado sensible, demasiado dolorosa.

—¿Sara? ¿Estás llorando?

Sorbí por la nariz confirmándole así lo que acababa de preguntarme.

—Siento despertarte. ¿Puedo ir a tu casa, por favor? —supliqué en voz baja, con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Te espero en la puerta.

Rodeé la iglesia y me metí por el callejón que daba a casa de mi amiga.

—Gracias —musité cuando la vi en la puerta, esperándome con el pijama todavía puesto y el pelo revuelto.

Abrió los brazos y yo me refugié en ellos buscando su consuelo.

—Vamos arriba, a mi habitación. Por suerte mis padres y mi hermana todavía no se han despertado.

Subimos las escaleras procurando hacer el menor ruido posible.

Nada más entrar en su cuarto, me eché a llorar desconsolada.

—¿Qué ha pasado? ¿Hugo te ha hecho algo malo? ¿Te ha… forzado de algún modo? ¿Te ha… violado? Si lo ha hecho, tienes que ir a la Guardia Civil y denunciarlo.

Sacudí la cabeza negando.

—No, no. Todo ha sido consentido, pero… —Me limpié las lágrimas a manotazos. No quería llorar por ese imbécil y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo—. Me ha hecho sentir como un trozo de carne, una mierda, de la que se ha aprovechado para satisfacer su ego y luego me ha dejado tirada.

—A ver, tranquilízate —me pidió pasándome un pañuelo desechable para que me limpiase—. No es que dude de ti, pero todas las que han estado con él han pasado una noche increíble y han vuelto contentas a sus casas. ¿Por qué tú no? ¿Qué es lo que ha ocurrido? Cuéntamelo todo desde el principio.

Le relaté a grandes rasgos las escenas de sexo que habíamos

compartido y nuestras conversaciones varias. Le conté lo de Laura, que todo había sido una jugarreta para enfadarme, y su proposición de tener sexo sin ataduras.

—O sea, ¿qué te ha propuesto follar sin compromisos durante todo el verano y tú has rechazado su plan? ¡Uf! Estás peor de lo que me imaginaba, cariño.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté sin comprenderla del todo.

Bego exhaló un suspiro antes de responderme. Me acarició el brazo hasta que llegó a mi mano y dejó la suya allí, descansando sobre la mía.

—Lo siento mucho, pero tú ya estás enamorada de ese tío.

—¿Cómo? ¡No!

—Sí lo estás. Por eso te ha dolido tanto que te haya hecho esa propuesta. Pensar que solo vas a ser el juguete sexual con el que se divertirá y después pasará página, te duele tanto como que te saquen una muela sin anestesia.

—Yo no estoy enamorada de él —negué con vehemencia.

Begoña suspiró de nuevo.

—Pero no te has dado cuenta de algo: tú llevas ventaja.

La miré extrañada, dejando de llorar. ¿Ventaja?

Ella se apresuró a explicar su respuesta.

—Sí. Tú llevas ventaja porque él todavía no sabe que siente lo mismo por ti. Los dos estáis enamorados.

—Bego, no estoy para bromas.

—Te lo digo en serio, tía. Hugo está tan enamorado de ti como tú de él, pero aún no se ha dado cuenta.

—Que no está enamorado de mí. No me ralles y no flipes tú tampoco.

—¿Y qué explicación le das a que vaya detrás de ti por todo el pueblo? ¿A que te siga con la mirada allá donde estés para tenerte controlada? ¿A que te espere en la puerta de tu casa? Sabe que las tías se matan por estar con él, pero él solo tiene ojos para ti. Tú no viste su cara cuando te marchaste del río. Le faltó tiempo para levantarse, recoger su mochila e irse. Salió pitando de allí, como si el lugar estuviese en llamas. Y todo el rato que estuviste antes, hablando con Kike, no se perdió ni un segundo de vuestra conversación, aunque no pudiese oír lo que decíais. ¿Quieres saber qué se esconde detrás de su proposición? Es muy fácil: quiere asegurarse de que estarás solo con él, que nadie interferirá en lo vuestro y que otro no saldrá beneficiado

llevándose el premio.

—Eso no quiere decir que esté enamorado de mí. Solo que pretende tener sexo sin compromiso y evitar quedarse sin él por culpa de que otro se le adelante, pero es solo sexo, no es amor —rebatí.

—Solo es cuestión de tiempo que se dé cuenta de lo que siente por ti y que lo acepte. Mientras tanto… —me sonrió con malicia. Algo se le había ocurrido a su mente retorcida—, juega con él. Haz que se ponga celoso, que se muera por ti, ponle el caramelo en los labios y luego quítaselo. Lograrás que patalee como haría cualquier niño pequeño cuando no consigue lo que quiere y se frustre. Vuélvele loco. Tan loco que no deje de pensar en ti ni un segundo del día o de la noche, si es que no lo hace ya.

—Alucinas mogollón, tía. ¿Cómo voy a hacer eso? Ni de coña lograré algo así.

—Estoy segura de que sí lo conseguirás. ¿Todavía no sabes el potencial que tienes? Puedes hacer que cualquier tío caiga a tus pies, incluido Hugo.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Recordé que esa noche me había hecho un moño bajo y desenfadado. Ahora llevaba el cabello suelto y, con toda seguridad, tan revuelto como lo tenía mi amiga.

—Juega con él para que se dé cuenta de lo enamorado que está de ti —me repitió.

Me mordí el labio inferior sin saber qué hacer.

—Este será el plan —añadió ella frotándose las manos.

*****

Me quedé un par de horas más en casa de Bego hasta que mi madre me llamó al móvil, preocupada, al ver que no había ido a dormir. Le comenté con quién estaba, pero ella no lo creyó, así que mi amiga se puso al teléfono para tranquilizarla. Le contó que habíamos pasado la noche hablando y que, al final, nos quedamos dormidas las dos.

—Bien —suspiró mi madre bastante más calmada—. ¿Te preparo el desayuno o vas a desayunar con Bego y su familia?

—No, mamá. No quiero abusar más de ellos. Hazme una tortilla francesa y me la como en un bocadillo. Pasaré por la panadería para coger el pan y así no tienes que salir tú.

—De acuerdo, hija.

Colgué y otra vez le agradecí a mi amiga su apoyo.

—Así que ¿vas a zamparte un bocata de tortilla para desayunar? —preguntó ella con una sonrisa—. Al parecer el buen sexo y los planes maquiavélicos te han abierto el apetito —añadió, dándome un codazo. Las dos nos reímos.

—Me voy ya. No quiero que se me enfríe el desayuno.

—¿Cuándo empezarás a hacerle rabiar a nuestro queridísimo y capullo amigo?

—Lo antes que pueda —respondí.

—Estoy deseando ver cómo se arrastra ante ti, declarándote su amor eterno.

—Ya veremos.

—Recuerda que debes fingir muy bien que lo odias. Como si tuvieras que ganar un Goya por tu actuación de la mala de la película.

—No me costará mucho, créeme. Tengo una mezcla de sentimientos enorme. Lo odio con la misma intensidad con la que lo deseo —confesé.

—¡Que comience el juego! —exclamó como si estuviese dando por inaugurados *Los juegos del hambre*, la película basada en el *best seller* del mismo nombre, escrita por Suzanne Collins, que tantas veces habíamos releído las dos.

Me despedí de ella y me marché a mi casa con energías renovadas.

*****

Aquella tarde no fuimos a bañarnos al río.

Las chicas y yo preferimos jugar un partido de tenis, mi deporte favorito, al mismo tiempo que mi hermano y sus amigos, con Hugo al frente, encestaban una pelota de baloncesto en la canasta de la otra pista.

Para la ocasión me vestí como si fuera una profesional de ese deporte. Faldita corta, camiseta ajustada, zapatillas cómodas y el pelo recogido en una alta coleta.

En cuanto aparecí me di cuenta de las miradas de Hugo. Bego tenía razón. Me seguía con la vista a todas partes y, aunque intentaba disimularlo —desde que me lo había dicho mi amiga me fijaba más que antes—, lo había cazado en varias ocasiones observándome de reojo.

Jugábamos en pareja. Bego y yo contra Sofía y Laura. Claudia se

mantenía apartada. El deporte no era lo suyo. A ella le iba más el rollo informático, así que se había quedado sentada en un banco editando un vídeo para su canal de YouTube.

Cada vez que me tocaba sacar una bola o darle a la pelota me esforzaba al máximo por exhalar mi respiración como lo hacía Nadal durante sus partidos, con el único objetivo de llamar la atención de Hugo. Me sentía como Paula Badosa o las hermanas Williams compitiendo en el Roland Garros, Wimbledon o cualquier otro *Grand Slam.*

Pendiente de la bola que llegaba hasta mi raqueta, y a la que pegué con todas mis fuerzas, no me di cuenta de que a Hugo le habían golpeado en la cara con la pelota de baloncesto por haberse quedado hipnotizado contemplando nuestro juego hasta que mis amigas se detuvieron para ayudarlo.

También quise salir corriendo para ver el daño que había causado el impacto de la pelota de *basket*, pero me reprimí, mientras veía cómo la sangre manaba de su nariz.

Me obligué a protestar por haber parado el juego, como si me importase un pimiento lo que le hubiera sucedido a Hugo.

—¡Chicas! ¿Por qué paráis? ¿Tenéis complejo de enfermeras o qué? Dejad que lo ayuden sus amigos, que para eso los tiene —me quejé alzando los brazos y poniendo cara de gruñona.

—Sara, no seas así. ¡Míralo! ¡Pobrecillo! ¡Está sangrando! —me regañó mi prima Sofía.

—Ni que fuera el puñetero Gasol —mascullé molesta.

—¿A que si fuera Matteo Berrettini o Alexander Zverev te desvivirías por él? —me preguntó Sofi.

—Si fuera cualquiera de esos dos estaría haciendo otras cosas con ellos en lugar de jugar al tenis —hablé bien alto para que Hugo me oyese y supiera que deseaba a otros hombres, aunque fueran inalcanzables para mí.

Me giré y contemplé a Bego, que me miraba con una sonrisa traviesa en la cara.

—Lo estás haciendo genial —susurró cuando pasé por su lado.

Le guiñé un ojo y comencé a dar pelotazos contra la pared del fondo de la pista como si el mundo fuera a acabarse esa tarde.

Necesitaba entretenerme con algo o toda mi fuerza de voluntad flaquearía y saldría corriendo a donde estaba Hugo para examinar el daño en su nariz y ayudarlo a curarse.

—Estoy bien, chicas. No os preocupéis por mí —le oí decir a Hugo —. Por cierto, Laura, siento no haber podido acudir a nuestra cita de anoche, pero me surgió algo que me impidió hacerlo.

—Oh, no pasa nada. Espero que ese imprevisto no fuera muy grave —respondió mi amiga.

—No, fue poca cosa. Algo sin importancia —contestó él.

«¿Algo sin importancia? ¿Poca cosa? ¿Será cabrón?».

Estuve a punto de girarme para golpearlo con la raqueta en la cabeza en vez de a la pelota de tenis, pero me controlé a tiempo. Si pretendía cabrearme no le daría el gusto de verme en ese estado.

Comencé a golpear la bola con más fuerza todavía hasta que me dolió el brazo. Me iba a provocar una lesión por culpa de ese imbécil, así que decidí dejarlo. Fui hasta el banco donde habíamos dejado las fundas de las raquetas y varias botellas de agua fría y cogí una para beber.

—¿Te pasa algo con Hugo? —Mi hermano se había acercado a mí para salir de dudas.

—No. ¿Por qué?

—Porque siempre eres la primera en preocuparte por el bienestar de la gente y ahora parece que te importe tres pepinos.

—Ya estaban las demás para ayudarlo. Y vosotros también. ¿Qué pintaba yo allí? —Me encogí de hombros y di un largo trago a la botella.

Alberto me miró con desconfianza.

—Hay algo que no me estás contando. ¿Qué os ha pasado?

—¿Cómo que qué nos ha pasado? No hables de nosotros como si fuéramos pareja y hubiésemos tenido una discusión.

—¿Eso es lo que ocurre? ¿Os habéis peleado? —quiso saber.

Lo miré molesta.

—No. No ha pasado nada ni nos hemos peleado ni nada de nada.

—Entonces estás enfadada porque entre vosotros no avanzan las cosas. Creía que os habíais reconciliado cuando estuvisteis en Arroyoseco o después, cuando salió pitando del río y te siguió. Pensé que hablaría contigo y arreglaríais las cosas.

Otro que se había dado cuenta de que Hugo me había seguido de vuelta al pueblo la tarde anterior.

—Y como anoche se fue pronto a casa, pensé que había quedado contigo —añadió—. Pero, según ha comentado él, parece ser que quedó con Laura y no pudo ir. ¿Qué pasa? ¿Te enteraste de que iba a

estar con tu amiga y lo esperaste en su casa para montarle un pollo como la otra vez?

—Basta ya, Alber. Me quedé a dormir en casa de Bego. Tu amigo no tengo ni idea de lo que haría ni si estuvo con alguien o no. —Volví a dar un trago al líquido fresco y cerré la botella con el tapón—. Y, sinceramente, no me importa.

—Pues a mí sí que me importa teniendo en cuenta que tus amigas estuvieron con nosotros hasta casi las dos de la madrugada. Así que eso de que te quedaste en casa de Bego es mentira porque ella estuvo muy ocupada con Javier hasta esa hora. Dime, hermanita, ¿dónde estuviste y con quién, entre las doce de la noche y esta mañana cuando has vuelto a casa?

Me quedé boquiabierta observándolo.

—A ti acabar la carrera de Criminología te ha sentado fatal. ¿En serio me preguntas si tengo una coartada? —pregunté alucinada.

—Seguro que estuviste con Hugo y algo salió mal. Por eso estás enfadada con él.

—Yo no…

—Tendré que preguntárselo a mi amigo porque como tú no quieres confesar la verdad… Solo espero que arregléis vuestras diferencias antes de irnos a la playa.

Alberto se dio la vuelta y se marchó hacia donde estaba Hugo.

A pesar de que lo llamé, no se giró, por lo que supe que, tarde o temprano, descubriría la verdad. Solo esperaba que Hugo fuera fiel a su palabra y se mantuviese discreto respecto a lo que había sucedido entre nosotros la noche anterior.

Si mi hermano se enteraba de su proposición, se pelearían por defender mi honor igual que si fuera una doncella de la Edad Media. Su amistad se rompería y no quería que eso ocurriese, pues sabía que Hugo era uno de los mejores amigos de Alberto a pesar de que viviesen en distintos países y llevasen tiempo sin verse. A lo largo de los años habían mantenido la comunicación con *emails*, mensajes de WhatsApp y llamadas telefónicas. Y mi hermano había estado en su casa, en Alemania, varias veces desde que cumplió los dieciocho y pudo viajar solo.

Si se resentía su amistad no me lo perdonaría nunca. No deseaba ver sufrir a Alberto, pero la culpa había sido, sin duda, de Hugo y su proposición.

Begoña se acercó a mí y me sacó de mis cavilaciones.

—Menos mal que has dejado de golpear la pared. Pensé que terminarías haciendo un agujero con la bola de tanto darle.

—Alber está metiendo las narices. Quiere saber si me pasa algo con Hugo y qué ha sido. Ya sabes lo protector que es. Siempre intentando arreglar todos mis problemas aunque yo ya sea mayorcita para hacerlo sola.

—Tendrás que inventarte algo para que no sospeche.

—Tenemos que tratar algunos detalles de tu plan. Por ejemplo, ¿no te diste cuenta de que yo no podía haber estado contigo desde que me fui a las doce porque tú estuviste con Javier hasta las dos?

—Hostia —murmuró—. Tu hermano va a ser mejor policía de lo que me esperaba.

—Y lo que es peor: como yo no he querido confesarle nada, se ha ido a preguntarle a Hugo.

Mi amiga abrió los ojos como platos.

—Espero que haga honor a su palabra de ser discreto —proseguí—. No me gustaría que Alber supiera lo que ha pasado ni que descubra nuestro plan.

Las dos mirábamos cómo Hugo se taponaba la nariz para que dejase de echar sangre con un *klinex* que le había prestado Laura mientras Sofía y Claudia —que había dejado a un lado su portátil al ver tanto alboroto y se había acercado para colaborar también— lo consolaban por el pelotazo que le habían dado.

—Deberías ir a interesarte por su salud —comentó Bego.

—¡Por favor! ¡Ni que estuviera a punto de morir desangrado! —me quejé.

—Así no sospecharán.

—Si empiezo a ir y venir la que se volverá loca seré yo. Al final, acabaré convirtiéndome en el puto Jekyll y *Mister* Hyde —protesté.

—Lo que conseguirás es crearle más *hype* al chico y que su deseo por ti aumente.

—Joder —mascullé—. ¡Cuánto trabajo para hacer que alguien caiga rendido a tus pies!

—Así es la vida, tía. —Bego encogió un hombro y puso su sonrisa más inocente—. Anda, vete a ver cómo está el alemán. Sé buena.

Miré al cielo pidiéndole paciencia a Dios.

Después, resoplé y me dirigí hacia Hugo, que en esos momentos se destapaba la nariz para comprobar si la sangre había dejado de salir.

—Tranquilo, no te vas a morir por eso —me burlé de él cuando

estuve a su lado.

—¡Vaya! Por fin se ha dignado a preocuparse por mí la marquesa del pueblo, doña Sara.

—¿A que te doy con la raqueta y te hago sangrar otra vez, idiota? —lo amenacé.

—¿A que te ato a un árbol y te dejo ahí toda la noche? —contraatacó.

—Ya vale los dos. Haya paz —nos ordenó Alberto—. Dejad de pelearos como si fueseis niños de seis años.

Hugo y yo nos miramos con furia, pero también con deseo. El fuego que surgía entre nosotros cada vez que estábamos juntos crepitaba haciendo que el ambiente fuera más denso.

El resto de amigos y amigas contemplaban la escena alucinados y sin atreverse a intervenir.

Excepto Kike, que sonreía por nuestro enfrentamiento como si fuera lo más gracioso del mundo. Seguro que el muy bobo pensaba que estábamos peleados por lo que él me había dicho cuando hablamos sobre Hugo. Se imaginaría que había sembrado la duda en mí y por eso estaba cabreada con el chico.

—Por mí no hay problema. No me gusta estar enfadado con la gente, sobre todo, con las chicas —dijo extendiendo una mano hacia mí para sellar la paz. Me dedicó su sonrisa más cautivadora y me guiñó un ojo—. Te propongo una tregua, *mein schatz.*

Observé la expresión de sorpresa en la cara de mi hermano al escucharlo. Seguro que Hugo me habría insultado de algún modo en aquel idioma para que yo no me enterase. Sabía que Alberto había aprendido algunas palabras en sus viajes a Alemania y comprendía el significado de lo que había dicho.

Sin embargo, en lugar de decirle algo como «¡Eh, tío, no te pases con mi hermana» o «Retira lo que has dicho de ella» o cualquier cosa con la que defenderme, empezó a sonreír abiertamente. Alberto agachó la cabeza y la sacudió de un lado al otro.

—No me hables en alemán, capullo —siseé dándole un manotazo para apartarle la mano extendida hacia mí.

Me di la vuelta para marcharme, tomando nota mental para preguntarle a mi hermano más tarde el significado de aquellas dos palabras que Hugo había soltado.

Por el camino hacia mi casa, pensé en traducirlas con la aplicación de Google, pero no tenía ni idea de cómo se escribían, lo que me

frustró más todavía. Tendría que esperar a que mi hermano me lo dijera.

*****

Después de ducharme, me vestí con unos vaqueros y una camiseta blanca de algodón lisa. Aquella noche no me apetecía arreglarme en absoluto. Ni siquiera me apetecía salir con mis amigas del cabreo que tenía. Y mucho menos ver al insoportable de Hugo.

Pero ni muerta iba a dejar que ese idiota me arruinase la noche y la conversación amena y divertida que tenían mis amigas. Así que, después de cenar —Alberto le había dicho a mi madre que cenaría en casa de Hugo—, fui a reunirme con las chicas.

—Podíamos ir a la discoteca del hotel más tarde —propuso Sofía.

—Joder, tía, haber avisado antes. Yo no puedo ir con estas pintas —se quejó Claudia, que tampoco se había arreglado para salir de fiesta aquella noche. Llevaba unos *leggins* negros y una sudadera beige con el ratón Mickey estampado en el frontal.

—Ni yo —le contesté a mi prima.

—Pues id a casa y os cambiáis —dijo Laura.

—No tengo ganas —repliqué.

—Id vosotras dos a la disco —les comentó Begoña a Sofía y Laura.

Ellas se miraron. Después nos miraron a nosotras.

—¿Seguro que no os importa que os dejemos colgadas? —preguntó Laura.

Bego y yo negamos con la cabeza mientras Claudia lo expresaba en palabras.

—Bien. En ese caso, cuando terminemos los botellines de cerveza nos vamos a bailar un poco.

—¿Cómo llevas la edición del vídeo para tu canal de YouTube que estabas haciendo esta tarde, Claudia? —me interesé para cambiar de tema.

—Ya lo tengo terminado. Mañana lo subiré.

—¿De qué trata esta vez? —quiso saber Bego.

Mientras ella nos lo explicaba, el resto fuimos acabando las bebidas.

Sofía y Laura se despidieron de nosotras y se marcharon.

Eran casi las doce y media cuando aparecieron los chicos.

Se sentaron a nuestra mesa al ver sitios libres. Hugo lo hizo frente a

mí. Yo desvié la mirada para no encontrarme con la suya.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Kike, a mi lado, viendo cómo se acercaba el camarero.

—Yo quiero un helado —le pidió Hugo al chico cuando llegó a la mesa—. Un cono de chocolate y vainilla. Últimamente se han convertido en mis dos sabores favoritos —añadió clavando su mirada verde en mis ojos con toda la intención para comprobar si había captado la indirecta—. Aunque si fuera un helado con sabor a chocolate con churros también lo pediría.

—Me parece que a Juan no le importan tus gustos y al resto tampoco, así que, ahórratelos, por favor —respondí con una mueca—. A mí tráeme otro botellín de cerveza.

Hugo no comentó nada más y el resto de amigos, Claudia y Bego incluidas, pidieron una nueva ronda.

—¿Dónde están las que faltan? —quiso saber Alberto haciendo referencia a Laura y Sofía.

—Se han ido a la discoteca del hotel —le informó Bego—. Nosotras no hemos ido porque no nos apetecía.

—Entonces, ¿os marcharéis pronto a casa? —le preguntó Javier a mi amiga.

—No lo sé. Eso depende de la compañía —contestó ella haciéndose la interesante.

Kike giró su cara hacia mí para hablarme.

—¿Sobre qué hora te vas a marchar?

Como respuesta, me encogí de hombros.

El chico del bar regresó con una bandeja con todo lo que le habíamos pedido. Comenzó a dejarlo en la mesa para que cada cual cogiese lo suyo.

Hugo agarró el helado y lo desenvolvió. Pasó la lengua por él mientras me dirigía una mirada que hizo que me derritiese en la silla y recordase cuando me había comido entre las piernas igual que a ese rico helado.

Tuve que apretar los muslos al sentir la descarga eléctrica que se produjo entre ellos y comencé a sentir mucho calor.

Me moví, incómoda, y el muy capullo sonrió, sabiendo exactamente lo que me sucedía.

—¿Cuándo os iréis a la playa? —quiso saber Kike hablando conmigo otra vez.

—Dentro de dos días. ¿No te lo ha dicho mi hermano?

—Pues no, la verdad. Y me ha extrañado porque pensé que me invitaría para acompañaros.

—Pues eso depende de él, no de mí. Pero creo que ya tiene candidato para ir.

—¿Y puedo saber quién es?

—¿Por qué no se lo preguntas a tus amigos? —Yo no pensaba chivarme de quién había sido el elegido por Alberto. Que lo averiguara él por su cuenta.

Kike miró a mi hermano, en la otra parte de la mesa, charlando con mi amiga Claudia y con su amigo Aarón. Bego y Javier permanecían ajenos a todos sumidos en una charla privada.

Hugo seguía comiéndose el helado, pendiente de nuestra conversación.

—Soy yo quien va a ir a la playa con ellos —le confirmó Hugo cuando Kike abrió la boca para preguntar, aunque no llegó a hacerlo porque el alemán se había adelantado.

—¿Por qué tú?

—¿Y por qué no? —replicó Hugo.

Kike se giró en la silla y le habló a mi hermano.

—Oye, Alberto, ¿por qué vas a llevar a Hugo a la playa en lugar de a mí?

Mi hermano puso cara de extrañeza.

—Porque tenía que elegir a uno y le tocó a él. Cuestión de suerte, supongo —contestó Alberto sin querer dar más explicaciones.

Hugo intervino:

—¿Qué pasa, Kike? ¿Es que eres su madre para cuestionar los motivos sobre a qué amigo debe llevar a un viaje y a cuál dejar en el pueblo? ¿O es que tenías ganas de lucir musculitos en la playa y te ha jodido que Alber no te haya elegido?

Observé cómo Kike apretaba los puños tanto que se le pusieron blancos los nudillos.

—La próxima vez te tocará a ti, no te preocupes —dije en un intento de calmarlo. Le puse la mano en el hombro y se lo acaricié—. Y luego tendrán que venir Javier y Aarón, y el resto de mis amigas, claro. —Sonreí a todos, a pesar de que a los demás les importaba bien poco a quién invitásemos a la playa puesto que algunos vivían durante el año en ciudades con ella.

—Tranquilo, Kike. Si llego a saber que te iba a sentar tan mal que me hubiese decidido por Hugo, te habría invitado a ti, por supuesto —

se disculpó mi hermano—. Pero la próxima vez lo haré, no te preocupes.

Kike se relajó un poco, aunque continuó mirando a Hugo con los ojos cargados de rabia.

De repente, se levantó aire y yo sentí frío. Esa noche me había olvidado la chaqueta en casa, así que pensé que debía ir a buscarla.

—Vuelvo enseguida. Está refrescando y voy a casa para ponerme algo que me abrigue más —les informé a todos alzándome de la silla.

—Si quieres te acompaño —se ofreció Kike.

—No, no hace falta. Regresaré en cinco minutos.

Me di la vuelta y me marché.

Caminaba deprisa huyendo del frescor de la noche. Miré el reloj de pulsera y vi que ya era más de la una de la madrugada.

Oí pasos a mi espalda y supe enseguida quién era.

—No has podido resistirte, ¿eh? Disimulas fatal si cada vez que me voy de algún sitio, sales corriendo detrás de mí.

Me giré y vi a Hugo acercándose. Su manera de andar se asemejaba a un felino persiguiendo a su presa.

Él no me contestó.

—Veo que no se te ha hinchado la nariz por el golpetazo con la pelota de baloncesto. Lamento decir que esperaba verte con esa cara de capullo que tienes destrozada, pero no es así, desafortunadamente.

Llegó hasta mí y se paró.

—No hace falta que me quieras tanto —comentó con ironía.

—¿Por qué me estás siguiendo?

—No te sigo. Solo te acompaño a casa.

—Pues no hace falta que lo hagas. Además, ¿no me has escuchado cuando me he negado a que Kike lo hiciese?

—Sí. Pero yo no soy Kike.

—¿Y quién te crees que eres para…?

No me dejó terminar la pregunta.

—Soy el tío que te ha dado más orgasmos de los que Kike o cualquier otro te podrán dar en toda tu vida —respondió chulo.

—Eso habrá que verlo. Cuando estemos en la playa, seguro que ligaré con algún tipo que también tendrá fama de semental —lo pinché.

En un rápido movimiento, me agarró por la cintura y me hizo retroceder hasta que mi espalda chocó contra la pared de una casa.

Se cernió sobre mí y me miró a los ojos con furia contenida.

Mi pulso se aceleró y comencé a respirar agitadamente. Entreabrí los labios con la intención de captar más oxígeno y poder calmar mis pulmones.

O quizá lo hice porque estaba preparada para que Hugo me besase.

Él fue poco a poco inclinándose sobre mi boca hasta quedar a escasos milímetros.

—¿Por qué has tenido que ser tan maleducado con Kike? Es un buen chico y no se lo merece. Además, es tu amigo —lo reñí en un susurro.

—Él no es mi amigo —siseó entre dientes.

—Ah, ¿no?

Hugo movió la cabeza para negarlo. Sus labios rozaron los míos provocándome miles de sensaciones.

—Tu hermano sí que es mi amigo. Me lo ha demostrado desde que me fui del pueblo con trece años. Lo ha estado haciendo con todas sus llamadas, sus wasaps y sus *emails*. Lo hizo cuando apareció en el funeral de mi madre, a pesar de que le pedí que no viajase hasta Alemania para algo así. También durante todos los días que pasó a mi lado después, aguantando mi rabia y mi dolor. ¿Sabías que fue el único de mis supuestos amigos que se preocupó por mí? En todos estos años siempre ha sido él quien se ha esforzado por no perder la comunicación entre nosotros, por hacer que nuestra amistad siguiera creciendo. El resto se olvidó de mí el primer verano que ya no volví al pueblo. Así que no considero a ninguno de los demás mis amigos. Solo a Alberto.

Mientras me soltaba aquella confesión, su cálido aliento rozaba mi boca y el fuego comenzó a extenderse por mi piel.

Recordé cuando mi hermano había viajado al país donde vivía Hugo con veinte años porque su madre había fallecido y se quedó allí más de quince días. Dos meses después volvió a pasar un fin de semana y continuó haciéndolo durante más de un año, hasta que su amigo mejoró su estado de ánimo.

—Siento mucho lo de tu madre. Perdóname por no darte el pésame antes —musité avergonzada.

Hugo recorrió con una de sus manos toda mi espalda hasta situarla en mi nuca. Me sujetó la cabeza y se acercó a mi oído para murmurar:

—No lo hagas. No necesito ni quiero tu compasión. Además, mi madre era una zorra que se tiraba al socio de mi padre, así que no guardo un buen recuerdo de ella. ¿Sabías que cuando se declaró el

incendio en aquel hotel estaban follando? Así fue como encontraron sus cuerpos: desnudos y abrazados.

Tragué saliva. No tenía ni idea. Alberto nunca comentó nada en casa, solo que la madre de Hugo había fallecido en un incendio y su amigo estaba destrozado al igual que su padre. Todos dimos por hecho que era debido a la trágica muerte, no que a esto hubiera que añadirle una infidelidad.

Me quedé sin palabras. ¿Qué podía decir después de escuchar algo semejante? Creo que incluso mi respiración se cortó de golpe.

Él se retiró un poco hacia atrás, pero continuó con su mirada clavada en la mía.

—¿Has pensado en mi propuesta?

Su pregunta me descolocó.

—¿Cómo? —Parpadeé por el cambio de tema tan radical.

—¿Sabes? Estuve rebuscando en los armarios y he encontrado un par de corbatas de mi padre que pienso utilizar contigo.

—¿Qué?

No podía creer que en ese momento estuviera pensando en tener sexo.

—Dime que sí.

Su voz fue casi una súplica.

—Además, no puedes hacerte una idea de lo cachondo que me ha puesto el conjunto de tenis que llevabas esta tarde, con esa faldita tan corta y ajustada. Estoy excitado desde entonces.

Me recompuse lo mejor que pude.

—No. No aceptaré tu proposición.

—Piénsalo bien. Follaremos todo el verano sin necesidad de buscar a otro u otra. Ahorraremos tiempo y esfuerzo porque los dos sabemos lo que nos gusta y lo que nos excita. Es un plan muy ventajoso para ambos. Además, tengo que confesarte que el recuerdo de tenerte sin ropa en mi cama no me deja dormir.

Empecé a cabrearme. Él debió de advertirlo en mis ojos porque me dedicó su sonrisa descarada de siempre.

—¿Pretendes enfadarme para que no pueda controlar mis impulsos y así acostarnos otra vez? ¿Y para que acepte tu maldito plan? —repliqué masticando cada palabra.

—Estás preciosa cuando te enfadas. ¿Puedo besarte ya o necesitas estar más cabreada conmigo?

Puse mis manos en sus pectorales y lo empujé con todas mis

fuerzas.

—¡Déjame en paz, maldito imbécil!

Conseguí sacármelo de encima y escapar de la cárcel que suponían sus brazos.

Eché a correr con un único pensamiento en la cabeza.

¿De verdad iba a soportar pasar una semana con él en la playa, en la misma casa, viéndolo mañana, tarde y noche?

Capítulo 9

Llegué a mi casa tan molesta que me negué a salir más por esa noche.

Le mandé un wasap a Bego en el que le informaba de que no debían esperar mi vuelta.

Bego: «¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Ha sido por Hugo, ¿verdad? Cuando te has marchado se ha metido en el bar para pagar la ronda que nos habían puesto y ya no lo hemos vuelto a ver. Supongo que habrá salido sin que nos diésemos cuenta y te ha seguido. ¿Me equivoco?».

Yo: «No sé cómo os habrá despistado, pero sí que me ha seguido. Y como ya te imaginarás, nos hemos peleado. Estoy tan enfadada con él…».

A continuación le conté la conversación que había mantenido con Hugo, excepto que odiaba a su madre por haberle puesto los cuernos a su padre. Eso prefería comentarlo con Alberto, ya que era el único que lo sabía y yo no deseaba chivarme de algo tan íntimo y doloroso de nadie, aunque fuera del capullo que me hacía rabiar con sus juegos y al que deseaba más que a nada en este mundo.

Bego: «Recuerda nuestro plan. No debes caer en la tentación».

Yo: «Tranquila. No lo haré, pero va a ser difícil».

Bego: «Vacaciones con tu *crush*, ¡qué guay!».

Y puso unos emoticonos de caritas con ojos en forma de corazón y manos aplaudiendo.

Yo: «Pues él va a lamentar haberse ido a la playa con su *hater*».

Puse un *emoji* de una cara sacando la lengua y guiñando un ojo, y

lo envié.

Bego me respondió con un montón de caritas soltando lágrimas por las carcajadas y yo me despedí de ella hasta el día siguiente.

Una hora más tarde todavía no había conseguido dormirme del cabreo que tenía.

Sentí el ruido que hizo mi hermano al llegar a casa, aunque intentó amortiguarlo, no lo logró del todo. Cuando terminó de subir la escalera, abrí la puerta de mi habitación.

—¡Joder, Sara! ¡Qué susto me has dado! —susurró llevándose una mano al pecho.

Lo agarré y tiré de él para que entrase en mi cuarto.

—¿Tu amigo Hugo es imbécil o qué coño le pasa? —pregunté en voz baja.

—¿Otra vez os habéis peleado?

—Ese tío es un capullo. Es imposible no discutir con él.

—A lo mejor si lo intentas…

—Espero que en la playa se comporte de una manera más educada porque si no lo voy a estrangular —repliqué de mal humor.

—Hugo es amable y educado. No entiendo por qué dices eso. Te ha acompañado a casa, ¿verdad? —quiso saber mi hermano.

—Sí, pero habría sido mejor que no lo hubiera hecho.

—Bueno, ¿y qué ha pasado ahora para que hayáis discutido?

Pensé por dónde empezar y qué contarle. Había cosas, las más íntimas, que no estaba dispuesta a confesar, así que preferí darle otro tipo de detalles.

—Me ha contado lo de su madre.

—Tú ya sabías que falleció hace cinco años en un incendio —corroboró Alberto.

Nos sentamos en la cama uno al lado del otro.

—Me ha contado «lo otro» sobre su madre. La historia que solo unos pocos conocéis, entre ellos, su padre y tú.

Mi hermano me miró extrañado.

—¡Qué raro! Es un tema del que no le gusta hablar. De hecho, casi nunca lo hace y menos con cualquiera.

—Gracias por lo de «cualquiera», Alber.

—No lo he dicho en ese sentido. Me refería a que él no suele mostrar sus sentimientos con la gente; hablar de su madre y de lo que pasó es un tema muy muy delicado.

—Pues a mí me lo ha soltado sin venir a cuento. Le he comentado

que todavía no le había dado el pésame y él me ha dicho que no quería que sintiese lástima porque su madre le estaba siendo infiel a su padre en el momento del incendio, cuando falleció.

—¿Así sin más? —quiso saber.

—Así sin más.

Alberto se removió un poco sobre la cama.

—Hazme un favor: no vuelvas a sacar el tema de su madre o de su exnovia. Le duele demasiado todavía. No lo ha superado.

¿Su exnovia? ¿Hugo tenía una exnovia? ¿Había mantenido una relación seria con alguien y había salido mal? ¿Por eso se negaba a tener otra relación romántica con una chica? ¿Qué habría pasado?

—Así que por eso es tan capullo —musité—. ¿Y dices que tiene una exnovia?

—Sí, pero eso no te lo voy a contar. Debería ser Hugo quien te hablase de su vida íntima, si es que quiere hacerlo.

Resoplé con fastidio. Cuando mi hermano se cerraba en banda no había quién lograse sacarle información.

—Vale. No le voy a preguntar. A mí me importa un pimiento el pasado amoroso de ese idiota.

—¿Quieres dejar de insultarlo, por favor? Es uno de mis mejores amigos.

Asentí con la cabeza dando mi conformidad. Lo haría por él, por Alberto, no porque Hugo se lo mereciese. Se había ganado a pulso ese y otros insultos más.

Mi hermano se levantó de la cama para marcharse a su habitación.

—Alber, antes de irte, quiero preguntarte algo más sobre Hugo.

Él se volvió hacia mí y esperó a que yo hiciera mi pregunta.

—¿Qué fue lo que me dijo esta tarde en las pistas? Me habló en alemán y me da mucha rabia no saber si también me está insultando o me dice otras cosas. Ya le he comentado varias veces que no me hable en ese idioma porque no lo conozco, pero él va a su bola y pasa de lo que le he dicho.

Alberto sonrió antes de contestar.

—*Mein schatz* quiere decir «cariño mío». Es la forma en la que se llama de una manera más íntima a tu pareja. Sería algo así como «cielo», «cariño» o «mi amor» en castellano. Pero… vosotros no sois pareja todavía, ¿verdad?

—No, no lo somos. No somos nada —respondí sorprendida por aquella confesión.

Bueno, en realidad, sí que éramos algo o lo habíamos sido hasta hacía un par de días. Habíamos tenido una noche de sexo increíble y algunos besos tan calientes que provocarían un incendio forestal donde estuviéramos.

—*Ich liebe dich* significa «te quiero» en alemán —añadió él.

—¿Por qué me dices eso?

—Por si alguna vez Hugo te lo suelta, para que comprendas su significado.

Salió de la habitación dejándome con miles de preguntas en la garganta.

¿Por qué tendría que decirme su amigo que me quería? Si solo deseaba tener sexo conmigo, sin compromisos, sin ningún tipo de ataduras.

¿Sabría mi hermano lo que Hugo me había propuesto? Y si así fuera, ¿lo aceptaría?

******

Apenas dormí esa noche.

Nada más que Alberto abandonó la habitación, cogí el móvil, me puse los auriculares y, con el traductor, busqué cómo se decían en alemán algunas palabras. Gracias a Dios que hacía varios años me había descargado una aplicación de esas orales porque me fui de viaje de fin de curso en bachillerato a Malta y el inglés no lo llevaba demasiado bien. Me vino genial tener esa App y desde entonces estaba en mi móvil medio abandonada.

Así que le cambié el idioma y cada vez que yo le decía algo al teléfono en castellano, el dispositivo me contestaba en alemán con su voz metálica. Era como dar un cursillo intensivo de traducción.

Si pensaba que el idioma me iba a resultar fácil, fui una ilusa.

No me llevaba bien con el inglés, así que con el alemán lo tuve aún más complicado.

Me apunté en una hoja de papel varias cosas y, al mismo tiempo que el traductor me las recitaba, yo las leía intentando memorizarlas.

Me provocó tal dolor de cabeza que tuve que dejarlo cerca de las seis de la madrugada.

Además, ¿qué hacía yo aprendiendo alemán? ¿De qué narices me iba a servir?

*****

—Él irá más tarde —escuché decir a mi hermano cuando entré en el comedor para almorzar con mi familia.

—¿Y eso por qué? —quiso saber mi madre.

Me senté a la mesa frente al plato de ensalada de pasta y me puse a comer.

—Se ha marchado esta mañana a Bilbao. Debe supervisar las obras del estudio de arquitectura que abrirán allí en los próximos meses su padre y él.

Enseguida supe que estaban hablando de Hugo.

Así que, ¿no estaba en el pueblo?

Una sensación rara se apoderó de mí. Fue una mezcla de tristeza, preocupación, alivio y añoranza. No debería sentirme así. Hugo y yo no éramos nada. Sin embargo, saber que se había ido sin despedirse de mí me cabreaba. Aunque, sinceramente, la noche anterior quizá había tratado de decírmelo y despedirse de mí de alguna manera y yo no me había enterado ni le había dado la oportunidad por culpa de mi orgullo.

—Y, entonces, ¿cuándo llegará tu amigo? —preguntó mi padre.

—Me comentó anoche que, si todo marcha según lo previsto, llegará a Aveiro el sábado por la tarde.

Yo continué comiendo mientras escuchaba la conversación. Tampoco estaría mal pasar unos días sin Hugo haciéndome rabiar cada dos por tres. Eso me relajaría bastante. Aunque conocía otra forma mucho más placentera de relajarme, pero eso implicaría que el objeto de mi deseo, y el culpable de mi furia, estuviera presente. No sabía por cuál opción decidirme.

—¿Se va a mudar su padre con él a España de nuevo? —indagó mi madre.

Alberto meneó la cabeza negando.

—No me ha dicho nada de eso. Solo que abrirán en los próximos meses dos estudios de arquitectura, uno en Bilbao y el otro en Madrid. Pero no sé si regresarán a nuestro país para gestionarlos personalmente o enviarán a un empleado o si contratarán a alguien de aquí.

Me sorprendí a mí misma rezando para que Hugo se mudase a Madrid y poder tenerlo cerca. Quizá podríamos iniciar una relación y…

¿Qué demonios hacía soñando con esa posibilidad? Me di tortas mentalmente. Conocía a la perfección las ideas de Hugo en cuanto a las relaciones amorosas y tener una no entraba en sus planes. Me lo había dejado bien clarito. Sexo y nada más.

Mis ilusiones se desinflaron como un globo pinchado.

Seguí comiendo, escuchando a mi familia, sin intervenir.

Comencé a planear qué ropa llevarme a la playa. Quería estar lo más *sexy* posible y que Hugo se muriese de deseo por mí. Tenía un par de bikinis, tipo tanga, pero me daba vergüenza usarlos delante de mi padre, así que tendría que reservarlos para cuando él no estuviera o yo me fuera sola con Alberto y Hugo a la playa.

Estaba imaginándome la reacción del chico al verme el culo desnudo cuando recordé que Hugo ya conocía mi cuerpo sin ropa. Las palabras que me susurró la noche anterior sobre que no podía dormir por ese recuerdo hicieron que mi pulso se acelerase y una descarga fue a parar a la unión entre mis muslos.

¿Se habría masturbado alguna vez pensando en mí?

Esos días en Bilbao, ¿lo haría también? ¿Se acordaría del sexo que había tenido conmigo y se calentaría? ¿Y si buscaba a una chica de allí para llevársela a la cama y satisfacerse? Solo de pensarlo me entraron unos celos tremendos. Mejor no imaginar esa posibilidad.

Quizá debería haber aceptado su propuesta. Al menos así me aseguraría de que no iba a estar con nadie más que conmigo. Un sentimiento de propiedad se instaló en mi pecho y la palabra «mío» comenzó a surcar mi mente.

Pero me daba rabia que solo quisiera usarme para asegurarse sus dosis de sexo durante el verano, a pesar de que yo también saldría beneficiada porque los encuentros con él eran explosivos y muy gratificantes.

Aunque, según Bego, Hugo estaba enamorado de mí. Solo necesitaba que lo asumiera y me lo confesase.

De repente, empecé a sentir una ansiedad que nunca había tenido. Deseaba que pasara rápido el tiempo para volver a ver a Hugo. Se me iba a hacer interminable.

*****

Llegamos a Aveiro y me alegré de que por fin estuviéramos allí. Eso significaba que quedaba menos para que Hugo volviese a mis brazos.

Siendo sincera conmigo misma, me encantaba discutir con él porque lo que venía después era mucho mejor. Cada vez que lo hacíamos, acabábamos en la cama o poníamos fin al enfado con besos apasionados. Por alguna razón inexplicable estar cabreada con él me atraía demasiado, así que me pasé aquellos dos días buscando la forma de enfrentarnos. Cuando Hugo estaba cerca, me sentía a punto de explotar como si yo fuese unos puñeteros fuegos artificiales. Me atraía como nadie lo había hecho antes.

En tan poco tiempo habíamos acumulado demasiada tensión sexual que deberíamos liberar en cuanto llegase a la playa. Quizá me hubiera vuelto un poco adicta a él, puede que incluso loca, pero lo echaba de menos muchísimo y con cada hora que pasaba, mi ansiedad y la necesidad de verlo aumentaban.

Durante aquellos días me había preparado a conciencia para darle alguna que otra sorpresa y estaba desesperada por comenzar con ellas.

El chalet que habían alquilado mis padres era una construcción de dos plantas, con jardín y piscina en la parte trasera, y estaba a pocos metros de la playa de Costa Nova. También había una barbacoa y muebles de jardín que combinaban los tonos oscuros con los claros. La casa tenía la cocina, un aseo y el salón en la parte inferior; y en la superior estaban las tres habitaciones y otro baño completo. Mi hermano y Hugo deberían compartir el cuarto, por lo que dudaba mucho de que pudiésemos hacer algo de tipo sexual en la casa. A no ser que nos quedásemos solos y fuésemos rápidos.

Lo de hacerlo rápido… no me gustaba mucho. Hugo era un chico para disfrutarlo despacio y sin prisas… o salvaje y agresivo. De cualquier forma en que me tomase estaría bien.

Me estaba volviendo loca. Lo sabía.

El sábado me pasé toda la tarde en la piscina de casa esperándolo. Mis padres se habían ido a la playa después de levantarse de la siesta y Alber y yo decidimos esperar a nuestro amigo.

Desesperada por verlo aparecer por la puerta con su coche, contaba los minutos para que el objeto de mi deseo hiciera acto de presencia.

Para relajarme y entretenerme porque la espera me estaba poniendo histérica, me lancé a la piscina y comencé a nadar. Esa tarde llevaba un bikini rojo, con braguita de tanga, que resaltaba el bronceado que había adquirido mi piel en aquellos pocos días.

Fui hacia el otro extremo de la piscina buceando hasta que salí a la superficie porque me estaba quedando sin aire. Descansé algunos

segundos agarrada al borde de piedra y regresé despacio dando brazadas al estilo mariposa.

—Hugo acaba de llamarme —me informó Alberto con su móvil en la mano—. Llegará en diez minutos.

¿Diez minutos todavía? ¡Iban a ser los más largos de mi vida!

—Bien —respondí sintiendo un cosquilleo en el estómago.

Fue como un torrente de hormigas que se expandió por el resto de mi piel, sensibilizando todas mis terminaciones nerviosas.

Nadé en sentido contrario para intentar calmarme ante la llegada de Hugo. Repasé mentalmente una y otra vez cómo sería mi encuentro con él, lo que tenía planeado, mientras los minutos se sucedían y me acercaban más a mi objetivo.

En cuanto entrase en el jardín, yo saldría de la piscina como una sirena emergiendo del océano y él se quedaría tan embelesado por ver cómo las gotas de agua recorrían mi cuerpo que, con toda seguridad, tropezaría. Aunque se repondría rápido, estaba segura.

Sus ojos serían como llamas de fuego lamiendo mi piel y me calentaría en décimas de segundo. Yo le sonreiría y le daría la bienvenida a la casa mientras cubría mi cuerpo con la toalla, privándole de las excelentes vistas de mi físico para hacerle sufrir un poquito. Hugo balbucearía un saludo porque todavía no se habría repuesto de la sorpresa de verme con un bikini tanga.

¿Y si me encontraba en *topless*? ¡El efecto sería aún mayor!

Pero recordé que mi hermano estaría pululando por allí y me dio vergüenza mostrarle mis atributos. Debería esperar a estar en privado con Hugo para hacerlo.

Nada salió como había imaginado.

Hugo llegó al chalet, entró y se dirigió con mi hermano guiándole hacia la que sería su habitación los próximos días para dejar la bolsa de viaje. Después, Alberto le explicó cómo era la vivienda y dónde estaba cada cosa. Salieron al jardín con un refresco en la mano cada uno y se sentaron en las sillas de mimbre, bajo un gran toldo beige. Iba vestido con unas bermudas grises y una camiseta negra, de manga corta, que se ajustaba a su musculatura haciéndome salivar. Estaba para comérselo.

Le comentaba cosas de Bilbao, lo mucho que le había gustado la ciudad, cómo iban las obras en el estudio de arquitectura —prácticamente habían acabado ya— y que el viaje se le había hecho pesado al ir sin acompañante.

Ni una sola vez miró en mi dirección.

Ni le oí preguntar por mí. Sí que se interesó por mis padres y cuando Alber le dijo que continuaban en la playa, sonrió.

Yo esperaba con paciencia nadando en la piscina hasta que esa paciencia comenzó a convertirse en rabia al ver cómo me ignoraba. Salí de la piscina subiendo las escaleras despacio y cuando estaba en el borde, me retorcí la coleta para quitarle toda el agua posible. A continuación, me solté el pelo y lo moví a un lado y al otro de mi cabeza, ahuecándolo con los dedos para que se secase mejor.

Pero él siguió hablando con Alberto sin mirarme.

Me giré, dándole una buena visión de mi trasero desnudo, y lo contemplé en el reflejo del cristal de la ventana del salón.

Nada. Continuaba ignorándome. Como si allí estuvieran solos mi hermano y él.

Cada vez más molesta, me dirigí hacia una de las tumbonas donde había dejado mi toalla y la agarré para extenderla. Me tumbé en ella para secarme y me puse las gafas de sol en un intento desesperado por espiar a los chicos, buscando la mirada de Hugo sobre mí.

Algo que no hallé.

Mis ilusiones se desinflaron y fueron sustituidas por un incipiente cabreo.

Hugo me ignoraba a propósito, lo tenía claro, porque era imposible no fijarse en mí con mi metro setenta y tres de estatura y un llamativo bikini rojo que dejaba poco a la imaginación. Además, la distancia entre donde estaba sentado tomándose el refresco con mi hermano y la piscina era de pocos metros. Y las tumbonas estaban tan cerca que podía escuchar su conversación sin mucho esfuerzo.

No sabía si lo que pretendía ignorándome era hacerme rabiar para tener después un encuentro sexual de lo más salvaje y explosivo, como era su costumbre, o si es que ya se había olvidado de mí en aquellos días que habíamos pasado separados.

Me negaba a creer que fuera la segunda posibilidad.

Cogí mi móvil y busqué en la *playlist La bachata*, de Manuel Turizo. Me puse los cascos inalámbricos y pulsé en la pantalla para que comenzara. Las canciones se reproducían una tras otra, pero aun así no conseguí tranquilizarme. Me había pasado todo el día esperándolo para que no me hiciese ni caso al llegar. Mis planes se habían ido al traste y no había logrado lo que me había propuesto.

¿Estaría vengándose de mí por no aceptar su juego sexual?

¡Maldito Hugo!

Pues si pensaba que iría en su busca, lo llevaba claro, porque ni muerta iba a arrastrarme ante él suplicándole atención.

Cada vez más enfurruñada, cerré los ojos para no verlo y me concentré en la letra de *Formentera*, de Aitana y Nicki Nicole. Poco después tarareaba *SloMo*, de Chanel, intentando que mi enfado menguara.

¿Para eso había estado aprendiendo palabras y frases en alemán? ¡Que le dieran por el culo a Hugo! Ya no iba a perder más tiempo con él.

De pronto, sentí que mis párpados cerrados se oscurecían todavía más bajo las gafas de sol y alguien me tocaba el hombro.

Abrí los ojos y vi a mi madre que me decía algo. Mis padres habían vuelto de la playa.

Me quité un auricular para poder escucharla.

—Sara, date una ducha rápida y ayúdame con la cena. Los chicos pondrán la mesa y papá ya está quitándose la arena del cuerpo.

—Ya voy —contesté con desgana.

Me levanté de la tumbona y oí cómo Hugo le preguntaba a mi madre dónde estaban los cubiertos y los vasos. Los dos se metieron en la cocina seguidos por mi hermano.

Subí al piso superior para ducharme y quitarme el cloro de la piscina.

Al salir del baño, me encontré con Hugo en el pasillo.

Sonreí porque estaba segura de que había venido corriendo detrás de mí para estar un momento a solas, como hacía en el pueblo, pero pasó por mi lado como si yo no estuviera allí.

—¿Es que no me vas a saludar? —le pregunté sin poder contenerme más.

Él se volvió despacio antes de entrar en su cuarto.

Me miró de arriba abajo, recorriendo mi vestido playero y mi pelo húmedo.

—Si no recuerdo mal —comenzó a hablar muy serio—, la última vez que te vi me pediste que te dejara en paz y eso es lo que estoy haciendo.

Abrí los ojos sorprendida por su respuesta.

—Una cosa es dejar de perseguirme y otra muy distinta es ser un maleducado que ni siquiera me saluda cuando llega a una casa que vamos a compartir durante los próximos días —le solté indignada.

Hugo asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Hola, Sara. Espero que estés bien. Por cierto, tú también podías haberme saludado primero, y, sin embargo, estás aquí recriminándome por mi actitud.

Me quedé boquiabierta. ¿Cómo podía ser tan caradura? Aunque tenía razón. Yo también podía haberme acercado a saludarlo cuando llegó al chalet.

Iba a contestarle cuando se giró de nuevo y se metió en la habitación, cerrándome la puerta en las narices.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo con la sangre hirviendo de rabia y me contuve para no gritarle o aporrear la puerta.

Bajé a la cocina para ayudar a mi madre con la cena, pero al entrar, me dijo que ya lo había hecho Hugo y no me necesitaba para nada.

¿Así que Hugo había ocupado mi lugar junto a mi madre? Mi enfado creció todavía más.

Seguro que lo había hecho para fastidiarme, el muy capullo.

Salí al jardín en busca de un poco de aire fresco, pero no lo hallé. Esa noche se presentaba calurosa y la brisa marina no ayudaba en nada a refrescar el bochornoso ambiente.

O quizá fuera el cabreo que tenía lo que provocaba que tuviese más calor del adecuado. Me sentía como una olla a presión, a punto de explotar.

*****

Cenamos al tiempo que manteníamos una agradable charla. Hugo y yo nos evitábamos todo el rato. Ni una sola vez nuestras miradas se cruzaron o intercambiamos unas palabras. Era como si ninguno de los dos estuviésemos allí, a pesar de estar rodeados por mi familia.

—¿Qué vais a hacer esta noche? —quiso saber mi madre—. ¿Saldréis por ahí de fiesta a alguna discoteca?

—Si Hugo no está cansado después del viaje… —respondió Alberto.

—No, para nada. Podemos salir si a ti te apetece —contestó él.

—Sara, ¿irás con ellos? Ya sabes que no me gusta que salgas sola en un lugar donde no conocemos a nadie —comentó mi padre.

—Tranquilo, papá —dijo mi hermano—. No nos separaremos de ella en ningún momento de los que pasemos aquí en Aveiro. Seremos sus guardaespaldas —se rio—. Con nosotros estará bien protegida.

—Así me gusta, hijo, que cuidéis de tu hermana.

Hugo ni me miró mientras tenía lugar esta conversación ni dio muestras de estar de acuerdo respecto a mi seguridad y protección.

Supongo que estaría pensando que lo único que le faltaba era hacer de niñera de la hermana de su amigo.

—No os preocupéis por mí —intervine—. No saldré esta noche. Además, no necesito protección, que no soy una niña de diez años.

—¿Por qué no vas a salir? —indagó Alberto—. ¡Venga! ¡No te hagas la remolona y ven con nosotros!

—¿Y estropearos la noche de fiesta? ¿Quitaros la oportunidad de ligar con las chicas portuguesas? No, gracias —repliqué.

—Yo no tengo intención de ligar con nadie —afirmó mi hermano —. Y seguro que Hugo tampoco.

Miré por primera vez durante toda la cena al susodicho.

Hugo se limitó a encogerse de hombros. Pasó sus ojos por mi rostro, pero no se paró más de tres segundos y devolvió su mirada al plato vacío que tenía frente a él.

—Voy a buscar el postre. ¿Os traigo algo a vosotros? —pronunció alzándose de la silla y comenzó a recoger su plato y su vaso.

—Espera. Recogeremos entre todos —le indicó mi madre.

Cuando terminamos, subí a mi habitación y llamé a Bego para desahogarme con ella.

Mi amiga me escuchó con paciencia y me recomendó que siguiera con el plan. Seguro que, tarde o temprano, Hugo caería. También me comentó que era posible que él estuviese jugando al mismo juego que yo: ignorarme para hacer que lo deseara más.

—¿Por qué no vas a salir esta noche? Anda, no seas tonta y ve con ellos. Tienes una oportunidad de oro para lucirte con Hugo. Ya sabes que una chica que aparentemente está sola es más atrayente para los tíos. Seguro que algún portugués se te acerca y puedes aprovechar para poner celoso a Hugo.

—Me da igual si se pone celoso o no. Estoy harta de este maldito plan —contesté enfurruñada.

—Hazme caso y sal de fiesta con ellos —volvió a recomendarme Bego.

Solté un suspiro y acepté a regañadientes.

Me despedí de ella, prometiendo llamarla en un par de días y contarle si había algún avance.

En el pasillo, escuché a los chicos hablar. Abrí la puerta y vi cómo bajaban las escaleras.

—Alber —llamé a mi hermano y los dos se pararon en mitad de los escalones.

—Dime, Sara, ¿qué te pasa? —respondió girándose hacia mí.

—He cambiado de opinión. Dadme diez minutos y me voy con vosotros.

Observé cómo Hugo ponía los ojos en blanco y continuó bajando la escalera. Su trasero prieto llamó por completo mi atención. Cubría su formidable cuerpo con una camisa blanca, con las mangas subidas hasta los codos, y un pantalón vaquero oscuro. El pelo lo llevaba recogido en una coleta.

—Vale. Pero no tardes más de diez minutos, ¿de acuerdo? —replicó mi hermano.

Asentí y me metí otra vez en mi cuarto.

Me quité el vestido playero con rapidez y saqué del armario una minifalda azul claro con un poquito de vuelo y un top ajustado blanco con el que enseñaba el ombligo. Me perfumé y me cepillé la melena, dejándomela suelta. Cogí la máscara de pestañas y el pintalabios rosa y me maquillé con solo estas dos cosas. No necesitaba más.

Agarré mi móvil y lo metí en el bolsito, que me colgué de un hombro.

—Estoy lista. Podemos irnos ya —informé a los chicos cuando bajé al piso inferior.

—¡Qué guapa estás! —me piropeó Alberto.

Hugo no dijo nada. Se limitó a mirarme muy serio.

—Pasadlo bien —nos deseó mi padre—, y cuidad de tu hermana.

—No volváis muy tarde y no hagáis ruido al entrar —se despidió mi madre.

Salimos a la calle y nos dirigimos hacia la zona de *pubs*.

Llegamos a uno que estaba bastante concurrido y en cuanto entramos nos absorbió la música y las luces de colores. Nos costó abrirnos paso hasta la barra. Alberto iba delante de mí y Hugo detrás. Pensé que aprovecharía para tocarme o agarrarme, pero no lo hizo.

En la barra nos atendió una guapa camarera, a quien Hugo le pidió las bebidas.

Me sorprendí al escucharle hablando en portugués. La chica se retiró para servirnos lo que él le había pedido.

—¿Conoces el idioma? —indagué gritando para que me escuchase por encima de la música.

Él asintió.

—Además de castellano y alemán, también domino el inglés. Portugués lo hablo algo menos y el francés igual. Tengo algunas nociones básicas, lo suficiente para desenvolverme bien sin necesidad de usar el *Google Translator* —añadió como si no tuviese mayor importancia.

Me quedé boquiabierta.

A mi lado, mi hermano soltó una risita.

—Y llevo un par de meses aprendiendo holandés porque necesito conocer el idioma para cuando mi padre me envíe a Ámsterdam para abrir un nuevo estudio —continuó hablando—. Aunque podría hablar con la gente en inglés, ya que es el idioma universal y se habla en toda Europa, pero siempre me gusta conocer un poco de la cultura y el sitio al que voy. Además, algunos prefieren que les hablen en el idioma de su tierra.

Seguro que la última frase la dijo por mí, porque me había quejado varias veces de que me hablase en alemán.

—Vaya, estáis expandiendo el negocio a base de bien —conseguí contestar, pensando que el mundo era muy injusto porque a mí se me daban fatal los idiomas.

Hugo se inclinó hacia mí y me dijo al oído:

—Para que veas que soy algo más que un capullo que solo busca sexo, *eierkopf*.

Su aliento me hizo cosquillas en la piel de la oreja y me estremecí sin quererlo.

La camarera regresó con nuestras bebidas y Hugo pagó todo.

Agarré mi vaso y di un gran trago al frío líquido.

—*Danke* —dije para sorprenderlo y agradecerle su invitación.

Él alzó una ceja.

—*Gern geschehen, liebling* —respondió y continuó hablándome, pero esta vez en castellano—. ¿Has estado aprendiendo alemán en mi ausencia? ¿Tan aburrida has estado o es que me echabas de menos? —sonrió con descaro.

—El saber no ocupa lugar y como tú no paras de soltarme palabras en alemán, no me ha quedado más remedio que aprender algunas como dar las gracias, saludar y otras. ¿Qué significa lo que me has dicho?

—De nada.

—¿Y la otra palabra? ¿*Eier*… no sé qué?

—Cerebrito.

Yo arrugué la frente.

—¿Por qué me llamas así?

—Alberto me ha dicho que has terminado la carrera de Matemáticas en la universidad. Así que eres un cerebrito. —Al verme fruncir más el entrecejo, se apresuró a añadir—: Te lo digo como un halago, así que no te enfades.

Le dio un largo trago a su bebida y yo contemplé hipnotizada como su nuez subía y bajaba por su garganta. Deseé lamerle el cuello allí mismo. O morderle como si fuera una vampiresa. Pero tener al lado a mi hermano me frenó.

—También me ha dicho que quieres ser profesora de secundaria en algún instituto. ¿Te gusta estar rodeada de adolescentes?

—Lo que me gustan son los números, y sí, también me gusta la docencia. Espero encontrar un trabajo de maestra en algún sitio para transmitir a mis alumnos la pasión por las matemáticas.

—Lo que vas a transmitirles es otra cosa. —Me miró de arriba abajo y sonrió juguetón—. Ya sabes cómo son los adolescentes: sacos de hormonas con patas. Vas a ser la profesora más buena del instituto.

—Lo dices como si tú fueras un viejales. Y gracias por lo de que voy a ser buena en mi trabajo.

—No lo he dicho en ese sentido —contestó él inclinándose sobre mí.

—Lo suponía —repliqué.

Me aparté de él porque no pensaba dejar que me besara delante de mi hermano.

—Me voy a la pista a bailar —les informé a los dos.

Me abrí paso entre la gente mientras meneaba las caderas al ritmo de la música y recordaba que además de decirme «de nada» en alemán, también lo había acompañado un «*liebling*» y sabía lo que significaba. Sonreí sintiéndome ganadora en aquel juego.

Alcé los brazos con mi bebida en una mano y llegué al centro de la pista. Seguí con mi contoneo unos minutos más sabiendo que Hugo no me quitaba los ojos de encima.

Me giré un momento para comprobar que era así y cuando nuestras miradas se cruzaron, él me sonrió. Yo le correspondí de igual modo y aparté la vista para seguir bailando.

Poco después, un chico se acercó a mí y empezó a hablar. Yo no entendía nada de lo que me decía, así que no le hice caso. Él continuó insistiendo, educadamente, por supuesto. En ningún momento trató de

meterme mano o de cubrir la distancia que separaba mi cuerpo del suyo. Me dio pena que se estuviera esforzando tanto por entablar una conversación conmigo, así que abrí la boca para decirle que no conocía su idioma cuando una mano se posó sobre la piel de mi cintura.

Pensé que sería algún amigo suyo, más atrevido que él, y me giré para decirle que me quitara las manos de encima o le daría un rodillazo en los huevos. Seguro que eso se entendía en cualquier idioma.

Pero no era ningún amigo suyo quien había detrás de mí agarrándome.

Los dedos de Hugo presionaron un poco más sobre mi cintura y se extendieron hasta tocarme el ombligo desnudo. Fue un gesto de posesión que me hizo arder.

Se inclinó por encima de mi hombro y le dijo algo en portugués al chico que no comprendí. El joven asintió y se marchó bailando de allí en busca de otra con la que charlar.

—No me estaba molestando. No hacía falta que vinieras a rescatarme —protesté—. Por cierto, ¿qué le has dicho?

—Que estabas conmigo —declaró con sus ojos verdes clavados en los míos grises.

—Ah, ¿sí? ¿Estoy contigo?

Hugo asintió.

—Y con mi hermano también, ¿no?

—Tu hermano está muy ocupado ahora mismo —señaló con el mentón hacia la barra y vi a Alberto ligando con una chica morena. Él le comentaba algo y ella se reía.

—Pues no sé si se entenderán porque Alberto no sabe portugués —dije volviendo a mirarlo a la cara.

—El sexo no tiene idioma. En la cama lo único que cuentan son los gemidos de placer y esos se entienden en todas partes —pronunció apretando más su mano en torno a mi cintura. Con la otra me sujetó por la cadera y comenzó a acariciarme.

—Entonces no sé por qué pierdes el tiempo aprendiendo nuevos idiomas —repliqué molesta—. Además, esa que está con Alber tendrá alguna amiga a la que tú podrías entretener con tus dotes de semental.

Hugo sonrió travieso.

—Lástima que yo solo desee entretener a una en particular. Una que me tiene excitado desde que he llegado a esta ciudad. Una que se

ha pasado toda la tarde tentándome con un bikini rojo, que mostraba su bonito culo.

En ese mismo instante, desvió la mano que tenía apoyada en mi cadera hasta llegar a mi trasero y me dio tal apretón que hizo que me acercase todavía más a él. Sentí su erección pegada a mi vientre.

El corazón se me aceleró y mi respiración se volvió errática.

—No te imaginas cuánto me habría gustado lamer cada gota que recorría tu piel cuando has salido de la piscina —añadió mientras no dejaba de acariciarme las nalgas.

—Así que me has estado observando todo el tiempo —afirmé más que pregunté.

—Como para no hacerlo. Estabas preciosa, *liebling*.

Se restregó contra mí al tiempo que bailaba.

Me acabé la bebida de un trago. De pronto, notaba la garganta demasiado seca.

—Aunque cantas fatal, pero te lo perdono porque en la cama te mueves muy bien. Además, encajamos como si fuéramos las piezas de un puzle y tener tanta conexión con alguien no me había pasado nunca. ¿Has pensado en mi proposición?

—Vaya, tú sí que sabes ir al grano —contesté notando un exquisito calor que se apoderaba de mis ingles con la presión de su miembro contra mi pelvis y las caricias de sus manos en mi piel. Ojalá se quedasen sus dedos tatuados para poder recordarlo siempre.

—¿Y bien? ¿Cuál es la respuesta? —insistió Hugo.

—¿Sabes que he aprendido más palabras en alemán? —le pregunté cambiando de tema para evitar caer en la tentación de contestar afirmativamente.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Tengo que dejar esto en algún sitio —comenté indicando el vaso vacío que tenía en una mano.

Agarró el vaso para quitármelo y depositarlo en una mesa alta que había allí cerca.

—¿Qué palabras has aprendido en alemán? —indagó.

—Bueno, no sé si las pronunciaré correctamente, pero ahora mismo recuerdo dos: *küss mich* y la otra era…

Me quedé en silencio esperando su reacción.

Hugo desvió los ojos, buscando a mi hermano. Como seguía entretenido con la chica morena, volvió a posarlos sobre mí. En concreto, sobre mis labios. Se relamió los suyos y percibí su mirada

encendida.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó.

—Es posible —contesté colgándome de su cuello para acercarlo más a mí.

Poco a poco se aproximó hasta que nuestras bocas quedaron a unos milímetros de distancia.

—Dímelo en castellano, para que los dos sepamos bien lo que me estás pidiendo.

—Bésame —le ordené antes de estrellar mi boca contra la suya.

Nuestras lenguas se enredaron con sensualidad al mismo ritmo que lo hacían nuestras respiraciones. Fue un beso largo y lento, destinado a satisfacernos el uno al otro. Él emitió un masculino gruñido y yo gemí de gusto bebiéndome el sabor de sus labios.

—¿Cuál es la otra palabra que has aprendido? —preguntó cuando nos separamos para tomar aliento.

—Esa… te la diré en otro momento. Además, está relacionado con algo más íntimo y aquí no veo dónde podríamos…

Me besó de nuevo, cortando mi respuesta.

Después, me agarró de los brazos haciendo que mis manos resbalasen desde su nuca hasta su pecho.

—¿Coche o playa? —dijo.

—¿Qué? —pregunté descolocada.

—Me imagino cuál es la otra palabra y quiero saber si prefieres hacerlo en mi coche o en la playa, dado que no podemos ir al chalet y follar como locos el resto de la noche porque tus padres serían espectadores de tan erótica escena.

—¿Y qué hacemos con mi hermano? —Desvié la mirada buscándolo, pero no lo encontré por ninguna parte.

—Alberto hace rato que se ha marchado con la morena. Seguramente estará haciendo lo que nosotros estamos intentando hacer. Así que elige: ¿coche o playa?

De pronto, me entró el pánico. Estaba a punto de caer en la tentación y echar a perder el plan que Bego había ideado. Lo mejor hubiera sido separarme de su espectacular cuerpo y decirle que no.

Pero las siguientes palabras que me confesó me hicieron darme cuenta de que para nada iba a salir perdiendo yo.

—Me duele la mano de sacudírmela pensando en ti. Todos estos días… Todas las noches que han pasado desde que estuviste en mi cama. Te he echado de menos. Necesito urgentemente enterrarme en

tu sexo y devorarte a besos.

Me quedé atontada. Boquiabierta. Sin saber qué decir o hacer.

Así que Hugo decidió por mí.

—Lo haremos mejor en mi coche. No quiero que nos detengan por escándalo público si lo hacemos en la playa.

Me agarró de una mano y tiró de mí hasta que abandonamos el local.

Le seguí como un corderito. Me daba igual a dónde me llevara, siempre que estuviese con él. Lo seguiría hasta el mismísimo infierno si así me aseguraba la noche de placer que me había prometido con sus palabras.

Capítulo 10

En cuanto salimos del *pub*, me aplastó contra la pared para besarme con toda el ansia que había estado conteniendo. Después, entre besos, fuimos caminando hasta que llegamos al coche, aparcado frente al chalet que habían alquilado mis padres.

Nos montamos y él encendió el motor. Condujo hasta el *camping* de la playa de Costa Nova siguiendo mis indicaciones y se desvió por un camino de tierra entre los árboles. Unos metros más adelante, detuvo el auto y paró el motor.

Allí, alejados del mundo, la energía sexual que había controlado con tanto cuidado se desató.

—Pásate al asiento de atrás —me ordenó.

Me bajé de la parte delantera con rapidez y me metí en la trasera con una mezcla de nervios, excitación y deseo. Notaba las rodillas convertidas en gelatina y mi sexo humedecido como si me estuviese derritiendo por dentro.

Lo cual era cierto.

—Dime la otra palabra que has aprendido en alemán —murmuró cuando estuvo a mi lado.

—*Fick mich* —musité con voz temblorosa.

—¿Estás segura? Dímelo ahora en castellano.

Dudé unos segundos.

—Fóllame.

En cuanto acabé de soltar aquellas siete letras su mirada de deseo me atravesó la piel.

Me agarró por la nuca y se apoderó de mis labios buscando desatar el fuego en mí, provocándome con su lengua para hacer que la temperatura de mi cuerpo subiera varios grados, como si tuviese fiebre.

Me colocó encima de su entrepierna y pude sentir su dura erección contra la escasa tela del tanga. La falda quedó alrededor de mis muslos y de su regazo ocultando lo que había debajo.

Me sacó por los brazos y la cabeza el top, separando nuestras bocas unos instantes y volviéndonos a unir mientras con sus grandes y calientes manos me tocaba los senos, aprovechando que no llevaba sujetador. Apretó los pezones haciendo que gimiese en sus labios.

—Me encantan los sonidos que haces cuando estás excitada —susurró desviándose hacia mi oreja, dejando un río de lava ardiente con cada beso que dio en mis mejillas. Cuando llegó al lóbulo, lo agarró con los dientes y tiró con suavidad de él.

Yo emití un tenue suspiro de deseo.

Hugo descendió por mi garganta hasta llegar a mi clavícula y justo ahí me mordió. Fue un mordisco hecho con ternura, como si temiera lastimarme. Luego pasó su lengua para mitigar cualquier dolor que me hubiese causado y bajó hasta apoderarse de uno de mis pechos.

Fustigó con la lengua el pezón, lo succionó y saboreó a conciencia mientras yo movía la cabeza a un lado y a otro, desesperada por sentir más. Estaba asaltando mis sentidos con sus atormentadoras caricias y yo me rendí por completo a él.

—Me encanta el olor a vainilla de tu piel. Lo he echado mucho de menos… —susurró contra el pezón endurecido por su mágica boca.

El roce de su aliento contra mi piel y la forma delicada en la que me acariciaba la espalda me hicieron estremecer.

—¿Tienes frío? —se preocupó.

—No… Al contrario. Estoy ardiendo. Necesito tenerte dentro ya.

—Quítate la falda y el tanga mientras yo me deshago de mi ropa.

Cuando estuvimos desnudos por completo, sacó un preservativo del envoltorio y lo desenrolló en torno a su pene.

Reclamó de nuevo mis labios con besos apasionados que prometían noches llenas de pecados y obscenidades.

Me subí otra vez en su regazo y poco a poco descendí hasta que nuestros sexos quedaron unidos.

—¿Y los preliminares? ¿No los quieres? —preguntó.

—¡A la mierda los preliminares! Quiero esto, lo que tengo dentro de mí. No necesito nada más.

Hugo me sujetó con una mano en mi cintura y la otra metida en el poco espacio que había entre nuestros cuerpos. Buscó con los dedos mi clítoris y comenzó a jugar con él.

—¡Ay! ¡Qué bueno! ¡Joder! —exclamé subiendo y bajando sobre su erección.

—*Liebling*, no digas tacos —me riñó con dulzura—. O tendré que

borrarte esas palabras metiendo mi polla en tu boca para llenártela de leche.

—Eso será la próxima vez. Ahora fóllame bien fuerte.

Comenzamos a movernos al mismo ritmo, una cabalgada frenética que logró convertirnos en salvajes. La euforia del orgasmo se fue apoderando de nosotros con la misma intensidad que si se tratase de un incendio forestal que arrasa con todo a su paso.

Igual que un refresco al que habíamos agitado previamente, alcanzamos el clímax, derramándonos el uno en el otro.

Eché mi cabeza hacia atrás y grité, alto y fuerte, desinhibida por completo y satisfecha.

Caí sobre su hombro derecho temblando exhausta, con mis pulmones reclamando oxígeno con impaciencia.

Hugo me rodeó con los brazos y depositó un beso en mi sien. Fue un gesto de cariño que agradecí en silencio.

Notaba cómo su corazón latía desbocado con la palma de mi mano posada sobre su pectoral duro como la piedra.

—¿Aceptarás mi proposición después de esto?

—Sí —musité rindiéndome al fin.

*****

Minutos más tarde, mientras nos vestíamos de nuevo, le pregunté algo que no dejaba de rondarme por la cabeza.

—Oye, Hugo, ¿puedo preguntarte una cosa? Aunque ya sé que no me debes ninguna explicación, pero necesito saberlo.

—Claro. Dime. ¿Qué quieres saber? —dijo al tiempo que se abotonaba la camisa.

Me coloqué bien el top y giré la cara hacia él.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas a Bilbao al día siguiente? —solté a bocajarro.

Él me miró, deteniéndose en el último botón.

—Cuando te seguí aquella noche fue con la intención de contártelo y poder despedirme en privado, pero entonces nos peleamos y me pediste que te dejase en paz. Por eso no te lo comenté.

Terminó de abrocharse la camisa y me confesó:

—Todos estos días me he arrepentido de no haberte silenciado a besos y poder despedirme como Dios manda. —Me acarició el pómulo con dulzura mientras me miraba intensamente—. Pero no me diste la

oportunidad de hacerlo. De todas formas, ya no importa. Pertenece al pasado. Lo único que importa ahora es que estamos juntos otra vez.

¿Estábamos juntos? Lo diría en el plano físico porque sabía bien que él no quería tener ninguna relación de pareja con nadie.

Aun así, me sorprendía muchas veces con las cosas que me decía o con los gestos de cariño que tenía hacia mí. Esa actitud me descolocaba por completo y no sabía qué pensar acerca de sus sentimientos. No quería hacerme ilusiones, pero tampoco lograba evitarlo.

—Voy a llamar a tu hermano para ver dónde está y qué va a hacer —me informó sacando del bolsillo su móvil.

Terminé de arreglarme la ropa y ponerme las sandalias. Me peiné con los dedos y saqué del bolsito el pintalabios para retocarme el color. Aunque los tenía tan hinchados por sus besos que no hacía falta, pero los disimulé cuanto pude para que Alberto no sospechase nada cuando lo volviésemos a ver.

Hugo habló con él un par de minutos. Mi hermano le indicó dónde estaba con la chica morena y fuimos a recogerle. Al parecer, ellos también lo habían pasado genial porque la mirada que la chica le dedicó al despedirse no dejaba lugar a dudas.

—¿Cómo es que habéis venido a buscarme con el coche? —quiso saber Alberto con fingida inocencia.

Supe que se imaginaba lo que había pasado entre nosotros y me sonrojé.

—Para que no te canses más andando hasta el chalet después del ejercicio que has estado haciendo con esa tía —se burló Hugo—. Tengo que llevarte sano y salvo a casa, si no tus padres no me dejarán entrar.

—En teoría la que tenía que volver de una pieza era mi hermana y le hemos fallado en eso de ser sus guardaespaldas —comentó Alber.

—Le habrás fallado tú. Yo no me he despegado de ella en toda la noche —respondió Hugo sonriendo de esa forma suya tan canalla.

Hablaban de mí como si yo no estuviera presente y el rubor de mis mejillas me llegó hasta las raíces del pelo.

Gracias a Dios que mi hermano iba en el asiento trasero y no pudo advertir el color de mi cara.

—No te preocupes, Alber. Hugo me ha cuidado muy bien —intervine.

—Ya veo que estás muy bien. Así me quedo más tranquilo sabiendo

que te dejo en buenas manos.

Llegamos a la casa y Hugo aparcó el coche.

Entramos en la vivienda con cuidado para no despertar a mis padres y subimos las escaleras despacio para no hacer ruido.

Con un gesto de la mano me despedí de ellos, pero en ese momento, mi hermano me agarró y se inclinó hacia mí para hablarme en un murmullo al oído.

—La próxima vez que estés con Hugo, asegúrate de llevar la ropa puesta adecuadamente después o todos sabremos lo que ha pasado entre vosotros.

Me sorprendí por aquella declaración y me metí deprisa en mi cuarto. Cuando bajé los ojos y repasé mi indumentaria, me di cuenta de que llevaba la falda al revés, con las costuras y la etiqueta de la talla por fuera.

Maldije en silencio a mi hermano por ser tan observador.

******

Cuando me desperté al día siguiente lo primero que hice fue llamar a Bego. Necesitaba hablar con ella y confesarme. La noche anterior no había sido lo suficientemente fuerte y había sucumbido a los encantos de Hugo.

Contestó al tercer tono.

—¡Hola! ¿Qué tal todo por ahí? —saludó con la alegría que le caracterizaba.

—Mal. Fatal, de hecho. No. Lo siguiente a fatal —respondí yo compungida, lloriqueando por mi falta de voluntad.

—Joder, tía, ¿qué te ha pasado? Me estás asustando.

—Lo que ha pasado es que tu fantástico plan ha fracasado estrepitosamente. Anoche me tiré a Hugo en su coche. No fui capaz de resistirlo y caí en la tentación. Lo siento —lloriqueé implorando su perdón.

—Bah… No pasa nada. Ya me lo esperaba. Todo el día juntos… Era lo más normal, que acabaras liándote con él.

¡Pues sí que me conocía bien mi amiga!

—Es que aún no ha pasado ni un maldito día. Te recuerdo que llegó ayer y a las pocas horas ya estábamos teniendo sexo. Soy muy débil —me quejé.

—Anda, deja de protestar como si fueras una niña pequeña.

—¡Pero es que te he fallado! Lo siento mucho —gimoteé.

—No digas tonterías. No me importa si te lo has tirado nada más llegar o no. La cuestión es que tienes que aprovechar esta situación para que se enamore de ti todavía más.

—Acepté su proposición, su juego, así que él ya ha ganado.

Le conté lo acontecido la noche pasada, evitando los detalles demasiados íntimos. A Bego no le importaba si Hugo me la metía de una forma o de otra o cómo me lamía el sexo. Sin embargo, sí le confesé todas las palabras bonitas que me dijo entre susurros y jadeos por el placer.

—No sé si lograré que se enamore de mí.

—No te preocupes. Ya verás que sí lo consigues. Es cuestión de tiempo que se dé cuenta de sus sentimientos y los reconozca ante ti. De momento, tú síguele el juego, disfruta de su compañía tanto como te apetezca, pero no te olvides de hacerle rabiar un poco de vez en cuando. Debes mantener ese tira y afloja que teníais aquí, en el pueblo. Así su deseo aumentará.

—Lo intentaré. Hugo me saca de mis casillas como nadie lo hace, así que no me resultará difícil esa parte. A pesar de que no me gusta estar enfadada, disfruto discutiendo con él casi tanto como haciendo el amor. Es tan excitante…

—Pues, ¡ale! Aprovecha.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con Javier? ¿Algún avance? —me interesé por su vida sentimental.

—¿Cómo decís los profesores? ¡Ah! ¡Sí! Progresa adecuadamente —se rio—. Lo tengo a punto. Seguro que de esta noche no pasa.

—¡Me alegro mucho! Ya me contarás.

—Vale. En un par de días te llamaré para contarnos cositas.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Adiós, Sara. Y dale a Hugo besos en todas sus partes sonrosadas —se despidió con una carcajada y cortó la comunicación impidiéndome contestarle.

—Capulla —musité sonriendo.

Me estiré sobre la cama con el móvil a un lado de mi cabeza recordando todo lo sucedido la noche anterior. Todos los besos que Hugo había repartido por mi piel, su aliento estimulando todas mis terminaciones nerviosas; cada caricia, cada roce que me habían hecho arder…

Metí la mano por dentro del pantaloncito corto del pijama de

verano que llevaba y retiré el borde del tanga. Los dedos llegaron hasta mi hendidura, que con el recuerdo de todo el sexo vivido junto a Hugo, ya se había humedecido. Me froté el punto más sensible de mi cuerpo imaginando que era la lengua de mi alemán favorito y me retorcí de placer cuando me metí dos dedos en la vagina.

Los saqué para volver a introducirlos de nuevo. Una vez y otra, y más… Muchas más. Me iba calentando con rapidez hasta que llegó un momento en el que sentí que estaba a punto de explotar. Algo se arremolinaba en mi interior, abriéndose paso en mi ser, encogiéndome el estómago y…

—Deja que acabe yo por ti, *liebling.* Déjame darte placer.

Juraría que escuché a Hugo, pero lo más seguro es que esas palabras fueran producto de mi excitada imaginación.

Comencé a respirar más agitadamente mientras mantenía los párpados cerrados con fuerza y el ceño fruncido en un síntoma inequívoco de que estaba llegando al límite y acabaría por alcanzar el éxtasis.

—Deja que sea yo quien te folle con mis dedos, *mein schatz.*

—Hugo… —gemí su nombre entre suspiros.

—Me encanta cuando pronuncias mi nombre antes de correrte.

Sentí una mano caliente apartando mis dedos y me sobresalté. Abrí los ojos para comprobar que ese contacto no me lo había imaginado y me di cuenta de que las frases murmuradas tampoco.

Hugo estaba de rodillas al lado de mi cama, bajándome los pantalones del pijama, llevándose con ellos el tanga. Empezó a meterme los dedos para terminar el trabajo que yo había comenzado.

—¿Qué haces aquí?

Miré hacia la puerta cerrada.

—¿Cómo has entrado?

No era posible que hubiese traspasado la pared como hacían los fantasmas en los dibujos animados. Tenía que haber accedido a través de la puerta y yo ni me había enterado de tan ensimismada como estaba buscando mi liberación.

—Ssch… Calla y disfruta. Pero no cierres los ojos. Mírame. Me gusta ver cómo tu rostro se contrae por el placer y cómo tus pupilas se agrandan cuando te corres. Eres la criatura más preciosa y *sexy* que he visto nunca. Una diosa del sexo.

Aumentó las embestidas de sus dedos al tiempo que con la otra mano frotaba mi clítoris con un castigador ritmo. La situación era

peligrosa… y muy morbosa a la vez. Saber que podían pillarnos… me ponía cardíaca perdida.

Me concentré en el orgasmo que se avecinaba y cuando supe que estaba al borde del abismo, lo agarré por la camiseta y lo atraje hacia mí para que mis gritos de placer quedasen ahogados por sus labios.

Me convulsioné mientras él devoraba mi boca y recorría cada rincón de ella con su experta lengua.

Poco a poco fue deteniéndose al ver que había llegado al clímax. Sacó los dedos mojados de entre mis muslos y los contempló fascinado. Segundos después, se los llevó a la boca y los lamió mientras con el otro brazo me sostenía contra él.

Recostada sobre su pecho le observé degustando mi esencia más pura a través de los párpados medio abiertos.

—Pareces un lindo gatito relamiéndose después de haberse dado un festín —musité con la respiración alterada todavía.

—Pues este lindo gatito quiere más. Sabes demasiado bien para conformarme solo con las migajas.

Me sonrió pícaro y me tumbó en la cama, subiéndose al colchón con un rápido movimiento.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté asustada—. ¡Nos van a pillar! —exclamé lo más bajo que pude para que nadie oyese lo que estaba pasando en mi habitación.

Hugo se colocó entre mis piernas y me hizo doblar las rodillas para que apoyase los pies sobre las sábanas.

—Voy a limpiarte con mi lengua.

—¡Ay, Dios! —solté mientras lo veía descender, ocupando el hueco entre mis muslos para beberse todos mis fluidos—. Estás loco…

No pude hablar más porque al primer lametazo que me dio, me envió de nuevo al cielo y vi las estrellas, y toda la puta galaxia entera.

*****

—¿Cómo has entrado? —le pregunté pasados unos minutos en los que me costó bastante recuperarme tras el segundo orgasmo de la mañana.

Estábamos en la cama abrazados, mirándonos de frente. Yo recorría con delicadeza las líneas de tinta negra que formaban su nombre tatuado en el dorsal. La infernal gárgola en el otro hombro quedaba oculta por la posición en la que él estaba, aplastada contra el colchón.

—Obviamente por la puerta. Todavía no sé atravesar las paredes —sonrió juguetón.

Se inclinó sobre mis labios y me dio un dulce beso.

—Estabas demasiado concentrada jugando con tu cuerpo como para oírme. Además, he sido lo más sigiloso posible para que nadie me descubriera —añadió—. Sin embargo, me he llevado una tremenda sorpresa al verte en este estado. No me lo esperaba, con sinceridad. Pero me ha encantado.

Me dio otro beso y siguió hablando.

—Tenía la intención de despertarte con mis caricias recorriendo tu cuerpo, mis besos en tu piel y mi polla dentro de ti, pero te me has adelantado, *mein böses Mädchen.*

Aquellos planes se me antojaron demasiado románticos e intensos.

—¿Qué significa lo que me has dicho? Traduce, por favor. Sabes que me da mucha rabia que me hables en alemán porque no entiendo nada de lo que dices.

—Pero ¿no estabas aprendiendo el idioma? —Se mordió los labios para no soltar una carcajada. Se notaba que se estaba divirtiendo mucho a mi costa.

—Traduce —le ordené.

Hugo resopló.

—Vale. Te he llamado «traviesa».

Lo miré pensativa.

—Has dicho tres palabras y no solo una, así que hay algo que me estás ocultando. Dime la frase completa —le exigí.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Por qué tienes que saberlo todo? —preguntó intentando levantarse.

Pero yo no le dejé. Lo obligué a tumbarse en el colchón colocándome encima para impedir que abandonase la cama sin darme una respuesta satisfactoria.

—Dímelo o la próxima vez que intentes entrar en mi cuarto te encontrarás con el pestillo echado y no podrás hacerlo —le advertí muy seria.

Hugo meditó unos segundos. Sus ojos seguían clavados en los míos. Comprobé cómo su mirada verde se rendía un segundo antes de que me respondiera.

—Mi niña traviesa —confesó.

El halago me gustó demasiado y esbocé una sonrisa orgullosa.

—Ese «mi» suena muy posesivo viniendo de alguien que solo quiere sexo —repliqué entrecerrando los ojos.

—Solo han sido tres palabras normales y corrientes —se defendió él bufando.

—Ya —dije sin creérmelo—. Y supongo que se las dirás a todas. De lo contrario, si solo me las dices a mí, pensaría que te estás enamorando. Pero, obviamente, eso no puedes hacerlo porque va contra las reglas del juego.

—El que se enamore pierde, ya lo sabes. Así que como has deducido muy bien tú solita, las he dicho sin ningún tipo de sentimiento amoroso hacia ti. No te hagas ilusiones.

—Descuida, no me las haré.

Me alcé de la cama y paseé mi cuerpo desnudo hasta la puerta, mostrándome en todo mi esplendor.

—Coge tu ropa y vete —le indiqué la puerta con el pulgar por encima de mi hombro—. Enseguida bajaré a desayunar.

Hugo se levantó despacio, escudriñándome con su mirada, buscando en mí algún síntoma de enfado.

Pero yo le mostré mi sonrisa más cautivadora.

—Procura que nadie te vea al salir —añadí mientras él se ponía de nuevo la camiseta y los pantalones cortos que usaba para dormir.

—Yo no bajaré a desayunar. Acabo de hacerlo. —Me guiñó un ojo antes de desaparecer por la puerta.

Esbocé una sonrisa mientras meneaba la cabeza. El muy capullo me había mentido, lo sabía, porque no quería reconocer que se estaba enamorando de mí igual que yo de él.

****

Pasamos la mañana en la playa, refrescándonos de vez en cuando y tomando el sol. También jugamos con las palas aprovechando el momento en que había menos gente para no darle con la bolita a nadie y molestar.

Mis padres se mantenían un poco alejados del grupito que formábamos Alberto, Hugo y yo, para dejarnos a nuestro aire y que no pareciese que estaban vigilándonos. Aunque, en realidad, así era.

Me habría gustado ponerme el bikini rojo de tanga que tanto le había excitado a mi amante, pero con mi familia controlando cada movimiento y mirada, se habrían dado cuenta de lo que sucedía entre

nosotros. Además, delante de mi padre me daba vergüenza lucirme de esa manera. Así que me puse uno verde hierba más recatado. Hugo llevaba su bañador de rayas blancas y azules, y Alberto uno de estampado hawaiano.

Mi alemán favorito y yo habíamos coincidido en el peinado. Ambos llevábamos el cabello recogido en un moño descuidado, con algunas greñas sueltas. Me encantaba ver cómo él se soltaba el pelo y se lo peinaba con los dedos antes de volver a hacerse el moñito con la goma. Sus músculos se movían al compás y los bíceps de sus brazos se ponían tensos y duros. Intentaba no mirar más abajo de su cuello, pero algunas veces no logré controlarme y le di un buen repaso a su físico. Era imponente. Estaba buenísimo.

En todo el tiempo que pasamos allí, Hugo y yo nos comportamos como lo harían cualquier par de amigos, disfrutando del sol que lucía con fuerza aquella mañana de agosto y del mar.

Después, regresamos al chalet para almorzar y mis padres se echaron la siesta mientras nosotros compartíamos una partida de cartas y charlábamos sobre diversos temas.

—¿Qué haremos esta tarde? ¿Otra vez iremos a la playa? Lo pregunto porque me gustaría conocer la ciudad de día. Dicen que tiene canales en algunas calles, que es una pequeña Venecia, y también quiero conocer su arquitectura —comentó Hugo echando una carta sobre la mesa antes de coger otra del montón.

—Podemos hacer lo que tú quieras. Eres nuestro invitado y, como ya hemos estado en la playa esta mañana, podemos hacer un poco de turismo por la tarde —acordó mi hermano—. ¿A ti qué te parece, Sara? ¿Vendrías con nosotros?

—Si nos os molesto… —Me encogí de hombros observando mis cartas, intentando decidir qué estrategia sería la más adecuada para ganar la partida.

—¡Cómo nos vas a molestar, mujer! —exclamó Hugo.

—No sé. A lo mejor tenéis que hablar de cosas de tíos y no queréis que yo me entere.

—Ven con nosotros y haz que el resto nos tenga envidia por ir acompañados de una chica tan guapa —contestó mi hermano—. Además, lo que tengamos que contarnos Hugo y yo podemos hacerlo en nuestra habitación, como anoche, por ejemplo.

Al oírle mencionar la noche anterior junto con la mirada que me dedicó Alberto, supe enseguida que estaba al tanto de lo sucedido.

Seguro que cuando se metieron en su cuarto le preguntó, y además, estaba el comentario que me había hecho sobre que me recompusiera bien la ropa después de estar a solas con su amigo.

Me sonrojé de incomodidad y vergüenza.

¿Se lo habría contado todo, todo, todo?

Pero ¿no me había dicho Hugo que él era discreto y no hablaba de sus intimidades con nadie?

«Alberto es su mejor amigo. Es lógico que le haya confesado alguna que otra cosa, igual que has hecho tú con Bego», me aleccionó mi mente.

¿Conocería nuestro pacto? Y de ser así, ¿lo aprobaría?

Carraspeé bajo la atenta mirada de los dos chicos y tiré una carta sobre la mesa.

—Menos diez —dije intentando sonreír triunfalmente a pesar del pudor.

—La señorita vuelve a ganar —soltó Hugo—. Y ya van cuatro. ¿Estás en racha o es la costumbre?

—A las cartas, siempre gana ella —respondió mi hermano—. Es una crack.

—De algo me tiene que servir que se me den bien los números —les comenté.

—¿No hay algún casino cerca? —quiso saber Hugo—. Podemos usar a la cerebrito para sacar un dinerillo extra.

—¡Qué manera de aprovecharse del talento que tiene una, por Dios! —protesté de broma.

—Creo que tienes otros talentos de los que Hugo se aprovecha y que le interesan más —soltó mi hermano y yo quise que me tragara la tierra al escucharlo.

Abrí los ojos como platos y lo miré como si le hubiera salido otra cabeza más.

—Alberto… No te pases. Es tu hermana… —lo riñó Hugo.

—Y tú eres mi mejor amigo —le sonrió—. Si los dos sois felices, yo también.

Se miraron unos segundos, como si estuvieran batiéndose en un duelo de sonrisas cómplices, y yo me quedé sin saber qué decir o hacer.

—Salgamos a celebrarlo, entonces —propuso Hugo.

—Bien. Haremos un poco de turismo y daremos un romántico paseo en *moliceiro*. Da igual que os haga de sujetavelas porque en la

barca estaremos acompañados por más gente, así que… —mencionó Alberto.

—Me gustaría que viniesen tus padres también. Quiero agradecerles que me hayan invitado a pasar estos días con vosotros —comentó Hugo—. Además, sé que a tu madre le complacerá no tener que trabajar en la cocina esta noche.

Lo miré con atención.

¿Sería posible que lo hiciera con la intención de ganarse el visto bueno de mis padres? ¿O es que le remordía la conciencia por estar tirándose a su hija cuando lo habían invitado a la casa tan amablemente y sin sospechar nada?

****

Mis padres aceptaron encantados la invitación de Hugo. Sobre todo mi madre, a quien tenía comiendo de su mano esos días con sus formas amables y educadas.

Si ella supiera cómo era en realidad…

Un excelente compañero de cama que hacía ver las estrellas a su hija follándosela y practicando el mejor sexo oral que había tenido en toda su vida. Hugo sabía cómo ser tierno y cariñoso, incluso romántico, pero también sacaba su lado más salvaje cuando la situación lo requería. Era una fiera en la cama. Un dios del sexo.

Y él, por supuesto, lo sabía. Conocía sus habilidades a la perfección y las usaba conmigo para volverme loca.

Recorrimos la calle con casitas de colores en Costa Nova y Hugo tomó algunas fotos. Después, fuimos en coche hasta la plaza del ayuntamiento y la iglesia de la Misericordia, que destacaba por sus azulejos azules y su ornamentación barroca.

—El ayuntamiento es más bonito por la noche, cuando iluminan la fachada —le di mi opinión.

—Entonces, tendremos que volver una noche para verlo —contestó—. Poneos todos ahí —nos indicó un sitio—. Quiero sacaros una foto para llevármela de recuerdo cuando vuelva a Alemania.

Al escucharle decir eso, mi corazón se entristeció. Pero me obligué a ser fuerte y que no se vieran mis sentimientos.

Nos colocamos todos juntos y él sacó la foto con su móvil.

—Luego me la pasas —le pedí—. Te doy mi número. Es 62…

—Ya lo tengo. Me lo dio tu hermano antes de irme a Bilbao —me

interrumpió mientras enviaba por WhatsApp la foto.

Me sorprendí tanto al oírle que apenas noté la vibración en mi teléfono al llegarme la notificación.

—¿Por qué te lo dio?

—Porque yo se lo pedí.

Comenzó a andar dejándome con decenas de preguntas en la mente.

Mi padre nos informó de que era ya la hora en la que debíamos coger el *moliceiro* o nos quedaríamos sin disfrutar del paseo en barca.

Estaba atardeciendo cuando llegamos al lugar donde se encontraban este tipo de embarcaciones, fácilmente identificables por sus llamativos colores y su peculiar forma, con la popa y la proa levantadas.

Subimos en una de ellas con otro pequeño grupo de personas y el gondolero comenzó a dirigirnos por el canal de agua.

Hugo sacó muchas fotos durante el viaje. Se notaba que lo estaba disfrutando. Nunca lo había visto tan feliz.

Bueno, sí. Sí que lo había visto así de feliz cuando acababa de tener un orgasmo. Los ojos le brillaban y tenía una sonrisa maravillosa en los labios.

Sin querer, se me escapó un suspiro enamorado.

Mi hermano, sentado a mi lado, lo oyó.

—Dale un poco más de tiempo —me susurró tan bajo que pensé que me lo había imaginado.

—¿Tiempo? ¿Para qué? —musité en el mismo tono que él.

—Para que vuelva a confiar en una chica.

En ese momento, Hugo nos sacó una foto.

—Cuando estamos distraídos nos mostramos más relajados y, entonces, salen mejor las fotos —me dijo él al mirarlo—. ¿Quieres que te envíe por WhatsApp esta también?

—Claro, como ya tienes mi teléfono… —murmuré inclinándome hacia él. Hugo estaba sentado a mi otro lado. A continuación, mi madre y luego mi padre. Frente a nosotros estaban el resto de los viajeros de la barca—. ¿Para qué lo querías? ¿Por qué se lo pediste a mi hermano?

—¿Por qué tienes que saberlo todo? ¿No te han dicho nunca que la curiosidad mató al gato? —Me miró con una ceja arqueada y una sonrisa de medio lado.

—Pero el gato murió sabiendo —rebatí yo.

Él soltó una carcajada que llamó la atención de todos los pasajeros del *moliceiro.*

—Eres única, *liebling.* Se te ocurre cada cosa… —contestó divertido.

Cada vez que le escuchaba aquella palabra en alemán mi corazón se saltaba un latido. ¿Qué pasaría si Hugo supiera que yo conocía el significado? Con toda probabilidad evitaría decírmela tantas veces.

Así que decidí mantener mi secreto oculto.

—¿De verdad quieres que te diga para qué necesitaba tu número? ¿Delante de tanta gente que podría enterarse de nuestro juego? —preguntó en un tono bajo y ronco, muy cerca de mi oído, y me erizó todo el vello corporal.

Tragué saliva. De repente, notaba la garganta muy seca.

A pesar de todo, asentí.

—Sí, quiero saberlo.

Hugo recorrió mi rostro despacio. Se detuvo un momento en mis ojos y después bajó hasta mis labios. Se pasó la lengua por los suyos como hacía siempre que se fijaba en mi boca y se inclinó más sobre mi hombro para murmurar en mi oreja:

—Luego te lo cuento. Ahora hay demasiados oídos.

Continuamos con el paseo en barca. Pasamos por el puente de Carcavelos, para mí el más bonito de Aveiro, y después por otro con muchísimos lazos de colores. Este último estaba lleno de chicles pegados bajo él y tuvimos que agacharnos para que no se nos quedasen enganchadas las gomas de mascar en el pelo.

Minutos después se acabó el paseo en *moliceiro* y nos fuimos a cenar.

—He visto en una web de turismo que hay varios museos en Aveiro a los que podríamos ir mañana —nos comentó Hugo a Alberto y a mí—. ¿Os parece bien que vayamos por la mañana y luego, por la tarde, vamos a la playa? Si no os apetece, puedo ir yo solo. No me voy a perder como si fuera un niño pequeño.

—Si Sara quiere, por mí no hay problema —contestó mi hermano.

—A mí también me gustaría volver a verlos, aunque ya los visitamos el año pasado y no creo que hayan cambiado mucho.

—Entonces, tenemos un plan —sonrió.

Se giró hacia mis padres y les contó la idea para saber si a ellos también les apetecía, pero declinaron su propuesta.

—¿Es que piensas invitarlos a todo lo que hagamos nosotros? —quise saber susurrando.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que nos acompañen a alguno de los sitios que visitemos? Son tus padres. No hay nada de malo porque estemos con ellos. Además, así les agradezco que me hayan invitado a la playa.

—Con el paseo en barca y la cena que nos vas a pagar, yo creo que quedarán más que agradecidos. Ten en cuenta que también ayudas con las labores de la casa y demás, así que puedes darte por satisfecho. A mi madre ya la tienes en el bote. Y ella es la que manda en mi familia.

—Razón de más para seguir ganándomela —comentó y me guiñó un ojo.

—¿Por qué?

Él se acercó tanto a mi oreja que pensé que me daría un beso en ella.

—Más tarde te lo contaré. Tu madre está con la oreja puesta y se va a enterar de todo.

Asentí. Tendría que esperar a estar a solas para que Hugo respondiese a todas mis preguntas.

Tras servirnos la comanda, iniciamos una tranquila y amena charla que duró hasta que terminamos de cenar.

Después, mis padres se marcharon a dormir, dejándonos a los tres solos para que disfrutásemos del ocio nocturno de Aveiro.

Fuimos a una discoteca para bailar y allí, Alberto ligó en poco más de treinta minutos.

—Os doy un par de horas mientras yo me entretengo con esta chica —nos dijo antes de desaparecer con ella.

Me giré hacia Hugo boquiabierta.

—¿Mi hermano sabe lo que nos traemos entre manos?

—Anoche me obligó a confesarlo. Va a ser un buen inspector de policía. No te imaginas el tercer grado al que me sometió. Aunque, gracias a Dios, no tuvo que recurrir a ningún tipo de tortura.

—¿Y está de acuerdo con nuestro juego?

Hugo me miró a los ojos fijamente.

—*Liebling*, sabe que nos acostamos, pero no le he contado nada más. —Me agarró de la mano y tiró de mí para sacarme de la discoteca—. Vamos. Solo tenemos dos horas y estamos perdiendo el tiempo aquí. Me puedes preguntar todo lo que quieras en el coche, de camino al escondite de anoche.

Lo seguí en silencio mientras ordenaba las preguntas en mi cabeza

hasta que llegamos al auto y nos subimos a él.

En cuanto cerré la puerta y me puse el cinturón, comencé a indagar.

—Tenías mi teléfono, pero no me has llamado ningún día. ¿Por qué?

—Me pediste que te dejase en paz —me recordó.

—Y entonces, ¿para qué querías mi teléfono? No lo entiendo.

—Por si yo no era capaz de excitarme solo y necesitaba escuchar tu voz para conseguirlo.

La respiración se me cortó de golpe.

Él me dedicó una sonrisa descarada.

—Pero no me has llamado en todos estos días…

—Porque estaba seguro de que en cuanto viniese aquí, podría desahogarme. A veces, lo mejor tarda un poco en llegar y entonces lo disfrutamos más todavía. Es como la recompensa por hacer algún tipo de trabajo o sacrificio.

—¿Eso quiere decir que no has estado con ninguna en Bilbao?

Hugo negó con la cabeza.

—¿A pesar de que yo todavía no había aceptado tu… propuesta? —me aseguré.

—Pero sabía que tarde o temprano lo harías. Solo tenía que esperar un poco más.

—Se te ve muy seguro de ti mismo. ¿Siempre consigues lo que quieres? —le pregunté molesta.

—Siempre.

—Y yo he caído como una tonta —contesté con voz apagada.

Él desvió la vista de la carretera y clavó sus ojos en mí unos pocos segundos.

Bajó una de sus manos del volante y agarró la mía, entrelazando nuestros dedos. Levantó las manos unidas y me besó en el dorso.

—No digas eso. Me haces sentir como si estuviera aprovechándome de ti cuando tú me has dado tu consentimiento. Tú eres la que permite que pase todo esto y te beneficias tanto como yo —respondió con dulzura, rozándome la piel con los labios.

—Supongo que tienes razón —musité.

—Si te sirve de consuelo, cada vez que me he masturbado, lo he hecho pensando en ti. Nadie más ocupa mis pensamientos.

Saber que era la única a la que deseaba me hizo sentir un poquito mejor.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en ganarte a mis padres si cuando llegue el final de las vacaciones esto que hay entre nosotros se habrá acabado?

Hugo meditó algunos segundos antes de contestarme.

—Para que el día que descubran que me he estado tirando a su hija bajo el mismo techo en el que estaban ellos, no se molesten demasiado conmigo —sonrió con descaro.

Cerré los ojos y los apreté con fuerza.

Hugo estaba más loco de lo que pensaba.

Pero esa locura me encantaba.

Capítulo 11

Aparcamos el vehículo en la misma zona boscosa de la noche anterior.

—¿Tienes más preguntas?

Negué con la cabeza.

—Entonces, pásate al asiento trasero. Estoy deseando hundirme en ti.

Dejé el bolsito en el salpicadero e hice lo que me pidió.

Una vez que volvimos a estar dentro del auto, Hugo me agarró por la nuca y unió sus labios con los míos en un beso lento. Con la otra mano me ciñó por la cintura mientras yo le pasaba los brazos alrededor del cuello para profundizar más el beso.

Los dedos que tenía en mi cintura tiraron del lazo con el que me ataba el vestido cruzado que llevaba esa noche, logrando así descubrir la lencería con la que tapaba mis pechos y mis partes íntimas.

Hugo se separó unos instantes de mis labios para admirar mis bonitas prendas.

—Qué preciosidad —murmuró con la voz cargada de deseo y los ojos brillantes.

Parecía que estuviera contemplando un tesoro de valor incalculable. Tenía un brillo codicioso en la mirada que jamás olvidaría.

Aproveché para deslizar el vestido por mis hombros y los brazos, y deshacerme de él.

De nuevo volvimos a juntar nuestras bocas mientras él me acariciaba un pecho por encima de la tela de encaje rosa. Me bajó una copa del sostén y jugó con el pezón entre sus dedos hasta que lo puso duro.

Después, recorrió con esos mismos dedos todo mi abdomen hasta que se colaron entre mis muslos. Abrí más las piernas y él me acarició toda la parte interna desde las ingles hasta las rodillas. Volvió a hacerlo otra vez más, evitando siempre tocar el pubis que reclamaba sus atenciones con impaciencia.

—Hugo, no me tortures más, por favor… —gimoteé.
—Tranquila, *liebling*, ya voy.
Llegó hasta el borde de mis braguitas y metió un dedo entre mi piel y la tela de encaje. Frotó de arriba abajo mi hendidura, haciendo hincapié en el clítoris.
Suspiré por las sensaciones producidas por aquella caricia mientras él bajaba con su boca hasta el pezón endurecido y lo succionaba. Cambió la posición de su mano para poder insertar en mi vagina dos dedos con los que comenzó a masturbarme, sin olvidarse del nudo de nervios que rozaba cada vez que entraba y salía de mi cuerpo.
—Más rápido… —le pedí—. Más fuerte…
—Me encanta darte placer. Disfruta, cielo…
Hugo continuó con sus caricias en mi pecho y en mi zona íntima hasta que estuve casi a punto de explotar.
Entonces, se detuvo y yo quise matarle por haberme dejado a las puertas del orgasmo.
Lo miré enfurecida.
—Enseguida te daré lo que tanto deseas. No te enfades. Es que quiero estar desnudo para meterme dentro ti. Necesito las manos para quitarme la ropa y ponerme el condón —se excusó él—. Además, prefiero que te corras conmigo porque en esos momentos siento cómo te late el coño y es algo maravilloso que no quiero perderme.
Me dedicó su sonrisa más descarada y canalla, y a mí no me quedó más remedio que perdonar su interrupción.
Lo ayudé con sus prendas y, al acabar, Hugo me quitó el sujetador y las braguitas.
—Ponte a horcajadas sobre mí, pero dándome la espalda. Quiero follarte desde atrás.
Cuando me coloqué en la postura que él me había indicado, primero me sentó en su regazo sin metérmela aún. Su erección quedó entre sus ingles y mi coxis. La notaba dura como el acero y caliente, y estaba deseando sentirla en mi interior de una vez por todas.
Hugo me cogió el pelo, que caía suelto por mi espalda, y me lo echó sobre el hombro derecho. Comenzó a darme pequeños y delicados besos por los hombros, la nuca y el resto de la espalda, al tiempo que con la mano se apoderaba de uno de mis pechos. La otra mano viajó libremente hacia mi vulva, húmeda y anhelante, ansiosa porque me llenara con su miembro, y me pasó los dedos por allí.
—Me encanta que estés así: mojada y dispuesta para mí. No tienes

ni idea de lo loco que me vuelves. Me pones a cien en solo un segundo. Y me da igual si estás enfadada conmigo o si estás tranquila como ahora. Te deseo de todas las formas que puedas imaginar.

Aquellas palabras me las soltó mientras rozaba mi clítoris y se hundía en mí con dos de sus dedos mágicos.

Yo no podía parar de gemir y jadear. A mí también me volvía loca todo en él, pero no se lo confesé. Preferí guardarlo en mi interior por si acaso sospechaba que me había enamorado de él y decidía acabar el juego. Todavía no estaba preparada para que todo terminase.

—Ahora voy a levantarte y dejaré que caigas sobre mi polla poco a poco, disfrutando de cada centímetro de ella y que me envuelvas con el calor de tu coño, que es lo que más deseo en estos momentos —murmuró contra la piel de mi espalda.

Hizo todo lo que me había mencionado y comenzamos con un ritmo que fue creciendo en intensidad hasta que alcanzamos el clímax.

*****

Estábamos vistiéndonos aún cuando mi móvil comenzó a sonar.

El bolsito lo había dejado en el salpicadero del coche, por lo que tuve que meterme entre los asientos delanteros para poder recuperarlo.

—A lo mejor es tu hermano —comentó Hugo—. Claro, ya han pasado las dos horas. El tiempo contigo se me pasa volando —añadió.

Al escuchar la última frase, mi corazón aleteó feliz.

Saqué el teléfono del bolso y miré la pantalla.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo al ver el gesto de mi cara.

—El pesado de Kike. Vuelve a la carga otra vez. Estará aburrido y se ha acordado de mí. Pero paso de contestarle —comenté mientras el móvil continuaba sonando en mi mano. Lo puse en silencio y lo devolví al bolso.

—No me extraña que esté tan loco por ti. Teniendo en cuenta lo bien que follas… —me sonrió.

Sacudí la cabeza. A veces Hugo tenía unas ideas…

—Aunque me alegro de que ahora estés conmigo —prosiguió—. Al menos yo te hago disfrutar y te doy todos los orgasmos que él no te ha dado.

—No te lo creas tanto, por favor —contesté poniendo una mueca.

Pero todo lo que había dicho era cierto. El muy capullo lo sabía y se jactaba de eso.

Cuando salí de la parte trasera del vehículo, repasé mi vestido. No quería que Alberto ni nadie me dijese otra vez que llevaba las costuras y la etiqueta con la talla del revés como ya me indicó mi hermano en cierta ocasión. Como comprobé que estaba todo perfecto, me metí en el asiento delantero del coche y esperé a que Hugo encendiese el motor.

—Deberías decirle que no te llame —comentó a los pocos segundos.

Supe que se refería a Kike.

—Ya lo he hecho y no me hace caso. Ese tío va a su puñetera bola. Si yo recibiese tantas negativas por parte de una persona, hace tiempo que le habría mandado a la mierda. Pero él sigue insistiendo, insistiendo, insistiendo…

—Pues tendrás que recurrir a algo más contundente para que te deje en paz de una vez. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias. Ya me las apañaré solita.

—Bien. Como quieras. Pero si me necesitas…

—Sí, sé que puedo contar conmigo —lo interrumpí.

*****

Una vez que recogimos a mi hermano en el punto de reunión nos marchamos a casa. Al día siguiente nos esperaba un *tour* de museos y turismo por la ciudad, así que más nos valía descansar unas cuantas horas para soportarlo. Aunque en Aveiro estaba todo cerquísima y podías ir caminando de un sitio a otro, excepto Costa Nova, que había que dirigirse en coche.

Nos despedimos hasta la mañana siguiente y cada uno se metió en su cuarto. Como Alberto y Hugo compartían habitación, me imaginé que mi hermano le preguntaría algo sobre nuestra noche. Recé para que Hugo no le diese demasiada información y que hiciera gala de la discreción de la que tanto alardeaba.

Al día siguiente, me desperté con la lengua de Hugo lamiendo mis genitales y dándome los buenos días con un potente orgasmo.

—Esto empieza a convertirse en una costumbre —jadeé tratando de recuperar mi ritmo cardíaco normal y la respiración que él me había alterado con sus besos y lengüetazos.

—Pues prepárate para cuando durmamos juntos. No va a ser nada

comparado con lo que hemos estado haciendo estos días. Pienso follarte cada noche, todas las veces que hagan falta, hasta que no puedas ni caminar.

—¡Ay, Dios! ¡Estás loco! —me reí—. ¿Y cuándo se supone que vas a comenzar con esa tortura china que me has contado?

—Esta misma noche —me prometió acariciando mi pelo con dulzura.

—Te recuerdo que convivimos con mi familia. No creo que ellos te permitan…

—Anoche lo hablé con Alberto y me ha dado su permiso para que durmamos juntos. Eso sí, habrá que cerrar la puerta con pestillo para que tus padres no nos pillen y pongan el grito en el cielo.

Lo miré boquiabierta.

—¿Hablas en serio? —pregunté.

—Totalmente. Y voy a seguir ganándome a tus padres para que, si tenemos la mala suerte de que nos descubran, no se enfaden mucho con nosotros. Ya te lo comenté ayer.

—¿Y si yo no quiero dormir contigo?

Hugo se extrañó.

—¿Por qué no querrías follar y dormir conmigo? —indagó ofendido.

—No sé… Por el peligro de que nos descubran, tal vez.

—Nuestro juego se volverá más morboso —respondió de manera sugerente.

Me reí bajito sin poder evitarlo.

Él me dio un beso rápido antes de alzarse de la cama.

—Vístete y baja a desayunar. ¡Ah! —Levantó un dedo para indicarme algo—. Y a partir de ahora, quiero que duermas desnuda. Si tuvieses frío, yo te calentaría con mi cuerpo, no te preocupes.

Me mordí el labio, muerta de deseo y totalmente loca por ese chico.

******

Por la mañana visitamos el museo de arte sacro que ocupaba el antiguo convento de Jesús y la bonita iglesia de estilo barroco. También fuimos al museo Arte Nova, con su bella fachada de estilo *art nouveau* y tomamos un refresco en la agradable cafetería de la parte posterior del edificio.

Después comimos en un pequeño bar y más tarde nos acercamos

hasta el parque Infante Don Pedro, un lugar ideal para disfrutar de la paz que transmitían sus románticos rincones, fuentes y lago. Había muchas flores y su colorido animaba el sitio.

Hugo tomó muchas fotos, sobre todo de los edificios y fuentes. En algunas salíamos Alberto y yo, y en un par de *selfies* estábamos los tres. Pero no sacó ninguna de nosotros dos solos. O yo no me di cuenta.

Cuando regresamos al chalet estábamos cansados, así que decidimos quedarnos en la piscina y relajarnos un rato.

Aproveché para llamar a Bego y contarle los últimos avances con Hugo.

Subí a mi habitación para hablar con ella con tranquilidad y sin que los chicos escuchasen nuestra conversación.

Le conté todo, incluso lo de aquella mañana.

—¿Así que Alberto le ha dado permiso para que durmáis juntos? Estáis jugando con fuego, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé, lo sé. Pero no me importa. Estoy supercolgada por él. Enganchada a tope. Y es que con las cosas tan bonitas que me dice… No es para menos. Cuando todo esto llegue a su fin no sé qué voy a hacer.

—Por eso tienes que hacer que se dé cuenta de que él siente lo mismo por ti que tú por él.

—Hugo no sabe los estragos que produce en mi corazón cada vez que me llama *liebling.*

—¿Cómo? ¿*Niebling*?

—¡No! —me reí—. *Liebling,* con L. Nosotros lo traduciríamos al castellano como una forma cariñosa de llamar a nuestra pareja, del tipo «mi amor», «cariño», etcétera.

—¿Él te ha dicho lo que significa esa palabra?

—No. Él no. Pero lo busqué en Google y sé que quiere decir eso. Alberto me contó que *ich liebe dich* significa «te quiero» en alemán. Igual que *mein schatz,* otra forma cariñosa de referirte a tu pareja.

—Me choca que tu hermano esté al tanto de todo y lo apruebe —dudó Bego—. Con lo protector que es contigo, me extraña que le permita a su amigo este tipo de juego para que después te deje tirada y con el corazón roto. Aquí hay gato encerrado.

—Tía, que mi hermano no lo sabe absolutamente todo. No tiene ni idea de nuestro juego. Solo sabe que estamos liados y, supongo que pensará que seguiremos juntos después del verano. No sé de qué

manera se lo habrá contado Hugo, pero a mí me dijo que él no sabía lo del pacto. Me imagino que cuando Hugo se marche a Alemania y todo este rollo se acabe, Alberto pensará que la distancia ha enfriado la relación hasta romperla.

—En menudo lío estáis metidos los dos —añadió mi amiga.

Suspiré y nos quedamos en silencio algunos segundos.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu hermano directamente? —propuso ella—. Cuéntale tus sentimientos hacia Hugo y que te diga si a él le ha confesado algo sobre ti. Sobre lo que siente por ti.

—Ya te he contado que me dijo que le diese tiempo, que necesitaba volver a confiar en una chica.

—Ya, pero, vamos a ver, además de darle tiempo, también te podrá decir si le gustas en serio o no. Porque en caso de que la respuesta sea negativa, no comprendo cómo Alberto consiente que se acueste contigo una y otra vez.

—Está bien. Le preguntaré sobre ello, a ver qué me cuenta. ¿Y tú? ¿Qué tal con Javier?

Bego se rio.

—Estupendamente. Anoche lo hicimos por primera vez y fue maravilloso. Me hizo tocar el cielo con los dedos —contestó feliz.

—Me alegro mucho. Enhorabuena, tía.

—Y hoy me ha dado un beso en los labios delante de todas las chicas. No le ha importado demostrar sus sentimientos. Eso es algo que me gusta mucho de él.

—¡Qué bien! Por cierto, estáis muy calladas en el grupo, ¿no?

—La verdad es que sí. Pero creo que es normal. Pasamos todo el día juntas y quedamos en persona en lugar de hacerlo por WhatsApp. Y otra cosa: ellas saben que tú y yo estamos en contacto y me preguntan de vez en cuando cómo lo estás pasando en la playa. Así por eso tampoco te llaman ni te mandan ningún mensaje. Saben que estás bien y disfrutando a tope.

—Dale recuerdos a todas y muchos besos.

—*O.K.*

—Bueno, te dejo ya —me despedí.

—Sí, yo también tengo que colgar. Acabo de llegar del río y tengo que ducharme.

—Vale. Hasta otro día.

—Adiós —dijo ella.

Regresé a la piscina con los chicos pensando en la manera de

abordar el tema de Hugo con mi hermano. La próxima vez que estuviera a solas con Alberto tendría que aprovechar la oportunidad.

Mis padres volvieron de la playa y, entre todos, preparamos la cena.

Después, ellos se retiraron a dormir mientras nosotros tomábamos unos helados en el jardín del chalet.

—Yo creo que también debería irme a dormir —sugirió Alberto—, así que cuando termine mi helado me marcharé y os dejaré solos, parejita —sonrió.

Hugo puso los ojos en blanco y sonrió moviendo la cabeza a un lado y al otro.

Yo no dije nada. Preferí permanecer en silencio comiéndome el helado.

Al cabo de un rato, Alberto se levantó de la silla y se despidió de nosotros.

Hugo y yo nos miramos fijamente.

—¿Qué te apetece hacer, *mein schatz?*

—¿Qué significa lo que me acabas de decir? —pregunté a pesar de que ya lo sabía.

—Nada. Es solo una palabra. Como cuando te llamé «cerebrito». No le des más importancia.

—¿Por qué no me lo traduces? Otras veces lo has hecho y no ha pasado nada malo. Como cuando me dijiste aquello de «Mi niña traviesa». Me contaste lo que significaba y ya está. No pasó nada.

Él me miró sonriendo juguetón.

—¿De verdad quieres saberlo?

Asentí con la cabeza.

—Vamos arriba, a la habitación, y te lo contaré.

Se levantó de la silla y me tendió la mano.

La agarré y él me condujo al interior de la vivienda.

Subimos al piso superior y, con cuidado para no hacer ruido, nos metimos en mi cuarto, cerrando la puerta con el pestillo.

Comenzó a besarme mientras nos dirigíamos a la cama y nos desnudábamos el uno al otro.

—Ya estamos aquí, así que tienes que cumplir lo prometido. Dime qué significa lo que has dicho antes —le pedí.

—Si lo hago, te lo creerás demasiado y se te subirá a la cabeza —contestó entre beso y beso.

—¿No te estarás enamorando de mí? ¿Tienes miedo de confesarme

tus sentimientos y perder el juego? —susurré riéndome.

Él se detuvo un momento. Clavó sus pupilas en mis ojos y vi en ellos la sombra de la duda.

En aquel instante deseé que confirmara mis sospechas, pero Hugo continuó besándome.

—No. No tengo miedo de nada. Porque sé que eso no va a ocurrir. —Se quitó el *slip* y lo dejó a los pies de la cama. Su pene erecto apuntaba hacia mí en todo su esplendor—. ¿Te pones de rodillas y abres la boca? —me pidió.

Despacio, me arrodillé frente a él y agarré su miembro, caliente y suave, con una mano. Comencé a metérmelo en la boca poco a poco, castigándole por no confesar lo que yo quería oír de sus labios, haciendo que su tormento aumentase.

Le hice una felación de las más lentas que había hecho en mi vida para vengarme de él y, cuando estuvo a punto de correrse, no dejé que culminase.

—Te toca —dije alzándome ante él y empujándolo hacia abajo por los hombros—. Yo también quiero que me comas.

—Túmbate en la cama y te lo haré mejor.

Hugo sí me dejó llegar al orgasmo y cuando lo alcancé, me envolvió con sus brazos y me acunó hasta que los espasmos dejaron de sucederse. A continuación, abrió un preservativo y se lo desenrolló en torno a su dureza. Se insertó en mí de una certera estocada y comenzó a follarme con su castigador ritmo.

—Vamos —musitó metiendo los dedos entre nuestros cuerpos para frotarme el clítoris—. Córrete conmigo. Sé que puedes hacerlo, Sara.

Seguimos un poco más hasta que alcanzamos el clímax y él cayó sobre mí respirando agitadamente. Rodó hacia un lado y me llevó con él.

—Guau… —jadeó conmigo sobre su pecho.

Me besó en el pelo y yo cerré los ojos feliz.

*****

Me desperté poco después de las tres de la madrugada.

Hugo continuaba durmiendo a mi lado, encerrándome en sus brazos.

Con cuidado de no despertarlo, me moví para admirar mejor su físico imponente. Memoricé cada músculo y cada línea de tinta de sus

tatuajes. Las facciones de su rostro y su revuelto cabello. Deseé hacerle una foto para mantener vivo ese recuerdo para que aquello que teníamos fuese todavía más palpable. Para evitar que algún día, en un futuro lejano, creyese que todo había sido un sueño.

Así que me levanté con tiento y busqué mi móvil.

Al tocar la pantalla, se encendió y vi que Kike me había llamado dos veces. Como lo tenía con el silencio puesto, no lo había escuchado. Pero no me importaba.

Abrí la aplicación de la cámara y tomé un par de fotos de Hugo. En la primera, aparecía desde la cintura para arriba y la segunda, era una especie de retrato porque estaba sacada desde más cerca.

Dejé el móvil y regresé a la cama.

Me acomodé junto a su cuerpo caliente y él se movió un poco. Entreabrió los párpados y me habló.

—¿Ya has descansado lo suficiente para echar otro polvo?

Me reí bajito.

—No piensas en otra cosa, ¿verdad?

—Todo el tiempo —sonrió con los ojos todavía cerrados.

Me subí a su cuerpo y acaricié el dorsal donde tenía su nombre tatuado.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—A los dieciocho.

—¿Y la gárgola?

Abrió los ojos y me miró.

—A los veinte, más o menos.

—¿Por qué una gárgola? Es un ser diabólico.

Hugo sonrió travieso.

—Porque soy un diablo.

—Sí —me reí—, pero del sexo.

—Creía que en eso era un dios —alegó ampliando su sonrisa.

—No sé. Tengo mis dudas.

—Entonces, tendré que aclarártelas.

Cogió otro condón y se lo puso. Me ciñó por las caderas y me obligó a sentarme en su regazo. Lo cabalgué como haría una experta amazona hasta que lo exprimí por completo y después, busqué con ansia mi liberación.

Cuando volvimos a despertarnos eran cerca de las nueve de la mañana.

Hugo me regaló otro orgasmo más sumergido entre mis piernas.

—¿Sabes? Te traje algo de Bilbao y todavía no te lo he dado. Es un recuerdo, nada más, así que no te emociones mucho.

—¿Me has traído un recuerdo de tu viaje? —pregunté contenta.

—Lo tengo en la guantera del coche. Después te lo daré.

—Estoy impaciente por saber qué es.

Me dio un beso en los labios y se levantó del colchón.

—Voy a ducharme y bajaré a desayunar. ¿Qué harás tú?

—Yo también debería ducharme y comer algo. Tanto sexo me ha abierto el apetito —respondí.

—Te veo abajo —se despidió de mí.

Cuando terminamos de desayunar nos fuimos a la playa con mis padres. Alberto también se había levantado pronto, por lo que aprovechamos para jugar a voleibol junto con mi padre, quien se nos unió y pudimos formar las parejas.

Regresamos a la casa para comer y mis padres se echaron la siesta mientras nosotros veíamos una película en la televisión. Como era en portugués no nos enterábamos de la mitad de las cosas que decían y Hugo hizo de traductor.

Al acabar la peli decidimos volver a la playa para pasar el resto de la tarde y disfrutar de los pocos días que nos quedaban de estar en Aveiro.

Nadamos un rato los tres juntos y después, yo salí para secarme y tomar un poco el sol.

Alberto y Hugo se quedaron unos minutos más hasta que mi hermano decidió dar por concluido su baño.

Cuando se tumbó en la toalla a mi lado, aproveché para preguntarle lo que quería saber.

—¿Qué opinas sobre Hugo y sobre mí? —le solté a bocajarro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que qué piensas de que estemos juntos.

—A mí me parece bien. Si vosotros os queréis, ¿por qué tendría que estar yo en contra? Además, él es mi mejor amigo y tú eres mi hermana.

—Bueno, tanto como querernos… Yo no lo diría así. Estamos juntos, nos liamos, pero de ahí a que seamos una pareja formal como otras…

—¿Quieres decir que utilizas a mi amigo para el sexo?

Lo miré muy seria.

—¿Y si fuera al revés? —le pregunté.

Alberto se apoyó sobre los codos y miró al horizonte.

—Imposible. Estoy seguro de que Hugo siente algo más por ti que una simple atracción sexual.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Él te ha dicho algo sobre mí?

—Me ha dicho que le gustas mucho y que no sabe qué le pasa contigo, pero que cada vez va a más y no puede remediarlo. ¿No te has dado cuenta de que él gira en torno a ti como un satélite orbitando alrededor de un planeta? Es como si fuerais imanes. Si tú te mueves, él se mueve en la misma dirección.

Sonreí por su confesión que confirmaba lo que tanto había anhelado.

—¿Crees que está enamorado de mí?

—¿Lo estás tú de él?

—Creo que empiezo a estarlo —contesté por no decirle que estaba total e irrevocablemente enamorada de su amigo.

—Bien. Pero Hugo no lo reconocerá tan fácilmente. Ya te conté que tiene una exnovia y todavía no lo ha superado. Pero creo que contigo logrará hacerlo. Dale tiempo.

Me acerqué un poco más a él y crucé las piernas, sentándome al estilo indio.

—¿Por eso le has permitido que se acueste conmigo cada noche? ¿Qué durmamos juntos?

—Lo único que quiero es que los dos seáis felices, y si así lo sois, pues adelante. Además, a papá y a mamá les cae genial. Piensan que es un gran chico y, en realidad, lo es. Así que no podrías estar en mejores manos que en las suyas.

Observamos que Hugo salía del agua y se acercaba a nosotros, por lo que dejamos de hablar.

Se tumbó en la toalla, al lado de Alberto, y nos comentó lo buena y refrescante que estaba el agua del mar.

Una hora más tarde, regresamos al chalet y nos duchamos para quitarnos toda la sal y la arena de la playa.

Después de cenar, salimos un rato de paseo y, al volver, comprobamos que mis padres ya se habían acostado.

Alberto se despidió de nosotros y nos dejó solos frente a la casa.

—¿Qué hacemos? ¿Subimos a mi habitación o vamos a otro sitio? —le pregunté.

—Vamos un momento a mi coche. Tengo que darte tu regalo, el que te traje de Bilbao.

Caminamos hacia donde tenía el vehículo aparcado, agarrados de la mano como haría cualquier pareja de novios.

Abrió el auto y sacó de la guantera una bolsita de una tienda con un paquete envuelto en papel rojo con un lazo negro.

Me lo tendió y me dijo:

—Estoy deseando usarlo contigo.

La mirada que me dirigió prendió chispas en cada una de mis terminaciones nerviosas y revolucionó la sangre en mis venas, corriendo enloquecida como la pólvora.

Cuando lo abrí me quedé mirándolo alucinada.

—Es un estimulador para el clítoris —me informó.

—Ya sé lo que es.

—¿No tendrás ya uno?

—No. Los he visto en alguna tienda de juguetes sexuales en Madrid, pero no he llegado a comprar ninguno. Aunque he fantaseado con ellos alguna vez.

—Entonces, he acertado con el regalo —afirmó alegre.

—Pues sí. Has acertado de pleno.

Sonreí sin dejar de mirar el juguete.

—Llevo todo este tiempo imaginando cómo sería atarte las manos con ese lazo negro que envolvía el paquete y masturbarte con el cacharro este. ¿Quieres que lo probemos?

A mí se me secó la boca y mis pulsaciones se dispararon.

Alcé la vista hacia él y la clavé en sus ojos verdes.

—De acuerdo, pero en la casa no. Quiero poder gritar cuando llegue al orgasmo y con mi familia dentro, no puedo hacerlo.

—Bien. Pues cogemos el coche y vamos a nuestro escondite en el bosque.

Acabábamos de subir al vehículo cuando sonó mi móvil.

Al sacarlo del bolso vi que era Kike otra vez.

—¡Joder! ¡Qué tío más plasta! —protesté.

—Contesta a la llamada y dile que te deje en paz de una puñetera vez.

—Paso. Que me llame todas las veces que quiera. No voy a contestarle.

—Deberías…

—No, Hugo. Es mi decisión.

Metió la llave en el contacto y arrancó el motor.

—Ya lo sé. Pero aun así pienso que lo mejor sería que…

—He dicho que no —le corté.

Él resopló y salimos del estacionamiento mientras el móvil seguía sonando sin parar.

Lo puse en silencio y lo devolví al bolso.

—¿Recuerdas que te comenté que había encontrado una corbata de mi padre rebuscando en los armarios de la casa del pueblo? —me preguntó de pronto.

—Sí.

—Está en la guantera también.

Me miró de soslayo y sonrió. Intuí lo que pretendía hacer conmigo aquella noche y me calenté más de lo que ya estaba.

—¿Hoy vas de chico malo?

—Puede que sí o puede que no, pero te aseguro que de cualquier forma lo pasaremos muy muy bien.

—Vas a corromper mi alma cándida y pura —afirmé.

Hugo soltó una carcajada.

—El diablo del sexo y el angelito virginal. Menuda combinación más morbosa —susurró cuando dejó de reírse.

Sacudió la cabeza y añadió:

—¿Dejarías que te atase? ¿Que te vendase los ojos mientras te excito con mi regalo? ¿O prefieres que haga todo esto mientras te follo?

—Hazme todo lo que te dé la gana, pero hazlo ya. ¿Cuánto queda para llegar al bosque?

—Cinco minutos.

—Van a ser los cinco minutos más largos de mi vida —respondí muerta de deseo por probar todo lo que me había propuesto.

Capítulo 12

Me desnudó despacio al tiempo con iba recorriendo mi cuerpo con pequeños y dulces besos destinados a excitarme más.

Cuando se libró de mi ropa, agarró la cinta negra.

—¿Cómo crees que estarás más cómoda? No quiero hacerte daño o dejarte marcas —indagó.

Me encogí de hombros.

—Con las manos delante, creo que estaré más cómoda; pero unidas por detrás, será más morboso porque me sentiré más vulnerable y eso… eso me excita mucho —susurré dándome cuenta en aquel momento de lo mucho que ansiaba sentirme dominada por él—. Así que átamelas a la espalda —le pedí confiando en Hugo, sintiéndome segura.

Me dedicó esa sonrisa canalla y descarada que guardaba para los momentos íntimos.

—*Mein böses mädchen.*

—Eso ya me lo has dicho más veces —dije mientras juntaba mis manos y procedía a atarme las muñecas con la cinta—. Creo que era algo así como «Mi no sé qué traviesa».

—Mi niña traviesa. *Mädchen* es niña y *böses* es traviesa.

—Gracias por la explicación, profesor.

—Conque profesor, ¿eh? Pues esta noche te voy a enseñar mucho, así que espero que seas una buena alumna y pongas algo más que tus cinco sentidos sobre mí.

Me besó en los labios y después jugó un rato con mis pezones.

Al sentir el roce de su lengua húmeda me estremecí de placer y solté un pequeño jadeo.

Se distanció de mí para quitarse la camiseta y el resto de las prendas que cubrían su formidable cuerpo.

Lo contemplé ansiosa y me removí inquieta por la excitación.

Dejó su ropa junto a la mía en la bandeja de atrás del coche y las zapatillas con mis sandalias, las pasó a la parte delantera del vehículo.

Agarró la corbata y la extendió frente a mí.

—¿Preparada?

—Sí —consentí mordiéndome los labios.

Giré la cabeza para que me cegara con la prenda de raso azul y al momento ya no pude ver nada más.

—Dime si la tienes demasiado apretada.

—No.

—¿Y las muñecas?

—Tampoco. Las dos cosas están bien así.

—Cuando quieras que te suelte, no dudes en pedírmelo —musitó tan cerca de mi oído que su aliento me hizo cosquillas.

Una descarga me recorrió entera y fue a parar al punto de unión entre mis muslos.

—Estás preciosa así: desnuda, vulnerable, sometida… ¿Cómo es posible que confíes tanto en mí?

—Porque sé que no vas a hacerme daño.

—Pero ¿y si esto se me fuera de las manos? —cuestionó.

—Te pediría que parases y sé que lo harías.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque confío en ti y sé que lo harías. Sé que jamás me harías daño intencionadamente. Tú no eres así. No eres malo. Te gusta jugar y hacerme rabiar, pero nunca serías cruel conmigo.

Hugo permaneció tanto rato en silencio y sin hacer ningún movimiento que pensé que me había dejado sola dentro del coche. Lógicamente no había sido así, porque entonces habría escuchado la puerta al cerrarse.

—Eres… muy valiente —murmuró y percibí en su voz un sentimiento de admiración y un ligero toque de orgullo—. Mi preciosa, traviesa y valiente niña.

Me acarició el cabello con delicadeza y me dio un dulce beso en los labios.

—¿Por qué me llamas todo el tiempo «niña»? Solo soy tres años menor que tú. ¿Por qué no me dices «chica» como harías con cualquier otra tía?

—No lo sé. Me sale solo. Pero si no te gusta, dejaré de hacerlo —contestó mientras dedicaba lentas caricias por todo el cuerpo.

Cuando llegó a la unión entre mis piernas, las separó un poco más.

—No dejes de hacerlo. Me gusta. No ha sido una queja. Solo tenía curiosidad por saber el motivo por el que me lo decías —comenté y, a

continuación, solté un sonoro gemido cuando pasó los dedos por mi húmeda abertura.

—¡Uf! Me encanta que siempre que te toco te mojes tanto.

Volvió a pasarme los dedos por los labios íntimos y presionó sobre mi clítoris.

Me deshice en sus manos como un helado puesto al sol.

—A mí también me gusta mucho que me toques. Tus manos son fuertes y duras, pero por otro lado, también son suaves y me tratas con delicadeza. Me vuelves loca.

—Y más que te voy a volver —noté la sonrisa en su voz y, a los pocos segundos, una vibración.

—¿Eso es el estimulador de clítoris?

Me pasé la lengua por los labios. Tenía la boca seca y aún no habíamos empezado, pero yo estaba muy excitada y caliente.

—Sí —me confirmó Hugo—. Tiene once velocidades o grados de potencia, como prefieras llamarlo. Ahora lo tengo puesto en el dos. Lo iré subiendo hasta que tú me digas que pare. O lo bajaré si te resulta demasiado intenso, ¿de acuerdo? Empiezo ya.

Acercó el juguete sexual a mi nudo de nervios y lo colocó justo en el centro. Sentí un pequeño cosquilleo, como el aleteo de una mariposa y le pedí que lo subiera un poco más.

—Tres.

—Más.

—Cuatro.

—Ponlo directamente en el seis o en el siete.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza y él me obedeció.

La vibración era más fuerte en aquel momento y comenzaba al notar el calor extendiéndose por mi cuerpo.

—No te imaginas lo preciosa que estás así. Me gustaría sacarte una foto para recordarte siempre de esta manera —murmuró sobre mis labios antes de besarme.

—Hazlo —jadeé tras el beso—. Así cuando te vayas a Alemania tendrás un recuerdo mío.

—Siempre recordaré los momentos vividos junto a ti.

Aquello me sonó a una declaración de amor en toda regla.

—¿De verdad puedo sacarte una foto desnuda, atada y con la corbata tapando tus bonitos ojos? ¿No tienes miedo de que luego la pueda usar contra ti para hacerte *sexting* o algo por el estilo? ¿O que

se la pase a mis amigos para que te vean como el trofeo que he conseguido en las vacaciones?

Sus palabras me hicieron dudar.

—Sé que no debería permitir que me hagas fotos íntimas y sexuales, pero también sé que no vas a hacer un uso fraudulento de ellas. Sé que no me traicionarás. Tú no eres así. No eres malo. Además, yo también quiero verme en ese estado —respondí notando cómo el orgasmo crecía en mi interior como la espuma del champán y amenazaba con desbordarse.

—¿Puedo grabar un vídeo porno contigo?

—Sí, pero… date prisa… estoy a punto… de correrme… —gemí sintiéndome al borde del clímax. Me faltaba muy poco para alcanzarlo—. Súbelo un poco… más… El estimulador… súbelo…

—Ocho.

Le oí trastear con el móvil al mismo tiempo que me provocaba el éxtasis más intenso que había sentido en mi vida.

Grité como nunca lo había hecho, con los ojos cegados y las manos atadas. Arqueando mi espalda y echando la cabeza hacia atrás me dejé ir con todos mis sentidos saturados por el placer.

—Qué cachondo me has puesto —escuché decir a Hugo—. Yo también necesito correrme. ¿Aguantarás un poco mientras me hago una paja?

Asentí porque no me salían las palabras.

Él aprovechó la situación tan morbosa para satisfacerse a sí mismo y poco tiempo después noté sobre mi piel ríos de lava caliente. Supuse que sería su semen resbalando por mi cuerpo y me excité otra vez con las imágenes que produjo mi cerebro.

—¡Qué bueno ha sido, por Dios! —musitó—. Jamás había vivido una situación tan morbosa y excitante. Eres mi amante ideal.

—Gracias —sonreí.

—Y tienes la mente más sucia y pervertida de todas las chicas que conozco.

—Pues ten cuidado, porque tú estás en esta mente tan sucia y pervertida a todas horas.

Hugo soltó una carcajada que me erizó toda la piel.

—Espera un momento. Voy a limpiarte con un pañuelo y yo también me limpiaré.

Disfruté de sus caricias al tiempo que eliminaba los restos de sus fluidos de mi cuerpo.

—¿Todavía no has apagado el cacharro ese? Se van a gastar las pilas —comenté mientras él me quitaba la corbata de los ojos y me devolvía la visión.

—Lo apagué hace rato. Cuando te corriste y empecé a masturbarme.

—Entonces, ¿qué es esa vibración que estoy oyendo?

Miré a mí alrededor buscando la fuente del sonido.

—Parece más como un móvil. ¿Será el tuyo? —preguntó él.

—No sé. Desátame las manos para que pueda coger mi bolso.

—Espera un momento.

En lugar de soltar mis muñecas unidas, agarró mi bolsito y sacó de él mi teléfono. Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Es Kike —dijo mostrándomelo.

—Vuelve a guardarlo. No voy a hablar con él. Es un plasta.

—Tengo una idea mejor —soltó y pulsó en la pantalla para descolgar.

—¡No! ¿Qué hac…?

No puede hablar más porque Hugo me tapó la boca con la otra mano y me silenció.

—¡Hola, Kike! —lo saludó fingiendo un jadeo—. Lo siento. No puedes hablar con Sara en estos momentos… Verás, es que está un pelín ocupada… —gimió con falsedad mientras yo le observaba hablar con los ojos abiertos como platos. Lo que añadió a continuación me dejó de piedra—: Tiene mi polla metida hasta la garganta y dudo mucho de que pueda hacer algo más que… ¡Oh, Dios! Nena… ¡Qué bien me la chupas! Perdona, Kike, pero tengo que colgar. Estoy a punto de correrme en la boca de Sara…

Y cortó la comunicación.

Yo seguí alucinada unos segundos más hasta que el cabreo comenzó a nacer en mi interior.

—¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Cómo has podido ser tan cruel con tu amigo? —dije, intentando controlarme.

—No te enfades, por favor. Lo he hecho por ti. Para que te deje en paz de una puñetera vez —se defendió—. Verás como no te vuelve a llamar más.

—Pero ¿a ti qué más te da si me llama o no? ¿A ti qué te importa? ¡Desátame!

—Pues sí que me importa. No me gusta estar con una tía y que la llame otro —comentó mientras me liberaba.

—¿Por qué? ¿Es que te pones celoso?

—¡Anda ya! No digas tonterías. Celoso yo… —comentó con sorna.

—Pues no entiendo por qué tendría que importarte si tú no buscas una relación seria con nadie. Has sido ruin y mezquino con Kike —lo reñí recogiendo mi ropa para vestirme una vez que tuve las muñecas desatadas.

—¡Encima de que te he hecho un favor! —protestó él.

—¡Te pedí que no intervinieses! ¡No necesitaba tu ayuda! —exclamé molesta.

—Yo creo que sí —afirmó.

—Te odio por haber sido tan cruel con el pobre Kike —mascullé mirándolo a los ojos.

—Venga, Sara, no te enfades. Ha sido una broma.

—¿Consideras una broma decirle a tu amigo que tienes tu polla en mi boca, enterrada hasta la garganta y que por eso no puedo hablar? Yo no le veo la gracia, con sinceridad.

—Te vuelvo a repetir que Kike no es mi amigo.

—Espero que te disculpes con él.

—Ahora la que estás de coña eres tú, ¿verdad?

—Pues no. Te lo digo muy en serio —afirmé terminando de vestirme.

Salí del asiento trasero del coche y me metí en la parte delantera.

Hugo me siguió y se montó en su lado.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad esperas que me disculpe con él?

—Sí. —Me crucé de brazos para reforzar mi respuesta.

—Esto es increíble —soltó él poniendo los ojos en blanco—. Ya puedes esperar sentada porque ni en tus mejores sueños pasará. No tengo que disculparme con él por nada. Encima de que te he hecho un favor.

—Vámonos a casa.

Él siguió con sus protestas hasta que llegamos al chalet.

Nos bajamos del vehículo y caminamos hasta la puerta.

Cuando iba a meter la llave en la cerradura, me agarró del brazo.

—Reconozco que no me gusta que otros pisen mi territorio y si ahora estás conmigo no quiero que ni Kike ni nadie vaya detrás de ti.

—¿Esa es la disculpa que le vas a dar a Kike?

—No. No voy a pedirle perdón a ese tío. Pero a ti sí te debo una explicación.

—Deberías haber meado a mí alrededor como hacen los perros para marcar tu terreno —susurré entrando en la casa. Hugo cerró la puerta a su espalda. Me volví hacia él para encararlo—. Y a mí no me tienes que dar ninguna explicación porque, en teoría, no somos pareja, solo follamigos. ¿Te ha quedado claro?

Me giré de nuevo y comencé a subir las escaleras con Hugo siguiéndome.

Abrí la puerta de mi habitación y al ver las intenciones del chico de pasar dentro, lo detuve poniéndole una mano en el pecho.

—No vas a dormir conmigo ni a hacer nada conmigo hasta que no te disculpes con Kike por lo que le has dicho, así que vete a dormir a tu cuarto.

—Pero… —intentó hablar. Yo lo corté.

—Y no intentes entrar. Voy a cerrar la puerta con el pestillo para impedírtelo.

Dicho esto, cerré la hoja de madera y lo dejé solo en el pasillo.

Escuché unos golpecitos en ella, pero no hice caso.

Me desvestí y me metí en la cama, echando de menos el calor del cuerpo de Hugo.

Pero me había sentado muy mal lo que le había hecho a Kike, por muy plasta que estuviese siendo conmigo. Esa no era forma de tratar a un amigo, aunque teniendo en cuenta que Hugo no lo consideraba su colega…

De cualquier forma, aquello estaba mal y no me apetecía que hiciera esas cosas por culpa de sus tontos celos.

Porque estaba segura, después de nuestra conversación, que Hugo se había puesto celoso al ver que Kike me llamaba tantas veces, a pesar de que lo había negado. Pero cuando reconoció que no le gustaba que otros pisaran su territorio, me lo había confirmado. Era una contradicción.

Además, cuando le había dicho que solo éramos follamigos, había entrecerrado los ojos, molesto. Empezaba a conocerlo bien y a saber qué significaba cada gesto que hacía.

Solo era cuestión de tiempo que él admitiese sus sentimientos por mí.

Sin embargo, ese tiempo se agotaba y dentro de poco los dos regresaríamos a nuestras respectivas ciudades.

*****

Me desperté a la mañana siguiente con la vibración del móvil.

Lo miré y vi que tenía un wasap de Hugo.

¿Habría estado pensando en lo que le dije anoche respecto a disculparse con Kike y me comunicaría que había decidido pedirle perdón?

Abrí la aplicación y vi que, junto con un mensaje en el que me daba los buenos días, me había enviado un vídeo.

Mi vídeo. El que me había grabado corriéndome en su coche con el estimulador de clítoris volviéndome loca. Gracias a Dios que tenía el móvil en silencio; de lo contrario, se hubiese escuchado todo perfectamente porque recordaba haber gritado mucho y muy alto, y todo eso había quedado reflejado en el vídeo. No duraba más de un par de minutos y me resultó muy morboso y excitante que me mandase una grabación guarra para darme los buenos días.

Esperaba que cumpliese su palabra y no se lo mandase a nadie más.

Volví a darle al *play* y lo visioné de nuevo.

Me calenté con aquellas imágenes en las que aparecía desnuda, cegada y con las manos en la espalda; la boca abierta en un claro gesto de placer y satisfacción.

El vídeo terminaba con la visión de la polla de Hugo y sus manos en ella, deslizándose arriba y abajo sobre su aterciopela piel. En la esquina superior se veía un poco de mi sexo húmedo por los fluidos después de haber alcanzado mi éxtasis.

Lo vi una tercera vez. No podía parar de hacerlo. Estaba hipnotizada.

Comencé a tocarme por debajo de la tela de mi pantaloncito corto de pijama y mis braguitas.

Justo cuando mis dedos estimulaban mi punto más sensible, llegó otro wasap de Hugo.

«Seguro que ya lo has visto tres o cuatro veces y ahora estás masturbándote con él. Recuerda que tienes el juguete y no necesitas los dedos».

¡Capullo! Había seguido conectado y al verme tanto tiempo en línea, se habría imaginado lo que sucedía en mi cama.

Cerré su chat sin contestarle y salí de la aplicación.

Al otro lado de la puerta me pareció escuchar una risita.

Me lo confirmaron los golpes que oí a continuación y la voz de Hugo que, entre susurros, me pedía que le abriera para poder entrar.

Salté de la cama y me acerqué corriendo.

—Vete —dije en voz baja—. Mis padres te van a oír.

—Tus padres están abajo, preparándose para marcharse a la playa.

—De todas formas, vete. No pienso dejarte entrar.

—Venga, Sara, por favor…

—He dicho que no. Márchate.

—¿Para que puedas terminar lo que has empezado? Seguro que te has puesto cachonda con el vídeo.

Apreté los párpados. Menudo capullo era.

—Alguien podría oírte. Vete, por favor.

—Me iré si me prometes una cosa.

Abrí los ojos y pegué la frente a la madera.

—Tú y tus proposiciones. ¿Qué quieres ahora?

—Que me mandes un vídeo tuyo masturbándote, pero uno en el que se te vea todo el cuerpo desde las tetas hasta el coño mientras usas el estimulador. O metiéndote los dedos. Da igual. Pero quiero que lo grabes durante todo el tiempo que tardes en calentarte y llegar al orgasmo.

—¿Estás loco? No pienso hacer eso.

—Es lo más justo, teniendo en cuenta que yo acabo de mandarte uno parecido. ¿Has visto que al final salía mi polla?

—Vete a la mierda, Hugo.

Me retiré de la puerta y volví a la cama. Ese tío estaba más loco y pervertido de lo que me había imaginado. No tenía suficiente con haberme propuesto pasar las vacaciones acostándonos y tener el sexo más increíble de mi vida. No. También le había pedido permiso a mi hermano para que le dejara dormir conmigo y poder follarme todas las noches y por las mañanas practicar sexo oral, y ahora me venía con esto.

Iba listo si pensaba que aceptaría. Podía sentarse a esperar porque antes se congelaría el infierno que hacer un vídeo con lo que me había propuesto. Bastante me había arriesgado ya con el de la noche anterior como para que encima tuviese alguna otra grabación mía.

A pesar de que confiaba en él y en que no haría un uso fraudulento con aquellas imágenes, me convenía más no tentar a la suerte.

Me llegó otro wasap de Hugo.

«Sé buena y grábate mientras te masturbas. Estoy deseando ver otra vez cómo te corres. Aunque en directo es mejor que verlo en diferido, pero así me lo llevaré de recuerdo cuando vuelva a Alemania y esté lejos de ti. Será un bonito *souvenir, mein schatz*».

Pasé de contestarle. Estiré las sábanas de la cama y abrí la ventana para airear la habitación. Comencé a ordenarla un poco, a recoger ropa desperdigada aquí y allá, separando la sucia de la que aún podía volver a ponerme mientras él continuaba mandándome mensajes, intentando convencerme.

Encontré un slip de Hugo y lo colgué del pomo de la puerta. Ya se lo devolvería más tarde.

Me preparé la ropa para ese día. Un bikini amarillo y un pareo de rayas junto con un top que enseñaba el ombligo. Tenía que ducharme antes de bajar a desayunar porque mi cuerpo aún olía a sudor y al sexo compartido con Hugo en su coche.

Me puse las chanclas y cogí la ropa para vestirme después del baño.

Al abrir la puerta me encontré con Hugo sentado en el suelo delante de mi cuarto. Por poco no tropecé con él.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Tus padres acaban de irse a la playa y tu hermano está durmiendo aún.

—Apártate. Necesito pasar.

Me miró de arriba abajo, deteniéndose en mis pantalones cortos de pijama. Se pasó la lengua por los labios y acercó su nariz al punto donde se unían mis piernas para olerme.

—¿Qué haces? —pregunté dando un bote hacia atrás.

—Me encanta que huelas a mí.

—Pues yo estoy deseando quitarme esta peste. Apártate. Tengo que ducharme.

Él se levantó con rapidez.

—¡Guay! ¡Nos ducharemos juntos!

—¿Estás loco? —Lo miré como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—¿Por qué no? Ya te he dicho que tus padres no están en la casa y tu hermano sigue durmiendo.

—Porque no me da la gana —me negué con toda la dignidad que fui capaz de reunir a pesar de que la idea me seducía demasiado.

Entonces, recordé los calzoncillos de Hugo colgados en el pomo de la puerta.

—Por cierto —di un paso atrás y agarré el *slip*—, esto es tuyo. Toma.

Se los tiré a un lado para conseguir que se apartase y me dejara pasar hacia el cuarto de baño.

Él reaccionó de la forma que yo había previsto y me dejó el camino libre.

Sin embargo, fue demasiado rápido. Los cogió en un abrir y cerrar de ojos y se interpuso entre la puerta del baño y mi cuerpo.

—¿Nos duchamos juntos? —repitió.

—He dicho que no —siseé empujándole para quitarlo de en medio.

Me metí como un rayo en el baño y le cerré la puerta en las narices. Eché el pestillo para que no pudiese entrar y sorprenderme en mitad de la ducha.

Cuando salí veinte minutos después lo encontré otra vez en el pasillo, apoyado en la pared con una pierna cruzada sobre la otra a la altura de los tobillos y un gesto de absoluta despreocupación. Todavía estaba con el pantalón corto que usaba para dormir y sin camiseta. Con el pelo recogido, pero con algunos mechones que caían de su desordenado moño. Estaba para comérselo.

—¿Aún sigues aquí? —le pregunté pasando por su lado para bajar las escaleras.

—Te he preparado el desayuno, *liebling.*

—Deja de llamarme cariño, mi amor, cielo y todas esas cosas porque sé desde hace varios días lo que significan y no te van a servir de nada esta vez para engatusarme —se me escapó a pesar de que me había prometido a mí misma que jamás revelaría mis conocimientos.

Me alcanzó al terminar las escaleras y me agarró del codo para darme la vuelta.

—Yo solo te he traducido «Mi niña traviesa». ¿Cómo has sabido las demás? —dijo sorprendido.

—Gracias a mi colega, el traductor de Google —respondí chula.

—¿Así que todo este tiempo que te he dicho esas palabras en alemán sabías lo que te estaba diciendo?

Asentí.

—Me has estado engañando. Me dijiste que solo habías buscado y aprendido dos palabras: bésame y fóllame —repuso ofendido.

—Pues te fastidias. No me hables en alemán y así no tendré que buscar la traducción de lo que dices.

Me di la vuelta y entré en la cocina.

Hugo había preparado café, zumo de naranja y tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. Todo para dos.

Los platos y las tazas estaban dispuestos sobre la mesa, frente con frente, y en el medio había colocado un vaso de cristal con un poco de

agua y un ramillete de flores en su interior.

—¡Vaya! ¡Qué lujo! Muchas gracias. ¿De dónde has sacado las flores? Porque si son del jardín no creo que a los dueños de la casa les guste que se las cortemos.

Me rodeó y se sentó a la mesa.

—Siéntate a desayunar, que se te enfría —dijo con un tono serio que me hizo saber que no le había sentado nada bien mi revelación anterior.

Parecía que no quisiera que yo conociese ciertas palabras de su idioma.

¿Sería porque con ellas demostraba sus sentimientos y se sentía a salvo porque yo las desconocía? ¿O sería porque se daba cuenta de que iba a perder el juego si se enamoraba de mí y no quería hacerlo?

Dejé mis pensamientos a un lado y me senté en la silla, frente a él, comenzando a comer mientras una sonrisa se extendía por mi cara.

******

—¿Has pensado en lo que te comenté anoche? —quise saber mientras untaba la segunda tostada con la mermelada.

Hugo me miró muy serio.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de pedirle perdón a Kike por haber fingido un orgasmo y todo lo demás.

Le di un mordisco al pan de molde mientras él continuaba con sus ojos clavados en los míos.

—Ya te dije que no pienso hacerlo. No le debo nada a ese tío.

—Solo por educación y respeto deberías disculparte con él. Fuiste muy cruel y no era necesario.

Hugo permaneció unos segundos en silencio.

—¿Sabes? Podría enviarle el vídeo que te grabé y…

—¿Serías capaz? —Salté de la silla a punto de darle un tortazo, pero él detuvo mi mano abierta.

—No. No te haría eso por muy enfadado que estuviese contigo.

—¿Y entonces por qué me estás chantajeando?

Lo miré molesta y volví a sentarme en la silla.

Hugo me soltó la mano.

—En realidad no sé por qué lo he dicho. Nunca, jamás, te traicionaría de esa forma tan… cruel —utilizó la misma palabra que

yo había usado poco antes—. Además, sería muy maleducado e irrespetuoso si lo hiciera. Por no hablar de que no podría volver a mirarte a la cara por la vergüenza de haber sido tan desleal y poco caballero contigo, y teniendo en cuenta también el hecho de que a mí no me gustaría sufrir algo así. No sería capaz de caer tan bajo y revelar tu intimidad a nadie. Aunque no te lo parezca, no soy tan insensible.

—De acuerdo —dije relajándome.

—Pero no le voy a pedir perdón a Kike nunca. Hazte a la idea. Ni por todo el oro del mundo.

—Entonces, tendremos que acabar el juego aquí y ahora.

—¿Vas a dejarme por él? —preguntó molesto.

Comencé a reírme.

—Lo dices como si fuésemos una pareja y estuviera cortando contigo para irme con otro.

—Él no te satisface en la cama y yo sí.

—Kike no es tan terriblemente cruel como tú. No se inventa que tiene su polla metida en mi boca hasta el fondo de mi garganta solo para darle envidia a otro chico y que deje de llamar a la tía con la que se está acostando.

Hugo abrió la boca para decir algo, pero lo atajé.

—También es capaz de reconocer cuando está celoso y no como tú, que no lo harías ni aunque te echasen agua hirviendo encima.

—Yo no estoy celoso —masculló.

—¿Ves lo que te decía?

—Maldita sea. Yo no estoy celoso, *liebling.*

—Que dejes de llamarme así. ¿No te das cuenta de que cada vez que lo haces te pones más en evidencia? Intenta ocultar tus sentimientos todo lo que quieras. Al final terminarás dándome la razón.

—No estoy enamorándome de ti. Y no pienso perder el juego ni acabar con nuestro pacto.

Cogí el café y soplé en él. Miré por encima del borde de la taza a Hugo.

—¿Y si yo no quiero continuar? ¿Qué harás? ¿Obligarme? ¿Violarme?

—Volveré a convencerte. Ya lo hice una vez.

Bebí de mi taza y la dejé en el platillo.

Agarré mi tostada y me levanté de la silla.

—Pues entonces, tendrás que esperar sentado.

*****

Subí al baño y después de lavarme los dientes, me fui a la playa.

Hugo no intentó detenerme, así que salí de la casa sin volver a hablar con él.

Mi hermano seguía durmiendo. Ese día se le habían pegado las sábanas.

Llegué a la playa y localicé a mis padres enseguida. Dejé mis cosas a su cuidado y fui a darme un baño. Un chico se me acercó e intentó darme conversación, pero yo no le hice caso. Nadé hasta una boya y luego deshice el camino recorrido.

Cuando salí, me sequé y me puse crema protectora. Me tumbé al sol y me coloqué los cascos para escuchar un poco de música.

Las primeras notas de *Como si fueras a morir mañana*, de Leiva, comenzaron a sonar y empecé a tararear la canción.

Tras esta llegó *Terriblemente cruel*, también del mismo autor, y me reí yo sola recordando que esas mismas palabras le había dicho antes a Hugo.

Los chicos llegaron cerca de la una del mediodía.

—¿Cómo venís tan tarde? —quiso saber mi madre.

—Porque nos hemos levantado tarde —contestó Alberto.

—Tu hermana lleva aquí una hora —rebatió ella.

Hugo intervino.

—Se habrá levantado antes, supongo. —Ni siquiera me miró al decirlo—. De todas formas, yo me desperté antes que él y me ha dado tiempo de hacer la comida.

Tanto mis padres como yo le miramos con los ojos como platos.

—Ah. Muchas gracias, Hugo —dijo mi madre que no salía de su sorpresa. Yo tampoco de la mía, con sinceridad—. ¿Y qué has preparado? —le preguntó.

—Ensalada de pasta y unos filetes de pollo empanados que he dejado preparados en la nevera para freír después.

Lo miré boquiabierta, al igual que mis padres.

Además, había que añadir mi desayuno, pensé.

—Así no tienes que cocinar cuando regresemos de la playa —añadió Hugo.

—Bueno —intervino mi hermano—, deja de alardear de tus dotes

culinarias y vamos a bañarnos. Sara, ¿te vienes?

—Ahora no me apetece, gracias —pronuncié saliendo de mi atontamiento.

Estaba flipada con Hugo.

Los chicos se quitaron las camisetas y las chanclas, y caminaron hacia el mar.

Mi madre me agarró del brazo para que me volviese hacia ella.

—Dime que tienes algo con él.

—¡Mamá! —exclamé sorprendida y comencé a reírme.

—Hija, es el novio ideal. Es guapo, educado, simpático, amable, tiene un trabajo estable; inteligente, con sentido del humor y sabe cocinar. ¡Lo quiero de yerno!

«Y folla como un demonio».

—Pero vive en otro país —rebatí.

—No me importaría que te fueses con él a Alemania.

—¡Mamá! —La miré boquiabierta. Completamente alucinada.

—Iríamos a veros en los puentes, navidades y algún que otro fin de semana. No te preocupes.

—No me lo puedo creer. ¿Lo dices en serio? —pregunté mirándola como si fuera una extraterrestre recién bajada de su ovni.

—Si no te lo has ligado ya, aprovecha antes de que se marche a su país. Además, tiene casa en el pueblo. Podríais venir en vacaciones como ha hecho él este año.

—Esto es surrealista —murmuré.

Justo en ese momento sonó mi móvil.

Miré la pantalla y vi que era Bego.

—Voy a hablar con mi amiga mientras doy un paseo por la orilla —informé a mi madre que seguía soñando con que Hugo y yo nos hiciésemos novios.

Me alejé de ella y contesté al teléfono.

—Tía, no te vas a creer lo que me acaba de pasar con mi madre. ¡Está loca! Hugo la tiene seducida por completo.

—No me jodas que también se ha tirado a tu madre el muy sinvergüenza. No pensé que le fuesen las mujeres maduras —contestó mi amiga al otro lado de la línea.

—¿Qué? ¡No! No es nada de eso. No me has entendido.

—Pues explícate, entonces.

Llegué hasta la orilla del mar y comencé a andar sin un rumbo fijo mientras las olas chocaban contra mis pies.

Le conté cómo Hugo había alardeado de sus habilidades y cómo la había engatusado.

—¡Eso es genial! —exclamó Begoña.

—No. Para nada es genial. Además, yo no quiero irme a vivir a Alemania. ¡Se me dan fatal los idiomas! —refunfuñé—. Y, aparte de eso, estoy enfadada con Hugo por algo que le ha hecho a Kike y no quiere disculparse. Así que le he dicho que doy el juego por finalizado.

—¿Qué ha pasado esta vez? ¿Y dices que ha sido con Kike? ¿Te ha vuelto a llamar?

—Sí. Anoche acabábamos de liarnos cuando Kike me llamó y contestó Hugo.

—¿Él cogió tu teléfono?

—Sí.

—¿Y por eso te has enfadado con él? Es lógico. Ha invadido tu privacidad.

—En realidad hizo algo más que invadir mi privacidad —comenté. La oí inspirar hondo mientras esperaba expectante a que yo continuara—. Cogió el móvil y le soltó a Kike que yo no podía ponerme al teléfono porque tenía su polla en mi boca, enterrada hasta lo más profundo de mi garganta.

—¡Hostias! —Me imaginé la cara de Bego, flipada por completo—. ¿En serio hizo eso?

—Sí. Lo hizo.

—¿Y era verdad?

—Eh… No. La sesión de sexo había terminado ya.

—Comprendo. Entonces, ¿por qué le dijo eso?

—Porque está harto de que Kike me llame.

—Querrás decir que está celoso porque Kike te ha estado llamando estos días y fue su forma de hacerle ver que ya tienes a otro que ocupa su lugar.

—Sí, pero a mí no me parece bien lo que ha hecho. No era necesario ser tan cruel —expuse.

Di la vuelta y caminé hacia el otro lado de la playa con el móvil pegado a mi oreja.

Gracias a Dios que había poca gente y no creía que nadie entendiese nuestra conversación.

—Tienes razón, pero también es verdad que con esto que ha hecho ha logrado deshacerse de Kike. Te estaba dando la lata demasiado. Deberías estarle agradecida. Y, además, ha demostrado que sus

sentimientos hacia ti van más allá del sexo. Se siente amenazado por otro macho y lo que hizo fue defender su territorio y a su hembra.

—¿Quieres dejar de hablar de machos y hembras como si fueses una veterinaria?

—Vale. Pero dime una cosa: ¿por qué no contestaste tú al teléfono?

—Yo… Mmm… Esto… Tenía las manos ocupadas.

—¿Con qué? —quiso saber mi amiga.

—Con…

Al ver que no seguía, ella insistió.

—¿Con?

Resoplé.

—Está bien —bufé—. Las tenía atadas a la espalda y por eso no pude coger el maldito móvil.

—¡Me cago en la hostia puta! —soltó—. No creí que le fueran esos jueguecitos. Y a ti tampoco. Será que no te conozco tan bien como pensaba.

—A ver, a ver, no te montes películas. Me regaló un chisme de esos para estimular el clítoris y…

—¡Joder! ¿Y dices que has dado por finalizado el juego? Pero ¿tú eres tonta o qué?

—Bego…

—O sea que tienes a un tío que está como un queso y que folla superbién, con juegos eróticos y todo para excitaros más, y que encima te regala cacharros sexuales, ¿y te enfadas con él porque le ha dicho a otro tío, que, por cierto, no te hacía disfrutar en la cama como él lo hace, que tenía su polla enterrada en tu garganta para que te dejase en paz de una puta vez? No te entiendo, chica, de verdad que no te entiendo.

No me entendía ni yo misma como para que lo hicieran los demás.

—La cuestión es… —intenté decir, pero mi amiga me interrumpió.

—Y encima tiene a tu madre comiendo de su mano por lo que me has contado. ¡A tu madre! ¡Con lo difícil que es! ¿Tú sabes que nadie querría tenerla de suegra? Al menos, si yo fuera un tío, no querría. ¡Si parece que desayuna vinagre de tan agria como es la mujer!

—Oye, que estás hablando de mi madre… —me quejé.

—Vale, vale, igual me he pasado un poco, pero sabes que es cierto en un ochenta por ciento. La mayoría de las veces va por la calle con el ceño fruncido como si estuviera cabreada constantemente. O es eso o tu padre no cumple en la cama como debería.

—Bego, te estás pasando. Tía, que son mis padres. ¿Yo hablo así de los tuyos?

—Perdona, es que se me ha ido la olla con lo que me has contado de Hugo.

Llegué hasta el otro extremo de la playa y al darme la vuelta me choqué con el susodicho. Casi me caigo de culo si no llega a ser porque él me sujetó por la cintura.

—¡Ay! ¿Qué haces? ¿Estás espiando mis conversaciones? ¿No te da vergüenza?

—Tu madre me ha mandado a buscarte. Nos vamos para la casa. Todos.

—¿Esa voz que oigo es la de Hugo? —preguntó Bego al otro lado de la línea—. Dale recuerdos y dile que es mi ídolo. Yo también quiero que me regale un vibrador o algo así.

Me sonrojé sin poder evitarlo porque había gritado tanto que Hugo lo había escuchado con total claridad.

El muy capullo sonreía igual que el gato cuando se come al canario.

—Bego, no hace falta que se lo diga. Ya te ha oído.

—Upsss… Dile… Dile que…

—Mejor no le digo nada. Chao.

Corté la llamada y me enfrenté a la mirada pícara de Hugo.

—¿Contándole secretitos a tu amiga?

—¿Sabes que es de muy mala educación escuchar las conversaciones ajenas?

—Yo creo que se ha debido enterar media playa con los gritos que dabais una y otra.

—Idiota.

Me deshice de su agarre en torno a mi cintura. Pasé por su lado y caminé hacia donde estaban mis padres recogiendo las toallas y la sombrilla.

Hugo me adelantó corriendo y observé cómo cogía al vuelo su toalla, sus chanclas y las mías.

Se dirigió hacia la pasarela de madera que llevaba hasta el paseo marítimo y una vez allí se detuvo.

La arena me quemaba los pies desnudos y lo llamé.

—Hugo, dame las chanclas.

—Me encanta cómo bailas flamenco en la playa —contestó burlándose de mí, viendo cómo daba pequeños saltos para evitar la quemazón en la planta de los pies. Parecía Chiquito de la Calzada.

—¡Déjate de gilipolleces y dame las putas chanclas! ¡Que me quemo los pies!

—Ven a por ellas.

—¡Maldito imbécil! ¡Me van a salir ampollas por tu culpa! —le grité corriendo desesperada para alcanzar lo antes posible la pasarela de madera.

Mis padres y mi hermano contemplaban la escena entre risas.

—¿Y vosotros? ¿De qué os reís? —les chillé también.

—¡Qué bonitas son las peleas de enamorados! —escuché decir a mi madre justo en el momento en que ponía mis pies a salvo.

******

Durante todo el camino de vuelta estuve refunfuñando, rumiando mi enfado contra el capullo de Hugo. No me había hecho ninguna gracia que me hubiera gastado aquella broma. No había sido divertido.

Sin embargo, todos opinaban lo contrario y sobre todo mi madre, que estaba encantada con la situación. Ya se había montado la película en su cabeza de que Hugo y yo éramos novios o lo seríamos en breve. Solo le faltaba planear la boda.

Después de comer, subí a mi habitación para descansar un rato y me conecté a mis redes sociales, que tenía abandonadas desde que empecé las vacaciones. Tras curiosear un rato la vida de los demás y comprobar lo felices que salían en las fotos —aunque sabía que en la mitad de los casos todo era fachada y en realidad las personas que subían aquellas instantáneas y *reels* no estaban tan contentas con su vida como aparentaban—, me puse los cascos y comencé a escuchar música.

Pero, de repente, se me ocurrió una idea. Apagué la música y me conecté otra vez a las redes. Buscaría a Hugo en ellas y cotillearía sobre su vida, sus fotos y demás. Un rato más tarde no había encontrado nada.

Era como si no existiera y eso que lo había buscado de varias formas posibles.

Entonces, miré entre los amigos y demás personas que seguían a mi hermano o él a ellos hasta que localicé a un tipo que podía ser Hugo. Sin embargo, su perfil era privado y no pude verlo.

Sin rendirme, miré entre las fotos que de vez en cuando subía mi

hermano a Instagram, la plataforma que más usaba Alberto, y localicé un par de fotos en las que estaba Hugo. En las dos salía de lejos y de medio lado. Ambas eran del último viaje de mi hermano a Alemania.

Hice una captura de pantalla y amplié las fotos, pero las imágenes se veían borrosas al agrandarlas.

De todas formas, ¿para qué quería fotos suyas si ya le había sacado yo un par de ellas mientras estaba dormido en mi cama? Y, además, tenía un vídeo donde salía un poco de su…

Al recordar el vídeo y como aún tenía los cascos puestos, lo busqué en la galería del móvil y comencé a verlo de nuevo.

Desde luego que solo con los gemidos y jadeos que los dos emitíamos en él, y sus palabras animándome a correrme, ya era capaz de llegar al orgasmo.

Cada vez que recordaba la situación me excitaba, pero visionándola era todavía más morboso y pornográfico.

Me levanté de la cama y con rapidez me acerqué hasta la puerta para comprobar que, efectivamente, había echado el pestillo.

Regresé a la cama y me desnudé. Puse otra vez el vídeo y comencé a tocarme.

Poco después yacía sobre la cama desmadejada, con el corazón al borde del colapso y una sonrisa de satisfacción en los labios.

Capítulo 13

Me quedé dormida una vez que sacié mis ganas de sexo y, al despertar, oí cómo mis padres se despedían de los chicos para volver a la playa.

Remoloneé un rato en la cama hasta que me decidí a bajar a la piscina del chalet.

Alberto y Hugo estaban en ella. Mi hermano sentado en el borde, con los pies metidos en el agua, y su amigo nadando de un lado a otro de la misma.

—¿Ya te has despertado, Bella Durmiente? —preguntó mi hermano.

No le contesté. Si estaba allí, la respuesta era obvia.

Como me había bajado todo lo que necesitaba para quitarme el esmalte de las uñas y cambiarlo por otro color, me senté en una tumbona a la sombra y emprendí la tarea que me había propuesto para pasar la siguiente media hora.

Primero me quité todo el color de manos y pies, y después procedí a pintarme las uñas inferiores de un tono rosa palo que contrastaba con el bronceado que había adquirido mi piel en aquellos días de sol y playa.

Después comencé con las uñas de las manos.

—Sara, ¿te apetece salir esta noche a alguna discoteca? —indagó Alberto.

—No sé, ya veremos.

—Oye, Sara —dijo Hugo que aún seguía dentro del agua, pero había dejado de nadar ya y se mantenía en el borde, sujetándose con las manos aferradas a él—, ¿me podrías traer un refresco?

Alcé la vista de mis uñas y lo miré.

—No.

—Venga, por favor, ¿qué te cuesta? Yo estoy mojado, y si entro así en la casa lo pondré todo perdido de agua.

—Pues sales, te secas y luego entras. O que vaya Alberto, que él no tiene el bañador mojado.

Regresé a mi tarea.

—A mí es que me da una pereza moverme de aquí… —escuché decir a mi hermano.

—Pues deberías ser tú quien fuera a buscar algo de beber para tu amigo, ya que fuiste tú quien lo invitó —repliqué sin mirarlos.

—Venga, hermanita, hazme ese favor. No me obligues a sacar los pies del agua, con lo a gusto que estoy en estos momentos.

—He dicho que no.

—Déjalo, Alber, como está enfadada conmigo, no quiere hacerte el favor —intervino Hugo—. O a lo mejor es porque tiene los pies llenos de ampollas y no puede andar.

Levanté la vista hacia él y lo fulminé con la mirada.

—No sabía que tu hermana fuera tan rencorosa —añadió.

—Dejad de hablar de mí como si yo no estuviera delante.

—Tráele a Hugo el refresco y te dejaremos en paz.

Resoplé y me levanté de la silla.

—¿Prometido? —le pregunté a Alber.

Él cabeceó asintiendo y yo me metí en la casa para ir a la cocina y servirle al capullo un vaso de Coca-Cola.

Volví a la piscina y se lo tendí.

—Es que Coca-Cola no me apetece ahora. Tenías que haberme preguntado primero. ¿No hay de naranja? —dijo él sonriéndome como si nunca hubiera roto un plato.

—No.

—¿Y de limón?

—Tampoco.

—Bueno. Lo tomaré de cola entonces.

Extendió el brazo hacia mí y agarró el vaso.

Estaba a punto de darme la vuelta y regresar a la tumbona cuando lo escuché hablar de nuevo.

—Espera, he cambiado de idea. Mejor algo sin gas. ¿Hay Aquarius o Trina?

—No.

—Vaya —soltó como si lo lamentase de veras—. ¿Y zumos?

—Zumos sí hay. De melocotón, piña y de naranja —respondí comenzando a impacientarme.

—Mejor de naranja. Recién exprimido, por favor.

—¡Sí, hombre! ¡Vas listo si crees que me voy a poner ahora a hacerte un zumo de naranja natural! ¡Háztelo tú!

Alberto, al otro lado de la piscina, no perdía detalle de nuestra conversación.

—Estoy todo mojado… Venga, por favor, no me hagas salir del agua. ¿Qué te cuesta exprimir tres o cuatro naranjas? Además, esta mañana, te hice el desayuno, así que me debes el favor.

—Yo no te pedí que lo hicieras —siseé.

—Pero, aun así, fui amable y educado contigo y te lo hice —me sonrió y puso su carita más angelical.

—Está bien —bufé y puse los ojos en blanco.

Me metí de nuevo en la cocina y exprimí el zumo imaginando que era su cabeza la que estrujaba en el aparato en vez de las naranjas.

Lo vertí en otro vaso y salí al exterior.

—Aquí lo tienes —dije pasándoselo.

—¿Le has echado un poco de azúcar?

Inspiré hondo.

—No.

—¿Podrías echarle un par de cucharadas, por favor? —preguntó devolviéndome el vaso de cristal.

Lo agarré molesta, la rabia comenzaba a hacer mella en mí, y salí de allí caminando deprisa.

Tras ponerle dos cucharadas de azúcar, salí otra vez al jardín.

—Tome, señor. Espero que ahora esté a su gusto —me burlé.

Hugo no hizo amago de coger el vaso.

—¿Sabes? Mejor tráeme agua.

—¿Qué?

—Que me traigas agua.

—¿Te has creído que soy tu sirvienta? —le grité enfadada.

—No. Y te lo digo en serio. No pienso que seas mi criada ni nada de eso. Pero sé buena anfitriona y tráeme lo que te pido, por favor.

Miré a mi hermano al otro lado de la piscina.

—Es tu invitado. ¿Por qué no lo atiendes tú? ¿No ves que está todo el rato haciéndome ir y venir de la cocina por culpa de sus caprichos?

—Prefiero verte a ti paseando en bikini que a Alberto. Tu culo es mucho mejor que el de tu hermano, con sinceridad —soltó Hugo.

Me dio tanta rabia que agarré fuerte el vaso y giré la mano hacia abajo para tirarle por la cabeza el contenido.

—¡Vete a la mierda, capullo!

Hugo salió deprisa de la piscina impulsándose con sus musculosos brazos y comenzó a correr detrás de mí. Las carcajadas de Alberto

eran bastante sonoras y estuve segura de que todo era una trampa que me habían tendido aquellos dos.

Cuando Hugo me alcanzó, me abrazó por la cintura y se tiró al agua conmigo.

Grité hasta que tuve que cerrar la boca para que no se me llenase de agua. Intenté separarme de él, pero me tenía bien sujeta.

Abrí los ojos mientras estaba sumergida con él y lo vi sonriendo. Se acercó a mis labios y me besó. Fue algo muy rápido y salimos a la superficie.

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? —chillé con el agua resbalando por mi cara.

Hugo todavía abrazaba mi cuerpo.

—No te enfades. Solo es un juego.

Y sin darme tiempo a reaccionar se apoderó de mi boca con un beso lento y caliente.

—Mejor os dejo solos —carraspeó mi hermano.

Me separé de los labios de Hugo y lo empujé para separar nuestros cuerpos al tiempo que le gritaba a Alberto.

—¡No huyas!

Pero él soltó otra carcajada y se metió en la casa.

—¡Me las vas a pagar, Alber!

Miré a Hugo y le apunté con un dedo acusador.

—¡Todo esto es por tu culpa! —le grité también—. Además, ¿cómo te atreves a besarme delante de mi hermano?

—Pero si él ya sabe que estamos liados. ¿No recuerdas que me dio permiso para dormir contigo? —me preguntó sonriendo y nadando hacia mí para agarrarme de nuevo.

Yo retrocedí mientras continuaba gritándole.

—¿Y para follarme también? ¿Y para que sea tu esclava sexual? ¿Para que juegues conmigo y con mis sentimientos? ¿Sabe Alberto el trato que tenemos? ¿Sabe que cuando terminen las vacaciones se acabará lo nuestro? ¿O estás dejando que se haga ilusiones y luego le soltarás cualquier excusa como que la distancia ha enfriado la relación o alguna mierda por el estilo?

—Si no lo sabía todo ya, acaba de enterarse con tus gritos. Él y cualquiera que esté en cien metros a la redonda. Creo que incluso tus padres te habrán oído desde la playa.

Me acorraló contra una esquina de la piscina sonriéndome como si supiera un secreto que yo desconocía. Como si tuviera un as bajo la

manga.

Poco a poco se acercó a mi rostro hasta que nuestras narices se rozaron.

—Pero tú no sabes lo mejor de todo —susurró.

—¿Y qué es lo mejor de todo? —musité sintiéndome débil de pronto por su cercanía.

—¿Todavía no te has dado cuenta, cerebrito? Creía que eras más lista, *Liebling*.

—Háblame claro, Hugo. Deja de jugar conmigo. Ya estoy harta de este maldito trato.

—Las palabras se las lleva el viento. Lo mejor es demostrar las cosas con hechos y eso es lo que voy a hacer a partir de ahora —pronunció antes de besarme.

*****

Me perdí en sus besos, rodeándole el cuello con mis brazos, sin darme cuenta de que Alberto había contemplado toda la escena desde una ventana del chalet y mis padres, recién llegados de la playa, también.

En el momento que nos separamos para coger aire fue cuando me percaté de que teníamos público.

Mi familia sonreía abiertamente e incluso Alberto me guiñó un ojo.

Me sonrojé sin poder evitarlo. Mis padres nunca me habían visto besando a un chico, aunque sabían que alguna vez salía con alguno. Y Alberto… Las pocas veces que me había visto acaramelada con un tío no había sido con ninguno de sus amigos. ¡Pero si ni siquiera sabía que el año anterior me había liado con Kike hasta que yo se lo confesé en el viaje al pueblo este verano!

—Estás preciosa cuando te ruborizas —murmuró Hugo en mi oído antes de distanciarse de mí para saludar a mis padres que caminaban sonrientes atravesando el jardín para meterse en la casa.

—Me has dejado en evidencia delante de mi familia —mascullé indignada.

—¿Cómo? No entiendo por qué dices eso.

—Se suponía que íbamos a ser discretos para que nadie supiera lo que nos traíamos entre manos y no has cumplido tu parte. Ya no quiero seguir jugando.

Hugo me miró muy serio al principio. Después estiró los labios para

formar una bonita sonrisa.

—¿Todavía piensas que estamos jugando? ¿Es que no te has dado cuenta de que yo dejé de hacerlo al poco de comenzar?

Aquella revelación me sorprendió. ¿Qué pretendía decirme con esas palabras?

No quería hacerme ilusiones, pero tampoco podía evitarlo.

—Por cierto —añadió—, ¿quién dice que eres mi esclava sexual? ¿No te beneficias tú tanto como yo? ¿No estamos igualados?

—No. No lo estamos.

—¿Por qué?

—Porque yo he perdido el juego.

Él alzó las cejas asombrado.

—Hugo, estoy enamorada de ti y por eso he perdido —le confesé entre susurros, bajando los ojos desde los suyos hasta sus fuertes hombros.

Hice el amago de salir de la cárcel que suponían sus brazos entre los que se encontraba mi cuerpo, con las manos aferradas al borde de la piscina, una a cada lado de mi cabeza, pero él no se movió para dejarme salir.

—Por favor, ya estoy bastante avergonzada. No me lo pongas aún peor —dije en voz baja para que me dejase libre.

—No era esa mi intención —musitó él cerca de mi mejilla, intentando buscar mi mirada.

—Ya lo sé. Tu intención no ha sido nunca que yo me enamorase de ti ni tú de mí, pero ha sucedido sin que haya podido hacer nada. Sé que no crees en el amor ni en las relaciones de pareja. Tú solo quieres sexo. Pero para mí ha sido del todo imposible acostarme contigo sin sentir nada.

—Sara…

—No te preocupes. No te culpo. Yo decidí participar en esto. Jugué con fuego y me he quemado. Pero te dejaré tranquilo. No voy a llorarte ni a pedirte que me quieras ni que te enamores de mí. Sé que no puedes hacerlo. Tienes un pasado que aún no has superado y no puedes darme nada que no sean los buenos ratos de sexo que me has concedido hasta ahora.

Tuve el valor de girar la cabeza y mirarlo a los ojos.

Él tenía una expresión extraña en la mirada, mezcla de dolor y esperanza.

—Déjame salir, por favor. Necesito estar sola.

Hugo inspiró hondo y se acercó todavía más.

—No te rindas conmigo, te lo suplico. Por primera vez en muchos años empiezo a salir del pozo. No me dejes ahora. Tú eres mi salvavidas.

Lo miré boquiabierta y él aprovechó mi desconcierto para darme un sencillo beso en los labios.

—Te daré el espacio que necesitas, pero piensa en mis palabras, por favor —declaró con sus ojos verdes en los míos.

A continuación, se impulsó hacia atrás y nadó hasta salir por el otro extremo de la piscina.

*****

—Anda que te ha faltado tiempo para liarte con él, hija. Si lo llego a saber, te lo habría insinuado antes. Para una vez que me haces caso… —comentó mi madre alegre cuando entré en la cocina para ayudarla con la cena.

—Mamá, por favor, no quiero hablar de eso.

—Bien, hija, si yo no te pido que me cuentes los detalles. Pero quiero que sepas que estoy muy contenta de que hayas elegido a ese chico tan educado y guapo…

Mi madre continuó hablando, enumerando las cualidades de Hugo como si fuera un caballo en una feria al que tuviese que comprar, sin saber que ya conocía todo eso y más.

Pero no me apetecía compartir mis sentimientos con nadie, ni siquiera con Bego.

Tenía un lío mental de dimensiones bíblicas. No sabía qué pensar ni qué decidir. Las palabras de Hugo revoloteaban en mi mente una y otra vez.

«No te rindas conmigo, te lo suplico. Por primera vez en muchos años empiezo a salir del pozo. No me dejes ahora. Tú eres mi salvavidas».

¿Me estaría utilizando para curar sus heridas? ¿Y luego qué? ¿Me daría las gracias y se desharía de mí? ¿O realmente había conseguido mi propósito de enamorarlo?

Compartí con mi familia y con él la cena sumida en mis pensamientos. Sin levantar la vista. Evitando cualquier cruce de miradas con Hugo. Jugué con la comida del plato, llevándola de un lado a otro pero sin probar bocado.

Al final me levanté y recogí mi parte. Musité una disculpa y me refugié en mi cuarto.

Pero sentía que me ahogaba entre aquellas cuatro paredes. Necesita salir y respirar. Y bailar. Y música.

Así que me cambié de ropa con rapidez y me puse un vestido corto y blanco, de tela vaquera, con cremallera en el frontal y tirantes. Me calcé unas cómodas manoletinas rosas y me colgué el bolsito en bandolera. Apenas me maquillé. No me apetecía.

El pelo me lo recogí en una coleta y me puse unos aros pequeños en las orejas.

Cuando iba a salir por la puerta, me detuve pensando. Si mi familia veía que iba a salir no me dejarían hacerlo sola y, en aquellos momentos, era lo que más necesitaba. Así que tendría que abandonar la casa de otra forma.

Me acerqué hasta la ventana y miré a la calle. No había demasiada altura y podría agarrarme al canalón que estaba situado a la derecha de la ventana.

Como si fuera una ladrona, me senté en el alféizar y me agarré a la tubería. Descendí despacio por ella y escapé de allí una vez que puse los pies en tierra firme.

Más tarde, caminando hacia uno de los garitos que conocía, me di cuenta de que había sido peligroso. Podía haberme caído y provocarme la rotura de algún hueso. Sin embargo, no lo pensé. Solo quería huir de allí y lo hice.

Al entrar en el *pub* la música me recibió y comencé a bailar desinhibiéndome por completo.

Levanté los brazos y cerré los ojos, meciéndome al ritmo de *Las 12,* de Ana Mena y Belinda.

El Dj continuó poniendo música y yo bailando hasta que sentí unas manos en mis caderas y cómo se pegaba a mi espalda algún capullo.

Pero no era un capullo cualquiera.

Era mi capullo: Hugo.

No necesité abrir los ojos y darme la vuelta para comprobarlo.

Reconocería su contacto, la calidez de su cuerpo y su olor en cualquier lugar del mundo.

—Sé que me pediste espacio —susurró en mí oído y, a pesar del volumen de la música, lo escuché—, pero no puedo estar lejos de ti mucho tiempo. No logro resistirme y tampoco quiero controlarme más. Estoy cansado de hacerlo.

En eso estábamos de acuerdo. Yo tampoco podía estar demasiado tiempo lejos de él ni había podido evitar caer en la tentación y, mucho menos, quería controlarme en aquellos momentos.

Giré un poco la cara y me froté contra su entrepierna.

—¿Tienes un condón?

—Sí.

—Bien. Pues no hables más y sígueme.

Lo agarré de una mano y me lo llevé hasta los aseos del local.

Nos metimos en uno de los cubículos y deslicé la cremallera frontal de mi vestido, abriéndolo por completo.

—Estás…

Comenzó a decir, pero le corté.

—Te he dicho que no hables. Saca el condón y póntelo.

—Pero…

—Si no lo haces inmediatamente, saldré a buscar a cualquier otro que esté dispuesto a satisfacerme.

—Ni lo sueñes, *mein schatz.* Nadie que no sea yo te va a tocar esta noche ni ninguna otra.

Con rapidez sacó un preservativo del bolsillo trasero de su pantalón y se desabrochó la prenda. La bajó hasta sus rodillas junto con el bóxer. Su erección saltó contenta al verse libre de la tela en la que Hugo la mantenía escondida. Se desenrolló el condón en torno a ella mientras yo sacaba mis braguitas por las piernas y las guardaba en el bolso. Me sujetó por la cintura contra la pared del pequeño habitáculo.

Me lancé a sus labios como si estuviera muerta de sed y él me alzó para poder insertarse en mí. Se deslizó en mi interior despacio y los músculos de mi vagina se amoldaron a la forma y longitud de su pene como si estuvieran hechos a medida, diseñados el uno para el otro.

Follamos en aquel mínimo espacio mientras la canción *Formentera*, de Aitana y Nicki Nicole, sonaba de fondo. Hugo dejó un reguero de besos desde mi boca hasta la clavícula al mismo tiempo que entraba y salía de mi sexo y me sujetaba con sus grandes manos.

Me aferré a sus hombros boqueando como un pez fuera del agua, desesperada por sentir más y más. Más de él y del placer que siempre me daba.

Comenzó a jadear algo en el otro idioma, palabras que nunca le había oído decir. Supuse que serían las típicas que se dicen cuando estás haciendo el amor con otra persona.

Pero recordé que él no hacía el amor. Hugo solo follaba porque era incapaz de sentir amor por nadie. Me dio tanta rabia y me esforcé por utilizarlo aún más para satisfacerme.

—Cállate —le ordené enfadada.

—¿No quieres saber todas las cosas bonitas que te estoy diciendo?

—No. Solo quiero que me folles.

—Ahora no solo estamos follando. También hacemos…

Le mordí los labios para que no siguiera hablando. No quería oír sus declaraciones porque me dolerían más todavía cuando comprobase que eran mentira.

Él me devolvió el beso con idéntica pasión.

Acalorándome cada vez más, sentí cómo crecía en mi interior el orgasmo hasta que se convirtió en un tsunami que arrasó con todo a su paso. Le clavé las uñas en los hombros cubiertos por la camiseta roja que llevaba esa noche y me separé de sus labios para gemir.

Él echó la cabeza hacia atrás y buscó su liberación clavándome con su polla en el panel de madera que separaba nuestro cubículo del siguiente.

Cuando culminó me dio un beso en la boca y después colocó su cabeza en la curva de mi cuello.

—Me encanta cómo tu olor y el mío se mezclan cuando hacemos el amor —susurró contra mi piel haciéndome cosquillas.

Aquellas palabras y el tono cariñoso en el que las había pronunciado me molestaron.

—Bájame —le ordené apretando los dientes con rabia.

—Espera un poco. Necesito continuar dentro de ti un ratito más. Por lo menos hasta que los espasmos de tu coño terminen.

—Bájame —repetí mirándolo a los ojos enfadada.

Él me apretó de los muslos y se negó con un movimiento de cabeza.

—No. Si te dejo en el suelo, no te sostendrán las piernas y te caerás.

—¿Ahora te preocupas por el daño que pueda sufrir?

—Siempre me he preocupado por ti, por lo que pudiera pasarte. Cuando he visto cómo te deslizabas por el canalón pensé que ibas a matarte. ¿No sabes que es peligroso? Y luego, cuando he visto cómo te miraban los tíos mientras bailabas en el centro de la pista… Casi me pego con la mitad del local —confesó mientras continuaba sumergido entre mis piernas.

—Ah, ¿sí? ¿También te preocupabas por mí cuando me propusiste este maldito juego?

—Fue lo único que se me ocurrió para poder tenerte.

Lo miré sin comprender.

—Sé que soy bueno en el sexo. Si conseguía que pasaras una noche en mi cama, estaba seguro de que querrías repetir conmigo y no tendría rivales.

—Te lo tienes muy creído, ¿no?

—¿No te he dado múltiples orgasmos desde que estamos liados? ¿No has quedado saciada y satisfecha todas y cada una de las veces en las que hemos tenido sexo? —Se movió un poco para recordarme que todavía estaba dentro de mí—. Además, esta noche podías haber elegido a cualquier tío para follártelo aquí, en los aseos de esta discoteca, y, sin embargo, me has elegido a mí. Eso es porque sabes que conmigo tienes garantizado el orgasmo al cien por cien.

—La fama se te ha subido a la cabeza.

—También lo has hecho porque, a pesar de estar molesta conmigo, jamás se te pasaría por la cabeza estar con otro que no fuera yo. Eres una persona fiel, leal, alguien en quien se puede confiar. Alguien a quien entregar el corazón.

¡Cómo me conocía el muy capullo! Sabía exactamente las palabras que debía decir para engatusarme de nuevo. Pero esta vez no iba a caer en su juego.

—Bájame. Estoy segura de que mis piernas aguantarán.

Hugo se recreó un poco más antes de salir de mí y depositar mis pies en el suelo.

Sin embargo, no se movió ni un ápice. Continuó con su pecho pegado al mío trasmitiéndome todo su calor.

—Había dejado de creer en el amor hasta que me encontré contigo aquella noche en el pueblo. Cuando saliste de tu casa fue como cuando sale el arcoíris después de una tormenta. Y así es como me siento cada vez que estoy contigo. Volando alrededor del sol.

Me quedé impactada por sus palabras, pero temía hacerme ilusiones, así que obligué a mi mente a rechazarlas y a mi corazón a permanecer cerrado.

—Pues ten cuidado, porque el sol quema. Apártate. Necesito un poco de aire.

Hugo sonrió con descaro antes de dar dos pasos hacia atrás.

—Sabía que ibas a flipar cuando te confesase mi amor.

—¿Tu amor? Por favor, no me mientas más. Tú eres incapaz de tener esos sentimientos por cualquier mujer. Ahora me dirás que

también viste unicornios al final del arcoíris —me burlé.

—¿Por qué no me crees? ¿Qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Nada. Porque no te creeré nunca. Así que no pierdas el tiempo. —Abrí mi bolso y saqué las bragas de él. Me las puse mientras le hablaba—. Aunque una cosa sí podrías hacer: disculparte con Kike por haber sido tan cruel cuando hablaste por teléfono y le dijiste todas esas cosas horribles para hacerle daño.

Me cerré la cremallera del vestido vaquero y volví a hacerme la coleta, de la que se me habían soltado algunos mechones.

—Está bien. Si es lo que quieres, lo haré. En cuanto regresemos al pueblo, le pediré perdón.

Lo miré sin llegar a creerme sus palabras.

—Vale —dije y abrí la puerta del pequeño habitáculo para salir de él.

Hugo, mientras tanto, se había recolocado la ropa.

Tiró el condón a una papelera que había debajo del lavabo ante la asombrada mirada de un par de chicas que había en el cuarto de baño en ese momento.

Me agarró de una mano y yo me solté.

No quería sentir su contacto en aquellos instantes. Hacía que me sintiera débil y que toda mi fuerza de voluntad se rompiese como si fuera de cristal.

Aceleré el paso todo lo que me permitió la gente que bailaba enfebrecida en la pista y salí pitando de allí.

Pero tenía a Hugo pisándome los talones, por lo que no pude ir muy lejos sin volver a sentir su mano en la mía.

—*Mein schatz.*

—Deja de llamarme así.

—¿Prefieres *liebling*?

—No. No quiero que me digas ninguna de las palabras bonitas que conozco en alemán.

—¿Te gustaría más si te dijese cosas guarras?

—Lo que más me gustaría ahora es que hubieras nacido mudo.

—Entonces reventaría. No puedo estar callado mucho tiempo. Y tampoco podría decirte todo lo que me haces sentir.

—Yo no te hago sentir nada, ¿me has entendido? —dije apuntándolo con un dedo, cada vez más cabreada.

Me volví y comencé a caminar de vuelta a casa.

—Y ahora déjame en paz. Quiero estar sola.

—No puedo hacerlo. Además, no me gusta que vayas sola por la calle. Podría pasarte algo. Algún desalmado podría aprovecharse de ti.

—¿Igual que has hecho tú? —lo provoqué.

—¿Me consideras un desalmado? —preguntó agarrándome del codo para detenerme.

—Creo que tienes un alma muy oscura, tanto, que no sé si alguna vez conseguirás que la luz del sol llegue hasta ella.

Él me miró muy fijamente a los ojos y me cogió por la cintura.

—El sol ya ha llegado a mi vida y ha calentado mi alma, sacándola de su oscuridad. Tú eres mi sol.

Cerré los ojos. No podía ser que me estuviera diciendo esas cosas tan románticas.

—¿Por qué eres así? ¿No te das cuenta de que acabarás haciéndome daño? Cuando te vayas a Alemania, sufriré. Así que deja de hacer lo que sea que tienes planeado porque…

Cortó mi respuesta con un beso largo y pausado.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas sin que pudiera hacer nada por detenerlas. El momento era tan intenso que no pude evitar que mi corazón se rompiese otro poco más.

Cuando Hugo se dio cuenta de que estaba llorando, dejó de besarme y apoyó su frente contra la mía. Limpió con los pulgares mis pómulos húmedos y después me abrazó tan fuerte que me dio la sensación de que quería meterse dentro de mi cuerpo.

—No llores, por favor. Te prometo que, a partir de ahora, mi única meta será hacerte sonreír cada día y que, si lloras, será de felicidad.

—¿Por qué eres tan complicado, Hugo? Tú no crees en el amor y, sin embargo, no has parado en toda la noche de hablarme de sentimientos y de prometerme cosas bonitas como las de ahora.

—He tenido malas experiencias, por eso antes no creía en el amor. Primero, por lo que pasó con mi madre. Nunca pude superar su infidelidad hacia mi padre porque también sentía que me había traicionado a mí como hijo, que había roto la familia en la que crecí siendo tan feliz. La odio por haberme quitado todo eso.

Carraspeó para aclararse la garganta y, abrazados, caminamos hasta alejarnos del bullicio de la zona de *pubs*.

Nos sentamos en un banco frente a la ría de Aveiro con la música sonando de fondo a nuestra espalda. Él me colocó sobre su regazo, con las piernas hacia un lado, los brazos rodeándome la cintura y la barbilla apoyada en mi hombro.

—Sé que Alberto te comentó que tengo una exnovia.

—No hace falta que me hables de ella si no quieres —lo interrumpí.

—Tranquila. Puedo hacerlo.

Inspiró hondo y yo permanecí en silencio.

—Conocí a Hilda dos años después de la muerte de mi madre. Era una chica que había comenzado a trabajar en el estudio de arquitectura de mi padre como recepcionista. Congeniamos al instante y nos acostamos a las pocas semanas. Unos meses más tarde insistió en que nos fuésemos a vivir juntos y yo me negué. Pero Hilda logró convencerme tiempo después. La convivencia era bastante buena, aunque teníamos nuestras peleas como cualquier pareja. De pronto, un día, ella comenzó a planear nuestra boda. Yo no quería casarme. Después de lo sucedido con el matrimonio de mis padres no tenía ninguna fe en él. Tuvimos una discusión muy fuerte y entonces me soltó que estaba embarazada y que no podía tener un bebé sin estar casada, que eran sus creencias religiosas y no sé cuántas chorradas más.

»Le contesté que no era necesario pasar por el altar para criar a nuestro hijo, pero Hilda se negó rotundamente a desviarse del camino que se había marcado. Me acusó de no querer casarme con ella para que, cuando me cansase del bebé, poder deshacerme de ellos sin ningún tipo de obstáculo. Sin tener papeles firmados acreditando nuestra unión y reconocimiento del niño o niña como mi hijo, sería más fácil para mí abandonarla.

Yo lo escuchaba con atención, sin querer interrumpirle pero también con el corazón encogido por lo que me estaba confesando.

—Al final accedí a sus deseos y preparamos la boda para un par de meses después porque Hilda no deseaba que se le notase mucho la barriga de embarazada. Pero tres semanas antes de la ceremonia descubrí unos mensajes en su móvil que me hicieron sospechar sobre sus verdaderas intenciones. Llegué a la conclusión de que me la estaba pegando con otro y que, junto a él, lo había planeado todo. Para confirmar mis sospechas, contraté un detective y así fue como supe de su engaño.

»Resultó que Hilda había comenzado a trabajar en la empresa de mi padre con el único objetivo de acercarse a mí, aprovechándose de la debilidad y del dolor que todavía sentía por la traición de mi madre. La muy zorra pretendía casarse conmigo para ascender en la empresa y alcanzar la fortuna familiar que mi padre había ido

acumulando con tantos años de trabajo.

—¡Qué hija de puta! —se me escapó a mí.

Hugo me miró a los ojos y sonrió con tristeza. A mí me dolió en el alma saber que lo habían utilizado de esa manera y comprendí por qué tenía tanto rechazo al amor o a tener una relación seria con una chica.

—Supongo que detendrías la boda en cuanto lo supiste todo.

—Así fue. Pero antes me aseguré bien de que no hubiese ningún bebé en camino. Resultó que todo era falso, por eso tenía tanta prisa por casarse conmigo. Me imagino que después de la boda se inventaría que había sufrido un aborto y había perdido al niño o niña.

—Tu padre la despediría después de toda aquella movida.

—No. Fui yo quien lo hice. Para entonces ya había terminado la carrera y estaba trabajando en el negocio familiar. No te puedes hacer una idea de lo bien que me supo la victoria, aunque al principio fuese un trago amargo —prosiguió—. Me prometí a mí mismo que jamás volvería a confiar en una mujer. Que solo tendría sexo con ellas, pero sin enamorarme de ninguna. Hasta que llegaste tú y volviste mi mundo del revés. Lo pusiste todo patas arriba.

—Y fue entonces cuando te inventaste el juego —comenté.

—Sí. Pero sabía que lo había perdido de antemano porque me ganaste desde el principio. Aun así no me importó continuar con el teatro. Si esa era la forma de tenerte y hacer que te enamorases de mí…

Me miró con la disculpa reflejada en sus pupilas.

—Pues lo has conseguido del todo —susurré antes de apoderarme de sus labios con un beso.

Capítulo 14

El resto del tiempo que pasamos en Aveiro nos dedicamos a pasear agarrados de la mano, jugar en las frías aguas del océano Atlántico y amarnos cada vez que nos quedábamos solos en casa.

A mis padres no hizo falta que les confirmásemos la noticia de que estábamos juntos.

Y Alberto ya lo sabía.

A la mañana siguiente de nuestra conversación, mi madre pilló a Hugo saliendo de mi cuarto después de haberme dado los buenos días con un increíble orgasmo gracias a su habilidad para practicar sexo oral.

—Espero que estés tomando precauciones con mi hija. No quiero que la dejes embarazada tan pronto. Solo tiene veintidós años y es demasiado joven aún para ser madre.

—Sí, sí. No te preocupes, María Jesús. Los dos tendremos cuidado —contestó él avergonzado por haber sido pillado *in fraganti.*

Eso me lo contó Hugo un momento después, cuando me preparaba para bajar a desayunar.

Cerré los ojos con fuerza y decidí apechugar con la situación.

Sentí su mano cogiendo la mía y abrí los párpados.

—Tranquila. Estamos juntos en esto —murmuró acariciándome con dulzura la mejilla.

Cuando nos reunimos en el piso de abajo con mi familia, Hugo me dio un pico en los labios antes de sentarse en su sitio para desayunar, con lo que dejó bien claro a todos cuál era nuestra relación.

Regresamos al pueblo una semana después de habernos marchado de él. Si me hubieran dicho entonces cómo cambiaría mi vida, no me lo hubiese creído.

Los dos estábamos superfelices. Creo que esa felicidad salía en oleadas de nuestro ser y quienes había a nuestro alrededor lo sentían.

Incluso Laura nos dio la enhorabuena. Sabía que solo había sido una más en la lista de Hugo y lo aceptó como tal, sin enfadarse ni

hacer de ello un drama.

Kike llegó para fastidiarlo todo.

En cuanto nos vio agarrados de la mano dirigiéndonos hacia el bar de la plaza, se levantó de la silla donde estaba sentado y fue directo a por Hugo.

Le pegó un puñetazo que lo hizo recular y por poco lo tiró al suelo.

—Pero ¿qué haces, idiota? —le grité.

—Kike, sé que te debo una disculpa —comenzó a decir mi novio mientras sangraba por la nariz.

—Eres un maldito hijo de puta y te voy a romper la bonita cara que tienes —masculló Kike antes de lanzarse contra él y derribarlo.

Empezó a darle puñetazos por todas partes, sobre todo en el rostro, mientras yo intentaba separarlos gritando como una loca.

Mi hermano, el resto de los amigos y mis amigas se acercaron a nosotros para ayudarnos.

Consiguieron separar a un furioso Kike de Hugo, que no le había devuelto ni un solo golpe de los que había recibido.

—Kike, te pido perdón por haber… —dijo Hugo con el labio partido y la sangre corriendo por su barbilla a la que se había unido la de la nariz.

—¡Cállate! ¡Hijo de puta! —volvió a gritarle el otro mientras lo retenían Alberto y Javier.

Entre Bego y yo ayudamos a Hugo a alzarse del suelo.

—Vamos, Kike, tranquilízate —intervino mi hermano—. Se han enamorado y están juntos. Cuanto antes lo aceptes, mejor para todos. Sobre todo para ti. Ya sabías que Sara no quería nada contigo. Era lógico que rehiciese su vida y tuviera una nueva relación después de haber roto la vuestra.

—¡Pero ¿con él?! ¡Con él no! ¡Precisamente con ese capullo que puede tener a cualquiera! —chilló impotente y se echó a llorar como un niño pequeño que ha perdido a su mamá en el parque.

—Lo siento, Kike. Lamento haberte dicho aquello por teléfono, pero no dejabas de insistir y fue lo único que se me ocurrió para que la dejases en paz. Perdóname por haber sido tan cruel contigo —le suplicó Hugo.

Abrazada a él, repasé su cara con los ojos. Además de los golpes en la nariz y el labio roto, tenía un ojo magullado y una ceja partida que, con toda seguridad, necesitaría algunos puntos.

El resto del cuerpo no quería pensar en cómo lo tendría porque

Kike se había ensañado con él, empleando toda su fuerza de jugador de rugby.

Hugo respiraba agitado también, con una mano en las costillas. Seguro que tendría alguna fisura en cualquiera de ellas por el gesto de dolor que hacía al coger y soltar el aire de sus pulmones.

Kike se deshizo de mi hermano y de Javier con movimientos bruscos.

—¡Dejadme en paz! ¡Soltadme! ¡No quiero saber nada de ninguno de los dos ni tampoco del resto del grupo!

Se giró para comprobar el espectáculo que habíamos dado y cuando vio a medio pueblo observándonos, agachó la cabeza y emprendió el camino hacia su casa.

Hugo me miró con ojos tristes.

—Lo siento, *liebling*. Te he puesto en una situación comprometida porque sé que desde hoy estaremos en boca de todos y tendremos que aguantar los rumores de la gente del pueblo. Pero no me arrepiento. Dejaría que Kike me diese otra paliza con tal de que estuviésemos juntos.

—No te preocupes —musité apretando su mano—. Ya no me importan los chismes de la gente. Que hablen cuanto quieran —suspiré y añadí—. Anda, vamos a mi casa para curarte esas heridas. Creo que mi madre tiene puntos de aproximación en el botiquín del baño. Y después deberíamos ir a urgencias a Salamanca. Seguro que Kike te habrá roto alguna costilla o te habrá hecho una fisura.

******

Milagrosamente Hugo no tenía nada roto ni fisurado más allá de la ceja y el labio partidos durante la pelea con Kike. Las costillas estaban bien, pero le dolían después de los golpes recibidos. El resto de las contusiones y hematomas tardarían unos cuantos días o incluso semanas en desaparecer por completo.

El rumor corrió por el pueblo como la pólvora. La gente murmuraba en cada esquina y en cada plaza, pero cuando nos veían aparecer agarrados de la mano, se callaban.

A mis oídos llegó una historia sobre que Hugo y Kike habían apostado para ver quién de los dos ligaba antes conmigo y como el futuro médico y jugador de rugby había perdido se había liado a golpes con su amigo. Otra historia que circulaba por el pueblo era

muy similar, pero en ese caso Hugo era el malo de la película porque había hecho trampas para ganar la apuesta.

Decidimos pasar del tema y seguir con nuestras vacaciones como si no hubiera sucedido nada. Ya se cansarían de murmurar.

Sin embargo, nuestro grupo de amigos y amigas sí conocían la verdad, pero se mantenían en silencio, sin desmentir las habladurías ni dar pie a incentivarlas más.

Con Kike la situación era tan tensa que hacíamos lo posible por no coincidir. Es más, si daba la casualidad de estar juntos en algún lugar del pueblo, nos ignorábamos.

Hugo se sentía fatal por mí, porque yo había sido la causa de su disputa, pero como bien le dijo Alberto una noche «en el corazón no se manda».

A mis padres también le llegaron los chismes sobre nosotros, pero ellos sabían cómo había transcurrido todo —excepto lo del juego—, así que no le dieron más importancia.

Al tercer día de la pelea ya nadie comentaba nada porque había surgido un nuevo rumor: se decía que la hija del panadero había dejado al chico de los dueños del hotel y ahora estaba liada con uno de otro pueblo que le doblaba la edad.

Yo estaba más preocupada por la evolución de las heridas y contusiones de Hugo que de los cotilleos de la gente.

—Estoy prácticamente curado, ¿no lo ves? ¿O lo que te pasa es que no echas de menos hacer el amor conmigo? —me preguntó una noche al dejarme en la puerta de mi casa.

Desde la paliza que le dio Kike no habíamos vuelto a tener relaciones sexuales porque yo tenía miedo de hacerle daño en alguna parte del cuerpo y tampoco le besaba en la boca de forma apasionada como antes. Si le daba besos eran en la comisura de los labios y de manera fugaz, evitando la zona lastimada.

—Podemos hacerlo cuando quieras o necesites —añadió con su sonrisa canalla de siempre—. Úsame a tu antojo, *mein schatz.*

Me guiñó un ojo, el que tenía sano, y yo me reí nerviosa.

—Tengo un juguetito que me regaló cierto ligue de verano para satisfacerme yo solita —contesté para hacerle rabiar un poco.

—¿Un ligue de verano? —preguntó fingiéndose ofendido.

Asentí con la cabeza.

—Creía que era alguien más importante.

Me encogí de hombros.

—Pues ya ves… —le dije intentando aguantarme la risa.

—Pensaba que íbamos en serio. Tenía intención de reformar esta casa para tener un lugar en condiciones donde estar juntos. Quería pedirle a mi padre que me deje al cargo del estudio de Madrid cuando las obras estén acabadas y así poder estar más cerca de ti.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté boquiabierta.

—No he hablado más en serio en toda mi vida. Te tengo atrapada entre mi piel y mi alma y no pienso dejarte escapar.

¡Ay! ¿Cómo podía decirme cosas tan bonitas? Estuve a punto de abalanzarme sobre él y devorarlo a besos.

Hugo siguió hablando.

—Pero… teniendo en cuenta que me has cambiado por un juguete sexual, quizá me lo replantee. —Puso una mueca de desagrado—. ¿Quién me iba a decir que la revolución de la tecnología comenzaría por un estimulador de clítoris y no por la inteligencia artificial?

Solté una carcajada sin poder evitarlo.

Cuando terminé de reírme, comenté:

—Quien diga que el dinero no puede comprar la felicidad es porque no ha usado nunca un vibrador.

—Ya veo…

Me observó desde su altura, completamente serio.

—Venga… No te pongas así. Es una broma —le contesté con mi sonrisa más angelical.

Hugo me ciñó más contra su cuerpo. Estábamos en su casa.

—Bueno, no lo tendré en cuenta si me dejas usarlo.

—¿Contigo?

Puso los ojos en blanco.

—Conmigo no. Contigo —bufó exasperado.

Hice como que me lo pensaba unos segundos.

—Me parece bien. Ya que no hemos quedado hasta dentro de dos horas con el resto de la peña, podríamos entretenernos así. —Le guiñé un ojo—. Pero tengo que pasar antes por mi casa para cogerlo.

Se inclinó sobre mis labios y me besó.

Su móvil comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo y me informó:

—Es mi padre. Voy a hablar con él un momento en la cocina y vuelvo.

Me dio otro beso ligero antes de abandonar el salón.

Mientras Hugo hablaba con su padre, me entretuve mirando mis redes sociales.

Escuchaba su conversación de fondo. Hablaban sobre reformar la casa. Miré a mi alrededor pensando que le iba a venir bien un lavado de cara.

Hugo empezó a susurrar mientras seguía hablando con su padre. En esos momentos apenas podía oír lo que le decía, pero noté algo raro. Como una tensión en el ambiente. Me di cuenta de que mi novio masticaba cada palabra que le decía a su padre.

De repente, se calló y no habló más durante unos minutos.

Miré la hora y decidí que mientras que Hugo hablaba con su padre, yo podría ir a buscar el estimulador de clítoris y volver a su casa.

Cuando pasé por la cocina, vi que la puerta estaba medio cerrada. La empujé un poco y Hugo se puso tenso. Se llevó un dedo a los labios pidiéndome silencio y yo por gestos le indiqué que iba a casa a por el juguete. Abrí las dos manos, estirando los dedos, para indicarle que en diez minutos estaría de vuelta. Él asintió con la cabeza.

Bajé las escaleras, pero antes de cerrar la puerta de la calle, escuché a mi novio alzando la voz.

—¡Por Dios, papá! Solo es un rollo de verano. No es nadie importante.

Me quedé de piedra en el umbral de la puerta, con la mano todavía agarrando el pomo.

¿Se estaba refiriendo a mí?

—No, no quiero arreglar la casa para volver el próximo verano. Quiero hacerlo porque así será más fácil venderla. La chica no tiene nada que ver en esto. Solo estoy divirtiéndome con ella —le oí decir.

Sí, se refería a mí.

¿Así que solo era un lío de verano? ¿Solo estaba divirtiéndose conmigo? Y todo lo que me había dicho… ¿Era falso? ¿Me había dado esperanza sin tener planes de un futuro conmigo? ¡Me había confesado su amor! ¡Me había dicho que me llevaba en el alma, en su piel y no pensaba dejarme escapar! ¡Que era su luz, su sol, su arcoíris y no sé cuántas cosas más! ¿Y todo era mentira?

Me volví indignada para subir la escalera y encararme con él mientras seguía escuchándole negar su amor por mí ante su padre.

—Pero, papá… —dijo con una sonrisa en la voz—. Después de lo que pasó con tu mujer y con la zorra de Hilda sabes que no me fío de ninguna chica por muy atractiva que sea. Sara solo es un pasatiempo, nada más. No te preocupes. Cuando acabe el verano volveré a Colonia y seguiré con mi vida como siempre.

Llegué a la cocina y me planté delante de Hugo.

Levanté la mano y le di un bofetón que hizo que el móvil saliera despedido, volando por el aire para aterrizar en el suelo.

Del tortazo, Hugo giró la cara.

—¡Eres un miserable, hijo de puta, cabrón, malnacido!

Comencé a pegarle en pecho con los puños mientras las lágrimas de rabia brotaban de mis ojos.

—¡Espera! ¡Sara! ¡No es lo que piensas! —contestó intentando detenerme.

—¿Qué no es lo que pienso? ¡Lo he oído todo! ¡Incluso te has reído con tu padre de mí!

Me agarró de las muñecas para que dejase de golpearlo y empezamos un forcejeo para que me soltara mientras nos gritábamos el uno al otro.

—¡Para, Sara! ¡Escúchame, por favor!

—¡Ya he oído suficiente! Qué más mentiras me vas a contar, ¿eh?

—¡No te he mentido! ¡Todo lo que te he dicho es cierto! ¡Pero no puedo decirle la verdad ahora mismo a mi padre porque no me dejaría continuar con mis planes!

Hugo continuaba con las manos agarrando mis muñecas, traspasándome su calor, haciendo que me quemase la piel.

—No te creo —siseé mirándolo con furia y apretando los dientes.

—Sara, por favor… —susurró con la mirada dolida.

O eso me pareció a mí.

Pero me dije que no tenía que dejarme engañar.

Hugo era un lobo con piel de cordero.

—¿Te crees que el resto de las mujeres tenemos que pagar por lo que tu madre le hizo a tu padre? ¿Por lo que te hizo esa chica a ti? ¡Yo no tengo la culpa de todo aquello! ¿Por qué me castigas así? ¿Por qué me has hecho esto? Confiaba en ti…

Mis lágrimas seguían resbalando por mis pómulos y Hugo me soltó las muñecas para limpiarlas con los dedos de sus manos.

—¿Por qué no me dejaste tranquila y en paz? ¿Por qué me perseguiste hasta conseguir tenerme en tu cama?

—Ssch… Tranquila. No llores más. Me duele demasiado verte así.

Intentó abrazarme.

—¿Qué te duele demasiado? —le grité abriendo los ojos como platos y separándome de él de un bote—. ¡No eres tú al que se le está rompiendo el corazón ahora mismo por haberse dado cuenta de que

han estado jugando todo el tiempo con sus sentimientos!

Me di la vuelta y salí corriendo hacia las escaleras.

Hugo me siguió mientras me suplicaba que me tranquilizara y me quedase en su casa para explicármelo mejor.

Salí a la calle como una exhalación.

—¡Sara!

—¡Déjame en paz, hijo de puta! ¡Ojalá te mueras, desgraciado! —le grité empezando a correr a pesar de que mis ojos estaban inundados por las lágrimas y no veía apenas por dónde iba.

Me choqué contra varios vecinos del pueblo, pero no me paré a disculparme.

Solo quería llegar a mi casa lo antes posible para lamerme las heridas en mi habitación e intentar recomponer los pedazos de mi corazón maltrecho.

De repente, me agarraron del brazo.

Pensé que era Hugo, pero al volverme con la intención de darle otro bofetón, me di cuenta de que era mi hermano.

—¿Qué te pasa, Sara? —me preguntó preocupado.

Me refugié en su pecho, abrazándome a cuerpo como si fuera una tabla de salvación.

—Todo es mentira —sollocé.

—¿Qué es mentira? —cuestionó mientras me acariciaba el pelo para tranquilizarme.

—Lo de Hugo. Que está enamorado de mí… —confesé sin dejar de llorar.

—Vamos a casa. Aquí hay demasiada gente —dijo mirando a nuestro alrededor.

Cuando íbamos a doblar la esquina para enfilar nuestra calle apareció Hugo corriendo.

—¡Espera! ¡Sara! —Al ver que estaba con mi hermano redujo la velocidad y añadió—: Alberto, tengo que hablar con ella. Tengo que explicarle…

—¡No quiero verlo! ¡Y tampoco hablar con él! —grité.

Alber se giró hacia Hugo.

—Ahora no es el momento. Déjala que se calme un poco y luego hablarás con ella. No sé qué es lo que os ha pasado, pero seguro que tiene solución. Tenéis que tranquilizaros los dos. Hugo, vete a casa. Cuando Sara esté más calmada te avisaré.

—¡Yo no quiero hablar con ese cabrón! —solté enfurecida.

Mi hermano bajó su tono de voz.

—Estáis dando un espectáculo. Deja de gritar, por favor. Vámonos a casa y me cuentas qué ha pasado. —Volvió su cara hacia su amigo y añadió—: Márchate a casa. Ya solucionareis después lo que haya ocurrido.

Observé cómo Hugo apretaba los dientes y me miraba herido.

Dio media vuelta y emprendió el camino hacia su vivienda.

Alberto me apretó más fuerte aún contra su cuerpo y me dio un beso en el pelo.

—Vamos a casa, princesa, y te preparo una tila para que te tranquilices.

******

Le conté a mi hermano todo lo sucedido en casa de Hugo sin ahorrarme ningún detalle ni insulto.

—No solo me ha engañado a mí, jugando con mis sentimientos, también lo ha hecho con el resto de la familia. Toda esa educación, esa amabilidad, invitarnos a pasear por los canales de Aveiro, a cenar y todo lo demás, era para ganarse nuestra confianza. Hugo es un lobo con piel cordero. Es la manzana podrida del cesto. Y lo peor es que todos hemos caído como tontos. Incluso mamá, con lo desconfiada que es ella…

Estábamos en mi cuarto sentados en la cama, frente a frente, con las piernas cruzadas al estilo indio como cuando éramos pequeños.

—Vamos a ver. —Alber unió sus manos por las yemas de los dedos. Parecía un político a punto de hacer una declaración frente a la prensa —. Entiendo que estés dolida por lo que has escuchado, pero seguro que Hugo tiene alguna explicación razonable para haberle dicho esas palabras a su padre.

—¿Te estás poniendo de su parte?

Me levanté de un salto, indignada.

Alberto alzó las manos al aire pidiéndome paciencia.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tu hermana soy yo! ¡Se supone que tienes que estar de mi parte, no de la suya!

—Deja de gritar y cálmate —respondió con voz pausada—. Antes de sacar conclusiones precipitadas, tengo que escuchar su versión y tú también debes hacerlo.

—¡Le ha dicho a su padre que solo soy un pasatiempo para él! ¡Que

lo único que hace conmigo es divertirse! ¡Y que cuando se termine el verano regresará a su ciudad para seguir con su vida como siempre! ¡Sé bien lo que he oído! ¡No necesito escuchar sus excusas baratas porque seguramente serán mentira como todas las demás palabras que ha dicho en estos días! ¡No quiero saber nada de él, maldita sea!

Mi hermano me agarró de las manos y me obligó a sentarme en la cama otra vez.

—Cuando habló conmigo hace unas semanas me pareció sincero. Y en el tiempo que hemos pasado en Aveiro lo he visto feliz por primera vez en muchos años. Creo que le dijo eso a su padre por alguna razón, pero no pienso que sea verdad. Él te quiere, estoy completamente seguro de ello.

—¿Tan engañado te tiene, Alber?

En ese momento, sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy mamá. ¿Puedo entrar?

Miré a los ojos a mi hermano durante unos segundos y respondí:

—Sí, pasa.

Mi madre entró en la habitación con cautela y cerró la puerta a su espalda.

—Se comenta por todo el pueblo que Hugo y tú habéis discutido.

—Así es, mamá.

—Menuda la que habéis montado según dice la gente —añadió ella.

—La gente puede irse a la mierda —mascullé.

—Niña, esa boca… Sabes que no me gusta que des que hablar y tampoco…

—A mí no me gustan tus sermones —me enfrenté a ella—. Además, tú no sabes lo que ha pasado en realidad y cuando lo sepas se te caerá la venda con la que ese imbécil te tiene cegada.

—Bien. Pues cuéntamelo entonces —dijo cruzándose de brazos.

—No tengo ganas de repetir la misma historia otra vez.

—Pues entonces que me lo cuente tu hermano.

Alberto, que había permanecido en silencio todo el rato, me miró pidiéndome permiso para revelar mis secretos.

Le hice un gesto con la cabeza que quería decir que podía soltar por la boca todo lo que le diera la gana.

—Primero —comenzó a hablar mi hermano—, tengo que comprobar la versión de la otra parte antes de juzgar a nadie.

—Pero ¿es que no me crees? ¿Qué más tienes que indagar, señor

inspector de policía? —salté con furia—. Si te hubiese contado que Hugo me ha violado, ¿me pedirías un informe médico? ¿Dudarías de mi palabra porque no lo has visto u oído tú mismo? ¿Es que crees que estoy mintiendo? ¿Qué me lo estoy inventando todo?

—Sara, no grites —pidió mi madre. Miró a Alberto y puso los brazos en jarras esperando una explicación por parte de mi hermano.

—Mamá —prosiguió Alber—, al parecer, Sara ha escuchado una conversación de Hugo con su padre en la que no la dejaba en buena posición. Quiero hablar con él primero para comprobar si las palabras que le dicho a Sebastián son ciertas o no. Porque después de lo que he visto estos días y conociendo los sentimientos de mi amigo, me extraña que le haya dicho eso a su padre. Tiene que haber una explicación razonable, pero Sara no ha querido escucharla a pesar de que él ha intentado dársela.

—¿Cómo que *al parecer*? —exclamé—. Sé bien lo que he oído.

Tanto mi madre como mi hermano miraron al techo pidiendo paciencia.

Alberto se levantó de la cama donde había estado sentado.

—Iré a hablar con Hugo.

—Cuando confirmes mi versión, dale una buena hostia de mi parte —dije apretando la mandíbula.

Él salió de la habitación sin decir nada más.

Miré a mi madre.

—¿Quieres algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Que bajes los humos, hija. Tienes un mal genio…

—No sé a quién habré salido —comenté con ironía—. ¿Sabes que se dice por ahí que desayunas vinagre y por eso estás siempre con el ceño fruncido, como enfadada con el mundo?

No sé por qué ataqué a mi madre de ese modo cuando ella no tenía la culpa de lo sucedido entre Hugo y yo. Supuse que necesitaba desquitarme con alguien y ella había tenido la mala suerte de ponerse en mi camino.

Me arrepentí al instante.

—Perdona, mamá, no he debido decir eso.

—¿Por qué no? —preguntó con un hilo de voz. Le había dolido.

—Porque te he hecho daño sin razón. Lo siento, mamá.

Se sentó en la cama junto a mí, en el espacio que había dejado

Alberto y me cogió de las manos.

—Sé que estás enfadada y lo has pagado conmigo. Pero no te preocupes. Te quiero de igual forma. Eres mi hija y por mucho que discutamos, peleemos y nos digamos cosas feas, no va a cambiar el amor que tengo por mi niña.

Me acarició el óvalo de la cara y a mí se me saltaron algunas lágrimas más.

Me abracé a ella buscando consuelo como cuando era pequeña.

En ese momento comenzó a sonar mi móvil. Miré la pantalla y vi que era Bego quien me llamaba.

Mi madre se levantó de la cama para abandonar el cuarto y dejarme intimidad para hablar con mi mejor amiga.

Poco después, el resto de las chicas me preguntaron por el grupo de WhatsApp qué había pasado y se lo conté a grandes rasgos. No me apetecía profundizar mucho en la situación, pero prefería que estuviesen informadas por mí en lugar de creer los chismes que circulaban por el pueblo.

*****

Estaba escuchando *La bachata*, de Manuel Turizo, en mi habitación, regodeándome en mi dolor mientras veía las fotos de Hugo en Aveiro por octava vez —así de masoquista era, por Dios—, cuando tocaron a la puerta.

—¿Sara? —Era mi hermano.

—Sí, pasa —le contesté apagando la música y dejando el móvil en la mesilla, al lado de la cama.

Entreabrió un poco la puerta y asomó la cabeza por el hueco que había.

—Vengo con Hugo. Creo que…

—¡No se te ocurra dejarle entrar! —grité enfadada.

¿Por qué lo había llevado a mi casa?

—Por favor, Sara, habla con él. Deja que te explique…

—¡No quiero que me explique nada! ¡Ya he oído suficientes mentiras!

—No seas tan cabezota. Escúchalo. Es importante —me rogó Alberto.

Me crucé de brazos indignada, sentada sobre la cama todavía.

—Te has puesto de su parte, por lo que veo —le dije con acritud.

Alberto puso los ojos en blanco y abrió un poco más la puerta.

—Estoy de parte de los dos. Si hablas con Hugo y dejas que te explique la situación te darás cuenta de que estás exagerando las cosas.

—No voy a hablar con él digas lo que digas.

Cogí el móvil y busqué en la *playlist.*

—Mañana se va a Madrid.

—Por mí como si va a China.

—Deberíais arreglar las cosas antes de que se vaya. Incluso podrías irte a Madrid con él y que se aloje en nuestra casa. Así pasaríais más tiempo juntos.

—Yo no quiero pasar más tiempo con ese indeseable —contesté en el momento que encontraba la canción que quería que sonase.

—No seas cabezota, por favor —repitió abriendo la puerta del todo para revelar que Hugo estaba a su lado y había escuchado toda la conversación.

Verle me dolió.

Sentí como si me desgarrasen el alma, pisotearan mi corazón y una tristeza inmensa. Estaba decepcionada. Completamente desilusionada.

—No se te ocurra entrar —le advertí a Hugo con una mirada de desprecio.

Pulsé en la pantalla del teléfono y las primeras notas de *Despechá*, de Rosalía, comenzaron a sonar.

—Te la dedico en exclusiva —le solté.

Hugo me miraba desde la puerta sin atreverse a entrar viendo el cabreo monumental que tenía.

Mientras Rosalía cantaba eso de «que Dios me libre de volver a tu lao'», observaba a mi exnovio.

Sí, mi exnovio.

Porque después de lo que había pasado no podría considerarlo como otra cosa.

Él me observaba con la mirada dolida. Yo no entendía por qué. Quizá fuese porque se sentía mal por haber descubierto su engaño.

—¿Quieres dejarte de tonterías y hablar con él, por favor? —bufó Alberto exasperado.

Me levanté de la cama y caminé hacia ellos.

En los ojos de Hugo vi un destello de ilusión.

Les cerré la puerta en las narices y eché el pestillo. Regresé a la cama y subí el volumen de la canción mientras me ponía a cantar


como una loca para que me oyeran.

Capítulo 15

No salí esa noche.

Después de cenar me refugié en mi habitación y me puse a ver una peli en el portátil.

Me llegó un mensaje al teléfono y miré a ver quién era.

Por supuesto, el emisor era Hugo. Había mandado un audio, pero no me apetecía escuchar sus excusas, así que no lo oí.

Puse el móvil en silencio para que no me molestase más.

Cuando terminó la película, apagué el ordenador y me acosté.

Tardé mucho rato en dormirme. No dejaba de darle vueltas al asunto.

Estuve llorando hasta que me dormí.

****

Me levanté a las dos del mediodía con los ojos hinchados.

Vi que tenía varios wasaps sin contestar de las chicas. También tenía once llamadas perdidas de Hugo. La última era de hacía solo una hora.

Pasé de contestarle y abrí el WhatsApp para revisar los mensajes de mis amigas.

Todas me preguntaban qué tal estaba y no me quedó más remedio que contestarles.

> Sara: «Tranquilas, chicas, sobreviviré. No es la primera decepción que tengo en el amor. Gracias por preocuparos por mí».

Añadí un montón de corazones y un *sticker* de dos mujeres dándose un abrazo. Dejé el móvil en la mesilla y me fui directa al baño.

Me aseé rápido y me vestí con un pantalón corto vaquero y una camiseta blanca, estampada con pequeños tréboles verdes.

Bajé para ayudar a mi madre con la comida y ella, al ver la cara que llevaba, ni siquiera me dio los buenos días. Sabía por mi gesto que yo no estaba para charlas, así que evitó dármela.

Yo se lo agradecí en silencio.

—Pon la mesa —me ordenó al cabo de un rato en el que no habíamos hablado mientras preparábamos la ensalada de pasta.

Asentí y comencé a coger vasos y cubiertos. Salí de la cocina y me dirigí al salón. Dejé todo en la mesa y miré el reloj. Eran más de las dos y media. Mi padre no tardaría en llegar y Alberto no sé si estaba levantado o no. Es posible que ni siquiera estuviese en casa. A lo mejor había salido a tomar un pincho con los amigos en algún bar del pueblo.

Recordé de pronto que ese día se marchaba Hugo a Madrid.

Supuse que las llamadas perdidas que tenía de él serían para aclarar nuestra situación antes de irse del pueblo. Si es que había algo que aclarar. Porque yo lo tenía todo muy claro. Más que claro: cristalino.

Él era un capullo que se había reído de mis sentimientos, había jugado con mi corazón y me había utilizado para satisfacer sus apetitos sexuales.

No podía decir que yo no hubiese disfrutado también en la cama con él porque sería mentira. Lo había hecho y mucho. Sin embargo, era una tonta por haber caído en su juego sabiendo de antemano en qué consistía nuestra aventura.

«Estará por ahí celebrando con su peña la victoria en el juego y yo en casa como una idiota, llorando por él. Pues se acabó. A partir de hoy no pienso amargarme más. Voy a quemar lo poco que me queda de las vacaciones disfrutando a tope como si no hubiera un mañana», me dije a mí misma.

Regresé a la cocina y justo en ese momento apareció mi hermano con cara de sueño y el pelo revuelto.

—Buenos días —saludó tras dar un bostezo.

—Dirás buenas tardes —le contestó mi madre—. Son las tres menos cuarto.

Yo no comenté nada ni lo saludé.

—Es que estuve hablando con Hugo hasta las cuatro de la madrugada.

Me miró pero le ignoré.

Cogí las servilletas y la botella de agua de la nevera, y salí de la

cocina.

—Se marchaba hoy, ¿verdad? —quiso saber mi madre.

—Ya se ha marchado. Quería hablar con Sara antes de irse para arreglar lo suyo y sé que la ha estado llamando pero ella no le ha cogido el teléfono.

Me detuve en mitad del pasillo y me volví hacia Alberto.

—No le he contestado al móvil porque no tenemos nada que arreglar. No hay un nosotros. A ver si os queda claro ya: el imbécil de tu amigo nos ha engañado a todos.

Me giré y continué mi camino hacia el salón.

Alberto vino detrás de mí.

—Según su versión, se trata de un malentendido. Hugo te quiere de verdad. Lo que le dijo a su padre…

—Escuché perfectamente lo que le dijo a su padre. No hace falta que me lo repitas. Era yo quien estaba allí, ¿te enteras? —le corté dejando las servilletas y la botella encima de la mesa con un golpe seco.

—Sara, no seas cabezota. Habla con él. Te quiere de verdad. No te ha engañado. Y a nosotros tampoco.

Lo miré con mala cara. Me crucé de brazos y le respondí:

—Veo que te has puesto de su parte. Yo soy tu hermana, ¿recuerdas? Los lazos de sangre deberían ser más importantes que tu maldito amigo.

Alberto puso los ojos en blanco mientras pedía paciencia al cielo.

—Sara, es imposible hablar contigo. No me extraña que Hugo se haya ido a primera hora de la mañana en vista de que tú no pones de tu parte para arreglar las cosas.

—¡Es que no hay nada que arreglar! —le grité enfurecida.

—Alberto y Sara, dejad ya de discutir. Se os oye desde la calle. Ya está bien. Vale ya —nos riñó mi padre entrando en el comedor. Acababa de llegar a casa.

Cogió el mando de la televisión y la encendió.

Las noticias de las tres comenzaban en ese momento y en los titulares informaban de un gran atasco en la entrada de Madrid, en la autopista A6, a la altura de Torrelodones y Las Rozas. Se había producido un accidente de tráfico.

—Ya está la comida. Sentaos —ordenó mi madre entrando en la estancia con la fuente de ensalada de pasta.

—Mira el colapso que hay en la carretera de La Coruña, a la

entrada de Madrid, por Torrelodones, más o menos, donde esas curvas malas —le informó mi padre señalando con la barbilla hacia la tele.

—Pero si todavía es pronto para que se formen esas colas —comentó ella—. Eso suele pasar el treinta o treinta y uno de agosto o el uno y dos de septiembre, cuando la mitad de España vuelve a casa después de las vacaciones o las empiezan quienes las tienen en septiembre.

—Es que ha habido un accidente de tráfico. —Alberto la puso al tanto de la situación.

Todos nos sentamos a la mesa y comenzamos a comer.

—Volverán a dar la noticia más adelante. Ahora están los titulares.

Seguimos comiendo en silencio. Yo no tenía ganas de hablar y el resto de mi familia estaba pendiente de la información que retransmitía el televisor.

Minutos después volvieron a conectar con la DGT para que informase del accidente.

«Un coche se ha desviado del carril en una curva y ha chocado con la mediana. Ha dado varias vueltas de campana y ha volado por encima del muro de hormigón aterrizando en el sentido contrario. El conductor ha sido trasladado al hospital más cercano con pronóstico grave…».

Se me cayó el tenedor con el que comía la pasta cuando vi en la imagen el coche de Hugo con el techo pegado a la carretera.

Miré a mi hermano. Estaba más blanco que la pared.

—Dime que no es su coche, Alber —susurré.

Él pareció no oírme y le repetí las palabras que acababa de decir.

Entonces, volvió en sí y desvió sus ojos hacia mí.

Tragó saliva y abrió la boca para hablar.

—Creo que…

*****

—Esa camiseta de tréboles te la has puesto para atraer a la suerte, ¿verdad?

Estaba recostada en el sillón de la habitación de hospital cuando escuché la voz de Hugo y abrí los ojos de golpe.

Estaba despierto y en sus labios había una sonrisa.

—¡Hugo!

Me levanté de un salto del asiento donde había permanecido

sentada las últimas doce horas y corrí hacia la cama donde se encontraba él.

Mi corazón brincaba en mi pecho, feliz y contento, porque después de dos angustiosos días, Hugo había despertado.

—No te imaginas lo preocupados que hemos estado todos por ti —le dije al llegar al borde del colchón.

Le agarré la mano libre —en el otro brazo tenía puesta una vía por donde le introducían los medicamentos— y me puse a llorar de alegría.

—No llores. ¿Por qué lo haces? —me susurró él tragando saliva con dificultad. Tenía la voz muy ronca.

—Estaba… Pensaba… ¿Sabes que has tenido un accidente con el coche?

No había dejado de mirarme ni un segundo a los ojos mientras hablábamos.

—Sí, lo sé. ¿Tú también has estado preocupada?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Él recorrió con la vista la habitación y, cuando hubo terminado, volvió a centrarla en mí.

—Los demás están fuera, en la salita de espera. Si quieres puedo ir a buscarlos…

Intenté levantarme, pero siguió agarrando mi mano con fuerza.

—Solo necesito verte a ti.

—Yo…

—No digas nada y déjame hablar.

—Estás débil todavía. Creo que esa conversación que tenemos pendiente puede esperar hasta otro momento en el que te encuentres mejor —le aconsejé.

—No —contestó mirándome fijamente—. No voy a esperar ni un segundo más. Ya lo he hecho bastante y casi me voy al otro barrio sin solucionar las cosas contigo. Sin decirte que te quiero más que a nadie. Sin hacerte el amor otra vez, *liebling.*

Al escuchar el apelativo cariñoso en alemán mi corazón retumbó en el pecho.

Hugo tragó saliva y me soltó la mano para agarrar una botella con agua que la enfermera le había dejado en la mesa supletoria al lado de la cama.

Se la cogí para que no hiciera el esfuerzo y, cuando le quité el tapón, se la tendí.

Él bebió casi la mitad.

Después, volvió a recostarse sobre la almohada y cerró los ojos.

Buscó mi mano por el colchón, a tientas, para comprobar que aún seguía allí.

—No me noto el pelo.

—Es que te han rapado la cabeza.

Abrió los ojos y me miró.

—¿Sigo estando guapo?

Yo le sonreí.

—Tú seguirás siendo atractivo toda tu vida.

—Bien. ¿Por qué han rapado el pelo?

—¿Qué recuerdas del accidente?

Él tardó unos segundos en contestar.

—Me pasé todo el viaje llamándote —comentó.

No lo dijo como una queja. Era la constatación de un hecho.

Pero a mí me dolió mucho por haber sido tan idiota y no haber solucionado las cosas antes de que se fuera del pueblo. Seguro que no estaríamos en esa situación de haberlo hecho.

—Quería explicarte lo de mi padre y solo pensaba en hablar contigo. Me despisté un momento para volver a pulsar tu número en la pantalla del móvil y noté que el coche se desviaba. —Hizo una pausa para tomar aire y yo aguanté la respiración expectante. Él prosiguió—: Cuando volví a mirar la carretera ya era tarde. Sin poder evitarlo, choqué contra la mediana y saltó el *airbag*. Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor… Y yo solo pensaba en ti. En que la vida no me podía hacer esta jugarreta. En que no podía irme de este mundo sin hablar antes contigo. Luego… Nada. No recuerdo nada más hasta que ahora me he despertado y te he visto aquí, como si fueras un ángel. ¿Has venido para salvarme y llevarme al cielo?

A esas alturas, yo estaba llorando a moco tendido. Al fin había conseguido escapar del pozo de dolor que habían sido las últimas cuarenta y ocho horas.

Me abracé a él con cuidado de no hacerle daño. Tenía hematomas por todo el cuerpo y la cara. La ceja y el labio que Kike le había partido en la pelea se habían vuelto a abrir por el accidente y los médicos habían tenido que curárselo de nuevo. Tenía una sombra morada debajo del ojo izquierdo y la nariz hinchada.

Seguí llorando en la curva de su cuello con el hombro. Hugo comenzó a acariciarme el pelo despacio, tranquilizándome.

—Lo siento mucho. He sido una imbécil. Si te hubiera cogido el teléfono… Si hubiésemos hablado antes de que te vinieses a Madrid… Me siento tan culpable por lo que te ha pasado…

—Cálmate. Sigo vivo. Todavía es pronto para dejar de darte guerra. Tengo que hacerte rabiar y enfadar muchas veces aún. Tengo que hacerte el amor y besarte otras muchas más.

Se quedó un momento en silencio mientras yo le empapaba con mis lágrimas el pijama azul del hospital.

—Lo siento tanto… ¿Podrás perdonarme?

Él me separó un poco de su hombro y buscó mis ojos.

—Eres tú la que tiene que perdonarme. Tenía que haberme enfrentado a mi padre cuando hablé con él por teléfono aquella tarde. Debería haber sido más valiente y decirle que me había enamorado de una chica preciosa, buena, alguien en quien se puede confiar; una mujer honesta y sincera, y que mi intención de reformar la casa no era para venderla, sino para tener un nidito de amor donde estar con ella cuando volviese al pueblo. También debería haberle dicho que mi intención era trasladarme a Madrid para estar junto a ti y tu familia, que a partir de ahora será también la mía, si tú quieres…

Dejó la frase en aire mientras me sostenía la mirada.

—¿Cómo que si quiero? ¡Claro que quiero! —exclamé yo sonriéndole entre lágrimas.

—Bien.

Volvió a tragar saliva.

—¿Quieres más agua? —le ofrecí.

Hugo negó con la cabeza.

—¿Sabes? Me siento raro. Antes, al moverme, mi pelo iba al mismo ritmo que yo.

—Eres un presumido —me reí.

—¿Por qué me han rapado la cabeza?

—Tenías un coágulo en el cerebro y te han operado para drenarlo. Por eso te han tenido que cortar el pelo. Llevas dos días y medio aquí, en el hospital. Estuviste un tiempo en la UCI, sedado, hasta que tu vida dejó de correr peligro y te trasladaron a esta habitación —le expliqué—. Esas bolsas que tienes ahí colgadas y conectadas a la vía del brazo son medicamentos para el dolor, antibióticos y anticoagulantes.

—¿Me sigues encontrando sexi a pesar de todo? —quiso saber con una sonrisa juguetona.

Me acerqué a sus labios y susurré:

—Eres el chico más sexi y atractivo que he tenido la suerte de conocer en toda mi vida.

—Eso me gusta.

Tenía su mano en mi nuca y aprovechó para acercarme a su boca.

Lo detuve a apenas unos centímetros.

—Tienes el labio partido. Si nos besamos te haré daño.

Hugo recorrió mi cara con los ojos y después centro la atención en mi boca.

—No me importa. Bésame como si me fuera a morir mañana.

—No tientes a la suerte, por favor. Has estado a punto de irte al otro barrio —murmuré.

—Por eso te has puesto esa camiseta de tréboles, ¿no? Eres una chica con suerte.

—Si quieres me la quito y te la doy.

—Prefiero que te desnudes en otro momento. Cuando estemos en la intimidad. Ahora… Bésame, *liebling*.

Uní mis labios a los suyos con cuidado. Hugo presionó sobre mi boca para abrirla y colar dentro su lengua. Con movimientos expertos y sensuales recorrió todo el interior haciéndome arder.

Me separé jadeante antes de que la cosa se nos fuera de las manos.

Le miré a los ojos y comprobé que tenía las pupilas dilatadas, una clara señal de excitación sexual. Supuse que las mías estarían igual. El corazón me bombeaba frenético y la sangre corría en mis venas como la pólvora.

—Sigues besando igual de bien a pesar de todo —le piropeé.

—Y tú… eres una *böses mädchen*.

—¿Me acabas de llamar niña traviesa? —Alcé una ceja.

—¿Has estado estudiando alemán en estos días? —me preguntó sonriendo.

—Me lo has dicho más veces en este mes. Por eso lo sé. Además, no he tenido tiempo para estudiar porque he estado ocupada cuidando a un accidentado.

—¿Seguro? Porque no te veo vestida de enfermera sexi.

Puse los ojos en blanco y me distancié un poco más de él.

—Tenías que haberte puesto el disfraz. Así, cuando hubiese despertado de mi estado de inconsciencia, me habrías dado una sorpresa —dijo seductor.

—Lo que te habría dado sería un infarto.

Hugo soltó una carcajada y se tocó las costillas.

—Mujer, aún soy joven para eso. ¿Tengo algo roto? ¿Algo más aparte del coágulo en el cerebro que me han drenado?

—Tienes hematomas por todo el cuerpo y algunos en la cara. Tan repartidos como el gordo de la lotería de Navidad. Vamos, que te has salvado de milagro. Si te vieras en un espejo, te asustarías. Pero, por suerte para ti, no tienes nada roto.

Él cabeceó ante la información que le había dado, asumiéndola.

Permanecimos unos minutos en silencio, empapándonos el uno del otro.

—Tengo que hablar con mi padre y confesarle lo que siento por ti. Mis intenciones…

—¿Y tiene que ser ahora? ¿No puedes dejarlo para cuando salgas del hospital?

—Fui un cobarde al inventarme esa mentira de que eras un simple rollo de verano y que estaba contigo solo para divertirme. Le quiero decir que no es verdad. Y se lo tengo contar en persona, cara a cara, cuanto antes mejor. Perdóname por no haber sido más valiente. Pero él está tan en contra de las relaciones de pareja después de lo de mi madre que tuve miedo de que me hiciera regresar a Colonia de inmediato. Por eso me inventé esa excusa. Para ganar tiempo y pensar la manera de contárselo sin que me montara un pollo.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Creo que ya se ha dado cuenta de que no soy como tu madre ni como la otra chica. Cuando le llamaron para avisarle del accidente, cogió el primer vuelo a Madrid y Alber fue a recogerlo al aeropuerto —le expliqué—. Al llegar aquí, al hospital, me vio. Y a mis padres también. Nos dio las gracias por haber cuidado de su hijo en estas semanas y nos pidió que nos marchásemos porque ahora estaba él aquí y no nos necesitaba. Mi madre le echó un rapapolvo de los suyos —me reí—, y él se quedó mudo. Como ha visto que no me he separado de tu cama, solo lo he hecho para dormir un poco o para ir a comer, empieza a creerse que de verdad te quiero y que podéis confiar él y tú en mí y en mi familia.

—Perdona, creo que te he oído bien. ¿Has dicho que me quieres? —preguntó de broma.

—Sí, pero que no se te suba a la cabeza…

Una sonrisa bailaba en mis labios al responderle.

—Ven aquí. —Tiró de mi mano para que me inclinase sobre él—.

Necesito besarte.

Buscó mi boca como si tuviera sed y quisiera beber de mí. Le correspondí con gusto y con todo el amor que sentía mi corazón.

—Al final, con tanto beso y tanta efusividad, voy a hacerte daño —musité sobre sus labios.

—No importa. Tendría mil accidentes si con eso consigo que hagamos las paces.

—Menudas ideas tienes.

—Tengo en la mente otras ideas. —Bajó la voz todavía más y añadió—: Todos los gemidos y las posturas en las que te he dado placer. Todos los besos que nos hemos dado. Todos los sueños y planes de futuro que pienso hacer realidad contigo.

Jadeé ante aquella confesión. Sentía miles de mariposas revoloteando en mi estómago.

—Creo que voy a ir a buscar a tu padre para que hables con él antes de que los dos ardamos por combustión espontánea.

—Me parece bien. Pero cuando entres a la habitación con él, quédate porque quiero que seas testigo de todo lo que le voy a decir. No quiero más malentendidos. Mira cómo acabo después. —Se señaló a sí mismo riéndose.

Yo correspondí a su risa. Le di un ligero beso y me distancié de él.

Antes de salir por la puerta, me giré para decirle:

—Nuestros amigos y amigas también están aquí. Kike quiere hablar contigo. Creo que al final te va a perdonar lo que le dijiste por teléfono en Aveiro y, a la vez, disculparse contigo por la paliza que te dio.

Hugo se sorprendió.

—Hay más gente que te quiere aunque seas un capullo —añadí.

—Pero soy tu capullo, recuérdalo —me contestó soltando una carcajada que hizo que se llevara otra vez la mano a las costillas doloridas.

Salí de la habitación riéndome también y fui a la sala de espera donde estaban los demás y Sebastián, el padre de Hugo.

Epílogo

Nochevieja 2022

—Está bien la fiesta, ¿verdad? —grité para que Hugo me escuchase por encima de la música.

Quevedo cantaba *Quédate* en un remix con BZRP. La música salía por los altavoces del bar de la plaza, inundando con sus notas y letras todo el local.

Habíamos ido al pueblo para pasar esos días de fin de año y comenzar el 2023.

Nos habíamos reunido todos en esas vacaciones de Navidad.

Kike y Hugo habían hecho las paces en el hospital.

Hugo le contó a su padre que estaba enamorado de mí y que, por mucho que se opusiera, tenía la intención de quedarse en Madrid, buscar un piso de alquiler en mi barrio para no estar demasiado lejos de mí y encargarse del estudio de arquitectura en la capital de España.

Sebastián, que se lo esperaba, le dijo que ya era un adulto responsable y que por tanto, si había tomado esa decisión, él la respetaría. Fue más fácil de lo que Hugo pensaba. Pero el hombre ya iba aleccionado por mi madre y la charla que le echó en el hospital mientras su hijo estaba en la UCI.

Alquiló un piso a dos calles de la mía y nos veíamos todas las tardes después de trabajar. Yo había encontrado empleo de profesora de Matemáticas en una academia, dando clases particulares a adolescentes de la ESO, y estaba estudiando unas oposiciones para la enseñanza pública.

Cuando terminaba de trabajar, a las ocho de la tarde, Hugo pasaba por la academia para recogerme y nos íbamos a cenar a mi casa o a la suya. Cuando íbamos a su casa me quedaba a dormir allí.

A veces, dábamos un paseo por el parque o íbamos al centro comercial para ver una película en el cine o de compras.

Bego, Sofía y las demás se acercaron a nosotros en ese momento.

Javier y Bego mantenían una relación a distancia porque él vivía en Gijón y ella en Salamanca, pero lo llevaban bien.

Los primeros acordes de *TV*, de Sebastián Yatra, comenzaron a sonar.

—Falta poco para las doce. ¿Tenéis las uvas preparadas? —nos preguntó Bego.

Los dos levantamos las manos donde teníamos las bolsitas con las doce uvas para mostrárselas.

Ella elevó un pulgar dándonos el *O.K.*

—En cuanto den las doce y hayamos felicitado el año nuevo a toda la peña, quiero que nos vayamos a casa —confesó Hugo en mi oreja mientras nos mecíamos al son de la música, agarrados por la cintura.

—¿Desde cuándo te has vuelto un muermo? Estamos en Nochevieja. No pienso acostarme hasta que se haga de día —le respondí frunciendo el ceño.

—Y yo no pienso compartirte con nadie el resto de la noche. Ya he tenido suficiente con la cena. Y tranquila, que no pienso dejarte dormir hasta que amanezca. Además, tengo una sorpresa para ti.

Abrí los ojos asombrada.

—¿Una sorpresa?

Él asintió.

—Dime qué es, por favor. —Uní mis manos como si estuviera rezando o suplicándole.

—No. Hasta que no vayamos a mi casa no te voy a contar nada.

—¿Sabes que eres un capullo?

—Es uno más de mis mayores atractivos —me contestó con una amplia sonrisa descarada en los labios—. Aunque tengo otros de los que disfrutas más.

Me guiñó un ojo y yo me derretí como un cubito de hielo en el infierno.

Miré el reloj y vi que eran las doce menos cinco.

Menos mal que ya faltaba poco para descubrir la sorpresa que Hugo tenía preparada.

Le agarré de una mano y salimos a la calle para coger sitio delante del ayuntamiento.

Recé para que los minutos transcurriesen rápidos y diesen las campanadas enseguida. Le observé durante unos segundos.

Desde el accidente le había crecido bastante el pelo, pero aún le quedaba mucho para tenerlo tan largo como antes. El arito de la oreja

se lo tuvieron quitar porque se le había deformado con el golpe y se había vuelto a poner otro similar. El collar de cuero con la espiral que solía llevar se perdió en el accidente, así que le regalé otro cuando salió del hospital.

En esos momentos, llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa azul, con un plumas negro. Estaba guapo a rabiar. Y era todo mío.

Gracias al cielo, llegó el momento y comenzaron a sonar las campanadas.

Habían colocado un televisor de plasma en el balcón del ayuntamiento para que pudiésemos ver en directo la conexión con la Puerta del Sol de Madrid.

En cuanto terminamos con las uvas, todo el pueblo nos felicitamos unos a otros llenos de alegría e ilusión por lo que nos depararía el año nuevo. Nos besamos y nos abrazamos como una familia bien avenida. Todo eran deseos de paz, felicidad y buenas intenciones.

En medio del barullo nos escapamos y fuimos a su casa.

Tenía el estómago encogido por la ansiedad de saber qué era la sorpresa que Hugo tenía planeada.

Llegamos a la vivienda y subimos las escaleras agarrados de la mano, besándonos, y corriendo el riesgo de caernos por ellas.

La reforma ya estaba prácticamente acabada. Solo faltaban algunos retoques aquí y allá. Decoración, cortinas, algún que otro mueble… No había lámparas, pero sí colgaban bombillas de los cables para tener luz.

Llegamos a su habitación y me hizo sentar en la cama.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que estás esta noche?

Yo llevaba un vestido corto, con lentejuelas plateadas, y botas altas. También un abrigo negro, de un tejido grueso para no pasar frío. El pelo lo llevaba suelto e iba ligera de maquillaje como tenía por costumbre.

—A ver, déjame pensar… —Me puse un dedo en la barbilla e hice una pausa que duró solo cinco segundos—. Sí. Me lo has dicho como unas doscientas veces entre las ocho de la tarde cuando me has recogido en mi casa y ahora mismo.

Hugo soltó una carcajada y yo le acompañé en su risa.

Sacó su móvil del bolsillo y puso música.

Empezó a sonar una canción de Pereza, *Pienso en aquella tarde,* en colaboración con David Sumers, de Hombres G, y Dani Martín, de El canto del loco. Aunque la canción original era del grupo Los Suaves,

pero a nosotros nos gustaban las dos versiones.

Dejó el teléfono en mueble auxiliar que hacía las veces de mesilla de noche y abrió un cajón del que sacó una cajita negra con un lazo rojo.

A mí se me dispararon las pulsaciones ante lo que se avecinaba. Mi corazón saltaba en el pecho como si quisiera salir de él y la respiración se me volvió errática.

¡Me iba a pedir matrimonio!

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Espera un momento…

¿No éramos demasiado jóvenes para casarnos?

Me obligué a tranquilizarme.

Hugo se arrodilló frente a mí y yo creí que me desmayaría porque estaba hiperventilando.

—He estado pensando —comenzó a hablar— que como pasas muchas noches en mi piso, en Madrid, y algunos fines de semana venimos aquí al pueblo, a mi casa —Colocó la cajita en mi regazo y levantó su vista hasta mis ojos— podíamos comprometernos más. Por eso…

Se detuvo un momento y yo aguanté la respiración.

Abrió la caja para mostrarme el contenido.

—¿Quieres venirte a vivir conmigo? —preguntó con ilusión y esperanza.

Aunque no era lo que yo había imaginado podía comparársele en un alto grado.

—Sí, sí quiero —contesté sacando un llavero de un corazón con una casita plateada del que colgaban unas llaves. Las de su piso.

Hugo se acercó a mi boca y reclamó mis labios con un beso largo y apasionado.

En el móvil comenzó a sonar la canción *Todo*, de Pereza.

Dejamos las llaves y la caja, y comenzamos a desnudarnos poco a poco mientras no parábamos de besarnos y acariciarnos por todas partes.

Cuando nos tumbamos en la cama Hugo comenzó a susurrar la letra de la canción sobre mis labios.

«…que si no te tengo reviento,
Quiero hacértelo muy lento,
Todo, todo, todo, todo,
Yo quiero contigo todo...».

Y como me había prometido no nos dormimos hasta el amanecer.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a mi marido y mis hijos, mis padres, hermanos, cuñadas, sobrino y resto de familia y amig@s por apoyarme en esta loca aventura de escribir.

A mis lectoras cero, Karla Calderón, Vanessa Valor y Mónica Quiroga, por sus críticas constructivas al borrador de esta novela. Sois ángeles y demonios a la vez. También quiero agradeceros vuestra amistad, vuestro cariño y vuestros consejos sobre la vida en general. Y por esos audios de WhatsApp que duran quince minutos o más, sobre todo cuando soy yo la que hablo, ja, ja, ja. Gracias por aguantarme. Sin vosotras mi vida no sería igual. Os quiero.

También, gracias infinitas a Mara Mornet por toda la información que me facilitó sobre Aveiro.

A las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de mis años de escritora y que me han mostrado su apoyo. Sobre todo a Marian Evans, gran escritora y mejor persona. Te admiro por tu corazón noble y generoso. Ojalá que nuestra amistad dure para siempre.

A las organizadoras de eventos románticos por juntarnos a las autoras con lectoras y hacer que la romántica sea más grande, sobre todo a Dama Beltrán (Armilla), Nani Mesa (Huelva) y Mónica Quiroga (Madrid).

A Marien Fernández, por crear esa magia que solo ella puede hacer. Muchas gracias, guapa.

A toda la gente de Hita (Guadalajara) por acogerme con tanto cariño y hacerme sentir desde el minuto uno que formo parte del pueblo, sobre todo a las peñas «Sabes que no» y «Yesterday».

A mi editora Gala y a la Colección Mil Amores por confiar una vez más en mi trabajo.

Y a ti, lectora, por elegir esta novela para entretenerte. Deseo que disfrutes de la lectura.

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de





Y que le gusten los gatos

Mil besos por contar

Kate Bristol

[illegible]

[illegible] poner tu vida patas arriba».

Leer ahora

Índice